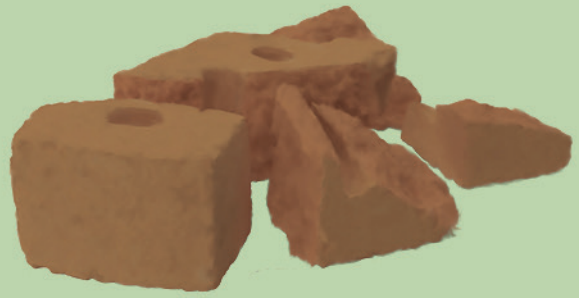
horizontes de sentido

Materiales (de)construcción

Crítica, neoliberalismo e intervención social

Borja Castro-Serrano
Alex Cea
Nelson Arellano-Escudero
(editores)



nadar

SIS

Materiales (de)Construcción.

Crítica, Neoliberalismo e Intervención Social

Borja Castro-Serrano
Alex Cea
Nelson Arellano-Escudero
[Editores]

Materiales (de)Construcción.

Crítica, Neoliberalismo e Intervención Social

Epílogo
María Eugenia Hermida

NÚCLEO DE INTERVENCIÓN SOCIAL

nadar ediciones

colección horizontes de sentido

Una filosofía no se llama grande por el hecho de no sufrir derrotas.
Pero siempre se llamará pequeña a la filosofía que no combate.
— Charles Péguy

Castro-Serrano, Borja ; Cea Cea, Alex; Arellano-Escudero, Nelson;
Materiales (de)Construcción.
Crítica, Neoliberalismo e Intervención Social.
- 1a ed. - Santiago de Chile : Nadar Ediciones, 2020
238 pp.; 15×20 cms. (Horizontes de sentido.2)

ISBN 978-956-9552-26-7

1. Filosofía 2. Trabajo Social 3. Pensamiento Crítico
I. Título.

Proyecto gráfico *Diego Mellado Gómez*

Derechos Reservados © 2020, *Borja Castro Serrano, Alex Cea Cea, Nelson Arellano-Escudero*

Nadar Ediciones Ltda.
Padre Mariano 391, of. 704.
Providencia, Santiago de Chile.
https://www.nadarediciones.cl
contacto@nadarediciones.cl

Se permite la reproducción total o parcial de esta obra sea cual fuere el medio, sin fines comerciales y previo acuerdo con sus editores.

Impreso en Chile

Contenido

Presentación *Crítica, Política e Intervención en los intersticios de las soberanías disciplinares* 9
Nelson Arellano-Escudero, Borja Castro-Serrano, Alex Cea Cea

Parte I:
Neoliberalismo, Catástrofe e Intervención Social

Capítulo 1 *Intervención social en la encrucijada neoliberal: transformación social en clave de resistencia* 31
Gianinna Muñoz-Arce

Capítulo 2 *Potencia y violencia queer: hacia una política post-neoliberal* 61
Ángelo Narváez León, Pablx Salinas Mejías

Capítulo 3 *La intervención social (re)politizada: aprendizajes del optimismo entre las ruinas* 79
Nelson Arellano-Escudero

Parte II:
Teorías Críticas e Intervención Social

Capítulo 4	*Trabajo Social y Postmarxismo. Una aproximación a la noción de crítica como involucramiento hegemónico en las instituciones* Alex Cea Cea	111
Capítulo 5	*Gobernar la locura: Intervención en Salud Mental y Gestión del Sufrimiento Psíquico en Chile* M. Alejandro Castro G.	131
Capítulo 6	*Dispositivos de intervención desde una mirada rizomática. Una posibilidad desde el trabajo social crítico* Natalia Hernández Mary	165
Capítulo 7	*Desterritorialización e intervención social cartográfica: otros saberes, otra institucionalidad… ¿y entonces, la Universidad?* Borja Castro-Serrano, Cristián Ceruti Mahn, Cristian Fernández Ramírez	181
Epílogo	*Obra en (de)construcción. A modo de epílogo.* María Eugenia Hermida	219
	Los editores	234

PRESENTACIÓN
Crítica, Política e Intervención en los intersticios de las soberanías disciplinares

Nelson Arellano-Escudero
Borja Castro-Serrano
Alex Cea Cea

Por cierto los que no saben nada de nada
solo ven autógrafos en los epígrafes
y no entienden que toda cita es un reventón a ciegas
para leer juntos lo que una tercera mano aun no escribe.

Héctor Hernández Montecinos

Lo cierto, es que han pasado dos años desde que comenzamos este libro y en su última etapa de edición algo se fracturó en el Chile del año 2019; aquel octubre, que nos robó la temporalidad, nos hizo intentar cerrar el escrito encontrándonos justo en el medio del "estallido social", tal como lo nombra peregrinamente la prensa nacional. Y creemos que esta ruptura social no es nimia para esta compilación de textos que acá presentamos, pues sin quererlo cuando fuimos reuniendo los escritos durante el año 2018 y los inicios del 2019, se insistió en el intento reflexivo para articular *críticamente* la cuestión del *neoliberalismo* y su impacto en la *intervención social*, todo esto bajo la polisemia de significados que estos conceptos dejan entrever. Sentíamos que era clave seguir haciendo ciertas lecturas críticas sobre estas articulaciones

y tensiones, pero la propia ruptura social en Chile nos hizo entender que emergía y se ponía de manifiesto la destrucción de los consensos sobre los que se fundó la sociedad chilena de postdictadura (Ponce, Contreras & Acevedo, 2018), y luego la peste con la pandemia.

Fuimos testigos privilegiados de ver cómo la sociedad cambiaba de una semana a otra: pasó de ser "promocionada", por el gobierno de derecha, como un "oasis" en medio de la turbulencias de la región hacia la conversión de un estado de "guerra" que peleaba con un enemigo interno, tal como fue señalado ante los medios de comunicación por el presidente de la República en funciones. Lo cierto es que Chile cambió, y ahora tendremos que examinar más finamente cómo es que cambió. Ya lo señalaba Harvey (2005) cuando establecía que Chile había sido el lugar de experimentación para la implementación de políticas neoliberales en los años setenta bajo la dictadura cívico-militar auspiciada por Pinochet, donde se privatizó, terciarizó y focalizó todo un *corpus* de políticas sociales y económicas que erigieron contra el trabajo. Para el británico es ahí donde el neoliberalismo puede comenzar a llamarse de ese modo, intentando hacer un ejercio *crítico* contra quienes han querido historizar la idea, o bien, la ideología del neoliberalismo, cuestión que tendría más que ver con ciertas prácticas de gobierno que pueden tipificarse bajo el concepto de gubernamentalidad, arqueologizable bajo los estudios de Foucault hacia el siglo XVIII (Harvey, 2020).

Y es en este debate que irrumpe el libro que acá presentamos, pues es un escrito en donde se conjugan la polisemia de la noción de *crítica* respecto a la manera en que se cristalizaron, y se siguen cristalizando, todo tipo de relaciones históricas y humanas bajo aquella versión del capitalismo que impone una racionalidad económica-social: el neoliberalismo. Y ya sea al estilo de Harvey (2005; 2020), en donde el interés es mirar críticamente al neoliberalismo como una ideología que en los últimos 40 años ha distanciado de modo sideral el capital y el trabajo; o bien, ya sea bajo la impronta de una racionalidad política

que impone sus propias tecnologías de poder y ciertos modos de subjetivación al estilo foucaultiano (Foucault, 2006; 2007), no nos cabe duda que estas miradas han devenido en un modo específico de "hacer" intervención social. Aquí, de modo general, encontrarán textos, ideas y articulaciones que justamente intentan desmontar esto último, por lo tanto, no es posible negar el gesto crítico como herramienta (de) constructiva haciendo irrumpir otras y nuevas materialidades (Moscoso-Flores & Viu, 2019) que hacen, a su vez, resonar otras melodías, otras historias, otra humanidad y otra impronta a la justica. Por lo mismo, aquí se encontrarán con una articulación respecto a los tres conceptos que subtitulamos, en tanto materiales (de)construcción, para hacernos indagar cuestiones tan diversas como cercanas: de la resistencia, de lo *queer*, de la catástrofe, de la hegemonía, de la locura, del rizoma hasta una nueva manera de cartografiar.

Ahora bien, como nada es tan simple y pedestre, habrá que complejizar lo anterior; y el libro tiene este acometido. En tal sentido, si hacemos un análisis crítico de los otros dos conceptos medulares que el escrito quiere hacer resonar, a saber, neoliberalismo e intervención social, podemos decir, en primer lugar, que a lo largo de las últimas décadas se ha producido una acumulación de lecturas críticas acerca del llamado Modelo Neoliberal. Esto, visto desde los campos disciplinarios de las Ciencias Sociales, las Humanidades y en las Artes, ha fomentado dos aspectos que este libro viene a debatir. Por un lado, la apropiación de los discursos en ámbitos que suelen no tener o tener una convivencia limitada con los sectores populares y, por lo tanto, una perspectiva acotada o resumida que enfatiza en *viñetas parciales de mundo* plagado de formas de vida y diversidades. Por ende, el libro quiere contribuir al debate con voces provenientes desde la intervención social con una crítica otra, ya no tan solo al Neoliberalismo, sino también a los efectos que su accionar produce y que quiere ser mitigado a través de procesos de tratamiento, curaduría o disciplinamiento. Y, por otro lado, la

lectura global del libro asienta una posibilidad de recomponer ya no solo el orden de los factores, sino los factores mismos que han asentado un imaginario reificante al borde del mito atribuyendo a un régimen una discutible condición de modelo. Podríamos decir, al son de este escrito, que son precisamente las profesiones de la intervención social –sumemos aquí el Trabajo Social, la(s) Psicología(s), la Enfermería, la Terapia Ocupacional, las pedagogías, entre otras– una señal evidente de unos procesos sociales fundamentados en la desigualdad y que son la expresión contemporánea de los procesos superpuestos de distintos despliegues de articulación del capitalismo.

Los estudios que aquí se reportan entregan pistas y evidencias de la necesidad de resituar aquella discursividad de manera que se pueda renombrar aquello que no es ni Neo ni Liberal. Esto es paso necesario pues en una lectura crítica de la historia de las mentalidades habrá que generarse una crítica severa a la ingente literatura académica y científica que re-sustantivó un esquema hipotético deductivo que, en realidad, los propios articuladores denominaron Monetarismo (Brunner & Meltzer, 1972)[1]. Incluso, en lecturas densas, como la de Arturo Escobar (2007), pesquisando la historia del Desarrollo, apuestan por la denominación habitual sin apuntar a la precisión que requiere el fenómeno y su problematización. El Monetarismo es, desde luego, una descomposición mecanicista y lineal cuyo reduccionismo alarmante y brutal fue apreciado y divulgado de manera sobresimplificada al punto de llegar a convertirse una explicación monocausal de, según el punto de vista, todas las bondades de la vida social o, todo lo contrario, el

1. Otra argumentación en favor de una supuesta complejidad teórica del neoliberalismo la podemos encontrar en descripciones como, por ejemplo, Harvey (2005: 60): "En opinión de Blyth, las ideas económicas orquestadas en apoyo al giro neoliberal consistían en una compleja fusión de monetarismo (Friedman), expectativas racionales (Robert Lucas), elección pública (James Buchanan, y Gordon Tullock), y las ideas elaboradas por Arthur Laffer en torno a las políticas por el lado de la oferta".

perfeccionamiento de la banalidad del mal. No obstante, su fetichización debió recurrir al enmascaramiento de una supuesta nueva doctrina, lo que encontró un campo fértil en los deseos de modernidad que buscan, permanentemente, la innovación y el progreso como elementos de distinción que permitan enterrar el pasado y darlo por, usando su nomenclatura, superado. Su accionar, sin embargo, muchas veces es difícil de distinguir de las racionalidades del siglo XIX (González, 2012; 2015) y muchos momentos del siglo XX (Ambrosetti, Cvitanic & Matus, 2016; Cavieres, 2001).

Consideremos, por ejemplo, las ideas de Anibal Pinto (Muñoz, 2012), los ministros de hacienda Rafael Sotomayor y Ramón Barros Luco en comparación con la propuesta tributaria que elaboró Santiago Arcos (1850) a mediados del siglo XIX. Al respecto se ha concluido que: "(...) en general reconocemos la existencia de varios liberalismos políticos que coexisten sincrónicamente y que tienen también una historia diacrónica" (Vito, 2013: 246).

Aún cuando no compete establecer una especie de determinismo en el que la Historia se ha desarrollado (y seguiría desarrollándose) de manera continua y lineal, si cabe indagar en la supuesta orientación liberal, pues en el último cuarto del siglo XX y el XXI temprano (a lo largo de casi 50 años, entre 1970-2020) el accionar ultraconservador logró concentrar aún más la ya concentrada propiedad en los grupos plutocráticos de la oligarquía de Chile. Las mediciones, al menos desde 1957 dan cuenta de la mantención y agravamiento de la situación de desigualdad en la distribución de los ingresos (Larrañaga, 1999; Ruiz-Tagle, 1999; Lambrecht, 2011). El fundamentalismo que conduce al reduccionismo de la organización social al problema de la circulación del dinero, el capital, los ingresos, etc. es, en realidad, el problema. La supresión del estudio del campo cultural y el relegamiento de las Humanidades como vía de comprensión de los mundos humanos, más que humanos y no humanos, es un ejercicio crítico que ha sido

reivindicado y sostenido en el tiempo contemporáneo, pero que no ha sido atendido sino hasta el reciente acto popular de rebeldía desplegado más visiblemente en octubre de 2019, según lo indicamos más arriba[2]. Ahora bien, no somos ingenuos y sabemos que esta primera cuestión aquí problematizada es compleja, y más aún luego de nuestro 18-O, pues siguiendo a Harvey (2020), no sabemos con claridad qué régimen, modelo o racionalidad imponer al neoliberalismo, y se hacen algo desoladoras las preguntas planteadas por el geógrafo inglés: "(…) ¿existe una forma de organización que no sea un reflejo del modo de producción que se está combatiendo? ¿Podemos destruir ese espejo y encontrar alguna otra arma que no juegue a favor del neoliberalismo?" Creemos que el libro intenta ahondar más aún en esta mirada crítica al propio modelo imperante –aunque vapuleado– y sus modos de desplazamientos sociohistóricos.

Así el estado de las cosas, visualizamos en segundo lugar, entre tantas otras paradojas, que las intervenciones sociales, cuya convivencia con los sistemas de vida y costumbres del mundo popular es la materia misma de su existencia, persiste en el silencio de los eventos que atestigua rutinaria y cotidianamente. La desensibilización con respecto al sufrimiento y las condiciones de *Nuda* Vida, en vastos territorios urbanos, rurales e intersticiales, ha sido mantenido. No obstante, el registro que se hace de ello es una fuente en crecimiento permanente.

---

2. Considérese aquí solo la relevancia del Movimiento "No + AFP", que debiera ser problematizado en conjunto con la actividad estudiantil de enseñanza media, entre muchas otras agrupaciones y colectivos que emergieron en los últimos 15 años. Ver Pérez Núñez, L. (2018). Análisis crítico del discurso del movimiento social No+ AFP en el Chile, (Tesis inédita de Magíster), Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Chile; ver también Rozas, J. y Maillet, A. (2019), Entre marchas, plebiscitos e iniciativas de ley: innovación en el repertorio de estrategias del movimiento No Más AFP en Chile (2014-2018), *Revista Izquierdas*, 48, 1-21.

Sin ir muy lejos, durante el 2019 se realizó el lanzamiento del libro[3] de María Soledad Del Villar (2018) que describe contundentemente el aporte de las asistentes sociales de la Vicaría de la Solidaridad a la defensa de los Derechos Humanos durante los años de la dictadura de 1973 a 1990. Explicado allí por su propia autora escuchamos una serie de argumentos que justificaron la realización de su investigación, entre los cuales aquí nos merece destacar que, en su opinión, la historia institucional de esa Vicaría destacó siempre el rol de los hombres, sacerdotes y abogados, pero quienes tomaron registro minucioso de los casos, con todos los datos que resultaron fundamentales para los posteriores procesos judiciales en las causas de crímenes de lesa humanidad de ese período, fueron las mujeres profesionales asistentes sociales que, hasta entonces, no habían sido relevadas en la magnitud que cabía.

Hablar de intervención, por tanto, es hablar de una participación activa en un determinado campo de relaciones, mediante un diseño táctico que busca modificar sus reglas. Es hablar, entonces, de decisión –como un tomar parte– y de territorios –como mapas de fuerzas– (Richard, 2013). No obstante, en este marco cabe cuidarse de lo que Spivak llama *romantizar la heterogeneidad de lo totalmente otro, "*como si las instituciones no fuesen, en sí mismas, microterritorios de lo político que pueden ser intervenidas en sus políticas de los espacios para desajustar lo que rige en ellos como hegemonía de saberes y prácticas" (Richard, 2013).

En este sentido, y no obstante lo anterior, este aporte al registro del sufrimiento y el Estado de Excepción, como se verá en el mismo libro, también se repite aún cuando la participación en los hechos sea luctuoso. Por lo tanto, se va desentramando la metódica de la intervención social

3. Lanzamiento realizado el 13 de agosto de 2019 en la Universidad Alberto Hurtado. Recuperado de internet el 21 de enero de 2020: https://www.uahurtado.cl/lanzamiento-del-libro-las-asistentes-sociales-de-la-vicaria-de-la-solidaridad-una-historia-profesional-1973-1983/

y encontramos puntos de su quehacer y desempeño que permiten configurar un contra-argumento a las ideas de progreso del monetarismo y su autoreferencialidad, además de su autocomplaciencia.

Lo anterior dialoga con la propuesta de Jorge Alemán, quien señala que el neoliberalismo "funciona como un estado de excepción sin golpe militar" que a partir de normas y procedimientos ajustados a la institucionalidad, destruye progresivamente a la democracia o a la soberanía popular, donde esta resida; o cuando Harvey señala que la vigencia de un Estado propiamente neoliberal, se relaciona con la necesidad de crear un clima óptimo de negocios o de inversión para las pujas capitalistas, lo que va de la mano de un "particular" tratamiento de la fuerza de trabajo y del medio ambiente como meras *mercancías.*

Esto significa que, en caso de conflicto, el Estado neoliberal típico, tenderá a privilegiar un clima óptimo para las empresas frente a los derechos colectivos y la calidad de la vida de la fuerza de trabajo o frente a la capacidad del medio ambiente para regenerarse; dicho de otro modo, se favorecerá de manera invariable la integridad del sistema financiero y la solvencia de las instituciones financieras sobre el bienestar de la población o la calidad medioambiental. Casi a modo de corolario, podemos evocar la definición de Willy Thayer, quien advierte cómo el capitalismo se ha vuelto experto en administrar las diferencias, en nombre de lo democrático-liberal. Esto implica no perder de vista el abanico de lecturas críticas sobre el capitalismo en su modalidad histórica neoliberal, que adquiere distintas caras dependiendo de las dimensiones que los estudios van relevando.

Pero lo anterior no puede conducirnos a esa subjetividad heróica (De la Aldea & Lewkovicz, 2014) y sostener que otros regímenes o modelos son de por sí mejores opciones (Brain & Pál, 2018). Es la usurpación la que debe ser denunciada. Son los regímenes modernizantes (capitalismos-socialistas) el problema. Cuando la meta de una sociedad toma por finalidad "no dejar rastro", o bien, minimizar su

huella ecológica, estamos hablando del óptimo de Pareto para una civilización. Por el contrario, los modelos de la Modernidad promueven el descuido (De la Aldea, 2019), e intuimos que estas son las vías que la propia intervención social debiese mirar y problematizar hoy en día.

Si volvemos sobre la cuestión de la intervención social, el borroneamiento de las parcelas profesionales –no discutiremos aquí el estatuto disciplinar– es una tarea necesaria dadas las condiciones actuales, en que por ejemplo frente a la discusión geológica del eventual paso del Holoceno al Antropoceno, esta modifica las coordenadas y la posición humana en relación a la Historia Ambiental (Emmet & Nye, 2017). Una intervención social que no es capaz de observar los procesos antrópicos en la escena de la biocenocis resultará, en el corto plazo, en una herramienta extemporánea, probablemente de mero disciplinamiento. La conjunción de las crisis sociales como expresión de crisis ambientales es un cambio cultural que no tiene la fuerza que se requiere por parte del mundo académico, usualmente contumaz y compulsivo en la reiteración de fórmulas ritualistas de problematización.

En Chile, el autodisciplinamiento de la intervención social a los programas de las políticas sociales termina por subsumir cualquier pensamiento crítico y subyugar las alternativas de un cambio cultural que queda en el silencio, o bien, maniatado debido al apego ciego a la autoridad. En este sentido, este libro, desatado de proyectos institucionales, con proveniencias institucionales variadas, con una puesta en común de apreciaciones distintas y en un juego que emergió de la incomodidad de los patrones conductuales más-que-académicos, es una muestra más del cansancio ante la falta de dignidad. Por lo mismo, se trata de un escrito que convoca, reúne y hace dialogar distintas miradas, siempre intentando una comprensión crítica de los fenómenos sociales. Esto no implica ninguna señal de homogeneidad, más bien indica, siempre desde la crítica, otro foco de reflexión común: la transformación social pero sin mencionarla, pues aparece sin enunciarla.

Establecemos lo anterior, en el sentido que es el concepto que circula en todo el libro de modo fantasmal, casi espectral, siempre haciendo guiños a una impronta crítica que logra ir configurando una suerte de gesto metódico de trabajo. Así entonces, se piensa bajo un modo (de) constructivo para, justamente, poder establecer ciertas cartografías materiales que permitan sostenerse como pensamiento crítico para desbordar las categorías de comprensión modernas (Villalobos-Ruminot, 2018), tanto de lo neoliberal como de la intervención social. Lo cierto es que, al mismo tiempo, se hace necesario reconocer ciertas características de una *perspectiva crítica,* cuestión que combina al menos tres elementos: a) una mirada *transformadora* que apuesta por avanzar "más allá de la positividad de lo social"; b) a partir de una concepción sobre la emancipación social, que c) interrumpa el *fortalecimiento operacional de las prácticas*.

Y en este marco es interesante recordar la definición de deconstrucción, pues creemos que sería una de las modalidades más atractivas de la crítica, además de que carga su peso en el juego propio del título del libro. Al respecto, Derrida señala que, "la deconstrucción viene a ser una operación de desmontaje de un edificio o artefacto para que puedan aparecer sus estructuras a la vista, sus nervaduras, y al mismo tiempo se pueda observar la precariedad de su estructura formal que, en el fondo, no explica nada, puesto que no constituye ni un centro, ni un principio, ni una fuerza, y ni siquiera expresa una ley de los acontecimientos. No es algo puramente negativo, ya que, junto a la operación de desmontaje, va implícita la afirmación de una apuesta constructiva" (Derrida, 1997: 7). Y esto es muy relevante, en la medida que pone de relieve que los distintos conceptos de crítica, conjugan de distinta manera la relación entre la dimensión negativa y la dimensión afirmativa; o si se quiere, las distintas nociones de crítica, desmontan y/o denuncian la normatividad social dominante, pero al mismo tiempo, deslizan o proponen algún criterio o sentido que sirva como horizonte de construcción de un mundo más justo.

Es probable que en la ecualización de esas dimensiones se juegue gran parte de lo que entendemos por crítica, pues el horizonte de sentido que establece la justicia es relevante tanto para que la crítica se situe en la intervención social como para que pueda hacer resistencia frente al neoliberalismo. En esta línea, aunque sin pretender entrar a la noción de justicia y la diferencia establecida con la Ley, que hace Derrida (2018), hay algo que vale la pena precisar: el derecho en tanto establecimiento de la ley no es la justicia. La primera intenta de modo universal administrar las relaciones sociales y humanas, pero la justicia estaría en otro lado, sería aquello de lo incalculable de los acontecimientos; y la crítica en su gesto deconstructivo nos hace reflexionar desde ahí para intervenir de otro modo en tanto la intervención social siempre pretende justicia. Como bien sabemos, no siempre lo logra, el mismo neoliberalismo la adoctrina y la somete al autodisciplinamiento, por eso la necesidad de este libro de deconstruir críticamente el neoliberalismo y la intervención social. Por último, se entiende mejor la idea derrideana de que "la decontrucción es la justicia".

Luego de este extenso recorrido, sinuoso y a veces solo periférico, nos parece relevante mencionar el gesto metodológico que el propio libro adquirió: a primera vista son siete capítulos que se organizan en dos partes; pero lo interesante es ver que, en su despliegue, en la primera constelación de textos, se hace un *zoom in* a la cuestión de un entramado, o racionalidad, modelo o régimen (según se prefiera), de la encarnación histórica neoliberal del capitalismo. Y, en sordina, también opera ahí la cuestión de la intervención social pensada críticamente. Como en un efecto contrario, la segunda constelación de capítulos, la atención se concentra, también bajo el efecto de un acercamiento, en la cuestión de la intervención social operando acá una baja de intensidad sobre el concepto de neoliberalismo, aunque se sigue desmontándolo críticamente. Finalmente, en un cruce global del libro, la herramienta crítica es la que se utiliza para ir urdiendo las ideas, por lo que, de esta

manera, metódicamente se van desplegando los tres conceptos titulados de modo caleidoscópico.

En este sentido y develado el gesto metódico de esta compilación, vale la pena explicitar ciertas precisiones de orden académico formal, pero con sentido reflexivo. Por una parte, el trazo que el libro fue adquiriendo en su tiempo de producción y, por otra, el enfrentamiento a su modo de organización y síntesis de los capítulos que aquí se trabajan.

Como todo libro grupal, con sus aspiraciones y limitantes, da cuenta de un espacio reflexivo académico que pretende colectivizar la heterogeneidad de reflexiones que cualquier grupalidad posee. En este caso, se encontrarán con distintas investigaciones de quienes hacemos grupalidad y colectivo al interior del *Núcleo Interdisciplinario en Intervención social* (NIS)[4]. Los distintos momentos generacionales de sus participantes, a veces, se corresponden con trayectorias de formación y adscripciones disciplinares distintas; no obstante, el conjunto converge en sus propias órbitas a la intervención social y las políticas sociales como foco de acción, preocupación, crítica, diálogo y reflexión.

Por tanto, los lectores que tengan este artefacto en sus manos, podemos advertirles que en tanto libro que pretende tensionar la noción de intervención social, permitirá que encuentren en él distintos enfoques teóricos, aunque inscritos en lugares conceptualmente bien definidos, ya se trate de escuelas, autores, tradiciones o marcos específicos. Esta directriz implica profundizar en los distintos *locus* teóricos, poniendo de relieve las distintas respuestas en el plano de la intervención social. Esto va de la mano con reconocer los límites y virtudes de ciertas decisiones conceptuales y sus consecuencias en el campo que nos convoca.

---

4. NIS nace el año 2015 en el marco del Doctorado en Trabajo Social y Políticas de Bienestar dictado por el Departamento de Trabajo Social de la Universidad Alberto Hurtado; siempre intentando discutir la cuestión de la intervención social desde un sello interdisciplinario. El grupo se fue ampliando y este año 2019 se configuró como Grupo de Estudio de la Facultad de Ciencias Sociales de la misma casa de estudios.

También, advertimos que se trata de un texto que pretende pensar más allá de las *soberanías disciplinarias*. En este sentido, en algunos casos encontrará un intento osado: un pensar sin disciplina. Lo anterior quiere tensar una perspectiva que, por un lado, apuesta por romper con ciertas gremialidades disciplinares que se vuelven estrechas respecto de los desafíos que enfrentan las Ciencias Sociales y las Humanidades en las sociedades contemporáneas, pero que, por otro, no exime a la reflexión de la compleja trama de poder desde donde se constituye el conocimiento universitario, con su dinámica de indexaciones, sus lógicas disciplinares para la investigación, sus definiciones procedimentales de la intervención y sus políticas elitistas del saber, en definitiva, la domesticación cuando no esclavismo académico. Como ya dijimos más arriba, este libro pretende explorar un intento por repensar ciertos espacios académicos, con la dificultad que ello conlleva.

El libro está organizado en dos apartados generales que trazan la reflexión. Se comienza con aquel denominado "Neoliberalismo, Catástrofe e Intervención Social", el cual agrupa tres textos. Introduce el escrito de Gianinna Muñoz-Arce, bajo el título: "Intervención social en la encrucijada neoliberal: transformación social en clave de resistencia". Parafraseando extractos de su capítulo, vemos que interroga la intervención social para hacerla evadir la encrucijada control *v/s* emancipación, estableciendo que toda intervención busca una transformación de lo social configurándose de modos diversos y contradictorios. Desde aquí observa los impactos del neoliberalismo en su configuración actual y las posibilidades de pensar la transformación social, "desde una posición que resiste, enfrenta y desafía la racionalidad neoliberal desde abajo, desde adentro, desde la primera línea de intervención". Todo lo anterior es urdido y profundizado bajo un atractivo debate conceptual, examinando los planteamientos de tres grandes referentes para la discusión: Antonio Gramsci, Michel Foucault y Gayatri Spivak, para así concluir poniendo de relieve

alguna literatura de casos que indagan la resistencia y su articulación con la intervención social.

A continuación, se ubica el texto de Ángelo Narváez y Pablo Salinas, titulado "Potencia y violencia *queer*: hacia una política post-neoliberal". Si bien es un texto que ingada en las complejas tramas filosóficas desde Hegel a Butler, lo que de fondo se preguntan radica en saber cuál es el valor crítico de un trabajo *queer* en ciencias sociales. En este sentido, las interrogantes medulares podrían ser: ¿dónde está el potencial transformador de un activismo y una teoría como la *queer*? ¿Por dónde pasa la posibilidad de pensar una práctica *queer* en un contexto no neoliberal? El escrito indaga magníficamente estas preguntas para llegar a la sugerente propuesta, si así le podemos decir, de abogar de cierta manera "por un Estado marica".

En el final de esta sección, está el texto de Nelson Arellano-Escudero, titulado "La intervención social (re)politizada: aprendizajes del optimismo entre las ruinas". El autor instala como argumento medular, que la intervención social se encuentra más balanceada hacia la maldad que hacia la bondad. Esto implica sostener que los y las agentes de la intervención social causamos más daño que bienestar a las personas y familias, asociatividades o comunidades que acuden en busca de ayuda o que, al contrario, se ven sometidas a aceptar la intromisión de una intervención social. Bajo estos supuestos, se describen y analizan los casos del Estado de Excepción de la migración poblante en las Tomas de terreno; la condición de testigo y archivista de una trabajadora social en procesos de adopción irregular de niños y niñas; cerrando el estudio de casos con la historia de una ejecución extrajudicial en 1989. De acuerdo al autor, esta intervención social en la memoria, va de la mano de un Trabajo Social liberado de las pautas, las formalidades y su institucionalización, queriendo sostener que las Humanidades son una fuente de riqueza que ofrece mejores alternativas que las ciencias sociales a secas.

El segundo apartado y final, lo hemos denominado, "Teorías Críticas

e Intervención social", pues agrupa cuatro capítulos que orbitan y recorren una amplitud de teorías críticas utilizadas para pensar la intervención social. Se abre con el escrito "Trabajo Social, Postmarxismo. Una aproximación a la noción de crítica como involucramiento hegemónico en instituciones", de Alex Cea. Este trabajo se enmarca en las perspectivas críticas que articulan la "diferencia ontológica con una teoría de la hegemonía". Se trata de una lectura postmarxista que se inscribe dentro de una serie de lecturas que intentan reponer una ontología política. Este enfoque implica no perder de vista la dimensión antagónica de la modernidad (el poder, el pluralismo y los proyectos políticos en disputa) y la dimensión agonística de la democracia (el ensanchamiento/radicalización de la democracia, la construcción de canales agonistas). En suma, una perspectiva crítica de la intervención social fundada en este enfoque, apuesta por el involucramiento hegemónico en instituciones, entendiendo que toda política se juega en la tensión entre el momento instituyente y la institucionalización de prácticas, discursos y leyes que dan cuerpo a la sociedad.

El apartado continúa con el texto de Alejandro Castro, titulado "Gobernar la locura: Intervención en Salud Mental y Gestión del Sufrimiento Psíquico en Chile". Este texto se erige desde el enfoque de la gubernamentalidad de raíz foucaultiano, y nos ofrece desmontar y vislumbrar la racionalidad de lo que se denomina gobierno de la locura en tiempos neoliberales. Con este prisma, se pone de relieve que la intervención social propuesta por el modelo comunitario de salud mental puede ser leído bajo la clave del enfoque gubernamental, en la medida que partir de una serie de tecnologías busca organizar el control desde el Estado sobre las subjetividades de las personas y grupos sociales. Una traducción de lo anterior, se podría ejemplificar en el malestar psíquico que pudiera tener un individuo, llámese psicosis, depresión, etc. Estas serán medicalizadas de por vida por el modelo hegemónico psiquiátrico, a través de los dispositivos de seguridad que el

gobierno de la locura ha introducido para su control y administración, colonizando el sufrimiento psíquico.

Enseguida Natalia Hernández presenta "Dispositivos de intervención desde una mirada rizomática. Una posibilidad desde el Trabajo Social Crítico". Desde el punto de vista de la autora, la disciplina del Trabajo Social se convierte en el escenario dónde se elaboran y construyen artefactos particulares para abordar los desafíos de los procesos de transformación mediante la intervención social. Es a través de sus prismas e historización que se construye una batería de elementos comprensivos e interventivos que propician las transformaciones sociales. En este marco, se define en primer lugar la idea de dispositivo que, de acuerdo al texto, permite conjugar elementos diversos que se ponen a solicitud de las y los profesionales que lo requieren. Luego, se instala la idea de rizoma como una posibilidad de construir y re-construir procesos de transformación sin un ordenamiento pre-establecido, permitiendo "discutir cómo la discreción de quienes se encuentran en estos espacios, se tensiona con las condiciones materiales, teóricas y metodológicas de este quehacer". La articulación de rizoma y dispositivo es uno de los aprendizajes que la autora pone de relieve y examina, teniendo como horizonte la investigación e intervención situada.

Esta parte del libro se cierra con el capítulo colectivo de Borja Castro-Serrano, Cristian Ceruti y Cristian Fernández: "Desterritorialización e intervención social cartográfica: otros saberes, otra institucionalidad… ¿y entonces, la Universidad?". Aquí se propone pensar críticamente la idea de *intervención social* y su disposición/construcción/circulación de *saberes* bajo un régimen político-económico y cierto tejido institucional que la hace emerger. Este impulso crítico, se inscribe en un intento por desterritorializar la intervención develando un campo de resistencia como invención política cartográfica que pueda trastocar la distribución y la asignación de deseos, lugares, territorios y modos históricos que conviven en esta articulación entre intervención social y

saber. Bajo este respecto, los autores intentan deconstruir filosóficamente la noción de Universidad, con sus modos de formación y enseñanza en la producción, reproducción y generación de conocimiento a los agentes que intervienen en lo social.

Nuestro libro vuelve a abrirse, paradojicamente, con su epílogo. Una colaboración internacional es el generoso aporte de la doctora María Eugenia Hermida, académica de la Universidad Nacional de Mar del Plata, Argentina, quien nos ofrece alternativas y claves de lecturas desde otro territorio y experiencias que comparte con académicos y profesionales que se desempeñan en la compleja cuestión de la intervención social desde una perspectiva crítica. Agradecemos enormemente la contribución que nos hizo llegar desde el otro lado de la cordillera. Nos cabe agradecer el diligente esfuerzo y la convicción de Nadar Ediciones que eligió arriesgarse en este esfuerzo de resultado incierto.

Vemos así que la propuesta de este libro es el punto de inicio de una indagación de más largo aliento que habrá de completarse por fases para no solo producir datos, sino generar un diálogo denso de combinaciones disciplinarias, de interpelaciones interdisciplinarias y una constitución transdisciplinaria que, en buena medida, sistematice las formas de producción de conocimiento que emergen de la subsidencia de los encuentros del actor-red y la intervención social, donde la agencia de profesionales, instituciones, sujeto político, comunidades, territorios, programas sociales, etc., median la tensión histórica (moderna) de la continuidad y el cambio. Por eso, valga aquí una importante precisión respecto al campo de estudio de la historia de la ciencia y la sociología de las profesiones: los capítulos de Castro G. y Muñoz-Arce si bien indagan en estos campos en base a elementos de ello en trabajo social y psiquiatría, respectivamente, es relevante anunciar que son indagaciones preliminares y/o ilustrativos. Son una convocatoria o llamado a seguir esa ruta y profundizar.

Por tanto, como se puede apreciar, *Materiales (de)Construcción.*

Crítica, Neoliberalismo e Intervención Social, es una constelación de constataciones de la dura realidad de la desigualdad, injusticia, faltas a la dignidad y búsquedas de respuestas ante la brutalidad que se despliega aún en este primer cuarto del siglo XXI, cuando ya hemos comprobado que los cantos de sirena del siglo XX, que prometían mejor vida desde el año 2000, se han desvanecido o convertido en la rabia expresada en las revueltas de octubre y noviembre de 2019, tal como ocurriera a inicios del siglo XX como señalara Mario Garcés (2003) con los motines populares, tiempo en que emergiera una variedad de métodos para gobernar la pobreza (Illanes, 2007, Ponce de León, 2011).

Este libro, no obstante, no es ninguna respuesta a esos dramas y epopeyas titánicas que acaecen día a día en la escena trágica de la desglobalización y un Estado invertebrado. Aquí, más bien, hacemos un llamado al mundo profesional de la Intervención Social a buscar nuevas coordenadas y ofrecer prospectos de rutas diferentes para los procesos sociales de modo que sea factible el lema popular enarbolado desde la lírica callejera: hasta que la dignidad se haga costumbre.

Referencias

Ambrosetti, D., Cvitanic, B. y Matus, D. (2016). Población Obrera Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego: expresión espacial de paternalismo industrial en Punta Arenas. *Revista Sophia Austral*, 18, 111-135.

Arcos, S. (1850). *La contribución y la recaudación*, Valparaíso: Imprenta del Comercio.

Brain, S., and Pál, V. (Eds.). (2018). *Environmentalism Under Authoritarian Regimes: Myth, Propaganda, Reality*. London: Routledge.

Brunner, K. and Meltzer, A.H. (1972). Friedman's Monetary Theory, *Journal of Political Economy,* 80 (5), 837-851.

Cavieres, E. (2001). Anverso y reverso del liberalismo en Chile, 1840-1930. *Historia*, 34, 39-66.

Derrida, J. (1997). *El Tiempo de una tesis, Deconstrucción e implicaciones conceptuales*. Barcelona: Proyecto A Ediciones.

Derrida, J. (2018). *Fuerza de Ley. El fundamento místico de la autoridad*. Madrid: Tecnos.

Del Villar, S. (2018). *Las asistentes sociales de la Vicaría de la Solidaridad: Una historia profesional (1973-1983)*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.

De la Aldea, E. y Lewkovicz, I. (2014). *Cuidar al que cuida. Subjetividad Heroica*. Buenos Aires: Editorial Los Talleres.

De la Aldea, E. (2019). *Los cuidados en tiempo de descuido*. Santiago de Chile: LOM ediciones.

Emmett, R. S. and Nye, D.E. (2017). *The environmental humanities: a critical introduction*. Cambridge: MIT Press.

Escobar, A. (2007). *La invención del Tercer Mundo Construcción y deconstrucción del desarrollo*. Caracas: Editorial el perro y la rana.

Foucault, M. (2006). *Seguridad, territorio y población. Curso en el Collège de France (19771978)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

--------- (2007). *El nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France (19781979)*.Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Garcés, M. (2003). *Crisis social y motines populares en el 1900*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.

González, S. (2012). La resistencia de los tarapaqueños al monopolio salitrero peruano durante el gobierno de Manuel Pardo, desde el estanco a la expropiación (1872-1876).*Chungará*, 44 (1), 101-114.

González, S. (2015). "Normalización" de la crisis y posición estratégica empresarial durante la expansión de la economía del salitre. *Polis. Revista Latinoamericana*, 14(40), 397-419.

Harvey, D. (2005). *A brief history of neoliberalism*. New York: Oxford University Press.

Harvey, D. (2020). "Hay que hablar de anticapitalismo en lugar de antineoliberalismo", recuperado de https://cronicon.net/wp/david-harvey-hay-que-hablar-deanticapitalismo-en-lugar-de-antineoliberalismo/

Illanes, M. A. (2007). *Cuerpo y sangre de la política: la construcción histórica de lasvisitadoras sociales, Chile, 1887-1940*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.

Lambrecht, K. (2011). *La distribución del ingreso en Chile: 1960-2000. Análisis del entorno* (Tesis inédita de licenciatura), Universidad de Chile, Chile.

Larrañaga, O. (1999). *Distribución de ingresos y crecimiento económico en Chile*. Santiago de Chile: CEPAL.

Moscoso-Flores, P. y Viu, A. (Eds), (2019). *Lenguajes y Materialidades. Trayectorias Cruzadas*, Santiago de Chile: Ril Editores.

Muñoz Salas, J. (2012). La imagen del liberalismo desde el diario El Estandarte Católicodurante el gobierno de Aníbal Pinto Garmendia (1876-1881). *Universum*, 27(2), 113142.

Ponce, J. I., Contreras, A. P. y Acevedo, N. (Eds.). (2018). *Transiciones: perspectivas historiográficas sobre la postdictadura chilena, 1988-2018*. Valparaíso: Editorial América en Movimiento.

Ponce de León, M. (2011). *Gobernar la pobreza: prácticas de caridad y beneficencia en laciudad de Santiago, 1830-1890.* Santiago de Chile: Ed. de la Dir. de Bibliotecas, Archivos y Museos.

Richard, N. (2013). *Crítica y Política.* Santiago de Chile: Palinodia.

Ruiz-Tagle, J. (1999). *Chile: 40 años de desigualdad de ingresos*. Santiago de Chile: Universidad de Chile-Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas,Departamento de Economía.

Villalobos-Ruminott, S. (2018). Equivalencia neoliberal e interrupción nómica: el conflicto de las facultades como contrato social. En Willy Thayer, Elizabeth Collingwood-Selby, Mary Luz Estupiñán Serrano y raúl rodríguez freire, *La Universidad (im)posible.* (pp. 84-103). Santiago de Chile: Ed. Macul.

Vito Paredes, J. (2013). *Política liberal y modernización económica: la Hacienda públicachilena, 1840-1880*. (Tesis inédita de doctorado), Universidad de Alcalá, España.

Parte I
Neoliberalismo, Catástrofe e Intervención Social

CAPÍTULO 1
Intervención social en la encrucijada neoliberal: transformación social en clave de resistencia

Gianinna Muñoz Arce[1]

Introducción

La noción de intervención social lleva en sí misma el horizonte de la transformación. Se interviene sobre algo o alguien porque se desea transformar el curso aparentemente natural e inevitable de las cosas, y en ese sentido, la transformación buscada siempre tiene una dirección: reproducir, mantener, contener, profundizar el orden social, cuestionarlo, deconstruirlo, subvertirlo. Muchas podrán ser las alternativas, "el suelo común" desde el cual se levantan y toman forma las diversas lógicas que co-existen en un mismo proceso de intervención social, en la propia racionalidad –explícita o implícita– de quienes intervienen lo social, en los mensajes que envuelven y se develan en esta y sus aparatos estratégicos e instrumentales. Es decir, se asume aquí que

1. Académica del Departamento de Trabajo Social y coordinadora Núcleo de Estudios Interdisciplinarios en Trabajo Social, Universidad de Chile. Trabajadora Social y Magíster en Trabajo Social, Pontificia Universidad Católica, Chile. Doctora en Trabajo Social, Universidad de Bristol, Inglaterra. Este trabajo se enmarca en el proyecto CONICYT/FONDECYT de Iniciación nº11160538. Además, se agradece a Herman Pezo y Tamara Cepeda, asistentes de investigación del estudio, quienes colaboraron arduamente en la formulación teórica del proyecto. *gianinna.munoz@uchile.cl*

la noción de transformación social es plural, como así lo es la propia idea de intervención.

Dado que este horizonte de transformación se configura de maneras diversas y contradictorias, lo que se vuelve problemático es el pensamiento esencialista que frecuentemente aparece en el debate, manifestado en la encrucijada "control *versus* emancipación", como dos horizontes en disputa que exigen una definición identitaria de quienes intervienen: intervenir para controlar o para emancipar. Intervenir para reproducir los mecanismos estructurales que producen opresión, o desde la vereda de la contra-hegemonía.

Este texto se propone observar la noción de intervención y las posibilidades de transformación que esta puede llegar a tener desde un lugar que escapa del mesianismo y del pesimismo al mismo tiempo (Healy, 1995; Iamamoto, 1997; Rogowski, 2010; Ioakimidis *et al.*, 2013). Un lugar que asume la contradicción al reconocer que la intervención social se sitúa en la encrucijada neoliberal (Ferguson *et al.*, 2018). Dicho lugar es definido como una "encrucijada", porque el *ethos* neoliberal coloniza la intervención social con dobles mensajes, con su capacidad de tomar el argumento de la crítica y volverlo a su favor (Boltanski & Chiapello, 2005), con la trampa psicopolítica y la promesa de que cada quien puede ser gerente de su propia vida (Han, 2016; Brökling, 2016). Asumir la encrucijada implica reconocer asimismo que si bien el *ethos* neoliberal ha colonizado el campo de la intervención social, es el propio neoliberalismo, la devastación y vulnerabilidad que va dejando a su paso, lo que permite la emergencia de diversas formas de resistencia (Butler *et al.*, 2016). La intervención social, desde esta perspectiva, refleja la racionalidad neoliberal, y al mismo tiempo ofrece la posibilidad de resistencia: actos de resistencia que van desde lo sutil hasta la radicalidad, desde lo individual hasta lo colectivo (Benjamin, 2007).

Este escrito se propone ahondar la discusión sobre intervención social,

observando los impactos del neoliberalismo en su configuración actual y las posibilidades de pensar la transformación social buscada, desde una posición que resiste, enfrenta y desafía la racionalidad neoliberal desde abajo, desde adentro, desde la primera línea de intervención[2]. El texto se organiza en tres apartados. El primero, indaga en la propia idea de intervención social desde las coordenadas neoliberalismo y resistencia. El segundo apartado profundiza en el debate conceptual sobre resistencia, examinando los planteamientos de tres grandes referentes para la discusión: Antonio Gramsci, Michel Foucault y Gayatri Spivak. Ciertamente esta selección deja fuera mucho de la producción intelectual sobre la idea de resistencia, pero se ha hecho esta opción con el propósito de ejemplificar la pluralidad teórica que encierra la idea de resistencia y sus distintas puertas de entrada para su comprensión. En el tercer apartado, y basándose en estudios empíricos en este campo, se intenta mostrar cómo diferentes sustratos teóricos del concepto de resistencia podrían dar lugar a diferentes actos y estrategias de resistencia en la intervención social.

Intervención social, neoliberalismo y resistencia

El neoliberalismo ha sido definido por Harvey (2005) como una variante del pensamiento liberal que exacerba la liberalización económica a través de la privatización y la desregularización del mercado. Enfatizando la competencia y la responsabilidad individual, se ha instalado como un discurso hegemónico a escala global.

El carácter hegemónico del neoliberalismo radica en su capacidad de penetrar no solo el dominio económico, sino también, el cultural y

2. Valga la distinción actual entre la "primera línea" que aquí la autora refiere; ella hace hincapié en la de quienes intervienen en la ejecución de programas sociales de modo directo con los sujetos sociales; cuestión que se aleja de aquella denominada primera línea que está en los combates callejeros desde octubre pasado en las calles de Chile (N. del E).

el social, a través de la colonización del sentido común de la forma en que la gente interpreta, vive y comprende el mundo operando como una ética en sí misma –un *ethos* neoliberal.

Los impactos del neoliberalismo en la intervención social en las últimas tres décadas han sido vastamente estudiados en diversos países. En Europa, por ejemplo, estudios han mostrado cómo la intervención social del Estado ha sido subyugada por el gerencialismo (*managerialism*), una lógica que en el contexto del declive de los Estados de bienestar supone que una mejor administración resolverá un amplio rango de problemas sociales y económicos, con un énfasis dominante en el enfoque de negocios y habilidades tecnocráticas de los profesionales que implementan las intervenciones sociales en primera línea, con diseños de intervención de arriba hacia abajo (*top-down interventions*), reducidos al logro de indicadores cuantificables y bajo la preponderancia de enfoques basados en la evidencia, supuestamente carentes de bases teóricas y políticas.

En América Latina el panorama no ha sido muy diferente. Si bien nunca hemos experimentado el Estado de Bienestar como ha sido conocido en Europa –ni su desmantelamiento, ciertamente–, el enfoque gerencialista se ha manifestado claramente en la lógica de las intervenciones sociales, debido especialmente a la influencia de organismos supranacionales como el Banco Mundial y sus políticas anti-pobreza y de desarrollo social. Las herencias del trauma colonial, de los regímenes autoritarios y patronales, de las dictaduras, de las democracias fragilizadas en la postdictadura, han acompañado la implantación y la profundización de la hegemonía neoliberal en América Latina (Leyton & Muñoz, 2016), las que se manifiestan también en formas de comprender y habitar la intervención social (Hermida, 2018).

En Chile, así como en otros países latinoamericanos, estas formas de comprender y habitar los procesos de intervención social están cruzadas por numerosas tensiones. Es el Estado quien diseña y financia las

intervenciones sociales, y es fundamentalmente el tercer sector quien las implementa, produciéndose generalmente una brecha entre el diseño y la implementación. La introducción de la lógica de mercado impuesta con la instauración del modelo neoliberal durante la dictadura, reforzada luego tanto por los gobiernos de centro-izquierda como de derecha que le han sucedido, ha significado que las organizaciones que conforman el tercer sector –fundamentalmente ONGs, fundaciones y corporaciones de derecho privado con y sin fines de lucro– deban competir por el financiamiento público. Esta dinámica de competencia e incertidumbre ha redundado en otra tensión: la condición de precariedad laboral que enfrentan los equipos profesionales dedicados a la intervención social. Los procesos de intervención tienen una duración acotada, inestable en el tiempo, con bajas remuneraciones y con alta carga laboral, donde la rotación profesional se ha vuelto una constante con la que los equipos de intervención deben lidiar. Esto sin duda obstaculiza la consolidación de un cuerpo de conocimientos relativo a la intervención social que se levante desde cada territorio.

Adicionalmente, y a pesar de los intentos por configurar respuestas de política social integrales (intersectoriales e interdisciplinares), aún los equipos que implementan estas intervenciones se ven enfrentados a una fragmentación de los problemas sociales y por lo tanto, a una fragmentación de las responsabilidades frente a su abordaje. Estas fragmentaciones, bien pueden ser observadas como otra fractura en los procesos de intervención social: es el propio profesional que interviene quien es fragmentado, pues probablemente comprende el carácter complejo y multidimensional de los fenómenos que aborda, pero se enfrenta cotidianamente a una gestión parcelada de sus dimensiones o componentes.

Junto a ello, y a las escasas posibilidades de consolidar aprendizajes por parte de los equipos de intervención social, nos encontramos con intervenciones que refuerzan la producción de un "sujeto útil" como

un resultado esperado del proceso, lo que, en sintonía con lo anterior, es muestra de la racionalidad neoliberal que coloniza la lógica de la intervención social. Abundan las intervenciones que acentúan la importancia de producir un sujeto emprendedor, de un sujeto que es el responsable último de su propia situación.

En esa misma línea, se evidencia la construcción de un sujeto deshistorizado y esencializado, algo que solemos ver frecuentemente en los análisis de intervención con poblaciones en situación de pobreza, con pueblos originarios, y con grupos considerados "diversos". Así es que tenemos al "buen pobre", al "buen migrante", al "mapuche bueno", en tanto categorías que calzan perfectamente con la impronta meritocrática y la condicionalidad de la intervención social neoliberal (Araujo, 2016).

En este escenario, surge la pregunta por la posibilidad de asumir una posición crítica en los procesos de intervención social, bajo el entendido de que, ante estas renovadas formas de desregulación, explotación y fragmentación, la discusión teórica y política se vuelve más necesaria que nunca, pues nos permite encontrar rutas y alternativas para interpretar y sortear la complejidad de estas tensiones (Garrett, 2013).

El neoliberalismo, hemos dicho, no solo es un modelo económico, sino una racionalidad que atraviesa todas las formas de sociabilidad. La propia intervención social está cruzada por la racionalidad neoliberal, lo que incluye no solo su diseño, sino también las comunidades de usuarios y a los propios profesionales que implementan las intervenciones. ¿Podemos hacer frente a esta impronta neoliberal de la intervención social?

Desde una perspectiva crítica, el neoliberalismo encierra en sí mismo resistencia. Aquí, tomando a Foucault (1980), se propone que la hegemonía neoliberal no es el espacio de opresión mientras las prácticas de resistencia ocurren fuera de ella, fuera de los dominios del neoliberalismo. Neoliberalismo y resistencia son comprendidos aquí como dos fuerzas imbricadas (Butler *et al.*, 2016).

La noción de resistencia

En el prólogo de su libro *Vulnerabilidad en Resistencia*, Judith Butler *et al.* (2016) defiende la idea de que es precisamente la vulnerabilidad que resulta de la violencia neoliberal la que permite la emergencia o creación de resistencias. 'Resistencia' tiene su origen etimológico en el verbo en latín *resistere*, que indica mantenerse firme, persistir, oponerse sin perder el puesto. El vocablo está compuesto por el prefijo re, aludiendo a la intensificación o reiteración de la acción (Corominas, 1954). La noción de resistencia ha sido utilizada como clave de lectura para la comprensión de diversas dinámicas sociales a través de la historia, pudiendo rastrearse en los trabajos de Gramsci sobre las nociones de hegemonía y contra-hegemonía, y explícitamente en la producción de Foucault sobre poder y resistencia, en Bourdieu y sus propuestas sobre intelectualidad y resistencia, en Deleuze con su noción de resistencia como potencia creativa, en los relatos de emancipación de Said, en las propuestas de resistencia desde la subalternidad de Spivak, en la noción de resistencia decolonial de Walsh o Maldonado-Torres, solo por nombrar algunos caminos teóricos.

La noción de resistencia se entiende aquí como oponerse sin perder el puesto, como la posibilidad de desafiar el orden hegemónico a partir de la identificación de espacios de acción, márgenes de maniobra o de discreción profesional, que permiten dar otro sentido –un "contra-sentido"– a las intervenciones hegemónicas enraizadas en la lógica del neoliberalismo (Strier & Bershtling, 2016). No se alude con ello a una idea romántica de resistencia en la intervención social (Barnes & Prior, 2009), sino más bien de una comprensión de la resistencia como un comportamiento que se desarrolla en el quehacer cotidiano: omitir información, contravenir reglas menores, añadir actividades que no piden realizar, para definir, desde nuestra interpretación de lo que es una "buena sociedad", la forma de la intervención social.

Ejercer resistencia desde esta perspectiva se trata de cambiar el curso de lo establecido, ya sea sutilmente o de manera radical, a título individual y silencioso, o de manera colectiva y pública. El énfasis en el tipo y forma de resistencia que podemos desarrollar dependerá del enfoque conceptual adoptado. Si entramos a la noción de resistencia desde Foucault, por ejemplo, la resistencia tendrá lugar en las fisuras de la microfísica del poder, en el dominio de las construcciones intersubjetivas, pero si la lectura de la resistencia la hacemos desde Gramsci, el foco de nuestros actos de resistencia tendría que estar puesto en los esfuerzos por construir contra-hegemonía, una nueva visión de mundo, un proyecto de consenso alternativo que permita la transformación de las estructuras morales e intelectuales desde lo colectivo (Cornelissen, 2018).

Buscando iluminar teóricamente la noción de resistencia, mostraré a continuación tres rutas posibles para abordar este concepto: Gramsci, Foucault y Spivak. Sin duda se reduce la complejidad de la discusión al centrar el análisis en estos/as tres autores/as únicamente, pero he seleccionado estas tres vías teóricas porque son representativas de dos debates mayores en teoría crítica hoy en día: el debate entre estructuralismo y postestructuralismo, y el debate entre postestructuralismo y feminismo decolonial. Además, cada uno de estos caminos teóricos para comprender la idea de resistencia encierra tres nociones relacionadas, pero diferentes, de transformación social, el principio que guía la intervención en lo social. Explorando estos tres caminos teóricos nos permite, además de situar el concepto de resistencia, poner en movimiento nuestras propias ideas de transformación de lo social.

Rastreando la idea de resistencia en Gramsci

"El capital de Marx era, en Rusia, el libro de los burgueses más que el de los proletarios", nos dice Gramsci (1917), a partir de su análisis

crítico sobre la experiencia de la Revolución Rusa, abandonando el marxismo economicista para producir un marxismo político, de posición. El marxismo de posición se realiza, desde su punto de vista, en la formación de una clase dirigente, formada por revolucionarios capaces de crear las condiciones necesarias para la lograr la hegemonía de la clase proletaria.

La noción de hegemonía, central en el planteamiento gramsciano, y con ella, la de "contra-hegemonía" (que conectamos aquí con la posibilidad de resistencia), es la capacidad de configurar las visiones de mundo de las masas. Desde esta perspectiva, la sociedad se organiza a partir de una relación de dominación, entre la sociedad política y la sociedad civil. Dentro de dicha relación, los grupos hegemónicos serían aquellos que a través de organizaciones públicas o privadas (el Estado, la Iglesia, el Sindicato, la Escuela, los Medios de comunicación) configuran a la sociedad civil. Es decir, los grupos hegemónicos son las sociedades políticas capaces de configurar a la masa popular a través de organizaciones privadas o públicas o, lo que es lo mismo, hacerse del Estado o aparato de dominación. La hegemonía, en este sentido, consiste en el ejercicio del liderazgo político, intelectual y moral, solidificado por una visión unitaria del mundo, o lo que Gramsci denominó 'ideología orgánica' (Mouffe, 1992). La visión hegemónica no se impone, sino que es esencialmente pedagógica y democráticamente adquirida.

En la economía capitalista, el grupo dominante acumula las riquezas y el grupo dominado es expuesto a riesgos mortales, pues su vida elemental, su cultura, la vida y el porvenir de su familia están expuestos a los vaivenes bruscos de las variaciones del mercado de trabajo (Gramsci, 2011). Aquí hay que poner atención en dos aspectos fundamentales que van a diferenciar esta versión de resistencia de los enfoques foucaultianos y postestructuralistas en general: primero, los planteamientos de Gramsci dejan ver constantemente la lectura dialéctica en sus análisis. Dialéctica porque, por una parte, los análisis

se centran en la dinámica dominante-dominado (la clase dominante y la clase dominada) en constante relación de tesis y antítesis. En la primera se encuentra la sociedad política (el Estado y sus medios de producción y reproducción) y, en la segunda, la sociedad civil. Luego, es posible observar que en su argumento el grupo dominante, al establecer las prácticas vitales y de desarrollo de los dominados, impone un modo de vida, a saber, individualista y competitivo. En la relación dialéctica, ésta sería la forma de dominación o enajenación (en términos marxistas) ante la cual su antítesis sería la crítica y el asociacionismo entre trabajadores.

> El asociacionismo puede y debe ser reconocido como el hecho esencial de la revolución proletaria […] La dictadura proletaria puede encarnarse en un tipo de organización que sea específica de la actividad propia de los productores y no de los asalariados, esclavos del capital (Gramsci, 2011a: 92 y 99).

Así encontramos en estas ideas de crítica y asociacionismo las posibilidades de pensar la noción de resistencia. La crítica se da en lo colectivo, en la asociación –manifestada en la figura del "consejo de fábrica", que es "la primera célula de esta organización" (Gramsci, 2011b:99). Dadas las condiciones de explotación, el trabajador se somete hasta que se sumerge en lo colectivo y es capaz, con otros, de levantar una crítica, que constituye el punto de partida de su cambio de actitud hacia la emancipación.

Dicha crítica es reforzada por los intelectuales orgánicos que surgen del proletariado. Así, en el "consejo de fábrica" es una entidad política-organizativa fundamental para emprender la lucha económica y política, que a diferencia del sindicato, responde efectivamente a la construcción de un poder proletario autónomo.

> El trabajador trata entonces de salir de la esfera de la competencia y del individualismo. El principio de asociación y solidaridad se vuelve esencial para la clase trabajadora, cambia la psicología y la actitud de los obreros y campesinos. Surgen instituciones y organismos en los que dicho principio se encarna; sobre la base de éstos se inicia el proceso de desarrollo histórico que conduce al comunismo de los medios de producción y de intercambio (Gramsci, 2011a: 92).

De ahí que, la resistencia pensada desde la perspectiva gramsciana no es en ningún caso individual, sino colectiva y en contra de lo individual (Allen, 2017). La posibilidad de resistencia puede ser entendida desde este lugar como la antítesis de la dominación, siendo la individuación y competencia entre trabajadores una forma de dominación, y su crítica y asociacionismo, una forma de resistencia.

> [En el consejo de fábrica] todos los sectores del trabajo están representados proporcionalmente a la contribución que cada oficio y cada sector de trabajo da a la elaboración del objeto que la fábrica produce para la colectividad […] Todos los problemas que son inherentes a la organización del estado proletario, son inherentes a la organización del consejo. Tanto en uno como en otro el concepto de ciudadano decae y es sustituido por el concepto de compañero. [El consejo de fábrica] cambia las relaciones entre compañeros, los que, al ser indispensables entre ellos, promueve la colaboración, la solidaridad, el afecto y la fraternidad (Gramsci, 2011c: 99).

De ahí que, a través de la reiteración de relaciones entre proletarios conversos en "compañeros", éstos mismos se eduquen y critiquen entre sí. Pero no levantan cualquier crítica, sino una crítica al individualismo,

a la competencia, a la despreocupación por el trabajo, a la indisciplina, y todo aquello que pueda afectar de forma negativa al resultado de la producción y de la relación entre sujetos de la misma clase. En este sentido, se entiende que Gramsci considere que los obreros también son intelectuales e, incluso, filósofos de su clase.

Así, la praxis de la resistencia es instrumental, pues su finalidad [su *telos*], es la revolución o la hegemonía de la clase proletaria (Garrett, 2013). En cada una de sus planas, hay evidencia de que el autor considera a la revolución como un hecho viable, siempre y cuando se cumplan las condiciones que propone, esto es, la crítica, la asociación, y las instituciones revolucionarias anticapitalistas que de ello deviene, tales como el consejo de fábrica y las comisiones internas.

Si las instituciones gestadas por la crítica y la asociación proletaria no son revolucionarias, entonces la resistencia es un sinsentido; se vuelve un "resistir por resistir". Por eso, desde su perspectiva, la resistencia ha de ser por y para la revolución obrera. Esto, se puede observar en su crítica a los partidos socialistas al inmiscuirse en el juego burgués del Congreso o Parlamento, como también en su crítica a los sindicatos, y a todo aquello que olvida el objetivo de refundar el Estado desde la hegemonía del proletariado. De ahí que Gramsci sea un autor inscrito en los marcos del pensamiento moderno y no posmoderno –si por modernidad entendemos las perspectivas cuyos relatos abarcan a la totalidad del mundo hacia un fin común, y a la posmodernidad como la ausencia de relato, carencia de totalidad, relatividad y la particularidad.

Poder y resistencia en Foucault

En contraposición a estas concepciones modernas, en su analítica del poder, Foucault (1978) entiende las relaciones de poder como una relación de fuerzas, con capacidad de afectar y ser afectadas por otras fuerzas, las cuales se encuentran presentes en todo el cuerpo social.

En este campo de posibilidades, el poder no sólo constriñe, sino que también es productivo, en tanto produce discursos, nociones de verdad, comportamientos. Además, plantea que el poder no se encuentra localizado en un determinado lugar, en agentes o sujetos específicos, sino que circula de forma múltiple y difusa en las relaciones y distintos planos sociales. Esto implica una comprensión microfísica del poder, asunto que es crucial para examinar la noción de resistencia. A diferencia de Gramsci, quien pone acento en el rol del Estado como aparato fundamental de producción de hegemonía, para Foucault (1978) el poder no se localiza necesaria y únicamente en el Estado. En este sentido, los mecanismos de poder que operan fuera del Estado, por debajo de éste, en sus contornos, por el lado, *"de una manera mucho más minuciosa y cotidiana"* (Foucault, 1978: 108) son espacios fundamentales donde opera el poder y por tanto también constituyen intersticios por donde pueden filtrarse las resistencias. Para ejercer resistencias, desde esta perspectiva, es necesario otorgar una impronta local, o una lectura microsocial del ejercicio de poder, introduciendo un análisis ascendente del mismo. Es decir, las resistencias, aunque locales y en los espacios microsociales, deben ser analizadas observando cómo son investidas y anexionadas por fenómenos globales en un marco general (Foucault, 1978).

Frente a este escenario, si bien se asume que las relaciones de poder se encuentran inmanentemente en las relaciones humanas, no quiere decir que determinen rígidamente las acciones de los sujetos. Es decir, cuando se plantea las relaciones de poder como un modo de acción o *gobierno* sobre los otros, es imprescindible que se considere la libertad como un elemento fundamental, pues el poder se ejerce sobre sujetos libres, refiriéndose a que "no hay una relación de poder sin escapatoria sin huida, sin eventual regreso. Toda relación de poder implica, pues, por lo menos virtualmente una estrategia de lucha" (Foucault, 1988, 19).

De acuerdo a lo anterior, las relaciones de poder al ser relaciones de

fuerzas, poseen tres atributos no lineales: el poder de afectar, el poder de ser afectado, y el poder de resistir, asunto donde nos detenemos:

> [Las relaciones de poder] No pueden existir más que en función de una multiplicidad de puntos de resistencia: éstos desempeñan, en las relaciones de poder, el papel de adversario, de blanco, de apoyo, de saliente para una aprehensión. Los puntos de resistencia están presentes en todas partes dentro de la red de poder. Respecto del poder no existe, pues, un lugar del gran Rechazo –alma de la revuelta, foco de todas las rebeliones […] hay varias resistencias que constituyen excepciones, casos especiales: posibles, necesarias, improbables, espontáneas, salvajes, solitarias, concertadas, rastreras, violentas, irreconciliables, rápidas para la transacción, interesadas o sacrificiales […] (Foucault, 2007: 116).

Se observa claramente entonces que la posibilidad de ejercer resistencia es plural, que no hay una única manera de resistir. Al mismo tiempo, se realza la apertura de modificar, o mutar las relaciones de poder, es decir, no responde a un proceso unidireccional donde los sujetos se encontrarían en una atadura política, sin capacidad de transformación. Sin embargo, así como no es posible plantear el poder de manera universal, las resistencias tampoco constituyen un todo homogéneo, más bien se encuentran presentes en la multiplicidad de las relaciones, en las distintas luchas y estrategias ejercidas en una determinada situación y/o diagrama de poder.

Esto supone el reconocimiento que las relaciones de poder tienen cabida solo en ejercicio del acto, y que por tal, desde la perspectiva foucaultiana no pretenden hacer frente a un enemigo principal –como sí podemos verlo en Gramsci–, ni tampoco esperan solucionar un problema futuro, sino que se trata de luchas inmediatas, en cuanto se

oponen a aquellas instancias o técnicas de poder que se encuentran más próximas. Por tanto, "resistir tiene que ser como el poder. Tan inventiva, tan móvil, tan productiva como él. Es preciso que, como él, se organice, se coagule, y se cimente. Que vaya de abajo arriba, como él, y se distribuya estratégicamente" (Foucault, 1997: 162).

Siguiendo en la línea de la resistencia, Foucault (1988) distingue al menos tres tipos de luchas que operan en las relaciones de poder. La primera, refiere a luchas que se oponen a las formas de dominación, ya sea por etnia, social, religiosa entre otras. La segunda, aquellas que denuncian formas de explotación que separan a quienes la produce, donde prevalece una lectura marxista de la idea de lucha social. Finalmente, aquellas que combaten contra la sujeción y las formas de subjetividad y de sumisión. En este sentido, identifica las técnicas de individualización y los procedimientos de totalización al interior de la estructura política del Estado moderno occidental como mecanismos que crean subjetividad y sumisión –las tecnologías del poder disciplinario y la biopolítica. Frente a ello, asoma otra pista para comprender la noción de resistencia en Foucault:

> […] sin duda el objetivo principal en estos días no es descubrir lo que somos, sino rechazar lo que somos. Tenemos que imaginar y construir lo que podríamos ser para librarnos de este tipo de "doble atadura" política, que consiste en la simultánea individualización y totalización de las estructuras del poder moderno (1988: 11).

En síntesis, cuando se plantea la resistencia desde perspectiva foucaultiana, se asume que frecuentemente:

> Nos enfrentamos a puntos de resistencia móviles y transitorios, que introducen en una sociedad líneas divisorias que se desplazan

> rompiendo unidades y suscitando reagrupamientos, abriendo surcos en el interior de los propios individuos, cortándolos en trozos y remodelándolos, trazando en ellos, en su cuerpo y su alma, regiones irreducibles. Así como la red de las relaciones de poder concluye por construir un espeso tejido que atraviesa los aparatos y las instituciones sin localizarse exactamente en ellos, así también la formación del enjambre de los puntos de resistencia surca las estratificaciones sociales y las unidades individuales. Y es sin duda la codificación estratégica de esos puntos de resistencia lo que torna posible una revolución (Foucault, 2007: 117).

Hasta aquí podemos puntualizar una cuestión central que diferencia la entrada gramsciana de la entrada foucaultiana a la noción de resistencia. La propuesta de Foucault es, hasta cierto punto, más pertinente a la explosión de la diversidad y al reconocimiento de la heterogeneidad, de las sutiles y enmarañadas relaciones de fuerza en las que se manifiestan el poder y la resistencia. Sin embargo, el riesgo aquí es la fragmentación de las resistencias –muy a diferencia de las posibilidades de pensar la resistencia con Gramsci. En un intento por sortear estos obstáculos teóricos y prácticos, Gayatri Spivak nos ofrece un planteamiento singular sobre la idea de resistencia que intenta poner las elaboraciones previas en el contexto de la colonialidad y explotación experienciadas en el sur global, dislocando las posiciones tradicionales para observar desde otra geopolítica la cuestión de las resistencias.

Resistencias dislocadas: pensamiento feminista y decolonial en Spivak

Gayatri Chakravorty Spivak, filósofa india, ha construido a través de décadas de trabajo académico y de intervención social[3], una crítica

3. Hace décadas Spivak inició el programa *Pares Chandra y Sivani Chakravorty Memorial Literacy Project* –un proyecto de alfabetización en zonas rurales de India–, con el propósito

al imperialismo desde el pensamiento decolonial y la mirada feminista. Sus trabajos abordan la construcción del sujeto subalterno, plasmada en su obra "¿Puede hablar el sujeto subalterno?" (Spivak, 1998), a través de la cual declara que los sujetos subalternos son minorías sin voz, oprimidos por una fuerza aparentemente superior, que no les permite hablar o –más bien– ser escuchados. Mediante la metáfora de sujetos sin voz, reconoce que físicamente pueden hablar, pero que las posibilidades de ser efectivamente escuchados o escuchadas les son negadas. Dentro de estos sujetos subalternos la autora reconoce a los campesinos, el proletariado y las mujeres, fundamentalmente. Haciendo énfasis en la lectura feminista, destaca en esta última categoría de subalternidad, afirmando que: "la construcción ideológica de género [gender] se presenta bajo el dominio de lo masculino. Si en el contexto de la producción colonial el individuo subalterno no tiene historia y no puede hablar, cuando ese individuo subalterno es una mujer su destino se encuentra todavía más profundamente a oscuras" (Spivak, 1998: 20-21).

En consideración a ello, las principales preguntas que plantea son: "¿Puede hablar el sujeto subalterno? ¿Qué es lo que los círculos de élite deben hacer para velar por la continuación de la construcción de un discurso subalterno?" (Spivak, 1998: 27). En este escenario, "la cuestión de la "mujer" parece especialmente problemática debido a que si se es pobre, negra y mujer la subalternidad aparece por triplicado, por lo tanto, sus posibilidades de superarla son significativamente menores (un asunto ampliamente trabajado desde los enfoques interseccionales de intervención social). Aquí, la pregunta acerca de la posibilidad comunicativa o enunciativa del sujeto subalterno parece tener una respuesta categórica y algo polémica: si el sujeto subalterno

---

de expandir los horizontes de las y los jóvenes de sectores vulnerados. Cada año, Spivak deja su lugar de académica en la Universidad de Columbia para ir a las escuelas y trabajar con estudiantes y docentes de las escuelas rurales de su país. Ver: Sharpe and Spivak (2013).

deja de estar silenciado, automáticamente deja también de denominarse "subalterno" (Spivak, 1998).

Spivak propone que el centro silencioso o silenciado sea comprendido como el lugar donde se expresa la subalternidad, allí donde quedan en evidencia los márgenes del discurso de un circuito marcado por una violencia epistémica. Esa violencia epistémica actúa ejerciendo una presión en las distintas significaciones de la vida cotidiana de los pueblos, personas o grupos dominados o colonizados. Así, dichos significados corren el riesgo de ser alterados o –en el peor de los casos– desaparecer. Spivak (1998: 15), reflexionando sobre la posibilidad de los subalternos de hablar y de ser escuchados, revisa críticamente las propuestas de Foucault y Deleuze frente a la posibilidad de resistir en un marco de la violencia y privilegio epistémico:

> Según Foucault y Deleuze (que escriben en el Primer Mundo, en condiciones de generalización y regulación de una sociedad capitalista, aunque no parecen tener conciencia de ello), los oprimidos podrían hablar y conocerían sus propios condicionamientos una vez que obtuvieran la ocasión para hacerlo (...) ¿Puede realmente hablar el individuo subalterno haciendo emerger su voz desde la otra orilla, inmerso en la división internacional del trabajo promovida en la sociedad capitalista, dentro y fuera del circuito de la violencia epistémica de una legislación imperialista […]? (Spivak, 1998: 15).

Desde esta crítica que releva el carácter colonial que se anida en los planteamientos críticos, Spivak advierte que existen una serie de condiciones estructurales que relegan a las personas al estado de subalternidad: el patriarcado, el imperialismo, la colonización y la división internacional del trabajo. Particularmente esto último –la división internacional del trabajo– es una dimensión fundamental de

su planteamiento que permitirá comprender la noción de resistencia alojada en su propuesta.

> Puesto de manera sencilla, es un grupo de países, generalmente del primer mundo, que están en la posición de inversión de capital; otro grupo, generalmente tercermundista, provee el campo para la inversión, ambos por medio de los compradores capitalistas nativos y mediante su malamente protegida y cambiante fuerza de trabajo […] Con las telecomunicaciones modernas y la emergencia de economías capitalistas avanzadas en los dos extremos de Asia, conservar la división internacional del trabajo sirve para mantener el suministro de trabajo barato en los países compradores (Spivak, 1998: 7).

Spivak va a poner el acento en la importancia del trabajo en serie –trabajo esclavo– que miles de personas (especialmente mujeres, niños y niñas) desarrollan en diversas locaciones del sur global y que alimentan el capitalismo neoliberal. A pesar de las grandes cargas de sufrimiento e injusticia que viven estos/as subalternos/as, pone el acento en que la subalternidad no es una identidad, es una posición. Por lo tanto, las personas pueden dejar de ser subalternizadas (Spivak, 2017). Los procesos de resistencia pueden expresarse en inscripciones locales que tengan alcances globales:

> cuando la nueva subalterna generizada [consciente de su posición de género] participa de la resistencia colectiva que se está desplegando globalmente en las bases frente al imperialismo del comercio y de las ayudas, se encuentra en un terreno en el que los movimientos por la autogestión local, cada uno con su cadena de valores, por así decirlo, suponen una interferencia inmediata para lo global.

Desde esta perspectiva, la resistencia es localizada. Microfísica, como en Foucault, pero de fuerte anclaje colectivo y con pretensiones de transformaciones estructurales, como en Gramsci. Es una idea de resistencia "generizada" (que observa la opresión de género) y con propósitos decoloniales, y por lo tanto, situada geopolíticamente.

Estas distinciones conceptuales para abordar la idea de resistencia, encierran cuestiones de orden político y metodológico que en los procesos de intervención requieren abordarse o al menos discutirse, si es que la intención es "transformar lo social". De lo contrario, atendemos a esa "transformación sin cambio" que tan bien han explicado Castro-Serrano y Flotts (2018). Ya sea que la apuesta es por formar comunidades críticas, o por transformar valores y principios culturales de orden estructural, o por impulsar el desarrollo de procesos de subjetivación individual contra-hegemónicos (lo que es claro en el trabajo social de caso "radical" o en procesos terapéuticos críticos), se requiere pensar el escenario en que se producen los procesos de intervención social, las contradicciones que esta encierra, los cambios de orden estructural que la afectan, la propia construcción de subjetividad de los profesionales y equipos que las implementan, las constricciones de las instituciones que les dan vida, y un largo etcétera.

¿Podemos oponer resistencia a la racionalidad neoliberal desde los procesos de intervención social?

Sí, podemos. Pero claro, hay distintas maneras de entender la resistencia, como hemos visto. En primer lugar, hay que considerar que siempre existen ambivalencias en la forma en que se interpretan los mensajes institucionales y reaccionan ante las políticas sociales diseñadas de arriba hacia abajo. Existen numerosos estudios sobre la forma en que los equipos de intervención desde la primera línea ejercen prácticas

de resistencia ante una política social regulatoria[4]. Sin embargo, pese a que hay una tendencia a describir las distintas respuestas de los profesionales y que éstas establecen potenciales variantes de resistencias, aún permanecen en un marco estrecho e individualizado de comprensión del poder humano y la agencia. Factores de orden estructural como la configuración de los Estados, los climas políticos y las orientaciones de política operan como componentes externos al cotidiano de los/as usuarios/as de las intervenciones sociales, y se imponen en la ciudadanía de manera más o menos explícita –en tanto perspectivas, valores, principios, discursos– a través de la acción de los/as profesionales, a menos que estos/as se activen a sí mismos como un tipo de obstáculo a la difusión de ideas que subyacen a las intervenciones, o como elementos de restricción y filtro (Dobson, 2015).

A pesar de las formas de regulación de políticas sociales y su implementación, este último proceso sigue configurado temporal y jerárquicamente como algo que toma lugar "en terreno" o en "primera-línea" y que puede desviarse de la política del gobierno o su intención original. En esta forma de representación ambos, Estado y política, aparecen como entidades únicas y singulares que mantienen aspiraciones y objetivos. Sin embargo, estas políticas y formas de fuerzas determinadoras pueden ser resistidas por el poder humano y la agencia en el nivel local (Barnes & Prior, 2009). En este sentido, la resistencia implica que el poder y la agencia de los profesionales se vuelve susceptible a "batallas" interpretativas y paradigmáticas respecto a la construcción de lo humano o de los diferentes problemas de intervención que aborda, abriendo la pregunta sobre las razones y las maneras en que los profesionales están dispuestos a quebrar esquemas, subvertir orientaciones y resistirlas, con

4. Por ejemplo: Baines, 2006, 2008, 2011; Ferguson & Lavalette, 2006; Smith, 2007; Barnes & Prior, 2009; Cheung & Ngai, 2009; Gregory, 2010; Carey & Foster, 2011; Wallace & Pease, 2011; Deepak, 2012; Ioakimidis et al., 2013; Chi-Leung & Hoi-Kin, 2013; Evans, 2014; Tonkens et al., 2013; Weinberg & Banks, 2019.

el riesgo de ser evaluados negativamente por sus empleadores (Baines, 2011). Es especialmente en estos contextos, altamente demandantes, donde los profesionales que implementan intervenciones sociales desarrollan técnicas que les permiten sobrellevar el día a día, influenciadas por sus experiencias y aprendizajes (Dobson, 2015).

Los profesionales "dan forma" a la intervención en su implementación en la primera línea, un fenómeno vastamente estudiado desde la sociología de las profesiones de Lipski (1980). A partir de sus investigaciones, Lipski sugiere que es fundamental observar cómo las condiciones de la experiencia humana dan forma al poder, a la agencia y a las acciones de los profesionales. Hay tres consideraciones importantes en este sentido: primero, se requiere determinar hasta dónde y en qué formas las acciones de los/as profesionales se estructuran cambiando los sistemas y configuración estructural del Estado contemporáneo (una pregunta de corte más Gramsciano); segundo, un compromiso conceptual con la naturaleza de la intervención social en lo que tiene que ver con los/as profesionales implementando, entregando, interpretando, mediando, negociando, revisando, negando y resistiéndose a los sistemas políticos y de políticas en los que operan. En tercer lugar, el análisis enfatiza en la experiencia y biografía de los/as profesionales, y en cómo su identidad y su experiencia personal/profesional puede estructurar la interpretación y ejecución de la intervención social (una perspectiva más foucaultiana, el sentido en que el foco está puesto en los procesos de subjetivación profesional y su microfísica interacción con los/as usuarios/as).

A partir de estos análisis, y en la elaboración de sus propuestas sobre el desarrollo de resistencias profesionales, Dobson (2015) destaca la importancia de los procesos de subjetivación que ocurre entre los integrantes de los equipos profesionales que implementan intervenciones sociales. Observa la relevancia de contar con profesionales que construyan una subjetividad "críticamente humanitaria", que implica intencionar tanto en los procesos de formación profesional como en

los espacios de construcción de identidades profesionales (la reunión de equipo, la instancia de supervisión, la jornada de reflexión interna, las asesorías o espacios de formación).

La elaboración de subjetividades profesionales que se auto-reconozcan en tanto sujetos con distintas perspectivas, que ejercen poder y agencia y que aplican significados múltiples, ambivalentes y contestatarios a los mundos construidos es fundamental para pensar posibles actos de resistencia frente a la propia lógica de la intervención social, desde su interior, dentro de sus marcos de operación. Esto implica comprender que el ejercicio de poder está disperso en una red de agencia humana y relaciones e interacciones sociales y que al mismo tiempo, todas estas interacciones están enmarcadas y atravesadas por determinantes de orden estructural. Por esa razón, el llamado es a repensar las resistencias profesionales como relaciones entre lo individual y lo social, reimaginando la política social y asumiendo que la intervención es lo que hacemos con ella (Dobson, 2015).

También es necesario observar que la posibilidad de desarrollar resistencias profesionales desde la intervención implica comprender la relación entre los diseños de política y la intervención propiamente tal como una negociación de procesos interactivos, estructurados por intereses conflictivos y sistemas de valores entre los individuos y las instituciones. La intervención va tomando forma a partir de las posibilidades de humanización –o de no alienación– de los profesionales que la implementa, y de sus capacidades de analizar prioridades, interpretar críticamente y actuar creativamente. La intervención se re-diseña en la primera línea y que es ahí donde precisamente se pueden desarrollar actos de resistencia frente a la racionalidad neoliberal.

Dentro de los actos de resistencia profesional desarrollados en los procesos de intervención más reportados en estudios realizados en esta materia, podemos encontrar aquellos de orden más sutil, como por ejemplo las transgresiones menores a ciertas normas o disposiciones

de política y las omisiones. Baines (2011) agrupó los actos de resistencia profesional en los procesos de intervención en dos categorías: los pasivos (el silencio, la marginación frente a una acción de política, el rechazo o no consentimiento de una orientación) y los activos, como la desobediencia civil, el activismo social organizado, la participación activa en movimientos sociales, la construcción de coaliciones, el uso del arte como una estrategia disruptiva, las manifestaciones públicas (protestas, huelgas y otros actos de expresión pública). Estos últimos actos de resistencia también han sido catalogados como actos de resistencia radical, en el sentido en que aspiran a alcanzar transformaciones de orden estructural a partir de la organización y lo colectivo, de manera explícita, y pública. En el otro extremo, encontramos los actos de resistencia sutil, que son implícitos, generalmente individuales y silenciosos (Strier & Bershtling, 2016).

En otra línea, se ha identificado que la generación de información clave, y la difusión de ideas también han sido catalogadas como actos de resistencia profesional. La difusión de ideas a través de internet, redes sociales y otros medios de comunicación también puede contarse como actos de resistencia profesional bajo ciertas circunstancias (Barnes & Prior, 2009). Dependiendo del tenor y alcance de la información difundida, estas acciones pueden comprenderse como actos de resistencia sutiles o radicales.

Desde otras perspectivas, la intervención profesional basada en estrategias de abogacía social (*advocacy*), las intervenciones con una orientación fuerte hacia la promoción de control ciudadano por parte de las comunidades de usuarios y a la creación de proyectos locales y alternativos, en la lógica planteada por Spivak, constituyen un camino viable y más "al alcance de la mano" para ejercer resistencias desde la intervención social localizada. Ejemplos de cooperativas que promueven prácticas ecológicas y de comercio justo, iniciativas de reciclaje y donación colectiva (*freecycle*), bancos del tiempo (intercambio de servicios

comunitarios sin mediación de dinero), además de ser iniciativas que mejoran las condiciones materiales de vida de las personas, permiten construir y fortalecer los vínculos comunitarios desde una perspectiva de colaboración y colectividad, que desafía la racionalidad neoliberal en el día a día (Weinberg & Banks, 2019).

Reflexiones finales

En una entrevista realizada para un medio chileno en noviembre de 2017, Naomi Klein afirmó que el gran triunfo del neoliberalismo ha sido convencernos de que no hay alternativa. Pensar que el acto deliberado de omitir acciones o incluir actividades no solicitadas por los diseños de intervención social (para hacerlos más humanos, más respetuosos de la diversidad, más comprometidos políticamente) no constituye un acto de resistencia relevante, es también un efecto de la racionalidad neoliberal que atraviesa nuestras subjetividades. Se trata de, aunque sutiles, actos de resistencia que van minando desde abajo, desde afuera, desde el lado, como diría Foucault, la arquitectura neoliberal de las intervenciones sociales.

El riesgo, en todo caso, de asumir que la resistencia puede ser sutil, individual y en silencio, nos vuelve a poner en la trampa psicopolítica, donde quienes hacemos intervención en lo social somos responsables de salvar al mundo del neoliberalismo. Esta visión mesiánica refuerza el sentimiento de culpa y la inconformidad constante que hace estallar la propia subjetividad. Tal vez no podamos hoy aspirar al consejo de fábrica gramsciano, pero sí podemos adherir a la dimensión colectiva de la resistencia, reafirmando que las transformaciones se hacen con otras/os, a quienes podemos llamar compañeras/os precisamente porque nos acompañamos en las luchas, en las reflexiones, en la auto-crítica, en las posibilidades de producir propuestas conjuntas, alternativas, novedosas, que surjan de la cooperación. Desde aquí solo podemos

reconocernos en la encrucijada, bajo la tensión de los marcos institucionales pero con la posibilidad siempre de "oponernos sin perder el puesto". Después de todo, es así como se manifiesta la contradicción entre control y emancipación que se enfrenta desde la intervención. El desafío de "oponernos sin perder el puesto" requiere entonces lucidez en los análisis de la propia posición profesional en determinados marcos institucionales y contextuales, e identificación estratégica de nuestras posibilidades de incidencia, con la tenacidad para llevar adelante un programa de trabajo crítico, pero sobre todo desde un *ethos* de la colaboración que se hace con quienes también buscan transformar lo social desde sus propias posiciones, repertorios y estrategias.

Referencias

Allen, A. (2017). *The End of Progress: Decolonizing the Normative Foundations of Critical Theory*. Columbia: University Press.

Araujo, K. (2016). *El miedo a los subordinados. Una teoría de la autoridad*. Santiago de Chile: LOM.

Baines, D. (2006). 'If You Could Change One Thing': Social Service Workers and Restructuring, *Australian Social Work*, 59(1), 20-34.

---------- (2008). Race, resistance, and restructuring: Emerging skills in the new social services. *Social Work*, 53(2), 123-131.

---------- (2011). Resistance as emotional work: The Australian and Canadian non-profit social services. *Industrial Relations Journal*, 42(2), 139-156.

Barnes, M. and Prior, D. (2009). *Subversive citizens. Power, agency and resistance in public services.* Bristol: The Policy Press.

Benjamin, A. (2007). Afterword-doing anti-oppressive social work: the importance of resistance, history and strategy. In D. Baines (Ed.). *Doing anti-oppressive practice: building transformative politicized social work* (pp 191- 204). Halifax: Fernwood.

Boltanski, L. and Chiapello, E. (2005). *The new spirit of capitalism*. London: Verso.

Bröckling, U. (2016). *El Self emprendedor. Sociología de una forma de subjetivación*. Santiago de Chile: Editorial Universidad Alberto Hurtado.

Butler, J., Gambetti, Z. and Sabsay, L. (2016). *Vulnerability in resistance*. Duke: University Press.

Carey, M., and Foster, V. (2011). Introducing deviant social work: Contextualizing the limits of radical social work whilst understanding (fragmented) resistance in the state social work labour process. *British Journal of Social Work*, 41, 576–593.

Castro-Serrano, B. y Flotts, M. (2018). *Imaginarios de transformación. El trabajo social revisitado*. Santiago de Chile: RIL editores.

Cheung, C.C. and Ngai, S.S.Y. (2009). Surviving hegemony through resistance and identity articulation among outreaching social workers. Child and Adolescent. *Social Work Journal*, 26(1), 15–37.

Chi-Leung, L. and Hoi-Kin, T. (2013). Adversity and resistance: neoliberal social services and social work in Hong Kong. *Critical and Radical Social Work,* 1(2), 267-271.

Han, B-Ch. (2016). *Psicopolítica. Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder*. Madrid: Herder.

Cornelissen, L. (2018). On the subject of neoliberalism: Rethinking resistance in the critique of neoliberal rationality. Constellations, online first. https://doi.org/10.1111/1467-8675.12349

Corominas, J. (1954). *Diccionario Crítico Etimológico, Tomo II*. Madrid: Gredos.

Deepak, A. C. (2012). Globalization, power and resistance: Postcolonial and transnational feminist perspectives for social work practice. *International Social Work*, 55(6), 779-793.

Dobson, R. (2015). Power, agency, relationality and welfare practice. *Journal of Social Policy*, 44(4), 687-705.

Evans, T. (2014). The Moral Economy of Street-Level Policy Work. *Etika u Javnom Sektoru*, 12(2), 381–399.

Ferguson, I., and Lavalette, M. (2006). Globalization and global justice: Towards a social work of resistance. *International Social Work*, 49(3), 309-318.

Ferguson, I., Ioakimidis, V. y Lavalette, M. (2018). *Global Social Work in a Political Context: Radical Perspectives*. Bristol: The Policy Press.

Foucault, M. (1978). *Microfísica del poder*. Madrid: La Piqueta.

---------- (1988) El Sujeto y el Poder. *Revista Mexicana de Sociología*, 50(3):3-20.

---------- (1997). *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*. Madrid: Alianza.
---------- (2007). *Historia de la sexualidad*. Vol I. Madrid: Siglo XXI.
Garrett, P. (2013). *Social work and social theory. Making connections*. Bristol: The Policy Press.
Gramsci, A. (1917). *La revolución contra el capital*. Aparecido en *Avanti*, edición milanesa, el 24 de noviembre de 1917. Reproducido en el *Il Grido del Popolo*, 1918. Recuperado de: https://www.marxists.org/espanol/gramsci/nov1917.htm Fecha de consulta: 30/08/2018.
---------- (2011a). Democracia Obrera. *Revista Pasado y Presente* (segunda época) n° 272. Recuperado de: https://elsudamericano.wordpress.com/2016/10/02/democracia-obrera-por-antonio-gramsci/ Fecha de consulta: 30/08/2018.
---------- (2011b). El Consejo de Fábrica. *R L'Ordine Nuovo* (pp. 123-127). 5 de Junio de 1902. Recuperado de: http://www.gramsci.org.ar/ Fecha de consulta: 30/08/2018.
---------- (2011c) Sindicatos y Consejos. Recuperado de: http://www.gramsci.org.ar/1917-22/13-sindicatos-yconsejos.htm Fecha de consulta: 30/08/2018.
Gregory, M. (2010). Reflection and resistance: Probation practice and the ethic of care. *British Journal of Social Work*, 40, 2274–2290.
Harvey, D. (2005). *A Brief History of Neoliberalism*. Oxford: Oxford University Press Howard y Hoffman.
Healy, K. and Peile, C. (1995). From Silence to Activism: Approaches to Research and Practice with Young Mothers. *Affilia*, 10(3), 280-298.
Hermida, M.E. (2018). Habitar las instituciones: notas para una intervención social-otra en contextos de colonialidad. Trabajo presentado en las II Jornadas Internas "Las Colonialidades instituidas: procesos, relaciones, estrategias". Organizadas por el CIETP, Instituto de Estudios Críticos en Humanidades, Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario, CONICET, realizadas en la ciudad de Rosario los días 6 y 7 de septiembre de 2018.
Iamamoto, M. (1997). *Servicio social y división del trabajo*. São Paulo: Editora Cortez.
Ioakimidis, V., Martínez-Herrero, M., Yanarda, U., Farrugia, C. and Teloni, D. (2013). Austerity and social work in Europe: listening to the voices of resistance. *Critical and Radical Social Work*, 1(2), 253–261.

Klein, N. (2017). Entrevista a Naomi Klein, 18 de noviembre de 2017. Recuperado en: http://culto.latercera.com/2017/11/18/naomi-klein-gran-triunfo-del-neoliberalismo-ha-sido-convencernos-alternativa/. Fecha de consulta: 25/01/2019

Leyton, C. y Muñoz, G. (2016). Revisitando el concepto de exclusión social: su relevancia para las políticas contra la pobreza en América Latina. *Revista del CLAD Reforma y Democracia,* (65), 39-68.

Lipski, M. (1980). *Street-Level Bureaucracy: The Dilemmas of the Individual in Public Service*. Londres: Russell Sage Foundation.

Mouffe, C. (1992). Citizenship and political identity. *The Identity in Question,* 61, 28-32.

Rogowski, S. (2010). *Social work: The rise and fall of a profession*. Bristol: Policy Press.

Sharpe and Spivak (2013). A Conversation with Gayatri Chakravorty Spivak: Politics and the Imagination. *Signs*, 28(2), 609-624.

Smith, K. (2007). Social work, restructuring and everyday resistance: 'Best practices' gone underground. In D. Baines (Ed.), *Doing anti oppressive practice: Building transformative, politicized social work* (pp. 145–159). Black Point, Nova Scotia: Fernwood Publishing.

Spivak, G. (2017). Entrevista a Gayatri Spivak realizada en enero de 2017. Recuperado de: http://archipielagoenresistencia.blogspot.com/2017/01/una-entrevista-gayatri-chakravorty.html

---------- (1998). ¿Puede hablar el subalterno? *Revista Colombiana de Antropología,* 39, 297-364.

Strier, R., and Bershtling, O. (2016). Professional resistance in social work: Counterpractice assemblages. *Social work*, 61(2), 111-118.

Tonkens, E., Bröera, C., Sambeekb, N. and Van Hasselc, D. (2013). Pretenders and performers: Professional responses to the commodification of health care. *Social Theory & Health,* 11(4), 368–387.

Wallace, J., and Pease, B. (2011). Neoliberalism and Australian social work: Accommodation or resistance? *Journal of Social Work,* 11(2), 132-142.

Weinberg, M. and Banks, S. (2019). Practising Ethically in Unethical Times: Everyday Resistance in Social Work. Journal Ethics and Social Welfare. First Published Online, April 2019. DOI: 10.1080/17496535.2019.1597141.

CAPÍTULO 2

Potencia y violencia *queer*: hacia una política post-neoliberal

Angelo Narváez León[1]
Pablx Salinas Mejías[2]

"(…) las invoco diosas mías, ustedes las indias
sumergidas en mi carne que son mis sombras.
Ustedes que persisten mudas en sus cuevas.
Ustedes Señoras que ahora, como yo,
están en desgracia".

Gloria Anzaldúa

Definir lo *queer* es de suyo un problema. La definición de un concepto opera precisamente de la manera en que lo *queer* se propone no transitar. De esta forma, para ser justas con las constelaciones teórico-políticas que suponen lo *queer*, nos moveremos en dos coordenadas que nos permitirán dar cuenta del surgimiento de este concepto sin entrar, necesariamente, en su definición. La primera de ellas es la temporal y la segunda, espacial.

---

1. Investigador postdoctoral, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Chile. *angelo.narvaez.l@gmail.com*

2. Presidente de Fundación Meridiana. Psicólogo, Universidad Católica de Valparaíso, Chile. Doctorante en Sociología, Universidad Alberto Hurtado, Chile y Doctorante en Estudios de Género, Política y Sociedad, Univesitat de Vic / Universitat Central de Catalunya, España.

El discurso sobre "lo" *queer* surge principalmente en la segunda mitad del siglo XX en Estados Unidos. Si las revueltas obreras llevaron hipotéticamente el *Manifiesto comunista* como biblia (según las desacertadas palabras de Engels, a nuestro parecer), las maricas de estos años cargaron la *Historia de la sexualidad* de Michel Foucault. No se trataban de grandes académicas o próceres universitarias, sino de activistas militantes que decidieron decir "¡basta!" a los constantes vejámenes que sufrían por parte de la policía y de los efectos de la discriminación de la sociedad en general. La política de la calle ingresa con fuerza en los espacios académicos, tensionándolos, forzando un repliegue de sus formas de conocimiento, un replanteamiento crítico del *s(ab)er* o, si se prefiere, del saber/poder más caro al espectro (sí, espectro), latinoamericano.

En 1990 Judith Butler publica *Gender Trouble*, texto traducido a una cantidad importante de idiomas, que se considera desde la academia rosa el texto fundacional de la denominada teoría *queer*. La relevancia de la teoría crítica, y fundamentalmente del psicoanálisis lacaniano en la obra es evidente. Las diversas formas teoréticas que aparecen en el texto, las derivas postidentitarias y la magistral revisión crítica de los desarrollos feministas acerca de la identidad y el sujeto del feminismo, hacen de este texto un excelente punto de partida para pensar –de la mano de autoras como Lacan, Wittig, Foucault, Rubin, por mencionar sólo algunas– la posibilidad real de una subversión de la categoría de género en términos hegemónicos (y con esto, de las imposiciones y ordenamientos jerárquicos que devienen del constructo "género"). La pregunta por lo político de esta subversión se encuentra latente en el fondo del texto desde el principio. No es posible pensar el género sin sus contextos políticos que le producen y reproducen. La autora, más adelante, volverá sobre cuestiones directamente políticas al dialogar con Žižek y Laclau en *Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*. La pregunta dibujada en el prefacio de

1990 a *Gender Trouble* sobre los alcances políticos de una subversión identitaria ligada a los discursos de género, alcanza profundidad al ser puesta en relación con los debates marxistas y neomarxistas acerca de la posibilidad de pensar un proyecto de democracia radical.

Lo *queer*, entonces, no puede ser pensado por fuera de su intención –*conditio sine qua non*– transformadora en términos sociales; en otras palabras, lo *queer* es necesariamente radicalidad en cuanto a concepción *críticamente* política de la sexualidad y el deseo. *Gender Trouble* –y el desarrollo butleriano en general– en gran medida inaugura las discusiones cruzadas entre psicoanálisis, feminismo y teoría marxista. Vuelve a situar la discusión sobre las formas marxistas –fundamentalmente el ejercicio sobre la estratificación social y sus efectos subjetivos y subjetivantes– y cómo estas permiten ordenar y producir la realidad con coordenadas capitales. Lo *queer*, en este punto, aparece como contrapartida de la interseccionalidad descafeinada de las políticas de Naciones Unidas.

No obstante este desarrollo tremendamente importante, la filósofa es criticada por la escasa materialidad que tendría su discurso en la construcción corporal del deseo y sus efectos sobre el placer y el *goce*; este último ligado a las formas *thanáticas* de subjetivación y actuación. Paradójicamente, al desdibujar –deconstruir en el sentido derrideano– los límites sociohistóricos que han hecho de *la mujer* (blanca, heterosexual, de clase alta, del Norte, etc.) el sujeto del feminismo, la autora no *toca* el cuerpo de esa subjetivación. Si su lectura althusseriana de las formas de subjetivación –cruzada por el Deseo y las formas hegelianas[3] de comprender el sujeto– contiene la materialización del Deseo en la carne, esto no es del todo explícito en su temprana obra.

3. Es importante mencionar que el trabajo de Butler en torno al pensamiento hegeliano se encuentra enmarcado por dos situaciones puntuales: su lectura arranca del trabajo de Alexandre Kojève y Jean Hyppolite, y se tratará fundamentalmente de la lectura de la *Fenomenología del Espíritu*.

Este punto, no menor políticamente, hace que la lectura política de Butler se deba robustecer con posterioridad; específicamente con su publicación *Bodies that matter*.

Gloria Anzaldúa (2016), por otro lado, ejercita todo lo contrario. Su lectura radicalmente situada de los procesos de subjetivación hace que el cuerpo de esa exclusión no pueda sino ser entendido *dentro* y *fuera* del entramado gramatical que ha producido precisamente este escenario de exclusión. En otras palabras, no es posible comprender *Borders* sin sentir el cuerpo chicano que late –*a la vez* guerrera incanzable y vencida– en la propuesta *queer* de mirar políticamente cómo somos quiénes somos.

En ambos casos, es evidente la necesidad de *historizar* las formas de exclusión/inclusión y de visitar *críticamente* las estructuras que sostienen las gramáticas sociales mediante las cuales codificamos la realidad –construcción del yo–; los resabios de la teoría crítica –en particular del marxismo de segunda mitad del siglo XX– no pueden ni deben ser pasados por alto.

A modo de un antecedente posible

Hasta el primer cuarto del siglo XX, la crítica marxiana de la economía política gozó de buena salud, consistencia y representatividad: no sólo dentro de los márgenes de la especificidad continental europea, sino también –y acaso con especial relevancia– en la periferia latinoamericana. La crítica marxiana logró operar como significante simbólico y material en una doble dimensión del análisis político de la realidad social: i) de una parte, logró hegemonizar la idea de acuerdo a la cual sólo la crítica de la economía política representaba coherente y consistentemente las contradicciones del modo de producción capitalista: idea que, en última instancia, volvía –desde la perspectiva marxista– inoperante o, al menos carentes de representatividad, a todos

los análisis críticos alternativos, especialmente los propuestos por el anarquismo heredero del quiebre de la I Internacional; y, ii) de otra parte, logró producir un sistema de referencias políticas a partir del cual era comprensible evaluar la eficacia y representatividad de los ejercicios de transformación de la realidad. Para esta segunda dimensión fue especialmente relevante la sinonimia marxismo-comunismo-revolución, a la vez que el quiebre en el corazón de la socialdemocracia alemana (que se replicaría a su vez en la periferia latinoamericana), supondría la contraparte revisionismo-socialdemocracia-reforma.

Este escenario binario de reforma social o revolución, al decir de Rosa Luxemburgo, estallaría por los aires (casi literalmente) entre la I y II Guerra Mundial. Exceptuando los espacios transidos por la influencia directa del marxismo soviético, el debate en torno a la validez de la crítica marxiana de la economía política comenzó a adquirir una forma específica asociada a una carencia de respuestas inmediatas a la crítica del psicoanálisis freudiano y, paralelamente –pero con especial énfasis tras el fin de la II Guerra Mundial– a una evaluación del valor de verdad de las categorías clásicas en relación a la transformación de la realidad económica, política y cultural europea.

En no pocos círculos marxistas la crítica freudiana fue devastadora: si los principios del psicoanálisis eran correctos, entonces el marxismo se enfrentaba a una dimensión hasta ahora incomprensible del tránsito hipotético de la inconsciencia a la conciencia como mecanismo de subversión de la alienación y la enajenación. György Lukács, en una fecha tan avanzada como 1954 –en el contexto de *El asalto a la razón*– insistiría en situar al psicoanálisis en el horizonte histórico de la irracionalidad alemana que, desde Schelling y luego Nietzsche, daría paso al auge del nazismo. Para Lukács, en última instancia, el inconsciente sería sinónimo de irracionalidad en los procesos de subjetivación. Paralelamente, la teoría crítica, y su abierta revisión epistemológica de la crítica marxiana de la economía política y sus

consecuencias políticas, tomó una posición diametralmente opuesta. Benjamin, Adorno, Horkheimer y Marcuse –todos con sus propias especificidades y por nombrar sólo algunos– ensayaron propuestas de conceptualización del psicoanálisis a partir de sus propios principios teóricos sin reducir la propuesta freudiana a un sentido unitario *a priori*. En última instancia, el problema de una respuesta positiva o negativa a Freud, estribó en una posición que implicó transitar en el análisis político desde la función de la razón revolucionaria hacia una dimensión más escabrosa referente a la posibilidad de un deseo revolucionario. Asumir las funciones determinantes del inconsciente en relación a la consciencia, y por extensión, el tránsito del problema de la razón al problema del deseo, derivó en casi la totalidad de la teoría crítica en un pesimismo político explícito, cuando no, en una deliberada renuncia a toda política de transformación posible, como en el caso de Horkheimer.

El paso del "reino de la razón" al deseo rompía finalmente con el largo recorrido inaugurado por la metafísica aristotélica, de acuerdo a la cual lo que podría haber de infinito en el sujeto (occidental y masculino) radicaba en la intelección sobre sí mismo. Sólo el pensamiento, decía Aristóteles en la *Metafísica*, nos asemeja a Dios. Fue Descartes quien, en la historia del pensamiento occidental, subvirtió el argumento de Aristóteles bajo sus propios términos: lo que nos asemeja a Dios, insiste Descartes, no es el intelecto –siempre limitado– sino la voluntad, pues si Dios es infinito y podemos amarlo, la potencia volitiva sería por definición infinita. Spinoza, en su lectura radical del mal llamado racionalismo cartesiano, supuso que si el sujeto estaba transido por una facultad infinita, la infinitud no le corresponde a la facultad en cuanto tal sino al sujeto como potencia. En ese tránsito, no sólo el sujeto se volvía *per se* infinito en términos lógicos, sino también socialmente subversivo: el sujeto le disputaría su lugar a Dios. Las acusaciones de panteísmo, como consecuencia del teísmo y antecedente del ateísmo, encontrarían una formulación sensata en Feuerbach y luego en Blanqui

y Marx, con quienes la infinitud se volvía socialmente militante.

Hegel, en su lectura insistentemente lógica del decurso del pensamiento occidental, vio en este recorrido una dualidad de la infinitud: de una parte, sostenía en la *Ciencia de la lógica*, la infinitud adquiere un sentido *constituyente* y, de otra, uno *destituyente*, un "mal infinito" literalmente *incalculable*. Intraducible, dirían posteriormente los franceses transidos por la lectura inaugural de Kojève. Socialmente, precisaría Hegel luego en la *Filosofía del derecho*, el vínculo concreto entre ambas dimensiones de la infinitud radicaba en la realización del deseo como potencia inagotable de violencia *desde* y *sobre* la realidad. El deseo infinito, incalculable, se transformaría en el núcleo del proyecto *destituyente* jacobino, el acontecimiento inasible previo y necesario para *toda* transformación, aun a riesgo de ser objeto de la negatividad del propio deseo desatado: la guillotina, concluía Hegel en 1820, no fue sino la consecuencia lógica (e histórica) de la subversión conceptualizada por Spinoza y Descartes. La apetencia (*Begierde*), como *deseo* o *voluntad*, sostenía Hegel en la *Fenomenología del espíritu*, es una relación radicalmente inagotable de la subjetividad consigo misma a través del otro: el sujeto si desea, se desea a sí mismo deseándose (activamente) a través de otro que posibilita el deseo como negación. Es en este punto que Lacan lee a Hegel como un ejercicio de conceptualización del principio de realidad en tanto vínculo entre la pulsión de vida y la pulsión de muerte, entre *eros* y *thánatos*, donde lógicamente la muerte antecede a la vida: o, dicho de otro modo, la muerte como condición de posibilidad de la vida. Lo que el deseo desea es la muerte que luego el entendimiento y la razón estabilizan y codifican como *cultura*. De ahí que toda cultura sea, en principio, una *tanatología* (claro que no en el sentido heideggeriano de una *Sein-zum-Tode*, sino en el sentido de una administración del deseo pulsional de subversión). Por supuesto, no estamos aquí lejos de Foucault o Derrida.

A ese deseo, a esa voluntad, a esa apertura, a ese quiebre de la

continuidad de la realidad, Benjamin le llamó *violencia divina*, una pura fuerza destructiva que se resiste a toda forma de institucionalización, a toda forma de violencia mesiánica o, en última instancia, a la violencia del derecho fundante e identitario. Es sobre este punto que volvemos sobre la inflexión de la teoría crítica y del psicoanálisis. Como notara Freud, tanto en *El malestar de la cultura* como en *Psicología de las masas y análisis del yo*, la conciencia constituyente se sostiene sobre una base pulsional inconsciente que *necesariamente* se reprime y contiene, circunscribiendo un plus-de-violencia como un necesario "más allá" de la violencia mesiánica. Si la Revolución francesa necesitó de la violencia divina destituyente, fue sólo (y paradójicamente) a partir de la negación y persecución de ésta que la violencia constituyente mesiánica (republicana) pudo realmente operar como la gramática de una nueva institucionalidad. La República sólo sería posible *a partir* y *sobre* los restos de Marat. La *Declaración de los derechos del hombre y el ciudadano* es violenta y perversa, en este sentido, justamente porque *nombra* y *signa* la realidad desde identidades (excluyentes, por cierto) que pretenden anteceder y formar al deseo, edificarlo y educarlo: *circunscribirlo*. El lenguaje del niño, dice Benjamin, el lenguaje del *otro*, del *bárbaro*, rompe justamente con esa (y toda) *Declaración* porque enrostra la incapacidad del lenguaje consciente para dar cuenta de la otredad negada de la que necesita para fundarse. Algunos de los acontecimientos por excelencia de esta paradoja del lenguaje como *nombre* y *signo*, es el de los revolucionarios haitianos cantando *La marsellesa* contra la invasión colonial napoléonica, o (algo más popular) la selección francesa de fútbol –mayoritariamente migrante– cantándola para el espanto de Jean-Marie Le Pen. A diferencia del gesto de Colin Kaepernick y Megan Rapinoe, que se rehusaron en diferentes momentos a cantar el himno estadounidense como forma de protesta contra el racismo y la violencia de género representada por Trump, que finalmente subsume la protesta como insumo de autoafirmación

("ustedes no respetan a los EE.UU."), el gesto haitiano y francés, en siglos diferentes, explicita la violencia colonial sobre la que se funda la identidad institucional de la República, transfiriendo la codificación de la violencia al iracundo silencio de Le Pen enfrentado radicalmente al otro de sí mismo, enfrentado a una posible variación de Rimbaud: *Francia es (la violenta negación del) otro*. Volvamos ahora al problema de la violencia *antes* del lenguaje.

La violencia destituyente, el *otro* fundante de sí mismo, sostiene Žižek por ejemplo, operaría como un *resto*, como un *remanente* pulsional pre o inconsciente de toda conciencia posible. Aquí, más cerca de Schelling y Nietzsche que de Hegel o Fichte, el psicoanálisis no sólo desmantela el proyecto racionalista occidental, sino que además lo sitúa en una dimensión propia de las ficciones narrativas que Fredric Jameson conceptualizara para dar cuenta del modo en que las sociedades logran *lingüistificar* su historia. De aquí que tanto Jameson como Žižek vean en los estudios culturales y en los estudios subalternos una pretensión de *inversión* de las lógicas de la modernidad, pero no necesariamente una *subversión*. Si desde el siglo XIX las colonias orientales operaron como el *resto* y el *remanente* de la buena conciencia inglesa y victoriana, desde la segunda mitad del siglo XX los espacios subalternos identificaron su posición sin haber lidiado realmente con sus propios *restos* y *remanentes*.

Los *restos* y *remanentes* representan esa potencia pulsional infinita, divina y destituyente, que posibilita la existencia institucionalizada de *la realidad*. Son el ejército de reserva y el lumpenproletariado del marxismo clásico, son las comunidades indígenas de las sociedades latinoamericanas, es la fuerza de trabajo reproductiva: son quienes no *gozan* de los "privilegios" de la explotación, sino sólo de las lógicas de la dominación. Aquí uno de los grandes logros de la crítica de Silvia Federici a la tradición marxiana y marxista estribó en mostrar cómo la explotación (base de toda la teoría de la conciencia y la subjetividad

socialista y/o comunista) necesitaba *realmente* de un *resto* y un *remanente* de dominación excluido de esa misma explotación: los fundamentos del mercado quedaban fuera de las lógicas (conscientes) de participación del mercado, a la vez que los fundamentos de las buenas conciencias identitarias quedaban también fuera de esas mismas identidades[4].

¿No es lo *queer* justamente una forma de *resto* y *remanente* cuya violencia violenta los principios de codificación de la realidad: del mercado y la sociedad?

Lo queer, lo performativo y la política *queer*

Al examinar más de cerca las formas *queer* de corporalidades y deseos –de estos *restos* y *remanentes*–, nos toparemos necesariamente con la noción de *performance*. Ahora bien, no se tratará de cualquier revisión en torno *al performance*, sino de la lectura que Judith Butler hace de los aportes de Austin a la llamada *Teoría de los actos de habla*. Si el género –como lo *queer*– es el resultado de una serie de actos prolijamente dispuestos en la gramática social, que *produce* aquello que nombra (*soy* mujer, *soy* homosexual, *soy* perverso, etc.), las prácticas sociales que *producen performativamente* cuerpos y deseos *queer* no están alejadas de las formas clásicas y normales de subjetivación. Dicho de otro modo, si ubicamos la producción de la normalidad en el extremo positivo del poder, su negativo sería ese siempre variable residuo que es legible. No se trata, entonces, de una experiencia *queer* innombrable, antes que bien de todo lo contrario. Lo *queer*, así como lo ominoso, marca un límite que se muestra –en apariencia– como abyecto, cuando de suyo no lo es.

Mirar los desarrollos teóricos desde un prisma *queer* nos permite ubicar el sujeto/cuerpo que materializa *esa* exclusión. Una mirada que

4. Frente a esta discusión sugerimos revisar el texto *El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo* de Silvia Federici.

bordee aquello forcluído[5] entendiendo la imposibilidad de asirlo. *Paris is burning* nos señala cuerpos *borders* (fronteras y fronterizados), subjetividades residuales de un sistema gramatical de ordenamiento social. Deseos, cuerpos y sexualidades operan aquí como meras coordenadas para volver intelegible matices otrora inexistentes. La sexualidad –ese polimorfismo perverso– es siempre, en primer lugar, *queer*. La rareza y lo residual del Deseo es subsumible al orden cultural, sólo a través de la denaturalización: hablaremos del deseo sólo con posterioridad a su acontecer.

Examinemos la producción de la homosexualidad y de la rareza –de lo *queer*– en tres ejemplos de los últimos 20 años. Aceptaremos la premisa de Guy Debord presente en *La Sociedad del Espectáculo*, miraremos la producción de la imagen –como el "en sí" del espectáculo– alejada de su realidad representacional y más fuertemente relacionada con lo presentacional de la imagen misma. En otras palabras, valga la metáfora nietzscheana, se tratará de la máscara dionisíaca sin cuerpo que la lleve. Este ejercicio nos permite mirar la realidad radicalmente material de la producción de cuerpos y conductas.

Queer as Folk es una serie británica que llega a las pantallas de USA por *pay per view*. En ella –la versión americana– podemos ver un grupo de amigos marica que viven su vida *normalmente*. La fuerza de la serie no sólo está en la presentación de una forma particular de vivir el mundo –recordemos aquí que el psicoanálisis freudiano se resiste a pensar la homosexualidad como algo diferente en términos de mecanismo y funcionamiento psíquicos, antes bien se concibe como una forma más de habitar el mundo– sino en una serie de dispositivos asociados que producirían *la* manera de ser *queer*/gay. Del mismo

5. Entendiendo que este concepto tiene múltiples derivas, sugerimos revisar las discusiones propuestas en Lacan, Jacques (1981) *Séminaire, III, Les psychoses, 1955-1956*, Paris: Seuil. Y, para una explicación más detallada asociada a la clínica, cf. Maleval, Jean-Claude (2000) *La forclusion du Nom-du-Père: le concept et sa clinique*, Paris: Seuil.

modo se descuelgan una serie de significantes que hacen del entramado "gay" una imagen tan compleja como la del "heterosexual". La producción de "lo gay" hace que la (mal) llamada comunidad LGBTI comience a mirar estas apariciones en pantalla como batallas ganadas en torno al reconocimiento. Cuesta advertir la subsunción que provoca la *mercantilización* de la imagen del gay. No se trata sólo de mirar al guapo y exitoso Brian Kenny (uno de los personajes principales) sino de *consumir* toda la cadena de significantes que nos *penetran* a través de Brian.

Por otro lado, en febrero de 2018 se abre la muestra "Arxiu desencaixat" coordinada por la teórica y artista Lucía Egaña en el Centro de Estudios y Documentación del Museo de Arte Contemporáneo de Barcelona. La muestra tiene por intención *declarada* no ser fiel reflejo de un archivo original relativo a lo *queer*, sino más bien, señalar un devenir viral de ciertas formas corporales, deseantes, en última instancia, políticas.

De manera paralela, en este mismo año, resulta victoriosa en el festival europeo de la canción –Eurovisión–, celebrado en Lisboa, la artista originaria de Israel Netta Barzilai; una abiertamente defensora de los derechos LGBTI que, además, participó activamente en la fiesta *Pride 2018* celebrada en Madrid. Esta actuación, así como su triunfo en el festival, significó una importante oleada de críticas que apuntaban a un *pink washing* por parte de Israel y sus políticas –y acciones militares– contra Palestina.

Estos ejemplos nos permiten entrar de lleno en el debate que hemos estado señalando a lo largo del texto: ¿es posible pensar prácticas *queer* que no sostengan –que no sean subsumidas– el modelo neoliberal que produce, en primera instancia, ese diferencial de poder que a su vez produce violencias y muerte?

Lo *queer*, como un significante epistémico-metodológico posee ciertas características bien delimitadas. Vamos por parte. La noción de *queer* aparece como una forma de s(ab)er ligada al intento por sortear

las formas de cooptación institucionales, intentar fugar las formas identitarias inaugurando una manera otra de ser sujetx.

Lo *queer* es (intenta ser) lo viejo, lo raro, lo pobre, lo homosexual, lo *trans*, lo enfermo, lo abyecto. Se trata de un significante vacío que permite a las colectividades que no se sienten interpelados por los regímenes LGBTI –dimensión política de lo *queer*–, se agrupen y aparezcan como otra forma identitaria que de entrada *no lo es*[6].

> *Queer* se presenta como una etiqueta abierta, inclusiva y antiescencialista, que agrupa a personas con un sexo, género y/o sexualidad no normativos (…) De esta forma. Se quiere combatir el carácter identitario de gran parte del activismo y la cultura gay/lésbica y feminista, en los que las etiquetas como gay, mujer o lesbiana se dan por descontadas y se viven como realidades esenciales e inmodificables" (Coll-Planas, 2012: 53).

Lo *queer* es también político. Es un movimiento que no se detiene en la crítica de la construcción de las identidades sexuales, antes bien, amplía su radio de acción a entramados sociales de nuevo calado como etnicidad, la religión, la ecología y, en general, los grupos marginados por el capitalismo globalizado de fines de siglo XX (Mérida Jimenez; 2002). Asumiendo por otro lado que no somos externos a "los legados de procesos históricos coloniales, postcoloniales o neocoloniales, o a los modos persistentes con los que se experimenta y se vive la violencia social" (Falconi, Castellanos, Viteri, 2014: 11).

---

6. Si bien los debates en torno a la conceptualización sobre *significante vacío* no se agotan en las perspectivas laclausianas -en gran medida por los aportes psicoanalíticos- creemos importante *señalar* los marcos teórico metodológicos en los cuales nos movemos. Para esto, sugerimos revisar las discusiones propuestas en "Antagonismo: problemas y alternativas de una categoría laclausiana" de Alejandro Varas Alvarado (2019) y "En la cocina con Laclau y Butler: más allá de recetas metodológicas" de Mandiola, Varas, Ríos & Salinas (2014).

La noción de *queer* permite pensar en la posibilidad de una identidad fugada, que no soporta la subsunción de regímenes de, por ejemplo, un Estado Nación que promueve las agendas políticas LGBTI; como utilizando este nuevo significante que, en apariencia, "incluye" todas las posibles conjugaciones identitarias y conductuales. En este punto es muy relevante pensar lo *queer* como un significante diferente de la llamada "diversidad sexual" o "LGBTI". *Queer* como un significante que fuga la capacidad de significar, un significante que atentaría contra la posibilidad de representar.

En este sentido, el archivo de Lucía Egaña propone un coherente trabajo metodológico toda vez que asume la imposibilidad del cierre de esto raro, de aquello que fue producido en y para el margen o, lisa y llanamente, fuera de él. Es una muestra, un gesto que apunta hacia aquello raro, aquello que de entrada no es.

El problema que surge, entonces, es precisamente el que la teórica y artista señala como límite y condición del Arxiu: no se puede hablar de lo *queer* sin caer en la lógica dominante y taxonómica de etiquetar una y otra forma corporal, del deseo, de la carne. Así, el trabajo de la activista o teórica *queer* parece ser que se encuentra mucho más ligado a un intento constante de sostener el margen, para en ese gesto de empuje ir agrietándolo cada vez más.

Volvamos al ejemplo de Eurovisión. El fenómeno del *pink washing* es una cuestión que no sólo se encuentra de moda, sino que es visto por los movimientos LGBTI o *queer* con recelo y preocupación. La construcción de agendas políticas (otrora "demandas") LGBTI claras, hacen ver –performan el horizonte político de los movimientos– el camino de la ciudadanía lgbti (ciudadanía ligada a un Estado Nación, por cierto) como el único camino posible en cuanto a los Derechos y el reconocimiento. De esta forma nos es absolutamente posible pensar un Estado como Israel *gayfriendly*.

Todo esto nos lleva a preguntarnos cuál es el valor crítico de un trabajo *queer* en ciencias sociales. ¿Dónde está el potencial transformador de

un activismo y una teoría como la *queer*? ¿Por dónde pasa la posibilidad de pensar una práctica *queer* en un contexto no neoliberal?

Podemos advertir, de la mano de Benjamin, que no sólo se trata de una política de las imágenes, sino de una estética altamente sutil que representa –performa, corta, construye, figura, materializa– *una* forma de ser, *una* forma de cuerpo y deseo. Lo abyecto *ingresa* al mundo representacional esta vez ligado al consumo y al Capital. Es el mercado quien mediatiza el ingreso de este Otro. Lo *queer* es también, producto de esta operación, *mercancía*.

Paul Preciado es consciente de esto. Propone el cuerpo como ese territorio –fronterizo– que materializa cientos de batallas ideológicas y, del mismo modo, pierde en múltiples frentes. El fracaso, el error, aparecen como horizontes desdibujados y comienzan a ser puntos de partida de una apuesta política.

Si el *goce* es aquello que nos permite experienciar lo inefable de lo Real, la política *queer* está mucho más cercana a ese *imposible* de representación que a la necesidad –neurótica– de comprender la coherencia de lo que se está viviendo. Ordenar el mundo, mirar derivas y patrones sobre el deseo y la sexualidad –a la freudiana–, escuchar el síntoma, serían todos ejercicios ficcionales que permiten superar ese momento de suspensión en que notamos la radical presencia de nuestro cuerpo: la muerte.

Aprender a fracasar es más sencillo si se hace de la mano de la política marica. Los cuerpos maricas saben de fracasar. No hay novedad en aceptar de entrada que no seremos aquello que se nos dijo debíamos ser. Hemos fallado. Le hemos fallado al Padre y, por cierto, a papá.

Por un Estado marica

Si aceptamos el error de la representación que propone libertad o lo contradictorio de la posición *queer* identitaria, podremos movernos sin mayor problema en disputas ficcionales sobre el por qué de las batallas contraculturales. No se nos irá la vida intentando conquistar el (hetero)Estado Nación o queriendo llenar el "carrito del supermercado" con conceptos imaginarios y coloniales. No permitiremos demandas superyoicas en este nuevo Estado marica fallido. No abogaremos por la Paz mundial, ni mucho menos condenaremos la *violencia divina* y *legítima* (aunque no mesiánica y legitimante) de las *putas*, *maracas*, *perras* y *travas* quemando casetas de vigilancia que impiden su trabajo sexual.

Aceptar las políticas *queer* –si es que podemos yuxtaponer estos dos conceptos– es aceptar también que las condiciones que produjeron la *liberación sexual* son las mismas que la han constreñido. No se trata tanto de los contenidos que producen esto o aquello, sino de la lógica mediante la cual aparece la dicotomía entre posible-imposible. La violencia con que las formas discursivas cercenan cuerpos y clausuran deseos es tanto o más radical que la quema de un carro policial en plena "democracia" chilena.

No nos equivoquemos. Necesitamos de estas mediaciones ficcionales, necesitamos de un (hetero)Estado Nación que suspenda las democracias e instale barricadas en el desarrollo social de un pueblo, tanto como necesitamos del momento histórico (e histérico) de suspensión de lo cultural para dar paso al *goce* que señala que seguimos vivas. Necesitamos de seguir haciendo el amor, porque como dijera Foucault, sólo allí –y en la muerte– estamos seguras que nuestros cuerpos siguen aquí.

Referencias

Anzaldúa, G. (2016). *La Frontera. La nueva Mestiza*. Madrid: Capitan Swing.

Aristóteles (1978). *Metafísica*, Madrid: Gredos.

Benjamin, W. (2001). *Iluminaciones IV*, Madrid: Taurus.

Butler, J. (1990). *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*. USA: Routledge.

---------- (2011). *Bodies That Matter: On the Discursive Limits of Sex*. USA: Routledge.

---------- (2012). *Sujetos del deseo. Reflexiones hegelianas en la Francia del siglo XX*. Buenos Aires: Amorrortu.

Butler, J., Laclau, E. y Žižek, S. (2017). *Contingencia, Hegemonía, Universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*. Bogotá: FCE.

Coll-Planas, G. (2012). *La carne y la metáfora*. Barcelona/Madrid: Egales.

Debord, G. (2010). *La Sociedad del Espectáculo*. Valencia: Pre-textos.

Descartes, R. (1993). *Meditaciones metafísicas con objeciones y respuestas*. Madrid: Alfaguara.

Falconi, D., Castellanos, S. y Viteri, M.A. (Eds.). (2014). *Resentir lo queer en AméricaLatina: diálogos desde/con el Sur*. Barcelona/Madrid: Egales.

Federici, S. (2018). *El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo*. Madrid: Traficantes de sueños.

Feuerbach, L. (1989). *Principios de la filosofía del futuro*. Barcelona: PPU.

Freud, S. (2017). *El malestar de la cultura*. Madrid: Akal.

Freud, S. (2010). *Psicología de las masas y análisis del yo*. Madrid: Alianza.

Halberstam, J. (2018). *El arte queer del fracaso*. Barcelona/Madrid: Egales.

Halperin, D. (2012). *How to be gay*. UK: Harvard University Press.

Hegel, G.W.F. (2011). *Ciencia de la lógica. Volumen I: la lógica objetiva (1812/1813)*. Madrid: Abada.

---------- (1993). *Fundamentos de la filosofía del derecho*. Madrid: Libertarias.

---------- (2007). *Fenomenología del espíritu*. Buenos Aires: FCE.

Jameson, F. (2013). *Valencias de la dialéctica*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.

Kojève, A. (1982). *La dialéctica del amo y el esclavo en Hegel*. Buenos Aires: La Pléyade.

Lacan, J. (1981). *Séminaire, III, Les psychoses, 1955-1956*. Paris: Seuil.

Lukács, G. (1972). *El asalto a la razón*. Barcelona: Grijalbo.
Maleval, J.-C. (2000). *La forclusion du Nom-du-Père: le concept et sa clinique*. Paris: Seuil
Mandiola, M., Varas, A., Ríos, N. y Salinas, P. (2014) *En la cocina con Laclau y Butler: más allá de revetas metodológicas*. Recuperado de http://www.redpilares.net/sobre-lared/Documents/MANDIOLACONTRONEO_ALVARADO_GONZ%C3%81LEZ_MEJ%C3%8DAS.pdf
Richard, N. (2018). *Abismos temporales. Feminismo, estéticas travestis y teoría queer*. Santiago de Chile: Metales Pesados.
Varas, A. (2019). *Antagonismo: problemas y alternativas de una categoría laclausiana*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
Žižek, S. (2007). *The Indivisible Remainder. On Schelling and Related Matters*, London: Verso.
--------- (2008). *For They Know Not What They Do. Enjoyment as Political Factor*, London: Verso.

CAPÍTULO 3
La intervención social (re)politizada: aprendizajes del optimismo entre las ruinas[1]

Nelson Arellano-Escudero[2]

Introducción

Podemos encontrar una metáfora de la Intervención Social en el conjunto escultórico monumental "Las Puertas del Infierno" de Auguste Rodin y Camille Claudel, llamada en francés *La Porte de l'Enfer*, en singular. La obra fue elaborada entre 1880 y 1917 inspirándose en la

1. Este capítulo ha sido producto de la fusión de dos ponencias, por un lado, "Catástrofe, barbarie y Trabajo Social: Nosotros el corcel bermejo", dictada en el 1er Seminario *Filosofía y Trabajo Social: provocaciones para una intervención interdisciplinar* (27 y 28 de Marzo, 2018) de la Universidad Alberto Hurtado y Universidad Andrés Bello; y por otro, "La intervención social (des)politizada y el umbral de las puertas del infierno", dictada en el 2do Seminario *Filosofía y Trabajo Social: tensiones entre derecho y justicia para la intervención social* (11 y 12 de junio, 2019) de la Universidad Alberto Hurtado y Universidad Nacional Andrés Bello. El autor agradece a la Universidad de Viña del Mar por el apoyo para el inicio de la escritura de este texto a fines 2018.

2. Académico Instituto de Humanidades, Universidad Academia de Humanismo Cristiano (UAHC), Chile. Licenciado en Trabajo Social, Universidad de Valparaíso, Chile. Magíster en Investigación Aplicada al Medio Ambiente, Universidad Pablo de Olavide de Sevilla, España. Doctor en Sostenibilidad, Tecnología y Humanismo, Universidad Politécnica de Cataluña, Barcelona Tech. *narellano@docentes.academia.cl.*

Comedia del Dante y *Las Flores del Mal* de Baudelaire. Su concreción, es decir, su fundición en ocho ejemplares en bronce ocurrió después de la muerte de Rodin, es decir, el autor jamás llegó a ver la obra concluida.

La analogía es plausible ante la contemplación de estas obras de arte y tecnología impresionantes y conmovedoras porque conectan con una dimensión fáctica de los límites de lo razonable. Se exhibe allí el borroneamiento de la paradoja filosófica dogmática del pensar con el quehacer. He aquí una obra que es pura expresión del pensamiento/sentimiento o lo que Luis Weinstein llama el "sentipensar". La intervención social es, probablemente, una concreción de la intuición como herramienta analítica. Pero, además, podemos afirmar que las puertas del infierno son el lugar de la Intervención Social. El umbral donde juguetea entre burocracias el punto de no retorno. La zona gris circundante al lugar donde habita el silencio que es el momento del misterio y el enigma reunidos. Allí donde se aproximan todas las muertes que provoca la muerte.

Por lo mismo, este capítulo inscribe la pregunta: ¿qué es intervenir bajo un enfoque de derechos situados en América Latina? Como se verá el foco de interés se dirige hacia el problema de los derechos, de la fuerza de ley. Lo observaremos examinando el lugar donde los derechos no existen, porque son inaccesibles e irrepresentables. Y aunque bajo estas condiciones merecería tener un lugar en ello Camilo Catrillanca, asesinado por las fuerzas de ocupación del Estado de Chile en el territorio mapuche[3], en este análisis recurrimos al estudio de casos de Joane Florvil,

3. Camilo Marcelo Catrillanca Marín (Victoria, región de La Araucanía; 13 de septiembre de 1994 - Temucuicui, Ercilla; 14 de noviembre de 2018) fue un comunero mapuche asesinado al recibir, por la espalda, un tiro en su cabeza. El proyectil fue disparado por el sargento Carlos Alarcón (Wikipedia, recuperado de internet el 27 de junio de 2019: https://es.wikipedia.org/wiki/Camilo_Catrillanca). Se ha podido establecer que la primera versión oficial era falsa: "Ese correo electrónico fue enviado por el comandante Juan Pablo Espinoza a la cabo Tamara Barros a las 5:25 del 15 de noviembre. A partir de ese momento, ella comenzó a escribir el parte: su principal insumo fue el "Resumen

Telma Uribe y Marcelo Barrios. Sus historias nos deben convocar a una reflexión profunda acerca del lugar en que la Intervención Social y su Filosofía con la Historia procuren encontrar los puntos de referencia para una otra intervención social. Se trata de tres microhistorias: una muerte por condición de inmigración, la articulación de la adopción ilegal y una ejecución extrajudicial.

La respuesta a la pregunta recurre al optimismo como ejercicio de tensión a la queja, que consideraremos como la producción ideológica burguesa que insufla el ánima de la acumulación capitalista-financiera. Más allá de la propuesta de este texto, una *filosofía de la queja* nos permitiría fijar puntos de referencia en relación a los procesos de construcción de conocimiento, producción de verdad y la circulación de la denuncia. La construcción de un imaginario social donde la queja se encuentra relegada a las prácticas del aprovechamiento por auto-sobre-victimización favorece la normalización de la violencia y el abuso. Es en este sentido que se propone aquí una lectura dolorosa de hechos y factualidades, a través de casos de estudio, que nos permitan discutir la actualización del conflicto, transitar y ponderar el dolor para luego favorecer o cultivar un optimismo atendiendo a un significado entendido como el producir en abundancia. Por tanto, la invitación aquí es a leer la queja como impulso a un optimismo que, acontecida la destrucción, nos haga capaces de despejar las ruinas y reiniciar el habitar del mundo.

El recorrido del análisis se esboza como un boceto inacabado producto

---

Ejecutivo", el mismo que se despachó a las 3:30 desde el cuartel de Pailahueque, una vez que el coronel Jorge Contreras le hizo los agregados del enfrentamiento, los atacantes parapetados y el fuego cruzado que nunca existieron. Cinco horas duró la redacción del parte oficial. A las 10:00 el documento estaba listo". Pablo Basadre G. y Equipo CIPER, 1 de febrero de 2019, "Reconstrucción de CIPER revela cómo los oficiales cargaron a subalternos, Muerte de Catrillanca: así se inventó la versión falsa de Carabineros", recuperado de internet el jueves 27 de junio de 2019: https://ciperchile.cl/2019/02/01/muerte-de-catrillanca-asi-se-invento-la-version-falsa-de-carabineros/

de un proceso heurístico en el que no hay linealidad evidente, aunque se podrá apreciar una línea argumental que reúne principios filosóficos elegidos para ofrecer una comprensión de acontecimientos, en el plano de la historia cultural, que facilitan el estudio de la Intervención Social. Los sufrimientos que se expondrán más adelante serán visitados a la luz del: convertirse en monstruo, la Subjetividad heroica y la dicotomía Barbarie/Civilización, entre otros.

Por ello se ha considerado oportuno comenzar por el aforismo 146 del libro *Más allá del bien y el mal* de Friederick Nietzsche, que dice: "Quien con monstruos lucha cuide de no convertirse a su vez en monstruo. Cuando miras largo tiempo a un abismo, el abismo contempla dentro de ti" (Nietzsche, 2002: 146). Esta sentencia que se propone como pauta resulta de máximo interés para el cuestionamiento de nuestras lógicas habituales de la distinción del bien y el mal, que aspiran a conseguir delimitaciones exhaustivas y excluyentes de una teoría de conjuntos en cuya matemática quede delineado lo correcto e incorrecto, además, en un tiempo completamente lineal.

Para efectos de este acercamiento al problema filosófico en torno a los efectos de la intervención social vamos a revisitar solo la primera parte del aforismo: "Quien con monstruos lucha cuide de no convertirse en monstruo". Lo haremos, además, desde una comprensión de historia cultural como la que propone Peter Burke (1993), es decir, entendiendo que los actores sociales de la historia son múltiples y que la historia desde abajo y la historia oral son materia de la historiografía, lo que nos llevará a resituar la Intervención Social y vincularla a los procesos de constitución de identidad mediante la (re)significación de la memoria (Arellano, 2018).

Lo anterior es una contra/respuesta a la labor usual de la burocracia y economía de la gestión del control sobre los seres que presentan anomalías o desviaciones notables respecto a su especie, seres que causan espanto, aquellas personas muy crueles y perversas, rotuladas como

afectas a provocar ataques y heridas, a perder la cordura o la vida[4]. Estos, los monstruos, nos enseñan que existe un potencial mucho más probable ante el que debemos ser precavidos: convertirnos en aquellos contra los que se lucha.

Sería esta situación la que nos aclara la subjetividad heroica. Un obstáculo en las prácticas comunitarias de la salud, que Elena de la Aldea Guerrero construyó junto a Ignacio Lewkovicz, fue el concepto de Subjetividad Heroica, que lo definen como una "(…) forma de pensar y de pensarse cuando la comunidad 'no es lo que debería ser'" (De la Aldea & Lewkovicz, 2014: 14). Aquel monstruo, ese ser con desviaciones notables respecto a su especie, debe ser corregido.

De-be-ser / corregido.
Co: junto a / Regido: gobernado, conducido.

Por lo tanto, podemos entender que la intención de la intervención social es esta: re-conducir el tiempo histórico que vive una comunidad. Por ello es entendible la dedicatoria de Paula Vidal (2017) como editora del libro de compilación *Las caras del Trabajo Social en el mundo*: "A todos los trabajadores y trabajadoras (sociales) del mundo que luchan a contracorriente de la barbarie". Vidal utiliza el concepto de barbarie: es decir, falta de cultura o civilidad, fiereza o crueldad[5]. Se entiende que esta dedicatoria tiene la intención de denunciar los estragos que el capitalismo genera en los sectores populares o en amplios sectores de la población. Eventualmente, también podríamos comprender como barbarie todas las acciones del Estado que buscan co-dirigir y conducir los destinos de los pueblos y sus comunidades.

4. Adaptación de la definición de Monstruo que aporta la Real Academia de la Lengua Española. Recuperado de internet el 4 de marzo de 2018 http://dle.rae.es/?id=PiY3lWL
5. Definición de la Real Academia de la Lengua Española. Recuperado de internet el 4 de marzo de 2018: http://dle.rae.es/?id=528vgGC

Por ello parece interesante observar que el mismo concepto de Barbarie fue utilizado por Benjamín Vicuña Mackenna a fines del siglo XIX para distinguir la zona de la ciudad civilizada en Santiago, de la zona bárbara que, por supuesto, aludía a los peones y labradores devenidos en proletarios que buscaban un proyecto de vida luego de haberse transformado la vida rural en un imposible (Leyton & Huertas, 2012). El problema del gobierno de los sujetos en la ciudad estaba fundado en una distinción odiosa y marginalizante: la construcción de un camino para dividir a la urbe cristiana de la zona de los bárbaros, todo concebido sobre la base de un pensamiento eugenésico con carácter de darwinismo social (Leyton, Palacios & Sánchez, 2015). Las actuales avenidas Matta y Blanco Encalada por el sur y la avenida Vicuña Mackenna al este fueron las únicas avenidas construidas de este plan inconcluso de 1872 a 1875 que intentaba una remodelación urbana.

Este principio activo se mantendría para la reforma urbana de Santiago en 1981, que para 1987 había relocalizado 30.000 familias pobres de las comunas de Santiago, Providencia y Las Condes (Labbe & Llevenes, 1986; Becerra, 2012). Esta es la misma lógica que se mantiene en la primera década del siglo XXI el Ministerio de Vivienda y Urbanismo cuyos ministros/as y funcionarios/as siguen argumentando que las limitaciones de presupuesto por el valor del suelo solo permiten la construcción de vivienda social en las zonas periféricas, cada vez más lejanas al centro urbano. Esas acciones de erradicación se efectuaban en horas de la madrugada, los pobladores eran trasladados en los mismos camiones en los que se les hacía cargar sus escasos muebles; todo ello entre los carabineros y las asistentes sociales que forzaban la desocupación de las viviendas. Luego, las casas vacías eran desmontadas o simplemente quemadas. Un espectáculo apocalíptico. Un claro espectro de la maldad.

La colaboración de la Intervención Social al *sufrimiento inútil* (Lévinas, 1993) es un hecho a considerar. Es un sufrimiento en todos

los órdenes posibles, porque –tal como lo dijo Emmanuel Lévinas– se trata de una vivencia, un dato de la conciencia que es inasumible, del exceso o la demasía en un contenido sensorial. Por esto y todo lo anterior es posible argumentar en contra de la apreciación de Paula Vidal, pues la Intervención Social no lucha a contracorriente de la barbarie, sino todo lo contrario: es parte de ella pues la acción fundante de la intervención social es la dosificación del sufrimiento inútil que los cuerpos de Estado infringen en los cuerpos de los seres que intenta gobernar.

Es en este punto que necesitamos recurrir al *Tratado de la injusticia* de Reyes Mate (2011) para poder resituar en una cartografía que dispone de otros puntos de referencia el oficio del Trabajo Social y establecer la vigilancia que requiere la combinatoria epistémica y ontológica con la que la institucionalidad de la intervención social intenta totalizar a los actores sociales que se despliegan en su escenario de conflicto social y mundos-más-que-humanos. Estos, nuestros eventos sometidos a análisis, serán revisados al tenor de algunos conceptos que nos aporta la filosofía contemporánea desde la perspectiva de Giorgio Agamben y Reyes Mate. Este campo analítico deja en evidencia que el problema de la dicotomía del binomio Bondad/Maldad requiere un procesamiento complejo y el borroneamiento de unos supuestos límites que se asumen y presumen claros y definidos en todo momento.

El supuesto a la base para comenzar esta reflexión es que la Intervención Social se encuentra más balanceado hacia la maldad que hacia la bondad. Que los agentes de la intervención social causamos más daño que bienestar a las personas y familias, asociatividades o comunidades que acuden en busca de ayuda o que, al contrario, se ven sometidas a aceptar la intromisión de una intervención social. Sin embargo, la propia naturaleza burocrática de la Intervención Social le ubica en una posición privilegiada de testigo de la violencia desplegada en los procesos de aniquilación y exterminio de los sectores populares y los grupos que no se atienen a la normatividad y regulaciones de la hegemonía.

Así las cosas, este capítulo se organiza de modo que en las cuatro siguientes secciones se describen, se analizan y se entrelazan ciertos casos de estudio del Estado de Excepción que hemos vivido y que se vive actualmente: la migración poblante en las Tomas de terreno; la condición de testigo y archivista de una trabajadora social en procesos de adopción irregular de niños y niñas; cerrando con la historia de una ejecución extrajudicial en 1989. Las reflexiones finales han sido agrupadas en una Apostilla que se pliega a la rebeldía de sostener el optimismo incluso en medio de las ruinas. Por lo tanto, en las puertas del infierno nos esperan: El Pensador, Ugolino y Las Flores del Mal, acompañados por el Ángel de la Historia[6].

El Pensador frente a las Migraciones: procesos de poblamiento y estado de excepción

Como primer paso debemos tomar notas para el reensamblaje de la cultura local (Latour, 2008). Comprender las migraciones es una tarea que debe ser encarada como parte de la comprensión del fenómeno de escalas múltiples intersectadas (Thomas, 2017) que manifiestan la condición transfronteriza (Ovando & González, 2019). De esta manera

6. Recogemos estas 4 alegorías por los significados que expresan: *El Pensador*, también llamado el poeta, que se encuentra en el centro del tímpano con aquel aspecto absorto, que contradice el eventual impacto de la contemplación de las escenas dramáticas que ocurren en la puerta del infierno. *Ugolino della Gherardesca* (ca. 1220 – marzo de 1289) conde de Donoratico julio de 1288 fue capturado, junto a sus hijos Gaddo y Uguccione, y sus nietos Nino y Andelmuccio. Fueron encerrados en la Torre Mida hasta que murieron de hambre, a partir de lo cual surgió la leyenda del canibalismo de Ugolino. Con *Las Flores del Mal* aparecen la desesperación y la sensualidad. Por otra parte, la reconocida figura del Ángel de la Historia utilizada por Walter Benjamin expresa el determinismo de lo inevitable. Para mayores informaciones ver: Le Pichon, Y. et Lavrillier, C. M. (1988). *Rodin, La porte de l'enfer*. Paris: Pont Royal; Zemelman, H. (2007). *El ángel de la historia: determinación y autonomía de la condición humana (Ideas para un programa de humanidades)*. Madrid: Anthropos Editorial.

es que construimos un dispositivo conceptual situado no ya en términos o temporales o territoriales, sino ambos en conjunto operando en la era del Antropoceno: ningún dolor humano es ajeno a la degradación ambiental generada por la gran aceleración económica desde el siglo XIX. El trabajo de Julia Thomas vincula la historia económica con la historia ambiental y nos devela descarnadamente que esta conjunción no tiene porqué ofrecer esperanzas vanas ni mucho menos (un) final feliz. Sin embargo, y no como una contracara, sino como un ángulo distinto del mismo poliedro, la visualización transfronteriza nos permitirá alojar o acoger la compeljidad de los escenarios con actores –humanos y no humanos– ambiguos, dotados de hermosas miserias y miserables en su hermosura, también en ocasiones, siniestras. Muchos de los eventos a revisar a continuación nos debieran resultar incomprensibles; algunos de ellos: indescriptibles pues están más allá del lenguaje, pues donde reina la muerte todo lo cubre el silencio.

Es en este intersticio que arrecia el problema del Estado de Excepción en el que tiende a inscribirse a las personas a quienes las instituciones rechazan por acción o desafecto (Agamben, 2003; 2004). Este es el punto crítico en el que se situó a Joane Florvil el 30 de agosto de 2017 en el municipio de Lo Prado, generándose una cadena de eventos de discriminación que culminaron con una muerte cuyas causas aún no han sido aclaradas y cuyo cuerpo fue entregado por el Servicio Médico Legal 218 días después del fallecimiento. Incluso la vida social de los cuerpos muertos es violentada por instituciones que despojan a las personas de sus derechos políticos[7].

7. "El 5° Juzgado Civil de Santiago resolvió acoger en forma parcial la demanda por discriminación que presentó la familia de Joane Florvil contra la Municipalidad de Lo Prado y la condenó a una multa a beneficio fiscal de 20 UTM y ordenó que la corporación capacite a sus funcionarios en atención a los extranjeros". Claudia Carvajal G., sábado 5 de enero, 2019, 12:30 hrs. "Caso Joane Florvil: Juzgado condena por discriminación a Municipalidad de Lo Prado", *diarioUchile*, recuperado de internet el 29 de junio de 2019: https://radio.uchile.cl/2019/01/05/caso-joane-florvil-juzgado-condena-por-discriminacion-a-municipalidad-de-lo-prado/

En la condición extrema de la imposibilidad del testimonio, la historia de Joane nos conduce a mirar la situación de sus compatriotas haitianos habitantes en Chile. Más allá de la región metropolitana, encontramos situaciones de Estado de excepción como ocurre en Viña del Mar, ciudad emergente en el período de la gran aceleración económica mundial, que ha sido un punto más de la *Hub* global y, por consiguiente, un punto de reunión para amplios contingentes de sujetos y actores sociales de distinta proveniencia. La dotación de población mediante migración campo-ciudad es la primera reconocible. Sin embargo, al mismo tiempo en el último cuarto del siglo XIX el movimiento migratorio europeo generó un flujo de comerciantes, técnicos e industriales que se desplegaron en diferentes esferas incidiendo en gran parte de la vida social, cultural, económica y política. Esto se volvería a repetir intermitentemente durante el siglo XX, para ser un movimiento cuyo volumen, aparentemente, fue superado por la circulación latinoamericana en el siglo XXI (Estrada, 1996; 2012; 2013; 2016; 2017). No obstante esta circulación cosmopolita, muy vinculada a los movimientos portuarios de Valparaíso y el tránsito que allí se canalizaba entre Chile y el mundo, las diferencias sociales y la asimetría entre las diferentes colonias también se ha traducido en una atención concentrada en los nacionales británicos, españoles, italianos, alemanes, en distintas etnias árabes y judías. En el resultado contrario se encuentran los escasos análisis acerca de quienes venidos de otras latitudes se integraron o derivaron en los grupos populares.

En este proceso de segmentación social resulta relevante considerar que esta visión de los flujos norte-sur globales tienden a invisibilizar o bien tratar segmentadamente la situación de las poblaciones afroamericanas (Mellafe, 1984; Dubinovsky, 1991; Contreras, 2017) gitanas, asiáticas o de pueblos originarios (Chavez & Cortés, 2018), regularmente obliterados o, frontalmente, dispuestos en el espacio del Estado de Excepción (Agamben, 2004).

Por ello resulta relevante el estado de situación actual en que, tal como ocurriera en la década de 1930 con los obreros pampinos, han arribado personas de diversa proveniencia en un desplazamiento contra-tintuitivo para la experiencia de Nuestra América, la América Morena. Néstor García Canclini (2002), a inicios del siglo XXI, daba cuenta del proceso de porosidad de las fronteras de Centroamérica y los Estados Unidos de América, al norte, acaso una integración vertical. Y mientras por entonces parecía que todos los caminos conducían al norte, para alguna gente, las miradas se dirigieron hacia el sur y emprendieron el camino a Chile. Es cierto que tampoco ha sido la primera vez, pues en la segunda mitad del siglo XX poblaciones de Bolivia y Paraguay encontraron en Argentina, pero, más específicamente, en Buenos Aires un lugar para desplegar costumbres y sistemas de vida (Balán, 1990; Courtis & Pacecca, 2010).

En lo que hoy en día es el norte grande y que son las provincias cautivas de Perú, arrebatadas por la fuerza de la ocupación militar chilena, a fines del siglo XIX convivían poblaciones de Chile, Perú y Bolivia, hasta que el proceso de chilenización compulsiva terminó por expulsarles tras el violento despliegue de las Ligas Patrióticas, que quemaron casas y negocios, hirieron y mataron personas por su condición de extranjeros, en la tierra del que había sido su país (González-Miranda, 2004).

Habríamos de considerar, desde el punto de vista de la sustentabilidad, que la migración podría entenderse como un proceso de relocalización forzada de población si se dan ciertas condiciones. Cuando exista una situación de opresión que expulsa población entenderemos que se trata de graves alteraciones de los Sistemas de Vida y Costumbres de Grupos Humanos, relativamente coincidente con lo que el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados entiende como Migración Forzada; tal como lo señala Ibarra Montero (2014) al describir la inseguridad y la incertidumbre del desplazamiento hacia las

ciudades de las familias provenientes de las zonas rurales en el Estado de Sinaloa en México, todo producto –según nos señala– del conflicto entre el Estado y los carteles de la droga. Las migraciones se producen a distintas escalas y distancias.

Para profundizar en este fenómeno en la escala local podemos observar la situación de Viña del Mar en esta segunda década del siglo XXI, donde una gran parte de la ciudad ha sido construida gracias a la potencia de los sectores populares a lo largo del siglo XX, una ciudad jardín que no tiene flores para todos sus habitantes (Arellano, 2005; Ossul, 2018; 2019)

Ugolino y sus hijos: El caso de Viña del Mar, las migraciones y el Estado de Excepción

Viña del Mar, como se ha enunciado, es una ciudad que se ha construido en base al emplazamiento de población desplazada desde distintas distancias. No obstante ello, el devenir de cada grupalidad o colonia ha tenido unos resultados muy diferentes a través del tiempo. Resulta evidente que en el pasado reciente el incremento de población proveniente de países latinoamericanos y del caribe ha tenido una repercusión en el imaginario local y ha llegado a tomar posición en la agenda pública. No obstante ello, en esta ocasión, en vez de ocuparnos del análisis de la historia desde arriba, el encuadre de la Intervención Social se propone una lectura de la historia social desde abajo. Entre 2017 y 2018, en la Escuela de Trabajo Social de la Universidad de Viña del Mar se han realizado cuatro estudios en carácter de tesis para obtener el grado de licenciados: Andrea Méndez y David Tapia (2018) estudiaron población venezolana en Quillota; Dusty Barahona y Catalina Hertz (2018) la Población haitiana; Javiera Herrera y Nicole Utrera (2018) la misma población, pero en Limache; y Ana Horta (2017) entre 2015 y 2017 hizo un estudio longitudinal acerca de la situación de la

población peruana en Viña del Mar. La cobertura geográfica indica, entre otras cosas, la condición de conurbano que vincula a distintos puntos de las provincias de Valparaíso y Marga-Marga. Estas investigaciones han indagado en los procesos de aculturación, la significación de la participación y del ocio y las dimensiones de la inclusión social. Es interesante observar que se han utilizado tanto rutas de método cualitativo tanto como cuantitativo. A ello debemos agregar que en el período 2018-2019 se plantearon tres proyectos de investigación apuntando a campos de Institucionalidad, Organizaciones Sociales y Trayectorias Laborales, vinculando campos de observación como municipio, sociedad civil y organizaciones propias.

Este conglomerado de estudios permite tener una base empírica sobre la cual establecer algunas preguntas no solo entorno a la contingencia ni tampoco respecto a solo el pasado, sino más bien acerca de las trayectorias que están siguiendo las institucionalidades, públicas y privadas, el imaginario local y el pensamiento de las personas emigradas[8].

---

8. A partir de su investigación Ingrid Robert (2019), en comunicación personal del 28 de junio de 2019, ha señalado que recurrió a: "Mera, C. y Halpern, G. (2011), antropólogos sociales que sitúan las ciudades como escenario en el que es posible observar posibilidades o no de acceso a derechos y también como uno de los contextos que conforman un espacio transnacional de relaciones en tiempos globalizados. Además de dichas posibilidades de acceder o no a derechos, también en ellas es posible advertir las condiciones de igualdad y desigualdad propias del capitalismo fortalecido y las respuestas estatales frente al fenómeno de la movilidad humana. Si incluimos la ciudad como variable de análisis, podemos ver al Estado, a las cadenas y redes migratorias transnacionales al interior de las ciudades de origen, tránsito y destino y, por cierto, a los sujetos. Con ello es posible centrar la mirada en la ciudad a través de ellos, sus estrategias de vida e instalación en este destino poco imaginado como Valparaíso. Inserción laboral, salud, habitabilidad, las formas en que como sujetos individuales se relacionan con otros, cómo generan individual y colectivamente afectividad a partir de presencias físicas y virtuales, las valoraciones que hacen del medio en el que se encuentran y la movilidad que viven. Por otro lado, la migración internacional es cada vez más un fenómeno urbano (feminizado y concentrado en las ciudades) y puede o no ser incluida en la agenda de las ciudades y de los gobiernos locales, por ejemplo, la diferencia entre la existencia de una

Lo que resulta más evidente de las aproximaciones realizadas a través de estos diferentes estudios es que existe un déficit de información relevante acerca de la alteridad a la que denominamos, genéricamente, inmigrantes. La amplia gama de matices en términos de trato social, de fortaleza del lazo social, de participación en los mercados laborales, en definitiva, de posibilidades de arraigo, son aspectos que requieren una descripción densa con capacidad de sostener un análisis robusto.

Esta situación es la que estudiaron Samuel Olivarez y Camila Valdenegro (2019) en la Toma de Terreno del sector de Miraflores alto, autodenominada Naciones Unidas y otra situada en el sector de Reñaca Alto. Las Tomas de terreno, negadas por la alcaldía viñamarina en el poder ininterrumpidamente desde 2005[9], son una condición de Estado de Excepción en el que las familias permanecen en el limbo de la propiedad privada y la acción comunitaria, aquel cuadrante de la cartografía del sufrimiento inútil (Lévinas, 1993) donde aunque la gente tiene derecho a vivir sus derechos sociales y políticos están interdictos situándoseles en el silencio de una ciudad plagada por miles de residencias vacías la mayor parte del año.

Desde luego que el fenómeno de la migración debe ser estudiado en su complejidad. En la Intervención Social, con una mirada desde la sustentabilidad, queremos contribuir a re-ensamblar en lo social a

---

oficina de migrantes en Valparaíso y su inexistencia en Viña del Mar, lo que también se puede observar en el resto de la Región de Valparaíso. Esto nos lleva a las nociones de gobernanza y de gestión migratorias que son utilizadas por organismos supranacionales como OIM, OIT y otros de derechos humanos."

9. La prensa del grupo *El Mercurio*, divulgó el 11 de marzo de 2019 la noticia: "Con maquinaria pesada desalojaron la toma "Naciones Unidas" en sector alto de Viña del Mar", recuperdo de internet el 29 de junio de 2019: https://www.soychile.cl/Valparaiso/Sociedad/2019/03/11/585190/Con-maquinaria-pesada-desalojaron-la-toma-Naciones-Unidas-en-sector-alto-de-Vina-del-Mar.aspx; en los hechos esta noticia no ha sido efectiva pues las familias continúan al cierre de la edición de este capítulo viviendo en el mismo sitio.

quienes se considera excepcionales o ciudadanos de segunda categoría incluso cuenstionando su condición de ciudadanos y, en ocasiones extremas, la de sujeto de derecho. Tenemos que examinar críticamente los procesos por los cuales las instituciones y el derecho positivo les han convertido, en palabras de Bruno Latour (2007), en seres irreconocibles.

La intervención social, Barbarie y Catástrofe. Las ruinas del viento del progreso

En Apocalipsis 6, el versículo 4, dice: "Y salió otro caballo, bermejo; y al que lo montaba le fue dado poder de quitar de la tierra la paz, y que se matasen unos a otros; y se le dio una gran espada". Todos los jinetes del apocalipsis necesitan un caballo. La intervención social puede ser uno de ellos, el de color rojo. El bermejo. Por ello se propone una revisión a los alcances y limitaciones de la intervención social y, en ello como cuerpo sustancial de esta, encarar los supuestos de subjetividad heroica que han venido a constituir un imaginario colectivo distorsionado acerca del quehacer profesional.

De esta manera es que al escrutar los hechos luctuosos que habiendo comenzado en el siglo XX se ha debido esperar hasta el siglo XXI para que su punzante verdad alcance el conocimiento público. Se trata de los eventos que involucran a la Trabajadora Social Telma Uribe, implicada en los procesos de adopciones irregulares que se investigan por eventos ocurridos desde 1973, pero que, según algunos registros, incluyen casos de las décadas anteriores.

Telma, la trabajadora social, aquí tiene un doble rol, una posición ambigua y siempre inexplicable a diferencia del tratamiento que la prensa nacional le ha dado[10]. La Intervención Social, en cambio, se

10. "El perfil de la mujer de 96 años que guardó el registro de niños adoptados", *La Tercera*, Andrés López, domingo 18 febrero de 2018, recuperado de internet el 5 de marzo de 2018: http://www.latercera.com/nacional/noticia/perfil-la-mujer-96-anos-guardo-registro-ninos-adoptados/71665/;

encuentra en la misma zona gris del Sonderkommando en que ella está. Puede que sea necesario recordar o informar a quienes no saben de esta experiencia, que, de los trenes de la muerte en la civilización europea de su segunda gran guerra, un pequeño grupo de hombres era separado para trabajar por tres o cuatro meses en las labores de producir la muerte en las cámaras de gases, realizar las labores de la vida social de los cuerpos muertos hasta su total eliminación en fosas comunes, hornos crematorios o apilamientos; estos sujetos, después de ciertos meses de trabajo esclavo en esas labores infames forzadas por la brutalidad del fundamentalismo nazi, también eran eliminados. Algunos de ellos dejaron testimonio escrito y también se registraron algunos actos de sublevación o sabotaje de su parte. Por ello es que parece oportuno indigar si esta era la posición de quien actúa en pos de

---

"Juez Carroza indaga más de 500 casos de niños adoptados por extranjeros en los años 70 y 80", Andrés López, domingo 18 febrero de 2018, recuperado de internet el 5 de marzo de 2018: http://www.latercera.com/nacional/noticia/juez-carroza-indaga-mas-500-casos-ninos-adoptados-extranjeros-los-anos-70-80/71645/; "Adopciones irregulares: el caso de la madre que dio a luz en 1976 y nunca pudo ver a su hijo", María José Blanco, jueves 22 de febrero de 2018, recuperado de internet el 5 de marzo de 2018: http://www.latercera.com/nacional/noticia/adopciones-irregulares-caso-la-madre-dio-luz-1976-nunca-pudo-ver-hijo/76806/; http://www.nosbuscamos.org

Las informaciones que entregara *La Tercera*, tuvieron un precedente en las investigaciones de CIPER Chile entre las cuales descatamos: "Si el padre Joannon tiene información, que la entregue ya. Adopciones irregulares II: Habla Matías Troncoso, otra de las guaguas dadas en adopción por el doctor Monckeberg", Por: Pilar Rodríguez en Actualidad y Entrevistas, Publicado: 28.04.2014; "La clínica Carolina Freire se repite como el lugar donde se hacía la entrega de las guaguas Adopciones irregulares III: Nuevos testimonios revelan nombres de médicos y clínicas que violaron la ley", Pilar Rodríguez en Reportajes de investigación, Publicado: 08.05.2014; "Parte II: adopciones irregulares en san ramón nonato de Curicó. Silencio y complicidades: "No revuelvas el pasado, harás daño a otras personas"", Por: Alberto Arellano en Reportajes de investigación, Publicado: 04.07.2014; "Provincial de los sagrados corazones dio a conocer investigación Congregación del cura Joannon confirma su participación en las adopciones irregulares" Por: Equipo CIPER en Actualidad y Entrevistas, Publicado: 12.08.2014

la sobrevivencia propia para ser excluida de los condenados al gas y el fuego, como tal vez lo hizo Telma, la asistente social que tramitaba las adopciones irregulares y que dejó el registro –tenue– de una memoria que debía ser borrada, una memoria que estaba condenada al silencio y al olvido. Ella conservó una memoria prohibida.

Telma, la colega, participó de lo que podemos calificar –no en términos jurídicos– como una asociación ilícita, como lo descubrió María del Carmen García a sus 40 años en 2014: adopciones irregulares y niños dados por muertos para ser entregados en adopción, tal como se señaló CIPER (2014): "(…) niños dados en adopción –voluntaria o involuntariamente– por madres solteras; varios médicos ginecólogos y matronas que hacen puente con familias que no podían tener hijos; y clínicas particulares que facilitaron la entrega irregular de los recién nacidos. Una trama perfecta para cobijar el secreto de los "hijos del silencio", como los denominó uno de ellos"[11].

Los médicos Gustavo Monckeberg y Mario Rey, la matrona Matilde Klein, Clínica Carolina Freire en Santiago, el sacerdote Gerardo Joannon, entre otros muchos cómplices de esta red de trata de personas. Los detalles, siniestros en todo momento, delatan al amplitud, alcance y extensión de este ejercicio del poder profesional y burocrático, capaz de mentir, distorsionar y ocultar hechos, testimonios y memorias al punto de inventar la muerte de bebés nacidos sanos, de proclamar la locura de quienes buscaron tempranamente la verdad, de arrogarse el derecho de cambiar el destino de una persona, algunas de las cuales, varias décadas más tarde, encararon la catástrofe y la barbarie de este cartel de gente de la Iglesia Católica y profesionales y han llevado al conocimiento público lo que se consideraba, un hecho aislado, un caso eventual de una memoria suelta (Stern, 2000).

Gracias a los documentos encontrados en la casa de Telma Uribe, de 96 años en 2018, se conoció una lista de 579 niños y niñas que

11. "Adopciones irregulares III…".

fueron adoptados entre 1950 y 2001. De ellos, 488 se realizaron entre el periodo de 1973 y 1990, que es el primer período que está investigando el juez Mario Carroza[12]. 351 carpetas, ocho cuadernos de campo, cuatro archivadores y cinco agendas conforman el cuerpo del archivo que fuera incautado en 2017 por la Brigada de Derechos Humanos de la Policía de Investigaciones. La documentación habría revelado que se contaba con un staff de 29 "captadoras", encargadas de contactar a madres vulnerables en hospitales y hogares. A estas "captadoras" se les ofrecía un incentivo económico, como la sustitución de un mes de sueldo y cancelación de deudas de servicios básicos, entre otros. Cuerpos de bebés vivos a cambio de dinero.

El 22 de febrero de 2018 el Colegio de Trabajadores/as Sociales de Chile emitió un comunicado que en su punto seis señala: "La profesión de Servicio Social de antaño, hoy llamada Trabajo Social, tiene una historia en nuestro País de dedicación y apoyo a los niños, niñas y adolescentes para entregar la protección requerida cuando sus derechos se encuentran en riesgo. Cualquier actuación profesional que atente contra estos derechos será inaceptable para nuestra organización profesional"[13]. No es propósito de este capítulo acudir a juicios morales ni a validar parámetros de cumplimientos éticos, porque allí gozan de impunidad la maniquea forma del deber ser y la ceguera a la descripción densa.

En cambio, la actualización de la subjetividad heroica permitirá observar la ambigüedad de los comportamientos profesionales que, en ocasiones, de tanto trabajar con monstruosidades termina distorsionando a las personas. Pero ello no es una desfiguración pues es el rostro; es,

12. Soy Chile (2018). Revelan detalles de la vida de Telma Uribe, asistencia social inculpada por adopciones de niños a extranjeros. Disponible en: http://www.soychile.cl/Santiago/Sociedad/2018/02/18/517375/Revelan-detalles-de-la-vida-de-Telma-Uribe-asistente-socialinculpada-por-adopciones-de-ninos-a-extranjeros.aspx Recuperado de internet el 05 de marzo de 2018.

13. "Declaración Pública", Santiago, febrero 22 de 2018. Colegio de Trabajadores Sociales de Chile.

a veces, el rostro de un cuerpo dolorido que resulta imposible de asumir en todo su sufrimiento y es preferible eludir: trastornos de sueño, ansiedad, licencias médicas, y una muy larga lista de somatizaciones del habla del cuerpo ante el silencio de la voz por el abuso y la injusticia de la que se ha llegado a formar parte. Estos son los efectos de la catástrofe en los cuerpos como contraefecto al ejercicio de la violencia institucional que se ejerce en primera línea sobre los cuerpos de los pobres sometidos al régimen eugenésico y de darwinismo social tan arraigado en la máquina de destrucción del Estado: el jinete al que le ha sido dado la espada y que se provee de la Intervención Social para fortalecer al corcel bermejo que también cuenta con otros agentes.

Las Flores del mal: Un destacamento de La Armada de Chile ataca a un joven de 21 años

Esas desfiguraciones son las que se encuentra un estudiante de Trabajo Social arrojado a los eventos de las prácticas pre-profesionales, las puertas del infierno o, en mi caso, las Memorias de la muerte de Marcelo Barrios (Guajardo, 2000). Es, por tanto, este un testimonio que solo puedo compartir en primera persona.

En esos encuentros con historias, en el empeño de forjar una, conocí a Manuel Cortés; era la mitad de la década de los 90s y él era presidente de la Junta de Vecinos de Población 18 de septiembre, en Cerro San Juan de Dios, donde fui destinado a la práctica de Comunidad, en mi cuarto año de la carrera. Él fue militante comunista hasta 1987 y esa experiencia le ayudó a transmitir algunos de los sucesos del 31 de agosto de 1989; no habremos de agregar datos de la vida de Marcelo Barrios, porque están muy documentados en *El Fulgor Insomne* de Ernesto Guajardo, y una memoria viva de lo que fue ese día lo transformé en una crónica para la revista *Ciudad Invisible*, que editábamos junto a dos amigos en la década de los 2000. Entonces, tres o cuatro

años después grabé una conversación con Manuel con su testimonio:

> No había visto las cosas tan de cerca, yo creo que por esos días en nuestra población estábamos todos atentos, o los más, estábamos en una postura de trinchera antidictatorial, porque estaba fresca la desaparición de nuestro vecino, amigo, Manuel Sepúlveda Sánchez, en 1987, entre el 9 y el 11 de septiembre. Vivía allí, su familia aún vive allí.
>
> Estábamos en una casa de Aquiles Ramírez, calle principal de la población 18 de septiembre. Íbamos a celebrar el aniversario del centro cultural 18 de septiembre. Estábamos en eso. Eran aproximadamente las cuatro y media de la tarde y estábamos con el cóctel en la mesa y vemos que va subiendo un camión de la armada, concretamente de infantes de marina; entonces salimos detrás de este camión; los más fuimos hasta la reja de la casa, los menos seguimos el camión, que se metió al callejón 25 del cerro San Juan de Dios, hacia el lado oriente. Lo seguimos, y al doblar, nosotros nos encontramos con un soldado, un infante de marina que nos bloquea la pasada, con fusil en posición transversal nos dice, con mala cara, que no podemos pasar; pero como nosotros somos del sector nos ingeniamos para meternos por unos sitios un poco más arriba y, en cosa de minutos estábamos casi encima de la patrulla.
>
> Entre sobrepasar al soldado y llegar a pasar por el otro terreno, nunca dejamos de mirar hacia el lado oriente, donde estaba la espalda de toda la patrulla y ahí hay un hombre de mediana estatura, y nos causa mucha extrañeza que ese hombre, está de civil, apuntaba con el dedo hacia el lado de abajo. Hasta ese momento nosotros no sabíamos qué apuntaba, cuando nosotros

> nos vamos acercando más, la patrulla se descuelga por toda la pendiente en fracción de segundos y atraviesa el cerro al trote.
>
> Entonces, como nosotros no podíamos bajar por donde mismo había bajado la patrulla, porque el soldado ya se había dado cuenta, nos tuvimos que volver a la calle principal y tomar calle Progreso y cuando vamos doblando hacia la calle Santa Rita ya la patrulla estaba haciendo la primera explosión y, de eso, no mediaron más de tres minutos, cuatro minutos[14].

Este relato, conocido por el joven estudiante de Trabajo Social que yo era en ese entonces, quedó más que en la memoria, en el corazón. Y quise escribirlo y que se conociera. El tiempo, los vientos y las circunstancias hicieron que uno de los ejemplares de la revista llegara un década más tarde a Parque Almagro, en Santiago de Chile, donde el abogado de Punta Arenas Julio Cortés reconoció el nombre de Marcelo Barrios, oriundo también de la ciudad del Estrecho de Magallanes. Sin ahondar en explicaciones técnicas aquí, Julio utilizó aquel reporte para la tercera reapertura de la causa del juicio civil, esta vez como causa de Derechos Humanos bajo instrucción del Ministro en Visita Extraordinaria, Jaime Arancibia. Por otra parte, y años antes, un amigo, abogado e historiador, al leer mi reportaje me contó que él también había sido testigo a los 16 años de ese crimen. Pero con una mejor perspectiva que la que Manuel Cortés había tenido. En wikipedia se puede leer acerca de Marcelo Barrios Andrade[15], de lo que se puede recoger el siguiente extracto:

---

14. Entrevista publicada en Valparaíso en Arellano, N. (2002) "Memorias de la muerte de Marcelo Barrios", *Ciudad Invisible*, págs. 5-6, bajo el pseudónimo de Horario Oliveira.
15. https://es.wikipedia.org/wiki/Marcelo_Barrios_Andrade; http://web.archive.org/web/20160304113319/http://www.ddhh.gov.cl/n84_10-04-2015.html. Recuperado 10 de junio de 2019.

Búsqueda de Justicia.

Aunque inicialmente no hubo juicio ni reconstitución de escena, ya que el Gobierno dio como versión oficial sobre el hecho que "el delincuente subversivo fue conminado a entregarse, pero respondió haciendo uso de armas de fuego. Dicho individuo parapetado, al ser herido en el intercambio de disparos, procedió a detonar un explosivo, que le causó la muerte en forma instantánea ocasionando además daños en el inmueble". En abril del 2015 (a más de 25 años de su asesinato) se hizo la reconstitución de escena del hecho, fue así como la Corte de Apelaciones de Valparaíso, en julio del 2015 decidió procesar a 6 ex-funcionarios de la Armada por el delito de homicidio calificado y un ex miembro de la PDI como encubridor de los hechos, el Ministro Arancibia consideró a base de lo clarificado en la investigación, presunciones fundadas de homicidio calificado y además reveló que el "material de guerra" incautado en la vivienda, eran realmente: un juego de living de mimbre, completo (un sofá, dos sillones, tres pisos y una mesa de centro); un televisor blanco y negro, marca Kioto; un equipo minicomponente; una calculadora programable; una estufa automática, a parafina; una máquina de escribir; una plancha, marca Phillips; un sartén eléctrico; loza y cuchillería; artículos de baño; textos y útiles de estudio; ropa de vestir; ropa interior; ropa de cama; un poncho y dos alfombras.

Se agrega que:

En septiembre del 2015, la Universidad de Playa Ancha En Una Ceremonia organizada por la Federación de Estudiantes y encabezada por el Rector de la Universidad Patricio Sanhueza

> Vivanco otorgó el título póstumo a la familia de Marcelo, en esta Misma Línea Sanhueza recordó además, que tuvo dos conversaciones con el joven asesinado, a quien calificó como consecuente y comprometido con su país, enfatizando que 'son valores que fomentamos en nuestros estudiantes, quienes son preparados para salir y transformar la sociedad para hacer de este país un mejor lugar donde vivir'.

Probablemente en 2015, antes de la reconstitución de escena, pudimos juntarnos los abogados, una hermana de Marcelo, quien no cejó nunca en la búsqueda de la verdad y justicia, el nuevo testigo y yo. En aquella ocasión recorrimos el barrio atravesando la quebrada porteña de San Juan de Dios de un cerro al otro. Ella, en cierto momento, luego de escuchar el relato de los eventos, nos dijo que por primera vez en 25 años al fin había podido conocer cómo ocurrió la muerte de su hermano. De algún modo, en esta intervención social en la memoria (Arellano, 2018) hubiese sido imposible una planificación asociada a un proyecto de corta duración. Tampoco hubiese habido una institucionalidad pública capaz de asumirla. Además, tampoco hubo algún control del proceso que se fue enlazando en la medida que los eventos se conectaron circunstancialmente, por lo que, considerando todo lo anterior, la intervención social necesita de la apertura hacia la intuición, a lo irracional, a la imaginación y al azar.

Apostilla

Los casos analizados en este capítulo a través de la interpretación filosófica de acontecimientos de la Historia, desnudan el apego a las Ciencias Sociales que la intervención social insiste en cultivar como relación privilegiada y que impide o hace creer inviable la pertinencia de las Humanidades y las Artes para comprender las estructuras y

acontecimientos con los que hacemos la Historia. La Filosofía es un apoyo fundamental e ineludible para impulsar una reflexión-acción transformadora capaz de resignificar los códigos sociales, políticos y culturales que conducen las historias institucionales.

Lo anterior, probablemente, nos pondrá en problemas porque nos exigirá un escrutinio fuera de la dicotomía bondad/maldad y establecer coordenadas de referencia para la desobediencia civil, para la denuncia de una violencia institucional naturalizada que se comprende como la normalidad, a pesar de la evidencia de los procesos de exterminio a los sectores populares y la exigencia de obediencia debida que intenta morigerar la culpa, evadir el conflicto y amnistiar las responsabilidades de este sufrimiento inútil. En Nietzsche, Lévinas, Agamben, Mate no encontraremos respuestas, que es la tara de la intervención social, sino preguntas. En nuestro recorrido conversaremos con estos hombres blancos, europeos, judíos y cristianos, que se preguntaron y se preguntan acerca de la injusticia y la relevancia de la memoria; pero lo hacen tanto como Roig, Cortázar, De la Aldea, Lira se han preguntado acerca de la relevancia de la contingencia local en la destrucción de la alteridad, el sufrimiento inútil y el ejercicio de la violencia y las violencias en los sectores populares y los proyectos emancipatorios, así como también de los procesos de constitución de subjetividades en estas circunstancias de transfrontera, realidades múltiples y escalas intersectadas.

Con ello es que la intervención social debe reflexionar muy activamente acerca de sus prácticas de salvataje social, descubrir y comentar sus malas prácticas, incursionar en la anatomía del desastre y encarar decididamente los criterios para discernir si una intervención social genera o ahonda el daño y el sufrimiento o, volviendo a la metáfora de la barbarie y la catástrofe del apocalipsis, hacernos conscientes de nuestra colaboración activa con el jinete al que le ha sido dado el poder de quitar la paz de la tierra. Esta reflexión en la acción tendrá su guía en la filosofía. Tal vez, al igual como nos conduce Reyes Mate

(2011: 300) a mirar en el abismo: "No hay belleza si está basada en el sufrimiento humano. No puede haber una verdad que silencie el dolor ajeno. No puede llamarse bondad a lo que permite que otros sientan dolor" (Borowski, 2004: 59).

La Filosofía es acción esencial. Es el viaje a la semilla de Alejo Carpentier, es la apertura a la pregunta que no tiene complejos por no tener respuestas. Es la conjunción de posibilidades que hace que todo sea posible, que desdibuja los límites y –a veces– suprime fronteras. La Filosofía, o las Filosofías, tal como lo plantea José Santos (2018), no es la solución y puede que ni siquiera el camino, pero es parte del modo de vida que las formas de intervención social deben exigir de sí mismas. Esto es, para los incrédulos e incrédulas del Trabajo Social, una *intervención social en la memoria*. Un Trabajo Social liberado de las pautas, las formalidades y su institucionalización. Las Humanidades son, para el Trabajo Social, una fuente de riqueza que ofrece mejores alternativas que las Ciencias Sociales a secas, que persisten en su torpe Proyecto Camelot (Manno & Bednarcik, 1968).

Aquí, ante la misma puerta del infierno debemos declararnos en rebeldía y disponernos a politizar aquello que ha sido despolitizado. El primer paso es *descalzar* la identidad de la intervención social (Castro-Serrano & Arellano-Escudero, 2017). En el verso de Silvio Rodríguez, *quedamos los que puedan sonreir, en medio de la muerte, en plena luz*. Ante las puertas del infierno se debe ejercer el optimismo irrenunciable que apuesta por la verdad y la justicia.

Referencias

Agamben, G. (1998). *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Pre-Textos. Valencia.

---------- (2000). *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. Homo Sacer III*. Pre-Textos. Valencia.

---------- (2003). *Estado de excepción. Homo sacer II*, 3. Pre-Textos. Valencia.

---------- (2004). El estado de excepción. *Archipiélago: Cuadernos de Crítica de la Cultura*, (60), 99-109.
---------- (2005). *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. Homo sacer III*. Valencia: Pre-Textos.
---------- (2008). *El Reino y la Gloria. Homo sacer II*, 4. Buenos Aires: Editorial Adriana Hidalgo.
---------- (2011). *El sacramento del lenguaje. Arqueología del juramento. Homo sacer II, 3.* Pre-Textos, Valencia.
---------- (2012). *Opus Dei. Homo sacer, II, 5*. Buenos Aires: Editorial Adriana Hidalgo.
---------- (2013). *Altísima pobreza. Reglas monásticas y formas de vida. Homo sacer IV,1*. Buenos Aires: Editorial Adriana Hidalgo.
---------- (2017). *Stasis. La guerra civil como paradigma político. Homo sacer II, 2*. Buenos Aires: Editorial Adriana Hidalgo.
Aguad, A.D. y Castro, K.C. (2018). Sociabilidad, identidad e integración: colonia italiana en Tarapacá 1874-1910. *Historia 396*, 8(1), 59-83.
Arellano, N. (2005). Historia local del acceso popular al suelo. El caso de la ciudad de Viña del Mar. *Revista INVI***,** 20(54), 56-84.
---------- (2018). El deseo del Trabajo Social y la Historia. Claves para una intervención social en la memoria. En B. Castro-Serrano y M. Flotts, *Imaginarios de transformación: el Trabajo Social revisitado* (pp. 49-72). Santiago de Chile: RIL Editores.
Azcue, C.N. y Turra, B.E. (2005). Migración y Redes de Poder en América: El caso de losindustriales españoles en Valparaíso (Chile) 1860-1930. *Revista complutense de historia de América*, 31, 115-146.
Balán, J. (1990). La economía doméstica y las diferencias entre los sexos en las migracionesinternacionales: un estudio sobre el caso de los bolivianos en la Argentina. *Estudios migratorios latinoamericanos*, 5(15-16), 269-294.
Barahona, D. y Hertz, C. (2018). *Aproximaciones a los significados que le atribuyen a la participación en las organizaciones sociales, migrantes haitianos adultos que participan en la junta de vecinos Sedamar Oriente paradero 3 de Achupallas, en Viña del Mar*. (Tesis para optar al grado de licenciado). Universidad Viña del Mar, Chile.
Blanco, M.J. (2018). Adopciones irregulares: el caso de la madre que dio a luz en 1976 y nuncapudo ver a su hijo. Recuperado de http://www.

latercera.com/nacional/noticia/adopcionesirregulares-caso-la-madre-dioluz-1976-nunca-pudo-ver-hijo/76806/
Becerra, M. (2012). Las olvidadas erradicaciones de la dictadura. Recuperado de https://www.elciudadano.cl/entrevistas/las-olvidadas-erradicaciones-de-ladictadura/12/17/
Burke, P. (Ed.). (1993). *Formas de hacer historia*. Alianza, Madrid.
Castro-Serrano, B. y Arellano-Escudero, N. (2017). Humanidades para el Trabajo Social y su intervención: apuesta por una identidad 'descalzada', *Intervención*, 7, 26-35.
Colegio de Trabajadores Sociales de Chile (2018). Declaración Pública. Santiago. Recuperado de www.trabajadoressociales.cl
Cano, V. y Soffia, M. (2009). Los estudios sobre migración internacional en Chile: apuntes y comentarios para una agenda de investigación actualizada. *Papeles de población*, 15(61), 129-167.
Chavez, T.M. y Cortés, M.E. (2018). *Procesos de reconocimiento social/negación de identidad, en las relaciones de la Comunidad Mapuche Neg Mapu, los actores de la sociedad civil y gubernamentales, en Viña del Mar.* (Tesis para optar al grado de licenciado). Universidad Viña del Mar, Chile.
Contreras, M. (2017). Señores de esclavitud africana en el reino de Chile. Mercado local y patrimonio familiar, Valparaíso 1750-1817. *Palimpsesto. Revista Científica de Estudios Sociales Iberoamericanos,* nºespecial, 70-96.
Courtis, C. y Pacecca, M.I. (2010). Género y trayectoria migratoria: mujeres migrantes y trabajo doméstico en el Área Metropolitana de Buenos Aires. *Papeles de población*, 16 (63), 155-185.
De La Aldea, E. y Lewkovicz, I. (2014). *Cuidar al que cuida. Subjetividad heroica*. Buenos Aires: Editorial Los Talleres.
Dubinovsky, A. (1991). El tráfico de esclavos en Chile en el comercio mundial en el siglo XVIII. *Boletín americanista*, (41), 291-301.
Estrada, B. (1996). Presencia extranjera en la industria chilena: Inmigración y empresariado italiano 1930-1950. *Cuadernos de Historia,* (16), 191-239.
---------- (2012). *Valparaíso. Progresos y conflictos de una ciudad puerto* (1830-1950). Santiago de Chile: RIL editores.
---------- (2013). Importancia económica de los alemanes en Valparaíso, 1850-1915. *América Latina en la historia económica*, 20(2), 151-176.

---------- (2016). Integración socioeconómica de la colectividad alemana en Valparaíso (1850-1930). *Historia 396*, 1(2), 199-235.
Estrada, B. (2017). Integración laboral y social de las colectividades árabes en las ciudades medianas de Chile durante el siglo XX: El caso de Quillota. *Historia 396*, (1), 59-87.
García Canclini, N. (2002). *Latinoamericanos buscando lugar en este siglo*. Buenos Aires: Paidós.
Gónzalez-Miranda, S. (2004). *El Dios cautivo Las Ligas Patrióticas en la chilenización compulsiva de Tarapacá (1910-1922)*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
Guajardo, E. (2000) *El Fulgor Insome: la vida de Marcelo Barrios*. Valparaíso: MemoriaActiva.
Herrera, J. y Utreras, N. (2018). *Estudios descriptivo acerca de los significados sociales que le otorgan a las dimensiones del ocio, los hombres de nacionalidad haitiana, residentes en la comuna de Limache*. (Tesis para optar al grado de licenciado). Universidad Viña del Mar, Chile.
Horta, A. C. P. (2017). *Estudio longitudinal sobre las tendencias en los cambios producidos en las dimensiones de inclusión social de los inmigrantes de origen peruano registrados con residencia en las comunas que contemplan la provincia de la región de Valparaíso entre los años 2015-2017*. (Tesis para optar al grado de licenciado). Universidad Viña del Mar, Chile.
Labbe, F. J. y Llevenes, M. (1986). Efectos distributivos derivados del proceso de erradicaciónde poblaciones en el Gran Santiago. *Estudios públicos*, 24, 197-242.
Latour, B. (2007) *Nunca fuimos modernos*. Buenos Aires: Siglo XXI.
---------- (2008). *Reensamblar lo social - una introducción a la teoría del actor-red.* BuenosAires: Manantial.
Le Pichon, Y. y Lavrillier, C. M. (1988). *Rodin, La porte de l'enfer*. Paris: Pont Royal.
Lévinas, E. (1993). El sufrimiento inútil. En *Entre nosotros. Ensayos para pensar en otro* (pp.115-126). Valencia: Pre-textos.
Leyton, C. y Huertas, R. (2012). Reforma urbana e higiene social en Santiago de Chile: La tecnoutopía liberal de Benjamín Vicuña Mackenna (1872-1875). *Dynamis,* 32(1), 2144.
Leyton, C. E., Palacios, C. y Sánchez, M.J. (2015). *El bulevar de los pobres.*

Racismo científico,higiene y eugenesia, siglos XIX y XX. Santiago de Chile: Ocho libros.

López, A. (2018). Juez Carroza indaga más de 500 casos de niños adoptados por extranjerosen los años 70 y 80. La Tercera. Recuperado de http://www.latercera.com/nacional/noticia/juez-carroza-indaga-mas-500-casos-ninosadoptados-extranjeros-los-anos-70-80/71645/

López, A. (2018). El perfil de la mujer de 96 años que guardó el registro de niños adoptados.Recuperado de http://www.latercera.com/nacional/noticia/perfil-la-mujer-96-anos-guardoregistro-ninos-adoptados/71665/

Manno, F.J. y Bednarcik, R. (1968). El proyecto Camelot. *Foro Internacional*, *IX*, 2 (34), 206-218.

Mate, R. (2011). *Tratado de la injusticia*. Madrid: Anthropos.

Mellafe, R. (1984). *La introducción de la esclavitud negra en Chile: tráfico y rutas*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.

Méndez, A. L. y Tapia, D. (2018). *Estudio descriptivo sobre el proceso de aculturación en los ámbitos socioculturales, de inmigrantes de nacionalidad venezolana, residentes en la comuna de Quillota, Región de Valparaíso.* (Tesis para optar al grado de licenciado). Universidad Viña del Mar, Chile.

Mera, C. y Halpern, G. (2011). Migraciones internacionales: repensando las ciudades y sus políticas, *Revista Latina de Sociología*, 1, 98-125.

Nietzsche, F. (2002). *Más allá del bien y del mal*. Madrid: Alianza.

---------- (2003). *Beyond good and evil: Prelude to a Philosophy of the Future*. London: Penguin.

Olivarez, S. y Valdenegro, C. (2019). *Relaciones sociales que establecen los migrantes haitianos en el proceso de aculturación para su inserción laboral. El caso en Viña del Mar*. (Tesis para optar al grado de licenciado). Universidad Viña del Mar, Chile.

Ossul-Vermehren, I. (2018). Lo político de hacer hogar: una mirada de género a la vivienda autoconstruida. *Revista INVI*, 33(93), 9-51.

---------- (2019). *The Politics of Home-Making: The case of informal settlements in Viña del Mar, Chile*. (Tesis inédita de doctorado). University College, London, UK.

Ovando, C. y González-Miranda, S. (2019). La dimensión identitaria de las expresiones para-diplomáticas entre Bolivia y Chile: una lectura desde dos otredades, *Revista Austral de Ciencias Sociales*, (35), 45-62.

Robert, I. (2019) *Cadenas y redes migratorias presentes en la etapa inicial del proyecto migratorio de personas haitianas en la ciudad Valparaíso*. (Tesis inédita de maestría). Universidad de Concepción, Chile.

Santos-Herceg, J. (2018). "Lo "matinal", lo "religado", lo "intercultural". Alternativas para una liberación de la filosofía". En B. Castro-Serrano y G. Muñoz-Arce (Ed.), *Actas del Seminario Filosofía y Trabajo Social* (pp. 20-28). Cuadernos de trabajo: Universidad Andrés Bello y Universidad Alberto Hurtado.

Stern, S. (2000). De la memoria suelta a la memoria emblemática. En M. Garcés, P. Milos, M. Olguin, J. Pinto, M. T. Rojas y M. Urrutia (Comps.). *Memorias para un fin de siglo. Chile, miradas a la segunda mitad del siglo XX* (pp. 11-35). Santiago de Chile, LOM, 2000.

Thomas, J.A. (2017). Historia económica en el Antropoceno: cuatro modelos. *Desacatos*, (54), 28-39.

Vidal, P. (Comp.) (2017). *Las caras del trabajo social en el mundo: per(e)sistencias bajo el capitalismo tardío*. Santiago de Chile, RIL Editores.

Vildósola, L. (1995). A los 14 años mi papá se sentía que ya era un hombre». El sujeto popular en Viña del Mar durante la primera mitad el siglo XX, *Última Década*, (3), 1-21.

Zemelman, H. (2007). *El ángel de la historia: determinación y autonomía de la condición humana (Ideas para un programa de humanidades)*. Madrid: Anthropos Editorial.

Parte II
Teorías Críticas e Intervención Social

CAPÍTULO 4

Trabajo Social y Postmarxismo. Una aproximación a la noción de crítica como involucramiento hegemónico en las instituciones

Alex Cea Cea[1]

Introducción

El presente texto se propone como tarea especificar y discutir los alcances de la noción de crítica en la profesión y está inscrito en una investigación más amplia, que se plantea aportar en la elaboración de un enfoque crítico sobre el trabajo social, a partir de una articulación entre el post marxismo, y la intervención social.

Avanzar en esta discusión no es un asunto solamente conceptual, por el contrario, se trata de interrogar el lugar de las respuestas profesionales que se ponen en marcha en un escenario que marcado por una permanente dialéctica –en palabras de Balibar– entre "democratización y desdemocratización". Para realizar esta tarea nos aproximaremos metodológicamente en cuatro pasos.

1. Profesor en la carrera de Trabajo Social, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Alberto Hurtado. Trabajador Social, Universidad de Arte y Ciencias Sociales (UARCIS), Chile. Magíster en Filosofía Política, Universidad de Santiago de Chile (USACH). Doctorante en Trabajo Social, Universidad Nacional de La Plata, Argentina. *alexcea01@gmail.com*

En primer lugar, realizaremos la distinción entre la crítica y lo crítico. En segundo lugar, especificaremos la noción de crítica, poniendo de relieve aspectos genéricos y disciplinares, ofreciendo también una clasificación posible de los enfoques existentes. En tercer lugar, especificaremos la crítica postmarxista, relevando los argumentos centrales de la perspectiva de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe. Y en cuarto lugar, se esbozará una noción de "crítica como involucramiento hegemónico en instituciones", que implica no perder el doble momento de desarticulación y rearticulación, que es ignorado por los teóricos del éxodo y de la falsa conciencia.

La crítica y *lo* crítico

Dos conjuntos de distinciones parecen apropiadas como punto de partida para ir acercándonos a un concepto de crítica. En primer lugar, se trata de especificar qué está en juego en el "acto crítico" y, en segundo lugar, distinguir entre "la crítica" y "lo crítico".

Sobre el primer punto, Nelly Richard define al acto crítico por "el triple proceso de seleccionar (retener, descartar opiniones), examinar (considerar los pro y los contra de cada una de ellas) y decidir (elegir una alternativa prefiriendo a otras), con el riesgo inherente al hecho de que esta toma de partido, carece de toda certeza respecto de lo que va a suceder después como resultado" (Richard, 2013: 51). Es decir, se trata de una decisión con consecuencias y propuestas.

En segundo lugar, la misma autora establece una distinción entre la crítica y lo crítico. Esto significa diferenciar entre la "crítica", como género y disciplina, y lo "crítico" como operación. En el caso de la primera, "es saludable que ella ya no cuente con el privilegio (moderno) de que sus juicios se declaren trascendentes, y tenga más bien que dar cuenta de cómo las nociones de 'valor' y 'calidad' son nociones construidas bajo el efecto relativo y contingente, de determinadas

ideologías culturales" (Richard, 2013: 40). En el caso de lo crítico como operación– que desborda a la crítica como género y disciplina–, "se asoma en cada enunciación de sujeto y en cada posición de discurso que intentan desafiar el orden hegemónico desde lo no consensuado, lo divergente, y lo minoritario en materia de construcciones de signos e identidades" (Richard, 2013: 40).

En este marco, la autora sostiene que, "una vez asumido el hecho de que la crisis de la modernidad ha destrascendentalizado la facultad de juzgar y que ya no podemos confiar en sistemas fijos de valoración absoluta, "la crítica" y "lo crítico" deben aprender a trabajar con la experimentalidad del juicio– siempre tentativo y provisional carente de toda certidumbre estratégica" (Richard, 2013: 40). En nuestra perspectiva, esta cita es complementaria con la mirada de Chantal Mouffe, quien refiere al carácter abierto de lo social, lo que implica reconocer que todo orden es político y está basado en alguna forma de exclusión, por ende, "siempre existen otras posibilidades que han sido reprimidas y que pueden reactivarse" (Mouffe, 2007: 25). Dicho de otro modo, se trata de comprender en ambos casos, que existe una indeterminación de lo social que es constitutiva y no permite posicionarse desde una perspectiva esencialista sobre alguna certidumbre estratégica que garantice ciertos resultados. Esta indeterminación constitutiva de lo social, implica entender que hay más de un punto de vista, lo que significa reconocer el pluralismo y la existencia de perspectivas en disputa, por ende, proyectos en disputa. Se puede sostener entonces, que la forma en que se conjuga la crítica y lo crítico, es sinónimo de la capacidad de proyectar, de instituir lo social, de inventar la democracia.

Dicho lo anterior, podemos mencionar distintas elementos que distinguen una perspectiva crítica, como señala Kincheloe y McLaren (2012: 239), resulta difícil responder qué es la teoría crítica, porque: "a.) existen muchas teorías críticas, no solo una; b) la tradición crítica está en constante cambio y evolución, y c) la teoría crítica trata de

evitar demasiada especificidad, puesto que da lugar al desacuerdo entre teóricos críticos".

En este marco, los autores especifican que se trata de perspectivas que:

a. tratan de usar su trabajo como una forma de crítica social o cultural y que acepta ciertos supuestos básicos de que todo pensamiento está, en esencia, mediado por las relaciones de poder que son sociales y están históricamente constituidas;
b. que los hechos nunca pueden aislarse del dominio de los valores ni ser extraídos de alguna forma de inscripción ideológica;
c. que la relación entre el concepto y el objeto y entre el significante y el significado nunca es estable o fija y que con frecuencia está mediada por las relaciones sociales de producción y consumo capitalistas;
d. que el lenguaje es central para la formación de subjetividad; que ciertos grupos de cualquier sociedad y de sociedades particulares son privilegiados en relación con otros;
e. que la opresión tiene muchas caras y que concentrarse en una sola a costa de otras (por ejemplo, la opresión de clases frente al racismo) muchas veces omite las interconexiones entre ellas;
f. y por último, "que las prácticas de investigación (…) aunque muchas veces de forma involuntaria, están implicadas en la reproducción de sistemas de opresión, de clase, de raza y de género" (Kincheloe & McLaren, 2012: 239).

Desde nuestro punto de vista, las perspectivas críticas en general, se conjugan a partir de:

a. una mirada *transformadora* que apuesta por avanzar "más allá de la positividad de lo social",
b. a partir de una concepción sobre la emancipación social, que
c. interrumpa el "fortalecimiento operacional de las prácticas".

En términos disciplinarios: el trabajo social

Si hablamos de perspectivas críticas en términos disciplinarios, podríamos señalar lo siguiente; en primer lugar, entendemos que una perspectiva crítica del Trabajo Social, se asocia con la posibilidad de discutir y constituirse como colectivo profesional fruto del vibrante debate entre miradas distintas, celebrando el pluralismo como valor y elaborando las consecuencias de pensar la profesión desde lugares distintos. En este sentido, una perspectiva crítica se relaciona con la posibilidad del disenso y con una dimensión propositiva. Si lo decimos de otro modo, una perspectiva crítica, contiene una conjugación específica en torno a su dimensión negativa y su dimensión normativa.

En segundo lugar, es necesario señalar que una perspectiva crítica en Trabajo Social es un fenómeno y/o proceso que está inscrito históricamente y que se ha expresado en distintos periodos del desarrollo de la disciplina, por ejemplo, en el periodo de reconceptualización en la década del setenta; o en el denominado Trabajo Social Alternativo en Chile en la década de los ochenta. En cada caso, la perspectiva crítica se relaciona con interpelar política y transformadoramente el orden hegemónico.

En tercer lugar, como ha señalado Lorena Molina: "(…) el debate no ha sido homogéneo en cuanto a las ideas, sino todo lo contrario: hay una lucha por posicionar ideas, conocimientos que corresponden a visiones de mundo en contradicción. La hegemonía de unas ideas sobre otras, da cuenta de la lucha que se expresa al interior de la categoría profesional y muestra las tendencias y aspiraciones de la intervención" (Molina, 2013: 33). Es decir, una perspectiva crítica se define a partir de una comprensión del mundo, que antecede y conjuga la puesta en escena de planteamientos científicos, políticos o estéticos.

En cuarto lugar, y en función del punto anterior, cabe señalar que se debe reconocer que existe una heterogeneidad dentro de las

perspectivas críticas, es decir, no existe una perspectiva crítica, existe una pluralidad de perspectivas críticas.

En este sentido, al decir de Teresa Matus: "(…) existen diversas corrientes que se intentan apropiar de la noción de crítica, cuestionando el pasado como visiones ortodoxas y planteando una disputa por su hegemonía: a. En el Trabajo Social analítico, por el uso del concepto de evidencia, b. En el Trabajo Social anglosajón mediante la noción de práctica anti opresiva. c. En las corrientes post estructuralistas del Trabajo Social por la noción de un dispositivo que muestra las relaciones de poder. d. en la hermenéutica del Trabajo Social, a través de un concepto de experiencia trágica. e. En el Trabajo Social Marxista mediante diversas interpretaciones de Marx, según sea el autor a través del cual se entra a él: Lukács, Gramsci, Bloch, Horkheimer, Marcuse, Benjamin, entre otros" (Matus, 2012: 10).

En suma, podemos plantear que la noción de crítica, fundamenta y conjuga, dimensiones políticas, históricas, profesionales y conceptuales que dan cuerpo a distintas perspectivas críticas de la intervención del trabajo social en la actualidad. Es posible pensar el estado de la cuestión a partir de la siguiente constatación: "(…) si de nociones incorporadas al repertorio conceptual de los trabajadores sociales se trata, *crítico* es una de las que más encontramos desde, por lo menos, 40 años atrás e intensificado su uso en los últimos 20. Sin embargo, pareciera que en ella hay algo que incomoda en tanto presenta su eterno retorno a los foros de discusión, ya sea como concepto en sí o adjetivando términos como por teoría, intelectual, entre otros" (Cazzaniga, 2014: 30-36).

En este marco, Cazzaniga sostiene dos puntos que nos interesa relevar. Primero, que los conceptos son una "construcción histórica social, entonces cada época coloca coordenadas que exigen revisar sus contenidos" (Cazzaniga, 2014: 30-36). Y segundo, que "los conceptos no son unívocos sino polisémicos lo que significa que pueden variar de significado según el carácter del campo discursivo (coloquial o

académico) o disciplinar (los mismos términos pueden tener connotaciones diferentes según la medicina o el trabajo social, por ejemplo)" (Cazzaniga, 2014: 30-36).

Sobre estos supuestos, un preliminar estado de la cuestión nos conduce a dos registros. En primer lugar se puede constatar que la discusión en torno a las "perspectivas críticas" se han vuelto ejes de reflexión central en los últimos congresos latinoamericanos. Y así, es posible identificar y referir algunos libros de circulación latinoamericana referidos a la materia, en una selección –sin duda–, preliminar y arbitraria, pero que nos permite tener una mirada panorámica sobre el estado de la cuestión a nivel mundial, regional y nacional.

Sobre los congresos latinoamericanos

Podemos señalar que en los congresos de la Asociación Latinoamericana de Enseñanza e Investigación en Trabajo Social (ALAEITS), la discusión en torno a la crítica en Trabajo Social se ha ido constituyendo en eje central de reflexión en el 2012 y el 2015. En ese sentido, pensamos que la discusión a nivel latinoamericano, ha transitado desde lo epistemológico a lo ético-político, y de ahí con más nitidez a las perspectivas críticas.

En el XX Congreso de la ALAEITS, el 2012, "Desafíos del contexto regional al campo del trabajo social", se establecen tres líneas de discusión: a. Tensiones en la disputa de proyectos societales en América Latina: sus implicancias para la educación superior, las Ciencias Sociales, y el Trabajo Social. b. El Debate sobre las Teorías Críticas en la Formación Profesional. c. Intelectualidad y Política: Desafíos a las Ciencias Sociales y al Trabajo Social.

En el XXI Congreso de la ALAEITS, el 2015 en México: "La formación profesional en Trabajo Social: Avances y tensiones en el contexto de América Latina y el Caribe", habían tres ejes principales de reflexión: a. Contexto latinoamericano: transformaciones contemporáneas e

implicancias en los Proyectos Académicos Institucionales en Trabajo Social. b. Teorías Críticas y Trabajo Social. Sus aportes para la comprensión e intervención en el contexto latinoamericano. c. Proyectos Académicos Institucionales. Avances, tendencias, tensiones, desafíos.

Lo interesante es el que el segundo eje –que es el que nos interesa– contiene tres sub ejes: i. Ciencias Sociales y Trabajo Social: diálogos, relaciones y tensiones. ii. La perspectiva crítica en el análisis y problematización de la Cuestión Social. Su relación con los Proyectos Académicos Institucionales. iii. Construcciones, debates y disputas en torno a las Teorías Críticas en los Proyectos Académicos Institucionales en Trabajo Social. Vemos que la presencia del tema en los congresos es una prueba de la importancia de resignificar la tradición crítica que está históricamente enraizada en el Trabajo Social. Esto requiere revisitar clásicos y repensar conceptos y contextos de acuerdo a los desafíos contemporáneos de la perspectiva crítica en la disciplina.

En relación a la discusión bibliográfica

Con el objetivo de construir una mirada panorámica sobre el estado de la cuestión, seleccionamos tres libros que nos presentan un estado del arte y una visión de conjunto sobre las perspectivas críticas en el Trabajo Social.

El primero es el libro *Servicio Social Crítico*, que es una obra colectiva que en sí es un estado de la cuestión, ya que incluye más de diez autores latinoamericanos contemporáneo. Este libro fue publicado por la Editora Cortez, e incluye textos de Haroldo Abreu, Maria Lucia Barroco, Stella Garcia, Yolanda Guerra, Marilda Iamamoto, Georg Lukács, Carlos Montaño, Jose Paulo Netto, Potyara Pererira, Reinaldo Pontes, Juan Retana, Margarita Rozas, Maria Carmelita Yazbek. En la introducción del libro se señala que "la crítica en Trabajo Social debe ser capaz no solo de pensarse al interior de las luchas políticas y de

reconocimiento de derechos existentes en el contexto societal, sino que para hacerlo tiene que existir un amplio movimiento de renovación crítica en toda la disciplina. Lo anterior debe plasmarse, entre otros, en transformaciones en la formación, investigación y organización de los trabajadores sociales" (Borgianni, Guerra, & Montaño, 2003: 10). Se puede señalar que la perspectiva crítica se erige a partir de un diálogo con el marxismo, que decanta por una lectura de impronta histórica, donde el influjo Lukacs es preponderante.

El segundo libro consignado, es *Punto de Fuga. Imágenes Dialécticas de la Crítica en Trabajo Social* de Teresa Matus, que en realidad ha circulado mucho tiempo en formato de tesis, y que finalmente apareció en el catálogo de Editorial Espacio el 2018, en dos tomos. *Punto de Fuga* es un libro que es posible leer como un estado del arte contemporáneo sobre la crítica en trabajo social, reuniendo y analizando las tendencias mundiales al respecto. Incluye perspectivas críticas en Inglaterra, Francia, Estados Unidos y Brasil, entre otras. Esto supone problematizar autoras/es como, Karsz, Heally, Buchanan, Chambon, Dominelli, Iamamoto, entre otros. En este libro, la autora plantea que Trabajo Social si recuerda el espíritu de transformación social que lo funda, no puede estar ausente de esta dimensión pública que lo impele a cumplir una función crítica. Lo cierto es que esta "función crítica" está atravesada por una "paradoja contemporánea", la paradoja – de acuerdo a la autora– es la siguiente: "no se puede ejercer la crítica sin desmontar, sin deconstruir, sin hacer ruinas las cristalizaciones y los anacronismos que el propio Trabajo Social ha acumulado. Para fortalecer una crítica de lo social, se requiere entonces, de un ajuste de cuentas con la propia disciplina" (Matus, 2012: 20). Este ajuste de cuentas con la disciplina se traduce en algunas de las siguientes ideas.

La autora plantea exigencias para cualquier propuesta historiográfica y contemporánea en el Trabajo Social (Matus, 2012: 81), los cuales son: enfrentar el talante post estructural de la crítica; asumir

el pensamiento post-metafísico con su respectiva renuncia a la omni-comprensión; concebir criterios postconvencionales de tensión entre sujeto y objeto/ teoría y praxis/ individuo y sociedad; exigir que la ética traspase los dilemas morales y se coloque como fundamento operante de investigaciones e intervenciones sociales; sostener la exigencia de mensuración para dar cuenta de un objeto y su contexto; erigir los fundamentos estéticos del Trabajo Social que permitan visualizar de nuevo las tareas políticas de la disciplina.

En este marco, la autora señala que una de esas lógicas posibles la constituyen las imágenes dialécticas: "para iluminar las nociones de crítica en el trabajo social hay que provocar ruinas, crear un punto de fuga: un mecanismo, una estrategia postconvencional que posibilite efectuar un cambio de lógica haciendo emerger una que tensione sin dicotomizar la contradicción entre teoría y práctica, entre pasado y presente, entre propuesta y negatividad, entre ideología y verdad, entre fragmento y todo (Matus, 2012: 12). Es posible señalar que este libro está inscrito en una perspectiva crítica frankfurtiana.

El tercer libro referido, *Hacia una intervención profesional crítica en Trabajo Social*, es una investigación de Lorena Molina, que también se puede leer como un estado del arte sobre el tema. Lo interesante, a diferencia de los dos libros anteriores, es que se trata de una lectura sobre el tema en Latinoamérica que pone de relieve las definiciones contemporáneas sobre este enfoque –especifica más de veinte autores/as–, pero que además tiene una mirada histórica de largo plazo.

Podemos señalar que a partir de un amplio recorrido por las distintas nociones de investigación e intervención a lo largo del desarrollo histórico profesional, el texto finalmente se decanta por una comprensión de la crítica donde "las categorías clave en la perspectiva ontológica del ser social y la crítica al epistemologismo" son: trabajo, cuestión social, política social, procesos de trabajo, instrumentalidad, además, de lo implicado en la lógica dialéctica: totalidad y sus dimensiones

(universalidad, particularidad y singularidad), mediaciones, movimiento dialéctico de lo real (génesis, desarrollo y caducidad), contradicción (positividad y negatividad, síntesis/continuidad, inflexión, ruptura), alienación, explotación, transformación, emancipación" (Molina, 2013: 200). En suma, el libro apuesta por una mirada Lukacsiana.

En suma, el estado de la cuestión nos muestra que existe un amplio desarrollo de perspectivas críticas, que entran en una disputa hegemónica sobre cómo se entiende la noción de crítica, y por ende, el tipo de intervención profesional por el que se apuesta.

Una clasificación posible

En lo que sigue ponemos de relieve un panorama posible de los lugares desde donde se erigen las distintas perspectivas críticas en Trabajo Social. Si las puntualizamos, se puede decir:

a. Existen perspectivas críticas que plantean "superar" el debate ontológico/metafísico, a partir de una ética dialógica y procedimentalista post-metafísica. En este caso, se trata de una perspectiva que complejiza lo social y lo "administra", a partir de un procedimiento ético universalista, que se podría denominar "ética discursiva" (Habermas, 2005: 527-572).

En esta perspectiva la dimensión afirmativa/normativa es relevante, ya que se erige contra el particularismo anti-universal en un contexto informatizado de Lyotard; contra el utilitarismo neoliberal de Friedman y Hayek, y contra los distintos tipos de existencialismo que difiere el análisis de manera indefinida, sin involucrar una dimensión normativa.

b. Existen perspectivas que "afirman" el debate ontológico (Luckacs, 2004), en nombre de una ontología del ser social vinculada al trabajo; una ontología que se abre a la complejidad y la reduce en función del trabajo, reconduciendo el sujeto a la dimensión económica (sin duda esto es una discusión abierta). La dimensión negativa/crítica en Lukács

es clave en la medida que visibiliza la relación entre lo político y lo histórico, como condición para referir críticamente sobre los fenómenos sociales, como expresión del ser social definido por el trabajo. Esto permite poner de relieve la naturaleza económica de los consensos políticos, la precarización del trabajo, la reificación de la práctica y el eclecticismo teórico.

c. Existen perspectivas que se sitúan desde la "diferencia ontológica". Se trata de las lecturas postestructuralistas, de raíz foucaultiana y su denominada "ontología de nosotros mismos". En este caso se trata de una perspectiva crítica anclada en una ética de la diferencia –irreductible a las reglas formales del consenso–, que se vincula a la noción de *parresía*/decir veraz (Foucault, 2010: 17-48); siendo una noción que implica decir toda la verdad respecto de los modos de *veridicción*, de las técnicas de gubernamentalidad y del cuidado de sí.

d. Existen perspectivas críticas que articulan la "diferencia ontológica "con una teoría de la hegemonía". Se trata de la lectura postmarxista, que para ser más justos es posibles inscribirlas dentro de una serie de lecturas que intentan reponer una ontología política (Marchart, 2009). Este enfoque implica no perder de vista la dimensión antagónica de la modernidad (el poder, el pluralismo y los proyectos políticos en disputa) y la dimensión agonística de la democracia (el ensanchamiento/radicalización de la democracia, la construcción de canales agonístas).

Lo anterior no supone un corte radical, sino una modulación distinta de las despotenciadas categorías articulantes de la modernidad, sin abandonar su credo, sino que trabajando una hegemonización del mismo desde una perspectiva diferente: "renunciando a los compromisos epistémicos pero no políticos de la ilustración[2]", diría Laclau (2011: 8), lo que conllevaría no un retiro, sino una expansión del campo de la política y, por ende, del campo de indecidibilidad estructural que

2. Es posible leer la renuncia como desobediencia epistémica a las lecturas hegemónicas occidentales/eurocentristas (Mignolo).

haría posible diversificar el área de decisión[3] de los sujetos, de los profesionales, de las instituciones, de las disciplinas.

Como señala Derrida: "(…) no se trata, entonces, de levantarse contra las instituciones sino de transformarlas mediante luchas contra las hegemonías, las prepotencias en cada lugar donde estas se instalan y se recrean. El combate entre la subjetividad crítica y la subjetividad institucional es un combate que reúne varias fuerzas dentro de instituciones que son ellas mismas heterogéneas, con ciertas tendencias dogmáticas o conservadoras y otras que no lo son. Hay que reevaluar permanentemente los poderes hegemónicos en curso de constitución y deshacerlos en la marcha sin la ilusión de que vayamos a acabar con la hegemonía para siempre. Debilitar una hegemonía puede significar también volver a instituir otra, por lo cual la vigilancia crítica no debe descansar nunca" (Derrida, 2008: 241).

Por último, –y casi a modo de inventario– conviene señalar que hay una gran tradición de teorías críticas, y que en nuestro horizonte de análisis se reconocen como sus principales exponentes[4]: a) los desarrollos de la Escuela de Frankfurt en todas sus etapas; b) la Escuela de Birmingham; c) las variantes del debate estructuralismo/ postestructuralismo; d) las variantes del Marxismo(s) y/o Postmarxismo, y e) las perspectivas críticas al colonialismo y al patriarcado.

---

3. Conceder el argumento a Laclau, inmediatamente deja atrás la discusión sobre la determinación en última instancia de la economía, en el sentido de que nadie niega la posición superlativa que esta tiene, sino que más bien se desnaturaliza la pretensión de poner en orden lo social a partir de una racionalidad que garantice la veracidad de una vez y para siempre de la versión sobre la realidad que está en juego.

4. Sobre este punto sugiero como referencia tres textos: Christ, Julia; Nicodeme, Florian (2015). (Dir). *La injusticia social. ¿Cuáles son los caminos para la crítica?* Buenos Aires: Nueva Visión (incluye textos de Axel Honneth, Luc Boltansky, Etienne Balibar y Robert Castel, entre otros). Thayer, Willy. (2010). *Tecnologías de la Crítica. Entre Benjamin y Deleuze*. Santiago de Chile: Metales Pesados. Butler, Judith (2015). Laclau, Marx y el poder performativo de la negación, *Debates y Combates*, Edición Homenaje a Ernesto Laclau. Buenos Aires: FCE.

Especificando la crítica posmarxista

Postmarxismo es un rótulo posible para una perspectiva que conjuga el postestructuralismo con un lente gramsciano, que inscrito en la historia marxista –leída a partir del concepto de Hegemonía (Laclau & Mouffe, 2011)– hace emerger con inusitada fuerza y actualidad, una serie de conceptos que ya estaban presentes en Althusser y que la "escuela" althuseriana (Larraín, 2007) hizo estallar en distintas direcciones.

En lo que sigue, se sintetizarán los argumentos centrales de *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, uno de los libros principales de lo que se ha dado en llamar postmarxismo. De acuerdo a Critchley y Marchart (2008), los argumentos centrales de esta perspectiva, son los siguientes:

Lo primero. *Transforma los supuestos de la problemática marxista*. Como señalábamos, Laclau y Mouffe ,"no pretendían el completo rechazo de todo lo que cabe bajo el rótulo de marxismo, sino el fortalecimiento de uno de sus rasgos particulares: la tradición gramsciana" (Critchley & Marchart, 2008: 17). En este marco, "*hegemonía se ha convertido en el nombre de la lógica general de la institución política de lo social*. Como consecuencia de esto el campo de la política se extendió significativamente a la institución de lo social propiamente dicha, donde las identidades se articulan en un terreno que no es derivable de ninguna realidad subyacente, como las leyes económicas de movimiento que gobiernan las relaciones de producción" (Critchley & Marchart, 2008: 18).

Lo segundo, es que si se reconoce que *lo político es primario y constitutivo de lo social y no deriva de ninguna otra instancia, entonces ningún actor social puede reclamar una posición privilegiada en la sociedad*. De allí que "la clase como actor político pierda su privilegio ontológico. En cambio debemos confrontar el fenómeno de una cadena potencialmente interminable de actores sociales que forman sus identidades alrededor

de nociones distintas a las de clase –como las nociones de género, raza, etnia, orientación sexual" (Critchley & Marchart, 2008: 18). En este marco, plantean la democracia radical y plural.

Tercero. Su perspectiva también *contribuye al giro discursivo de las ciencias sociales*. "Cuando la identidad social pierde todos sus puntos de anclaje a una realidad supuestamente más profunda, la identidad es el resultado de una construcción discursiva o, para utilizar el término técnico de los autores, de una articulación discursiva" (Critchley & Marchart, 2008: 19). Lo social es simplemente otro nombre para lo discursivo.

Cuarto. La deconstrucción se complementa con una teoría de la hegemonía. Esto significa que "si la operación deconstructiva consiste en revelar el momento último de la indecidibilidad inherente a toda estructura, la hegemonía nos ofrece una teoría de la decisión tomada en ese terreno indecidible" (Critchley & Marchart, 2008: 20).

Cabe destacar que a una teoría con estas características subyacen al menos tres críticas que conviene apuntar. En primer lugar, es posible destacar una "crítica al reduccionismo jurídico", que "al desmarcarse de una determinación ética de la política, libera al lenguaje de la comprensión reduccionista que lo remite a un uso instrumental –representacional, haciendo posible comprender los procesos de figuración más allá del abuso que está en la base de la argumentación jurídica del capitalismo contemporáneo. Esto implica ponerse más allá de las formas institucionales de derecho internacional, y de los ideologemas legitimantes de tal universalidad, como el multiculturalismo o la hibridez" (Villalobos-Ruminott, 2002: 13).

En segundo lugar, esta perspectiva conlleva una "crítica a la interpelación humanista", cuestión que se traduce en la

> posibilidad de desplegar una analítica materialista de los tropos y figuraciones lingüísticas, desbordando, el estrecho criterio de la articulación política, dejando pasar al proceso de resignificación,

> un tipo de figuración lingüística, inhumano, en tanto apunta a la pérdida de un referente narrativo, donde se solía hacer una valoración instrumental del discurso (Villalobos-Ruminott, 2002: 13).

Por último, Villalobos-Ruminott (2002: 13) identifica en esta perspectiva lo que él denomina una "crítica al culturalismo", poniendo de relieve cómo "el "desmarcaje de las determinaciones normativas de la política, liberan a la figuración lingüística de su constante reducción a la condición de vehículo de transmisión y producción cultural, en donde la cultura es siempre sedimentación valórica que asegura el *status quo*". En otras palabras, se trata de romper con la concepción culturalista de la hegemonía lo cual da pie a distintos tipos de esencialismos en el marxismo.

Hacia una noción de crítica como involucramiento hegemónico en las instituciones

Este marco ya expuesto nos permite precisar la noción de crítica planteada por Chantal Mouffe como involucramiento hegemónico en las instituciones. Esta definición, esbozada en el libro *Agonística* (Mouffe, 2014: 21-36 y 77-92), implica no perder el doble momento, de desarticulación y rearticulación, que es ignorado por los teóricos del éxodo y de la falsa conciencia.

Parece apropiado como punto de partida declarar que "no sería un exceso decir que hay política (que hay lucha por la hegemonía) que es siempre una lucha que se construye en el espacio y el tiempo: entre los grupos que conforman una sociedad y entre los tiempos que conviven en el presente (siempre incontemporáneo de sí mismo, en que esa sociedad se constituye)" (Rinesi, 2013: 29). Hay política entonces, –como señala Rinesi (2013: 29)– "porque hay lo uno y lo

otro: porque el tiempo está siempre fuera de quicio y porque ningún orden cierra jamás o porque cierra solo al costo de castrarnos". En esta misma dirección apunta Laclau y Mouffe, al relevar los conceptos de hegemonía y antagonismo para comprender la naturaleza de lo político, en la medida que ambos "apuntan a la importancia de aceptar la dimensión de negatividad radical que se manifiesta en la posibilidad siempre presente del antagonismo" (Mouffe, 2014: 21).

Reconocer el antagonismo, impide la plena totalización de la sociedad y excluye la posibilidad de una sociedad más allá de la división y el poder. Reconocer la naturaleza hegemónica de todo tipo de orden social, implica concebir a la sociedad como el producto de una serie de prácticas cuyo objetivo es establecer orden en un contexto de contingencia. En este marco se puede definir como "práctica hegemónica" a las "prácticas de articulación mediante las cuales se crea un determinado orden y se fija el significado de las instituciones sociales" (Mouffe, 2014: 21). Cuando Mouffe se pregunta qué podría ser una política radical hoy, la define en términos de una perspectiva crítica como "involucramiento hegemónico en las instituciones", y aquí insiste al menos en dos puntos.

Uno, la estrategia debe considerar el doble momento de desarticulación y rearticulación, es decir, debe contemplar un "momento" negativo y una dimensión hegemónica. Dos, la estrategia no puede perder de vista la importancia de la cadena de equivalencias en la creación de un nosotros. Como la autora ha señalado en distintas intervenciones, la creación de una voluntad colectiva, requiere de la creación de un *adversario*. Cabe señalar que el objetivo de una intervención contra hegemónica "no es develar la verdadera realidad, o los verdaderos intereses, sino rearticular una situación dada, en una nueva configuración" (Mouffe, 2014: 89).

En suma: una perspectiva crítica fundada en este enfoque, apuesta por el involucramiento crítico en instituciones, entendiendo que

toda política se juega en la tensión entre el momento instituyente y la institucionalización de prácticas, discursos y leyes que dan cuerpo a la sociedad. Esta tensión está atravesada por el poder y el conflicto propios de la "naturaleza" moderna de la democracia.

En esta línea, la política implica una decisión que comporta la posibilidad de un investimento radical, radicando allí su potencial emancipatorio, en la medida que propicia la puesta en escena de una serie de luchas y demandas democráticas, articuladas a partir de una cadena de equivalencias que no pierde de vista la autonomía de cada lucha o demanda en específico. Esto es lo que Alberto Moreiras –discutiendo conceptos de Laclau y Mouffe– denomina *doble articulación*. En su perspectiva la doble articulación del pensamiento parece apropiada a una resolución de la noción aporética entre las demandas negativas del trabajo subalternista y las necesidades políticas de la acción hegemónica.

Referencias

Borgianni, E., Guerra, Y. y Montaño, C. (2003). *Servicio social critico. Hacia la construcción del nuevo proyecto ético-político profesional.* São Paulo: Cortez.

Cazzaniga, S. (2014). De lo crítico, intelectuales y trabajadores sociales. *Revista Intervención,* 3, 30-36.

Critchley S. y Marchart, O. (2008). *Laclau. Aproximaciones críticas a su obra.* Buenos Aires: FCE.

Derrida, J. (2008). Entre voces. (Conversación). En N. Richard (Ed.), *Debates Críticos en América Latina 2* (pp. 233-246). Santiago de Chile: Cuarto Propio.

Foucault, M. (2010). *El coraje de la verdad.* Buenos Aires: FCE.

Habermas, J. (2005). *Teoría de la acción comunicativa. Crítica de la razón funcionalista* (Vol. 2). México D.F.: Ed. Taurus.

Klein, N. (2011). *La doctrina del Shock.* Buenos Aires: Paidós.

Kincheloe, J. y McLaren, P. (2012). Replanteo de la teoría crítica y la investigación cualitativa. En N. Denzin, & Y. Lincoln, *Manual de investigación cualitativa* (Vol. 2). Barcelona: Gedisa.

Laclau, E. y Mouffe, Ch. (2011). *Hegemonía y estrategia socialista.* Buenos Aires: FCE.

Larraín, J. (2007). *El concepto de ideologia* (Vol. 2). Santiago de Chile: Lom.

Lukacs, G. (2004). *Ontología del ser social. El trabajo.* Buenos Aires: Herramienta.

Marchart, O. (2009). *El pensamiento político posfundacional.* Buenos Aires: FCE.

Matus, T. (2012). *Punto de Fuga. Imagenes dialécticas de la crítica.* (Tesis inédita de doctorado). UFRJ, Río de Janeiro, Brasil.

Molina, L. (2013). *Hacia una intervención profesional crítica en trabajo social.* Buenos Aires: Editorial Espacio.

Mouffe, C. (2007). *En torno a lo político.* Buenos Aires: FCE.

---------- (2014). *Agonística.* Buenos Aires: FCE.

Richard, N. (2013). *Crítica y Política.* Santiago de Chile: Palinodia.

Rinesi, E. (2013). *Muñecas Rusas. Tres lecciones sobre la republica, el pueblo y la necesaria falla de todas las cosas.* Buenos Aires: Los Cuarenta.

Villalobos-Ruminott, S. (2002). *Hegemonía y antagonismo. El imposible fin de lo político (conferencias de Ernesto Laclau en Chile, 1997).* Santiago de Chile: Cuarto Propio.

CAPÍTULO 5

Gobernar la Locura: Intervención en Salud Mental y Gestión del Sufrimiento Psíquico en Chile

M. Alejandro Castro G.[1]

Introducción

A nivel mundial, la salud mental se ha vuelto una materia importante de abordar en la actualidad, sobre todo cuando se viven tiempos de alta desigualdad social provocada, entre otras cosas, por las reiteradas crisis financieras a nivel global, y que tienen consecuencias directas en los cuerpos y las emociones de las personas.

Los altos índices de sobrecarga laboral por ejemplo, han hecho emerger nuevos fenómenos en salud, tales como, el síndrome de desgaste ocupacional o más conocido como el *burnout*. También, las tasas de depresión han aumentado, logrando que esta sea una de las enfermedades más diagnosticadas en el mundo[2]. Junto con estas

1. Docente Escuela Postgrado Facultad de Medicina, Universidad de Santiago de Chile (USACH). Trabajador Social, Universidad ARCIS, Chile. Magíster en Estudios Sociales y Políticos Latinoamericanos, Doctorante en Sociología, Universidad Alberto Hurtado, Chile. *alejandrocastroharrison@gmail.com*

2. Según la OMS la depresión afectaría a aproximadamente 350 millones de personas en el mundo, siendo la primera causa de discapacidad según esta entidad. Como consecuencia de ello, cada año se suicidarían alrededor de 800.000 mil personas, siendo la

crisis, los efectos socioculturales en el incremento de las migraciones y el recrudecimiento del racismo en las sociedades actuales, afectan directamente la vida de las personas y su salud. Como consecuencia de ello, nos encontramos con niños expuestos al maltrato y abandono, con discriminaciones y violaciones a los derechos humanos, entre otros fenómenos actuales caracteristicos de nuestras sociedades.

En este contexto, la salud mental se ha vuelto un problema público, pues relaciona la enfermedad mental con problemas sociales tales como la marginación, el empobrecimiento, la violencia y el maltrato doméstico, el exceso de trabajo y el estrés. Aun cuando este trabajo no pretende abordar estos problemas estructurales, es importante mencionar cómo las sociedades perciben las experiencias humanas, a tal punto que para explicarlas, deben recurrir a comprensiones médicas para justificar sus acciones. Byung-Chul Han (2015: 17) llamará al siglo XXI como *una época neuronal*, donde enfermedades emblemáticas como las depresiones, los trastornos de personalidad, entre otras, serán por definición: enfermedades representativas de esta época. "Lo que provoca la depresión por agotamiento no es el imperativo de pertenecer solo a sí mismo, sino la presión por el rendimiento. Visto así, el síndrome de desgaste ocupacional no pone de manifiesto un sí mismo agotado, sino más bien un alma agotada. (...) En realidad, lo que enferma no es el exceso de responsabilidad e iniciativa, sino el imperativo del rendimiento como nuevo mandato de la sociedad del trabajo tardomoderna" (Han, 2015: 29).

Ante ese escenario, la obligación que tenemos como trabajadores es maximizar el rendimiento, obteniendo como resultado, dos explicaciones más o menos estables. Primero, desde el punto de vista sociológico, específicamente marxiano, el exceso de trabajo y rendimiento se agudiza y se convierte en una autoexplotación, que deviene mucho más

---

segunda causa de muerte en el grupo etario entre 15 a 29 años. http://www.who.int/mediacentre/factsheets/fs369/es/ , consultado el 26 de diciembre, 2016.

eficaz en el siglo XXI, ya que estaría acompañada de un sentimiento de libertad (Han, 2015: 32); en otras palabras, el explotador es al mismo tiempo explotado y de ese modo, las enfermedades psíquicas son la consecuencia directa de esa sociedad del rendimiento, a la que Han hace referencia, constituyéndose como manifestaciones patológicas de esa libertad paradójica.

Sin embargo, y en segundo lugar, las ciencias de la salud tendrían otras explicaciones que más bien están vinculadas a razones salubristas. La medicina en general, reconoce que el contexto mundial y las grandes crisis financieras y sociales tienen un gran impacto en las personas, y generan desastres sociales que favorecen las patologías psíquicas; no obstante, difieren sustancialmente en las explicaciones sobre su origen en los individuos (que para gran parte de la comunidad científica estarían asociadas a los desequilibrios neuronales). Aún así, se muestran de acuerdo en que los efectos que tienen en los individuos, adquieren como consecuencia la exclusión de las personas que padecen trastornos psiquiátricos (en distintas medidas de acuerdo a la cronicidad de la enfermedad mental). La OMS en este sentido nos dirá que:

> Con frecuencia, los trastornos mentales hunden a las personas y a las familias en la pobreza. La carencia de hogar y la encarcelación impropia son mucho más frecuentes entre las personas con trastorno mental que en la población en general, y exacerban su marginación y vulnerabilidad. Debido a la estigmatización y la discriminación, las personas con trastornos mentales sufren violaciones de los derechos humanos, y a muchos se les niegan derechos económicos, sociales y culturales, y se les imponen restricciones en el trabajo y a la educación, así como a los derechos reproductivos (...) Pueden sufrir también condiciones de vida inhumanas y poco higiénicas, maltratos físicos y abusos sexuales, la falta de atención y prácticas terapéuticas nocivas y

> degradantes en los centros sanitarios. A menudo se les niegan derechos civiles y políticos, tales como el derecho a contraer matrimonio y fundar una familia, la libertad personal, el derecho de voto y de participación plena y efectiva en la vida pública, y el derecho a ejercer su capacidad jurídica en otros aspectos que les afecten, en particular el tratamiento y la atención. Así, las personas con trastornos mentales suelen vivir situaciones de vulnerabilidad y pueden verse excluidas y marginadas de la sociedad (...) (OMS, 2013: 8).

Así, el panorama mundial, nos advierte que la problemática de la salud mental se levanta como un lugar importante en las sociedades tardomodernas, donde los nuevos modos de producción estarían asociados a cuestiones que van desde el estrés, el cansancio, hasta enfermedades más complejas como son los trastornos psiquiátricos mayores (la esquizofrenia, la depresión severa y la bipolaridad). En ese sentido, preocuparse de la salud mental en la actualidad es pensar en sí los modos de vida de la sociedad contemporánea. Al ser una parte integral de la salud y el bienestar humano, la salud mental se encuentra inmersa al interior de una serie de fenómenos sociales que la envuelven, transforman y determinan, con consecuencias directas en las emociones y cuerpos de los sujetos. Las personas y sus interacciones, la pobreza, el orden social y las intervenciones del Estado están de algún u otro modo imbricados en el devenir de la salud en general y, especialmente, en la salud mental.

El Contexto

En la actualidad, la salud mental está íntimamente ligada a lo comunitario, especialmente en Chile, donde se ha definido como el principal modelo asistencial de intervención sanitaria relacionada con

las enfermedades mentales (MINSAL, 2014; Minoletti, 2010; Desviat, 2012). Estas directrices han sido definidas como una estrategia de gobierno que ha permitido colocar sistemáticamente una racionalidad teórica, organizativa, técnica y asistencial en la intervención relacionada con este campo. En Chile se adopta esta medida ya que había razones éticas relacionadas con los Derechos Humanos en torno a la cuestión del manicomio y, por otro lado, razones técnicas relacionadas con la enfermedad mental y una profundización de una atención terapéutica y social. De acuerdo a Desviat (2012), los objetivos comunes eran la transformación o cierre de los hospitales psiquiátricos y la creación de recursos en la comunidad; la integración de la atención psiquiátrica en los sistemas de salud general; la modificación de la legislación que favoreciera los derechos de las personas con alguna discapacidad intelectual (que solo en algunos países se ha logrado realizar) y promover el cambio en la representación social estigmatizante que tienen las enfermedades psiquiátricas.

En ese sentido, la actual salud mental buscaría integrar una clínica que rompa con las dicotomías individuo-sociedad, biológico-psicológico, basado en un paradigma científico centrado en el cuidado y la ciudadanía. Algunos, como Goldberg (1990), la definieron como un cruce sustantivo entre clínica y política, y otros como Desviat (2010), dirán que no es más que la representación de un cambio en la propia psiquiatría y, por tanto, implica una nueva actitud en el quehacer cotidiano de las profesiones sanitarias y, por supuesto, una planificación y ordenación de los sistemas públicos de salud mental. En definitiva, un cambio en el modelo de intervención que está más allá del manicomio, es decir, una intervención psiquiátrica en la comunidad (Sarraceno, 2003).

En este contexto, y a fin de lograr un examen exploratorio acerca del funcionamiento de la salud mental en Chile, particularmente en su raciocinio de gobierno, el enfoque de gubernamentalidad nos permitirá introducirnos en una lectura estratégica para pensar cómo la disciplina

psiquiátrica ha instalado un modo de *ser* a través de ciertas instituciones, procedimientos y reflexiones que tienen por objetivo el control de la población tanto mediante quienes padecen una enfermedad mental como también quienes posiblemente puedan padecerla. Para ello, el enfoque de la gubernamentalidad –extraída desde los textos foucaultianos– nos permitirá un desmontaje de esa racionalidad del gobierno de la locura, especialmente en tiempos neoliberales.

Podríamos decir *a priori*, que gobernar la locura no es más que la intervención que se despliega a través de dispositivos y tecnologías psiquiátricas en las subjetividades de los grupos y personas que son afectas a problemas de salud mental, pero que también es dirigida a poblaciones vulnerables que pueden ser afectas a este tipo de situaciones. En ese sentido, el desarrollo de la salud mental de corte comunitario, tanto en lo nacional como directriz transnacional, se despliega como un entramado gubernamental en torno a la locura. Este funcionamiento que la medicina despliega se caracteriza básicamente por un nuevo lenguaje político-técnico, que moldea las estructuras de pensamientos y conductas de los seres humanos. En otras palabras, emerge un nuevo paradigma de la "salud mental" que transforma los cuerpos y emociones de la locura y que es axiomatizado por estrategias racionales de gobiernos que se despliegan en lo humano de modo neoliberal.

Ya en la *Arqueología del Saber* (2002), Foucault montaba una crítica a la medicina psiquiátrica a partir del análisis de las formas de representación de la locura como producto sociocultural, así también su concienzudo análisis sobre los dispositivos psiquiátricos y sus formas de violencia que están inmersas en una serie de estrategias normadas por discursos y saberes que terminaron gestionando un régimen de "verdad" (Foucault, 2008). En esa línea, la salud mental se organiza como un eje cardinal de políticas en salud pública a nivel mundial, siendo la OMS quien lo dictamina al decir que: "no hay salud sin salud mental" (2013: 6), instalando un paradigma sustantivo en cualquier

forma en que se exprese la salud. De ese modo, hoy toma una importancia trascendental volver al examen cuidadoso de lo que significa este fenómeno que se inscribe más allá de la propia medicina.

De este modo, el presente texto tiene por objetivo mostrar cómo la salud mental hoy se enmarca en disposiciones gubernamentales que favorecen una directriz discursiva de la locura, especialmente con una relacionada al pragmatismo psiquiátrico. Y en ese sentido, la función del texto permitirá aproximarnos a un desmontaje del discurso psiquiátrico actual. Para llevar a cabo lo anterior, realizaremos un acercamiento desde la perspectiva de la gubernamentalidad permitiendo reflexionar sobre los discursos de bienestar que se asocian a la salud mental, pero, a su vez, conseguiremos mirar cómo se ha construido un discurso específico sobre la intervención en este campo. Así, podremos develar algunas implicancias biopolíticas y gubernamentales que la salud mental tiene hoy en día, y cómo se construye y dispone en nuestras sociedades, especialmente en la chilena.

En ese sentido, la perspectiva gubernamental nos introducirá a un análisis del estado actual de la gestión de la salud mental chilena, permitiendo observar la consolidación hegemónica del discurso psiquiátrico y la reducción de la complejidad del sufrimiento humano a un modelo simplista de síntomas, diagnósticos y tratamientos. Este hecho se podrá advertir a partir de cómo se instala el modelo comunitario en la política de salud mental chilena, determinando el campo de intervención, y como consecuencia, una consolidación de prácticas individualizadoras y biologicistas que cosifican el sufrimiento psíquico.

Hitos en la historia de la Locura

Para dar cuenta de este conjunto de problemas, debemos retroceder un par de decenios y entender cómo la cuestión del loco y la psiquiatría emergen en las sociedades actuales. La locura se ha constituido

históricamente como un fenómeno que nos ha acompañado socialmente a través del tiempo y que se ha ido perfilando como una forma de entender al mundo bajo la sin-razón. Sin embargo, si queremos definirla, la verdadera pregunta estaría centrada más bien ¿en qué consiste estar simplemente loco? Ya sea la demencia, la enajenación, la esquizofrenia, el suicidio, el idiotismo o simplemente la enfermedad mental. En ese sentido, se advierte que la etiquetación asociada a la locura significa una vinculación negativa con el sufrimiento psíquico.

Desde el castigo divino, presente en los mitos originarios, tanto en la Grecia antigua como en la cultura judeo-cristiana, la locura no es más que la desobediencia contra los dioses. No obstante, la Modernidad trajo consigo el bastión de la racionalidad y lo científico, en donde la locura queda desprovista de ese castigo divino, debiendo transformar esa explicación en una elucidación científica en donde la definición más importante la encontraremos en la enfermedad mental.

La locura como una patología mental se abre sobre un universo moral en donde la enfermedad es una falta y, como tal, es una forma desviada de percibir el mundo. Tal explicación se alejará inmediatamente de la experiencia del sufrimiento psíquico de las personas, y esta nueva lógica se fundará en lo que se denominó *tratamiento moral,* del que Philippe Pinel decía que era la manera más adecuada para tratar dichas desviaciones (Pinel, 1988). Para este médico, las cárceles no son un lugar digno para los locos, gestionando una nueva forma racional de intervenir, a través de un dispositivo institucional que hasta hoy en día conocemos como el *Manicomio*.

Para Pinel, liberar al loco de la cárcel y reinstalarlo en un espacio asilar de orden médico, significará el primer lugar de trato digno a quienes padecen una enfermedad mental. Dicho tratamiento estaba basado en el ejercicio físico y manual (lo terapéutico) para combatir lo que se consideraba el principio de la enfermedad mental: el ocio. El tratamiento moral –como bien indica el término– buscaba un mayor

desarrollo moral del loco y mejorar, a través del disciplinamiento, las conductas de los enfermos mentales. En esa misma línea, Benjamín Rush en EE.UU. homologará esta experiencia creando una red asilar a lo largo de Norteamérica. Esta fue la primera red institucional para enfermos mentales en América (Gabay, 1999).

El siglo XVIII da comienzo a una organización racional de la enfermedad mental y donde "el espacio de clasificación se abre sin problemas al análisis de la locura, y la locura, a su vez, encuentra inmediatamente su lugar allí […]" (Foucault, 2007: 273). Emerge una nueva transformación de la enfermedad mental: la clasificación psiquiátrica, que condujo a estudiar la locura de manera distinta, como una enfermedad mental basada en síntomas. La locura, entendida como lo irracional y lo desviado, se cosificará en la institución moral de la psiquiatría científica, a través de una racionalidad positivista que la concebirá como una enfermedad y no como una experiencia, relevando el síntoma por sobre la persona. Según Thomas Szasz (1970), cuando hablamos de enfermedad mental, estamos en un lugar ideológico, pues lo que existe es una maniobra política en donde la psiquiatría aprehende el sufrimiento psíquico de los individuos transformándola en una enfermedad. Según Reed y Geekie (2012), esta controversia aún persiste en la psiquiatría, y la discusión sobre enfermedad mental, discapacidad y locura permanece como un lugar de apropiación ideológica por parte del discurso psiquiátrico.

A comienzos del siglo XX se produce una nueva habilitación para la noción de locura, hasta ese momento entendida como enfermedad mental. Los padres de la psiquiatría moderna, así llamados por esta disciplina, Emil Kraepelin y Eugen Bleuler, llevarán un paso más allá a la psiquiatría en términos científicos: crearían un principio clasificatorio de síntomas, dando nacimiento a lo que hasta hoy se denomina como *demencia temprana* (Kreapelin, 1913) o *esquizofrenia* (Bleuler, 1924). Esta operación fundante emergió como forma de ordenamiento

disciplinar, apropiándose de la enfermedad mental, los síntomas de un individuo y las categorizaciones definidas (ahora científicamente) que, bajo estudios de corte empirista, constataban el nacimiento de una nueva enfermedad a partir de la acumulación de síntomas.

Estos últimos estarían basados en las conductas desviadas de aquella época. Kraepelin definía que la demencia temprana estaba caracterizada porque:

> se comportan de manera libre y espontánea, se ríen en las situaciones serias, actúan con groserías e impertinencia hacía sus superiores, les desafían, pierden la compostura y la dignidad personal; llevan ropas sucias y van desaseados y descuidados, entran en la iglesia con el cigarro encendido en la boca (Kraepelin, 1913: 23).

En esa misma línea, Bleuler (1924: 188) caracteriza las conductas esquizofrénicas porque "a menudo se observan perversiones como la homosexualidad o anomalías parecidas en la conducta general y en el atuendo del paciente". Como advertimos, las enfermedades mentales estarían directamente asociadas con las conductas anormales que determinan cada sociedad, a lo que se suma la tendencia de que un grupo de individuos expertos establezca que tales desviaciones sean consideradas como enfermedad mental. De ese modo, emergen los diagnósticos psiquiátricos que marcan la diferenciación entre los desviados y los normales.

De la anti-psiquiatría a la red de salud mental

A partir de los años sesenta, el psiquiatra italiano Franco Basaglia inició un proceso revolucionario en torno a la idea de la psiquiatría, básicamente al darse cuenta (como director de un manicomio) que

los internos o "locos" recibían un trato carcelario. Basaglia pronto comenzó a repensar la institución total –en el sentido goffmaniano–, democratizando los espacios de la psiquiatría a partir de prácticas más humanas en torno al loco. La experiencia de Gorizia (Basaglia, 1972) significó una crítica al modelo hegemónico de la psiquiatría de ese tiempo, y permitió generar un movimiento político antipsiquiátrico que prontamente se ramificaría por distintos lugares de Europa y América.

Basaglia pensaba que los métodos ejercidos por la medicina psiquiátrica consistían en prácticas tortuosas para los pacientes diagnosticados con alguna enfermedad mental, he intentó promover una intervención que buscara humanizar los tratamientos psiquiátricos, como tambien, el trato hacia al loco. Por otro lado, decía que el pensamiento racional de la Modernidad habría subyugado a la irracionalidad y que, por medio de instituciones como la cárcel y el manicomio, esta podía ser dominada. Basaglia dice que:

> Es importante observar que los manicomios nacieron en un momento en el que el mundo estaba cambiando y nacía un nuevo humanismo […]. Una sociedad para ser civil, debe ser racional. Es por eso que de ese momento todo aquello que es irracional debe ser controlado por la razón. Es así como nace la institución racional del manicomio, que encierra la irracionalidad (Basaglia, 2008: 58).

Es en este escenario, donde se da comienzo al movimiento antipsiquiátrico, con un propósito determinado, que es la desmantelación del orden psiquiátrico hegemónico de esa época, y que se representaba principalmente a través del encierro forzoso. Este pensamiento antipsiquiátrico fue acuñado por David Cooper en su famosa obra llamada *Psiquiatría y Antipsiquiatría*, de 1967. Otros autores que habrían influenciado sustancialmente este movimiento son el psiquiatra escocés

Ronald Laing, con su obra *El yo dividido: Un estudio sobre la Salud y Enfermedad* (1975), además del nombrado Franco Basaglia.

De ese modo, los movimientos sociales relacionados con la antipsiquiatría habrían terminado en un proceso reivindicativo de los derechos de quienes padecían un sufrimiento psíquico, generando lo que se denominó como la *desinstitucionalización* de la locura. Esto no es más que la liberación del encierro, el manicomio y la deshumanización de este sujeto. Ello se plasmó con la llamada *Ley Basaglia* en 1978, en Italia. Esta regulación legal permitió una democratización de la psiquiatría, y por primera vez empuja al Estado a hacerse cargo de las condiciones humanas de las personas con problemas de salud mental, con un fuerte énfasis basado en los derechos humanos.

Sin embargo, este movimiento habría sido obnubilado por los grandes cambios económicos en Europa Occidental y Estados Unidos, a propósito de la llegada de la economía global, sufriendo variadas modificaciones entre los años setenta y noventa. La noción de anti-psiquiatría fue perdiendo uso (básicamente su contenido revolucionario), redefiniéndose con una noción "comunitaria". Tanto en Inglaterra como en EE.UU. se rediseñó la noción de antipsiquiatría, vinculando su significado con la noción de *salud mental basada en la comunidad*, pero sin eliminar el encierro. Si bien este ya no era el manicomio clásico (que sí se mantuvo, al menos en EE.UU.), la psiquiatría se desplazó hacia el interior del Hospital General. Según críticos como el profesor Carlos Pérez Soto (2012), esto se debió a una respuesta economicista, esencialmente porque los manicomios efectivamente generaban un gasto público excesivo, en un contexto económico neoliberal. Por tanto, el cálculo indicaba que era más rentable para un Estado tener al loco fuera de este tipo de instituciones, vigilado y controlado, que encerrado en instituciones que generaban altos gastos financieros. Además, esto iba a favor de los nuevos tiempos, donde la libertad se constituía como un bastión del neoliberalismo, y donde las sociedades democráticas

comenzaban a proliferar, especialmente en Latinoamérica.

Chile no se vio ausente en esta transformación racional de la psiquiatría. El tratamiento de la locura se fundó históricamente en el modelo asilar de la Casa de Orates, creada en 1852, y que subsistió hasta 1928. Posteriormente, se denominó "Manicomio Nacional", y de ese modo proliferaron otras instituciones totales como el manicomio El Peral en la zona sur de Santiago, dependiente del Manicomio Nacional. Posteriormente, en 1955, la ex Casa de Orates pasa a llamarse Instituto Psiquiátrico hasta 1983, cuando cambia el nombre a Instituto Psiquiátrico Dr. José Horwitz Barak, hasta la fecha. En consecuencia, las políticas de la locura en nuestro país sostuvieron el modelo asilar como forma de tratamiento en continuidad con los modelos tradicionales de la psiquiatría europea.

A pesar de lo anterior, en la parte final de los años sesenta e influenciado por el movimiento que buscaba la desinstitucionalización de la locura en los países europeos, el psiquiatra chileno Juan Marconi impulsó un modelo de salud mental comunitaria entre 1968 y 1973 desde la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile. Tal empresa tuvo un énfasis que se centraba en los derechos ciudadanos de los pacientes con problemas de salud mental. La experiencia desarrollada por Marconi, denominada como el "programa intracomunitario", entendía a la salud mental como un modelo complementario al hospital general donde se desarrollaba la intervención en salud mental. Marconi proponía una serie de reformulaciones relacionadas con la psiquiatría y el hospital general, en donde estos dos se articularían de manera sinérgica, como una "red de instituciones dentro y fuera del hospital general que comprende la atención primaria […], postas rurales, atención secundaria […], urgencia psiquiátrica, psiquiatría enlace, hospitalización diurna, nocturna y completa, rehabilitación en hogares y talleres protegidos." (Pemjean, 2006: 73). Esta red de atención, que es la protoforma del modelo de salud mental actual en

Chile, intentaba extender una red de atención psiquiátrica y usar los recursos propios de las comunidades locales:

> En efecto, luego de reconocer, validar y respetar la influencia de los familiares, los grupos comunitarios próximos, las instituciones propias de la comunidad, confía en entregarles un adiestramiento tecnológico "mínimo suficiente". Surgen así, líderes de salud mental, grupos de ex pacientes (alcoholismo, trastornos emocionales), grupos organizados de familiares de pacientes y otros, quienes asumen roles pre-especificados en prevención, co-terapias y fundamentalmente en rehabilitación, dentro de un marco de trabajo en equipo […] (Pemjean, 2006: 73).

El modelo intracomunitario marconiano vinculaba el mundo psiquiátrico y hospitalario con la comunidad, otorgando a estos últimos ciertas capacidades para reconocer procesos de prevención y protección en relación con las enfermedades mentales. Sin embargo, la dictadura militar descabezó esta iniciativa por contener cierta ideología peligrosa para el régimen. El desarrollo comunitario que significaba este enfoque y la articulación de base, peligrosa para los momentos de intervención militar en el país, fueron desmembrados, retornando a las lógicas manicomiales durante todo el proceso dictatorial, cerrando cualquier posibilidad a una apertura a una salud mental comunitaria.

La vuelta a la democracia trae consigo una redimida psiquiatría comunitaria, a partir de los años noventa. Ya con la práctica inglesa, española y norteamericana como experiencias concretas, se instala la idea de la locura fuera del manicomio, sin dejar de entender a este fenómeno como un proceso medicalizador. Según los psiquiatras impulsores de este modelo:

> En la década de los años noventa, con la recuperación de la democracia, se incorporaron a los programas de atención un

> conjunto de acciones destinadas a garantizar los derechos humanos de las personas afectadas por trastornos mentales. Fue la época cuando el país dio los primeros pasos para adoptar en el ámbito de la salud mental un nuevo modelo de atención acorde con las recomendaciones de los organismos de salud y con los progresos en otros países en esta materia (Minoletti *et al.*, 2010: 339).

El modelo comunitario de la psiquiatría posdictadura se habría coronado con la primera Estrategia Nacional de Salud Mental en 1993 (MINSAL, 1993), que a través de una intervención de carácter público mejora el acceso a la salud mental. Sin embargo, no fue sino hasta el 2000, tras una larga discusión entre las autoridades y la sociedad civil, cuando se logra desarrollar e implementar el Plan Nacional de Salud Mental[3] (MINSAL, 2000), desinstitucionalizando los pacientes de los manicomios (pacientes psiquiátricos que estaban destinados de por vida en las instituciones totales), siendo reubicados en nuevos dispositivos de carácter comunitario llamados Hogares Protegidos (MINSAL, 2000). Otros retornaron con sus familias en sus propias comunidades. En esa misma línea se propone una cierta división territorial para el control de las personas con problemas de salud mental, a través de los hospitales generales, basada en una atención ambulatoria y territorializada, comenzando a desarrollarse una red pública de la salud mental que tenía por objetivo crear un sistema de atención a nivel país en este ámbito.

La salud mental chilena como un modo de gobierno

La instalación del modelo de salud mental comunitaria que se da a partir del PNSM se comienza a implementar como política de Estado desde el 2000. Este viene a resaltar un cambio paradigmático en la forma de intervenir la salud mental chilena, proponiendo una división

3. En adelante PNSM.

territorial de la población que padece una enfermedad mental.

La centralidad de la salud mental, ahora detentada por los hospitales generales, busca articularse con las redes territoriales de atención psiquiátrica, modificando las formas de intervenir la locura a nivel país. De ese modo comenzó a proliferar una red de atención a nivel comunitario, a través de la creación de un entramado de dispositivos relacionados con la salud mental y la despotencialización de los hospitales psiquiátricos chilenos.

A ello se agregó una política gubernamental de acceso al tratamiento de enfermedades psiquiátricas de mayor complejidad como son la esquizofrenia, el trastorno afectivo bipolar y la depresión (entre el 2008 y 2013). Las Garantías Explicitas de Salud (GES) fueron la manera en que se denominó este mecanismo de intervención gubernamental que proporcionó un financiamiento público a la atención psiquiátrica, garantizando el acceso en todos los niveles de atención del país (primaria, secundaria y terciaria, tanto pública como privada).

Esta nueva red de salud mental, conformada por distintos dispositivos territoriales y hospitalarios, se dispersa a través de los servicios de salud y los municipios de todo el país. Ello tiene como consecuencia una nueva forma de concebir la locura, la enfermedad mental o como ahora se denominan, los trastornos psiquiátricos. Esta política comunitaria significó el aumento de profesiones ligadas a esta área, fomentando una nueva manera de intervención social, especialmente la denominada biopsicosocial. En ese sentido, ya no es la psiquiatría solamente la que interviene en los problemas asociados con la locura, sino que otras disciplinas como la terapia ocupacional, el trabajo social, la psicología, entre otras.

La psiquiatría, en general, ha incorporado elementos de la crítica al poder disciplinar, alineándose con "las nuevas mentalidades de gobierno" (Carrasco, 2014: 149). De ese modo, si pensamos la actualidad de la salud mental en un marco de análisis foucaultiano, podríamos

visualizar algunas racionalidades que se juegan al interior de este modelo, y principalmente de la empresa de la locura en Chile. La intervención social propuesta por el modelo comunitario de salud mental puede ser comprendido desde una perspectiva de la *gubernamentalidad*, a partir de una serie de "tecnologías" que buscan organizar el control desde el Estado hacia las subjetividades de las personas y grupos sociales. La emergencia de lo comunitario, desde esta perspectiva, aparece como un nuevo lenguaje político que moldea las estrategias relacionadas con la salud mental y su intervención en el campo de las enfermedades mentales y todo lo que lo rodea (Rose, 2007).

En esa línea, la consolidación del hospital psiquiátrico en Chile es la expresión de una cierta racionalidad gubernamental para el control social de los locos, y en sí mismas, además de ser prácticas médicas, eran también prácticas políticas. El objetivo del manicomio en ningún modo era sanar –discurso que se mantiene hasta el día de hoy–, sino mantener un orden social en donde el loco no forma parte de ella por su calidad de individuo irracional. Por medio del encierro se podían perfeccionar aquellas "tecnologías del yo", a través de la "clasificación, la vigilancia y la supervisión de los registros de internos" (Carrasco, 2014: 129), creando un orden institucional desarrollado por el saber experto del psiquiatra. La figura de este y su "eficacia simbólica" –en clave de Levi-Strauss– permiten que la medicina y la psiquiatría se establezcan como una expresión del poder panóptico, a través de tecnologías disciplinares aplicadas sobre los cuerpos del loco. Lo novedoso de ello en la actualidad es que funcionaría tanto en el campo de la *institución total* (Goffman, 1998) como en la psiquiatría comunitaria.

Por otro lado, el psiquiatra se erigirá como un agente moral de las sociedades contemporáneas, determinando, de acuerdo a su saber disciplinar, quién es el "psiquiátrico" o no, es decir, quién está loco. Este ejercicio de poder, que está localizado en lo disciplinar, traspasará la frontera de la institución total. En otras palabras, la psiquiatría

comunitaria, que evidenció su descontento con los modelos asilares (y sus fechorías en contra de los derechos humanos al interior de estos), trasladó el "tratamiento" a la "comunidad", es decir, el loco debe someterse a un tratamiento ambulatorio o comunitario, ya no en el encierro, sino en la libertad. Algo similar es a lo que se refiere Rose cuando habla de gobierno a través de la comunidad (Rose, 2007: 122), esto "implica una variedad de estrategias para inventar e instrumentalizar estas dimensiones de lealtad entre los individuos y las comunidades al servicio de proyectos de regulación, reforma o movilización". En ese sentido, la psiquiatría comunitaria viene a ser ese proyecto de regulación que instrumentaliza las relaciones entre individuos y comunidades, y el PNSM, el mecanismo con el cual se echa a andar esa relación a través de los dispositivos de salud.

El PNSM del 2000 y el actual de 2017 (MINSAL, 2017) invocan una lógica democrática que lega en los Derechos Humanos y debe plasmarse en las intervenciones de salud mental comunitaria. Estas indican que "todo tratamiento debe ser voluntario, siempre y cuando este no ponga en peligro a sí mismo y/o terceros" (MINSAL, 1993: 34). Sin embargo, los equipos de psiquiatría comunitaria han generado cierta institucionalidad al interior de la comunidad, a partir de la vigilancia y control en los dispositivos dependientes de los hospitales generales y de la comunidad (Centros diurnos, Hospitales de día, Unidades de Rehabilitación psicosocial, Atención Primaria, etc.), además de un vínculo con vecinos y familias cercanas al usuario de salud mental, –su hogar–, que favorecerán ese panóptico comunitario.

Intervenciones denominadas como *la adherencia a tratamiento* se transforman en mecanismos de seguridad, control y vigilancia, con el fin de asegurar una medicalización de la vida del loco. Ello se plasma en intervenciones como la *fármacovigilancia* que opera en los dispositivos de salud mental a manera de supervisar y controlar el uso (y consumo) de psicofármacos. Así es como también el rol de los profesionales de

la salud mental se asemeja a una "policía" de la locura, vigilando y asegurando constantemente la adherencia al tratamiento del loco al interior de las comunidades donde estos residen. Cuando estos fallan, emergen mecanismos de coacción denominados *internaciones forzosas* que son herramientas legales que suprimen la libertad de las personas en pos de una estabilidad psicopatológica.

Por otro lado, la creación de los sistemas sanitarios de salud mental comunitaria se diseñaron pensando en que el sujeto afectado a un problema de esta índole, esté inserto en su medio social, es decir, su comunidad (casa, lugar de trabajo o un similar). Ello significará el involucramiento de una red de apoyo sostenida por las intervenciones biopsicosociales que deben generar las prácticas de los equipos territoriales, favoreciendo la estabilidad del usuario con las reglas establecidas del saber experto, la psiquiatría.

Para llevar a cabo tal empresa, esta red se centralizó en equipos de salud interdisciplinarios al interior de una red comunitaria u hospital general, que está a cargo del control y vigilancia del tratamiento de las personas con problemas de salud mental. Estos equipos entrenan a las familias o redes de apoyo, además de interactuar con la atención primaria de salud, con el objetivo de poder desarrollar abordajes terapéuticos y farmacológicos en los "locos". En este sentido, lo fundamental para que un tratamiento se considere relativamente adecuado estará dado por el proceso de control farmacológico y terapéutico.

En el primer caso, la toma de fármacos se constituye como el elemento central del tratamiento en salud mental, sin este no podría existir ninguna condición básica de relación entre los sujetos locos y la medicina psiquiátrica. Si este proceso se interrumpe, o se suspende, debe ser por una exclusiva orden del psiquiatra, pero si este es suspendido por las propias personas, los mecanismos coercitivos de los equipos de salud mental presionan en el engranaje de la red comunitaria y familiar para que esta se reactive. Sin embargo, si aún

esto fallara, existirían los medios coercitivos como las hospitalizaciones involuntarias y forzosas, que obligarían al sujeto afectado a acceder al tratamiento psiquiátrico.

En el caso de lo terapéutico, este opera como un dispositivo ambiental que se vincula afectivamente al malestar objetivo, pero desde una política de experto en la intervención. De ese modo existe una validación terapéutica por parte de los pacientes en relación con el experto (el terapeuta), pudiendo realizarse "en la medida en que conductas, pensamientos, sentimientos u otros aspectos de un sujeto se convierten en signos que deben ser descifrados y analizados, de manera de delimitar claramente aspectos de su subjetividad" (Carrasco, 2018: 172). Así, lo terapéutico se legitima tanto en un nivel de experto como también en la relación afectiva con quienes cursan el sufrimiento psíquico. Para Carrasco, tal manera de intervenir no es más que una mentalidad de gobierno que funciona a favor de la dominación de estos sujetos.

Tanto la medicalización como lo terapéutico en la salud mental comunitaria se organizan como un eje central en el tratamiento de los sujetos de la locura; no obstante, podríamos decir que el énfasis ya no se encuentra en la esquizofrenia misma, o en curar la depresión, sino más bien en mantener la vida saludable de estas personas. Precisamente ello caracteriza la medicalización indefinida a la que Foucault hace alusión en su obra (Foucault, 1996). Así las prácticas discursivas de la salud mental comunitaria se establecen apropiándose de otros campos sociales, por fuera de la enfermedad; por ende, se trata la salud y no las enfermedades mentales. Un ejemplo de ello son los programas de promoción y prevención en salud mental existentes en la red de atención primaria y secundaria de salud a lo largo de todo Chile, donde la cuestión de la población adquiere alcances inimaginables, generando efectos performativos en los discursos de las personas "normales".

En esta línea, la intervención gubernamental en atención primaria representa el mejor modelo de control biopolítico en las comunidades.

El segundo reporte del sistema de salud mental chileno del 2014 muestra cómo se han generado campañas de sensibilización ciudadana en torno a los trastornos psiquiátricos, especialmente la depresión (MINSAL, 2014). Por otro lado, las actividades de promoción y prevención en salud mental han sido vinculadas paulatinamente a los sistemas educacionales (en coordinación con el Ministerio de Educación): "(…) el 13,7% de las escuelas primarias y secundarias del país tienen al menos un profesional de la salud mental tiempo parcial o completo" (MINSAL, 2014: 87). La intervención en salud mental desde esta perspectiva ha alcanzado a otro tipo de institucionalidades como las de orden público, donde el 37,9% de la policía chilena recibió capacitación sobre el abordaje en salud mental. Sin embargo, la mayor inversión en términos de recursos –para efectos de esta ejemplificación– ocurriría en la atención primaria. Desde la puesta en marcha del Plan Nacional de Salud Mental (PNSM) de 2002, la atención primaria ha concebido un aumento significativo en la atención de personas con problemas de salud mental. En ese sentido, el informe de la Organización Panamericana de Salud (OPS) muestra que en la atención primaria chilena:

> (…) aumentó el porcentaje de centros que cuentan con psicólogo, así como la cantidad de psicólogos y el promedio de horas que disponen por centro; también aumentó el porcentaje de médicos APS que interactúan con equipos de salud mental secundarios a través de consultorías; también aumentaron los porcentajes de centros que realizaron actividades de medicina alternativa y que trabajan con organizaciones de usuarios y familiares de salud mental (MINSAL, 2014: 74).

Se trata entonces de una lógica gubernamental y de control biopolítico, sobre la base de un cambio estructural en la relación

medicina-enfermedad o psiquiatría-locura. Se transporta la figura del psiquiatra y un equipo de salud mental especializado, hacia la comunidad donde el loco reside (y los posibles locos), convirtiéndose en autoridades sanitarias y sociales a nivel comunitario. Cambia la institucionalidad hospitalaria, colocando a los equipos clínicos de atención fuera de los hospitales generales en dispositivos comunitarios, modificando la relación tradicional médico-paciente de forma sustancial. De ese modo, emergen nuevas formas de control de datos, a través de una gestión comunitaria que involucra una red sanitaria de atención primaria y secundaria, además de social, al interior de la comunidad.

Podemos decir entonces que "la sociedad moderna en que vivimos es en 'Estados médicos abiertos' en los que la dimensión de la medicalización ya no tiene límites" (Foucault, 1996: 80), de esa forma se perpetúa un continuo control y vigilancia. Lo interesante de este punto es que ya no se produce al interior de la institución total, sino fuera de sus paredes, es decir, *la comunidad*, emergiendo otro tipo de institucionalidad mucho más panóptica y virtualizada, una especie de "post-institución total". Gilles Deleuze (1996) coincide con este análisis al decirnos que: "Estamos entrando en sociedades de control, que ya no funcionan mediante el encierro sino mediante un control continuo y comunicación instantánea" (1996: 243). El PNSM, a través de la psiquiatría comunitaria, se ha encargado de ir eliminando paulatinamente la figura del hospital como centro neurálgico de la salud mental, y a través de la medicalización indefinida y la intervención biopsicosocial se levanta como una nueva mentalidad de gobierno. Consecuencia de ello, se ha erigido una nueva manera de pensar el control y la vigilancia sobre el fenómeno de la locura, permitiendo un ensamblaje nuevo que despliega una intervención permanente en el territorio, a través de mecanismos articulados en redes que propician una vigilancia y control psiquiátrico sempiterno del enfermo mental.

La salud mental como un objeto de gestión gubernamental

El académico antipsiquiatra chileno Carlos Pérez Soto (2015: 19) dice:

> Hay que considerar que un "enfermo mental" tranquilizado de manera profunda, en su propia casa, de algún modo oculto y apartado de cualquier forma de relación social, no solo representa un "éxito" desde el punto de vista del orden público, sino también una importante reducción de costo de los servicios de salud que los Estados se sentían obligados a dedicarle.

En 2018, al tiempo que se publica el nuevo PNSM, emerge un modelo de gestión como guía de funcionamiento de las redes de salud mental chilenas (MINSAL, 2018). Este documento es una carta de navegación de la gestión en salud mental, fundamentada principalmente en el cómo se debe hacer salud mental en las instituciones sanitarias chilenas. El objetivo fundamental es generar eficiencia y eficacia en el gasto público en este campo, sin descuidar la calidad asistencial. La gestión se vuelve un mecanismo de control racional de los recursos sanitarios, en donde Lazcano nos recordará que:

> en el contexto de una atención sanitaria moderna en países desarrollados, no es posible obviar la necesidad de eficiencia de las organizaciones sanitarias, y por ello de la introducción de criterios de gestión y calidad asistencial en la práctica cotidiana, con un objetivo común: prestar la mejor atención posible, y obtener los mejores resultados con los recursos disponibles." (Chicharro Lezcano, 2012: 726).

El modelo de gestión en salud mental se implanta como un bastión del PNSM, toda vez que se preocupa por los aspectos económicos que

se despliegan en los procesos asistenciales de los dispositivos de salud mental. Mediante la obtención de indicadores de la estructura de la salud (disponibilidad, accesibilidad), indicadores de procesos de la salud pública (uso, productividad, utilización) y los resultados de estos (eficacia, eficiencia), se busca maximizar los recursos públicos, permitiendo administrar de mejor forma la intervención en salud mental.

Foucault ya nos había advertido sobre este tipo de lógicas gubernamentales. Este decía que:

> en relación a estos fenómenos, la Biopolítica va a introducir […] mecanismos mucho más sutiles, económicamente mucho más racionales que la asistencia a granel […]. Vamos a ver mecanismos más sutiles, más racionales, de seguros, de ahorro individual y colectivo, de seguridad, etcétera" (Foucault, 2008: 221).

Las estrategias de la salud mental propuestas en el PNSM y el nuevo modelo de gestión perfeccionan las nuevas formas de control, seguridad y vigilancia, optimizando, por un lado, la gestión sanitaria y, por otro, el desarrollo de una seguridad ciudadana (en contra del loco enfermo). En consecuencia, el problema biopolítico acá no sería en tanto una articulación conflictiva entre psiquiatría y política, sino más bien la salud como un objeto de la gestión, operando a través de una razón gubernamental, un gobierno de la locura (Foucault, 2007). Esta idea implícita que logra develar el análisis biopolítico no es más que una forma de conocimiento que da cuenta de la mentalidad con que se gobierna a las personas, y cómo es posible tal ejercicio, a través de los Estados y las políticas sociales dirigidas a los individuos y la población. Al respecto, Carrasco asegura que: "el poder produce lo pensable y practicable", a partir de lo que Foucault llama "las manifestaciones de la verdad". En los Estados modernos estas surgen de un ejercicio de poder sobre un objeto que se busca controlar: la población; se necesita

conocerla de forma precisa, a fin de gobernarla por reglas racionales, con lo cual el sujeto moderno es constituido como un "objeto de conocimiento", y así es también "convertido en un objeto de control" (Carrasco, 2014: 132). En consecuencia, la racionalidad del Estado se funda en el conocimiento verdadero de lo que se quiere gobernar, en este caso, el gobierno de la locura.

Por ende, la edificación de la psiquiatría y salud mental comunitaria no es más que el triunfo de una estrategia de intervención social que implica un cierto control, más allá de la institucionalidad psiquiátrica. Sobre todo, significa un control territorial de la población, a través de un razonamiento gubernamental, en donde la desinstitucionalización psiquiátrica coincide con la dispersión de las tecnologías de subjetivación, y en donde el paciente psiquiátrico es el *"locus"* de aquellas tecnologías de poder.

Sin embargo, para el MINSAL, el objetivo de la psiquiatría comunitaria es:

> Contribuir a que las personas, las familias y las comunidades alcancen y mantengan la mayor capacidad posible para interactuar entre sí y con el medio ambiente, de modo de promover el bienestar subjetivo, el desarrollo y uso óptimo de sus potencialidades psicológicas, cognitivas, afectivas y relacionales, el logro de sus metas individuales y colectivas, en concordancia con la justicia y el bien común (MINSAL, 2000: 3).

En correspondencia con lo dicho anteriormente, la salud mental se constituirá no solo como un resultado de fenómenos biológicos, sino más bien como la configuración de múltiples factores psicosociales que interactúan en la comunidad. Sin embargo, y en clave biopolítica, la comunidad se establecerá como un nuevo agente de control poblacional, ahora fuera de las paredes del manicomio, a través de disposiciones

tecnológicas que van desde la fármacovigilancia, pasando por la medicalización, hasta la promoción y prevención de la salud mental como formas de poder "hacer vivir". Carrasco (2018) dirá al respecto, "los profesionales encargados de la intervención deben vigilar las trayectorias de los usuarios: si asisten o no al colegio, al trabajo, si se reúnen o no con amigos, si participan o no en organizaciones, etc. Luego deben hacer circular la información" (Carrasco, 2018: 175), y en definitiva la comunidad se transforma en el nuevo panóptico gubernamental.

Cabe advertir, que las intervenciones que se generarán en la comunidad, por parte de los equipos de salud mental, apuntarán a estrategias de prevención y promoción en sectores marginados o vulnerables (social y biológicamente), con el fin de adherir a estos a una sociedad funcional de competencia. Definitivamente, las disciplinas derivadas de este proceso se constituyen como un punto de contacto entre las tecnologías de control, propias de una lógica neoliberal de gobernanza, y las técnicas del yo.

Gestión del sufrimiento psíquico

Para hablar del sufrimiento psíquico desde una perspectiva gubernamental, es necesario, inherentemente, vincularse a la noción de *biopolítica* como una tecnología de intervención sobre las poblaciones (y por ende en los individuos). En ese sentido, entenderemos a la biopolítica como tecnología derivada de un conjunto de procedimientos que tiene como fin moldear las conductas de las poblaciones e individuos, sostenidas por un conocimiento científico, especialmente estadístico. En otras palabras, la biopolítica es una tecnología gubernamental con el objeto de administrar la vida de las poblaciones, especialmente la vida de los ciudadanos, es decir, la conservación de la vida biológica y su salud. La biopolítica tendrá como objetivo último instalar, para cada riesgo o peligro, mecanismos de seguridad semejantes a los dispositivos disciplinarios, pero mucho más sutiles en su dominación.

En este contexto, podríamos decir que el modelo médico del sufrimiento psíquico (Lobo & Huertas, 2018) se expande ilimitadamente a través de una permanente medicalización de la vida cotidiana por medio de políticas gubernamentales que se dirigen a las poblaciones, tanto vulnerables en temas relacionados con la salud mental como también a quienes no. De ese modo, la gestión en salud mental, desde el enfoque gubernamental, revela su ajuste con los parámetros de la oferta y la demanda individualizada de los "productos de la psiquiatría", es decir, los psicofármacos, las psicoterapias, las psicoeducaciones, las tecnologías diagnósticas, tratamientos estandarizados, etc.

Esta "gubernamentalización" de la vida de los locos y especialmente del sufrimiento psíquico devela un entramado complejo y oscuro de las relaciones de poder que oculta la salud mental en su naturaleza y que se establecen como verdad. La salud mental y la psiquiatría comunitaria como regímenes de verdad caracterizan al buen gobierno y, por tanto, sus formas de operar e intervenir la sociedad (poblaciones e individuos). De algún modo, la psiquiatría, y posteriormente la salud mental, se han hecho cargo de la administración de los cuerpos y emociones en torno al sufrimiento psíquico, desarrollando tecnologías de subjetivación que hacen posible la obediencia ciudadana en torno a estas temáticas. La razón gubernamental de la locura tiene como característica principal la administración del cuerpo y las emociones de los ciudadanos, a partir de una serie de herramientas y procedimientos que administran la libertad de los individuos y su sufrimiento. Una traducción de lo anterior se podría ejemplificar en el malestar psíquico que pudiera tener un individuo, llámese psicosis, depresión, etc. Estas serán medicalizadas de por vida por el modelo hegemónico psiquiátrico, a través de los dispositivos de seguridad que el gobierno de la locura ha introducido para su control y administración, colonizando el sufrimiento psíquico.

En consecuencia, la psiquiatrización del sufrimiento y su medicalización responden a un engranaje gubernamental que se expresa a través

de dispositivos de seguridad que han sido instalados paulatinamente en la retina social. Parafraseando a Foucault, el éxito de ello se debe principalmente a cómo se ha configurado el deseo humano (Foucault, 2008). En ese sentido, el deseo se vuelve una especie de principio de vida de la población, es decir, de cada individuo, el cual en su conjunto provoca el movimiento de la población. Ello tiene como consecuencia que la acción de gobierno consista en hacer concordar el deseo de los individuos con un interés general. En otras palabras, lo que se deja ver en esta operación es la búsqueda direccionada que el gobierno tiene para la creación de un interés para con el individuo. Es de esta manera como la lógica (neo)liberal penetra la sociedad, subjetivando el sufrimiento psíquico de los individuos y de la población de manera simultánea. Esto se visualiza perfectamente en cómo hoy existe un elevado requerimiento por tener una buena salud mental como característica fundamental del buen ciudadano. Un ejemplo de ello son los altos índices de depresión que escalan exponencialmente en los países desarrollados, además de la proliferación de nuevas enfermedades psiquiátricas que exponen las formas de vida en tiempos globalizados y que son controlados por el consumo (voluntario e involuntario) de psicofármacos, especialmente antidepresivos y ansiolíticos (Gøtszche, 2016).

El moldeamiento de la libertad de conciencia por parte de un gobierno de la locura coincide con esta libertad del *poder hacer* en tiempos neoliberales. La lógica de libertad ilimitada que tiene el individuo contemporáneo no tiene coacción en principio, sin embargo, genera coacciones, es decir, por ejemplo, la depresión u otras formas del sufrimiento psíquico son realmente la expresión máxima de una crisis profunda de la libertad humana, debiendo crear mecanismos que obliguen a tratar el sufrimiento psíquico o enfermedades mentales. De algún modo, el gobierno de la locura viene a hacer eso, pretende la seguridad de un sistema frente al individuo loco y, por otro lado, mantener el control de las posibles poblaciones vulnerables a desequilibrios neuronales.

Como dice Han, "el sujeto […] que se pretende libre, en realidad es un esclavo" (2015: 12). El ejemplo sobre la explotación de sí mismo queda reflejado en cómo la libertad emerge en el deseo de superación, del éxito, etc., transformándose en la nueva forma de dominación social que absolutiza la vida cotidiana del individuo y, en este caso, la "psiquiatriza". En ese sentido, la salud aparece como un ideal de vida que el neoliberalismo explota de manera eficiente e inteligente. Por ello, el control de las emociones se constituye como una expresión de la perfección de este modo de gobierno, ya que en ellas podemos encontrar el núcleo de dominación del deseo que reside al interior de los individuos. En otras palabras, estar o no estar depresivo son en sí mismos moldeamientos de conductas que son explotadas de acuerdo a estrategias diseñadas por una razón gubernamental y neoliberal de la locura, con el fin de mantener el control y la seguridad ciudadana.

En definitiva, cuando hablamos de salud mental en la actualidad, especialmente en Chile, hablamos de una nueva razón gubernamental que manipula intereses (Foucault, 2007) que se despliegan a través de dispositivos de seguridad que emergieron desde la reforma de salud mental en los años noventa hasta el PNSM y el modelo de gestión de los últimos dos años. Su articulación con el sufrimiento psíquico se traduce en un control constante de la vida cotidiana, tanto del loco como de aquellos que posiblemente puedan estarlo. Y es en ese punto donde neoliberalismo y salud mental emergen de manera conjunta, pero no transparente, ya que su relación está íntimamente ligada a un imperativo del rendimiento (Han, 2016: 29). Por un lado, un capitalismo del consumo que capitaliza las emociones, adquiriendo relevancia como un recurso de productividad, pero que, por otro lado, se convierte en una afección peligrosa que debe ser constantemente medicalizada y asegurada por dispositivos de seguridad.

Finalmente, la diferencia entre los mecanismos disciplinarios de la locura, como fueron las instituciones totales y el encierro, se distinguirán

de los mecanismos de poder biopolítico. La salud mental comunitaria se constituirá como un nuevo agente de control poblacional, ahora fuera de las paredes del psiquiátrico, como un dispositivo de seguridad de la población, a través de tecnologías que van desde lo terapéutico hasta lo psicofarmacológico. En otras palabras, la salud mental hoy no es más que una posinstitución total, o dispositivos ambientales (Rose, 2017), también denominada como extitución (Tirado y Domenech, 2001) o como Pérez (2012: 20) dice: "un manicomio distribuido". Definitivamente, la psiquiatría comunitaria además de constituirse en un entramado de vigilancia y gestión del sufrimiento, se desplaza de sus orígenes hacia un lugar en donde el sujeto loco, producto de sus derechos deja de estar encerrado en un manicomio y "es liberado" en una comunidad, pero bajo un panóptico poblacional. Ello quiere decir, según esta lógica, que indistintamente que existan locos, depresivos, esquizofrénicos o bipolares, lo más importante es prevenir y medicalizar cualquier desajuste neuronal que pueda ser detectado.

A modo de conclusión

Al comenzar este capítulo, dijimos que las enfermedades psiquiátricas se han establecido como una de las patologías más importantes en el mundo. La prevalencia de ellas en Chile y en gran parte del mundo se han convertido en una preocupación central en los gobiernos e instituciones de salud, lo que ha permitido instalar global y regionalmente, regulaciones importantes sobre la salud mental. Las enfermedades del ánimo, tales como las depresiones, por ejemplo, han sido factores determinantes que han debilitado la fuerza de trabajo, implicando un alto costo económico a los Estados y los sistemas de seguros de salud. Las intervenciones terapéuticas y psicofarmacológicas, como formas de intervención que han desarrollado los gobiernos, tanto en escuelas, organismos de salud como también otro tipo de instituciones, se fundan

como estrategias públicas para evitar la proliferación de las enfermedades mentales y abordar de manera oportuna las poblaciones más vulnerables. De ese modo, han emergido de manera sistemática programas relacionados con la prevención y promoción de la salud mental, instalándose como políticas de Estado aplicadas a las poblaciones, que según las prevalencias, son más propensas que otras a tener este tipo de trastornos (estudiantes, trabajadores, sectores pobres, etc.). En otras palabras, la prevención y promoción de la salud mental se cristalizan en estrategias sanitarias (o tecnología biopolítica) que apuntan a tener el control de la salud (y no de la enfermedad) de las personas.

De ese modo, ha emergido todo un engranaje que administra de manera eficiente y eficaz el sufrimiento psíquico, todo ello vinculado a dispositivos de seguridad que mantienen el orden y el control social de la locura. Estos dispositivos se entienden como los que hacen posible los cambios políticos y administrativos del gobierno de la locura. Y como "extituciones" o "manicomios distribuidos", funcionan como mecanismos que permiten la circulación tanto de tecnologías de control como el desplazamiento del propio sujeto, asegurando las trayectorias de los locos en medio de una vigilancia permanente. Mientras que, por otro lado, se consolida una mentalidad gubernamental acerca de la locura con una razón que conduce los intereses a través de estos dispositivos, capitalizando las emociones y el sufrimiento psíquico de las personas.

Cuando hablamos de biopolítica, lo que estaría en juego no es necesariamente una política de la vida, sino también prácticas sociales que se ejercen sobre individuos y las poblaciones. En consecuencia, la vida no será un objeto de tematización de las ciencias biológicas, sino que es un espacio ideológico para garantizar la gestión y el control de las poblaciones en las sociedades contemporáneas. La salud mental y la psiquiatría comunitaria pueden leerse en esta clave, permitiendo revelar ciertos discursos –de los que Foucault ya era conciente en sus primeras obras–, pero que hoy en tiempos de economías globales se

han convertido en una forma de vivir. En ese sentido, más que una política sobre la vida, la salud mental comunitaria se establecerá como un modo de *gestión* y *administración* de ella, además de individualizar el sufrimiento psíquico, convirtiéndose en un poder gubernamental que opera a través de políticas de gestión y directrices normativas.

Por último, la salud mental chilena, que camina hacia una senda legislativa, tal como en otros países latinoamericanos ha ocurrido, busca regular sistemáticamente todos los mecanismos relacionados con el tratamiento e intervención en este campo. Lo que se indaga de fondo es poder regularizar las prácticas psiquiátricas que permitirán mejorar los dispositivos de seguridad, y como fin último, asegurar más años de vida productiva y saludable de la población, evitando en la medida de lo posible, a través de mecanismos de control, la morbilidad y comorbilidad de las enfermedades mentales. Para ello, consolidar medios de gestión en salud mental, desde una perspectiva economicista, permitiría optimizar un gobierno de la salud mental. Si bien los actores del cambio paradigmático de salud mental chileno no han buscado intencionalmente una forma liberal de gestión, no han cuestionado dichas consecuencias, consolidando un modelo acorde a las prácticas neoliberales.

Referencias

Basaglia, F. (1972). *La Institución Negada, Informe de un hospital psiquiátrico.* España: Barral Editores.

---------- (2008). *La Condena de ser loco y pobre: Alternativas al manicomio.* Buenos Aires: Topia Editorial.

Bleuler, E. (1924). *Texbook of Psychiatry.* New York: Macmillan.

Carrasco, J. (2014). Salud Mental y Psiquiatría Comunitaria en Chile: el proceso de configuración de un objetivo de gobierno. En R. Karmy y Y. Tuillang (comps.). *Biopolítica, Gobierno y Salud Pública. Miradas para un diagnóstico diferencial. Escuela de Salud Pública, Universidad de Chile*

(pp. 127-153). Santiago de Chile: Ocho Libros Editores.
Carrasco, J. y Leal, A. (2018). La reforma psiquiátrica brasileña y chilena y la gestión por la libertad. Una historia de los modos de gobierno en las prácticas vinculadas a la salud mental. En R. Karmy y L. Follegati (Comps.). *Estudios en Gubernamentalidad. Ensayos sobre el poder, vida y neoliberalismo* (pp.161-194). Santiago de Chile: Communes.
Cooper, D. (1976). *Psiquiatría y Antipsiquiatría.* Buenos Aires: Locus Hipocampus Editorial.
Chicharro Lezcano, F. (2012). La Gestión de Calidad. En M. Desviat y A. Moreno (Comps.), *Acciones de la Salud Mental en la Comunidad* (pp. 726-734). Madrid: Asociación Española de Neuropsiquiatría.
Desviat, M. y Moreno, A. (Eds.) (2012). *Acciones de Salud Mental en la Comunidad.* Madrid: Asociación Española de Neuropsiquiatría.
Deleuze, G. (1996). *Conversaciones.* Valencia: Pre-Textos.
Foucault, M. (1996). *La Vida de los Hombres Infames.* Argentina: Editorial Altamira.
---------- (2002). *La Arqueología del Saber.* Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
---------- (2007). *El Nacimiento de la Biopolítica*. Buenos Aires: FCE.
---------- (2008). *Defender la Sociedad.* Buenos Aires: FCE.
Gabay, P. (1999). Introducción. Rehabilitación y reinserción social en salud mental, perspectivas internacionales. *Vertex. Revista Argentina de psiquiatría,* (X)36, 101-105.
Goldberg, D. y Huxley, P. (1990). *Enfermedad Mental en la Comunidad.* Madrid: Nieva.
Goffman, E. (1998). *Internados: Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales.* Buenos Aires: Amorrortu Editores.
Gøtszche, P. (2016). *Psicofármacos que matan y denegación organizada.* Barcelona: los Libros del Lince.
Han, B-Ch. (2015). *Psicopolítica*. Barcelona: Herder.
---------- (2016). *La Sociedad del Cansancio*. Barcelona: Herder.
Kraepelin, E. (1913). Dementia Praecox. En Kraepelin, E. *Psychiatrica*. Florida: Krieger.
Laing, R. (1975). *El yo dividido: Un estudio sobre la Salud y Enfermedad.* México: FCE.
Minolletti, A.; Sepúlveda, R.; Narváez, P. y Caprile, A. (2010). Chile: lecciones

aprendidas en la implementación de un modelo comunitario de atención en salud mental. En Rodríguez, J. (comp.) *Salud Mental en la Comunidad* (pp. 339-348). Buenos Aires: OPS.
Organización Mundial de la Salud (2013). *Plan de Acción sobre Salud Mental 2013-2020*: Ginebra: Autor.
Ortiz Lobo, A. y Huertas, R. (comp.) (2018). *Críticas y alternativas en psiquiatría*. Madrid: Cataratas Ediciones.
Pemjean, A. (2006). In Memmoriam. *Cuadernos de Psiquiatría Comunitaria*, (6)1, 73-82.
Pérez Soto, C. (2012). *Una nueva Antipsiquiatría, crítica y conocimiento de las técnicas de control psiquiátrico.* Santiago: LOM editores.
MINSAL, República de Chile, (1993). *Estrategia de Salud Mental*. Santiago: Gobierno de Chile.
---------- (2000). *Política y Plan Nacional de Salud Mental*. Santiago: Gobierno de Chile.
---------- (2014). *Sistema de Salud Mental de Chile: Segundo Informe*. Santiago: Gobierno de Chile.
---------- (2017). *Política y Plan Nacional de Salud Mental*. Santiago: Gobierno de Chile.
---------- (2018). *Modelo de Gestión: Red Temática de Salud Mental en la red general de salud*. Santiago: Gobierno de Chile.
MINSAL, República de Chile, Dirección de Rectoría y Regulación Sanitaria (2000). *Norma Técnica Hogares Protegidos*. Santiago: Gobierno de Chile.
Pinel, P. (1988). *Tratado médico filosófico de la enajenación mental o la manía*. España: Ediciones Nieva.
Read, J. y Geekie, J. (2012). *El Sentido de la Locura*. Barcelona: Herder Editorial.
Rose, N. (2007). Terapia y poder: techné y ethos. *Cuadernos crítica de la cultura, Archipiélago*, 76, 101-124.
Tirado, F. y Doménech, M. (2001). Extituciones: del poder y sus anatomías. *Políticas y Sociedad*, 36, 191-204.
Saraceno, B. (2003). *La Liberación del paciente psiquiátrico: de la rehabilitación psicosocial a la ciudadanía posible*. México, Editorial Pax.
Szasz, T. (1970). *Ideología y Enfermedad Mental.* Argentina: Amorrortu Editores.

CAPÍTULO 6
Dispositivos de intervención desde una mirada rizomática. Una posibilidad desde el trabajo social crítico[1]

Natalia Hernández Mary[2]

Introducción

A través de este capítulo, pretendo aportar a ciertas discusiones en torno a las nociones de Intervención Social, Estrategias, Transformaciones, entre otros elementos, que dan cuenta de los escenarios de cambios que se instalan en los contextos actuales, considerando que se ha tejido una tensión entre las relaciones de ciertos "sujetos" con las estructuras, generando injusticias sociales que impiden un estado integral de todas y todos. La reflexión a la que hago referencia posee sustentos contemporáneos ligados al accionar del propio neoliberalismo, el cual se ha instalado en todas las esferas de la vida social (Klein, 2011; Campana, 2016).

---

1. Este trabajo se basa en la investigación doctoral: "Poder, una categoría de análisis en los procesos de intervención de jóvenes: Estrategias de intervención en lo político" desarrollada en la Universidad Nacional de La Plata, Argentina.

2. Académica del Departamento de Trabajo Social, Universidad Alberto Hurtado. Asistente Social y Magíster en Trabajo Social, Universidad Católica de Chile. Doctora en Trabajo Social, Universidad Nacional de La Plata, Argentina. *nhernand@uahurtado.cl*

Esta reflexión se ha vuelto una preocupación constante en el quehacer de las y los profesionales que nos involucramos en estas áreas. Asumo como espacio de discusión la disciplina que abrazo: el Trabajo Social. Esta se convierte en el escenario desde donde se elaboran y construyen artefactos particulares para abordar los desafíos de los procesos de transformación. Es a través de sus prismas e historización que se construye una batería de elementos comprensivos e interventivos que acuden en pos de las transformaciones sociales. Aquí hago una referencia particular a la idea del Trabajo Social Crítico, la cual comprende una apuesta disciplinar desde las posibilidades de cambios sociales que se provocan al abordar las relaciones de las y los sujetos sociales, como también, con las interacciones que se establecen con las diversas estructuras. Es una apuesta por la globalidad de las relaciones, comprendiendo que la entrada está definida desde las lecturas de construcción contemporáneas que se despliegan desde los interventores/as sociales.

Entonces, desde esta plataforma es que presento mi interés particular por los procesos de transformación en los contextos actuales. En una sociedad que se sostiene desde el neoliberalismo, el cual ha instalado y profundizado procesos de desigualdad, las y los profesionales que trabajan insertos en distintas intervenciones sociales, deben generar un cuestionamiento constante en torno a los requerimientos para generar las transformaciones sociales.

Así, la construcción de procesos integrales y complejos se vuelve una exigencia cotidiana, una apuesta que se comprometa con estos procesos es un requerimiento que se debe historizar en los contextos contemporáneos. Desde ahí que planteo que la construcción de dispositivos interventivos son un aporte al sentido explicativo del quehacer transformativo. Esta construcción la entiendo como la interrelación de diversos elementos (materiales e inmateriales) que nos permitan construir fenómenos interventivos a través de diferentes elementos y categorías, los cuales, junto con aportar a conocer, construir y analizar,

también posibilitan pensar movimientos que se operacionalizan en los contextos cotidianos.

La noción de *dispositivo* permite conjugar elementos diversos que se ponen a solicitud de las y los profesionales que lo requieren. Desde ese prisma es que me atrevo a traer a este espacio de reflexión la idea de rizoma como una posibilidad de construir y re-construir procesos de transformación sin un ordenamiento pre-establecido. Permite discutir cómo la discreción de quienes se encuentran en estos espacios, se tensiona con las condiciones materiales, teóricas y metodológicas de este quehacer. En este sentido, el capítulo que aquí presento busca aportar en esta línea de pensamiento que se aleja a las ideas de recetario que se ubica en las lógicas de reiteraciones continuas, sin evaluar si esas decisiones son las que aportan a un cambio en la construcción social que abarque las complicaciones, dificultades y posibilidades de este escenario. Para ello he construido este texto desde la idea de caleidoscopio, puesto que ofrezco imágenes que puedan ser tomadas y abordadas desde las reflexiones que ellas posibiliten. En primer lugar, abordo las posibilidades que encuentro en la disciplina del Trabajo Social, pues a través de ella, despliego la idea de interdisciplinariedad para la construcción de fenómenos y apuestas *transformativas situadas*. Desde el sitio que he escogido, planteo las relaciones que pueden configurar las nociones de artefacto, rizoma y dispositivo, pues me parecen que aquí hay ciertas claves que aportan a la historización de los procesos de transformación.

Como indiqué, comprendo la idea de *dispositivo* como una construcción que se confecciona a partir de una serie de categorías (elementos diversos), los cuales, tienen la posibilidad de articularse en conformaciones que reconozco como *artefactos*. Los entiendo como herramientas conceptuales-metodológicas, que en sí mismas tienen potencia analítica y operativa. Son unidades que se utilizan por su potencia propia, pero también conforman relaciones con otros elementos, y van movilizando

las posibilidades de cambios. Lo anterior, lo enmarco en la visión que me brinda la idea de *rizoma*. La mirada rizomática me permite comprender la horizontalidad del dispositivo y de los artefactos. Como indican Deleuze y Guattari (1994), el rizoma se mueve en función de las fuerzas de los elementos, lo que me parece interesante para los escenarios de intervención en lo social.

Prisma de reflexión: miradas desde el Trabajo Social

La idea de transformación que menciono se vincula con las discusiones que se han alojado en las ciencias sociales, como un escenario de debate y preocupación en torno a las construcciones de justicia social que se requieren en estos contextos. Si bien existen diversas comprensiones, asumo como línea de pensamiento aquella que congrega en su constitución las relaciones de poder entre micros y macros espacios, afectando los vínculos sociales entre sujetos y estructuras (Foucault, 1979). Dicha concepción la asocio a la idea de movimiento constante que interpela a las relaciones que se construyen en los diversos campos sociales. La idea de traslación constante entre lo conceptual y lo material, es la óptica que me interesó plasmar en este capítulo en pos de reconstruir estrategias interventivas que se desplieguen en los espacios políticos[3].

La conjunción de lo material e inmaterial en los procesos de cambios, también se han de plasmar en las apuestas que intentan aprender de las estrategias y/o tácticas que desde diversos ámbitos se movilizan para los proyectos de una sociedad distinta, justa y fraterna. La noción de transformación social ha de superar la idea de consigna vacía que se basa en un sin fin de acciones que se pueden ubicar como cómplices de un sistema cómodo e injusto. La aparición del Trabajo Social crítico,

3. Se comprenden como las construcciones públicas que elaboradas por todas y todos los que participan de ellos.

que cuestiona y reconstruye desde las demandas de los muertos, posibilita tensionar, en un ejercicio de carácter sumativo, los procesos de intervención e investigación. Dicha articulación es el escenario que posibilita anclar una apuesta por construir artefactos que se entrelazan en dispositivos a la altura de los requerimientos actuales.

Desde esta mirada es que entiendo que el Trabajo Social sea comprendido como una profesión y una disciplina; que se sitúa desde un ejercicio entre teoría y práctica constante, de manera que los saberes se vinculan, se potencian y se fortalecen en pos de alcanzar procesos de coherencia y transformación (Matus, 1999; Cifuentes, 2009; Garrett, 2013; Healy, 2014; Muñoz, 2016).

> Esta clave comprensiva intenta fracturar la lógica dicotómica de la teoría tradicional denunciada por Horkheimer (1982) en la que teoría y práctica se entienden como dos procesos desvinculados, epistemológicamente objetivos y políticamente neutros (Muñoz & Hernández, 2016: 1).

La idea de neutralidad y objetividad es abordada desde los prismas del Trabajo Social Crítico, en dónde la discusión trae consigo la toma de posición dentro de los contextos que se manifiestan. No hay neutralidad, no hay objetividad, no hay un camino y menos una forma de hacer "única" esta mirada; la apuesta del Trabajo Social Crítico busca articular diversas categorías en pos de movilizar procesos de transformación social. Es una construcción entrelazada desde lo material e inmaterial, pero en un sitio específico en donde se manifiestan las fuerzas que movilizan las construcciones sociales (Matus, 1999; Paz Ruedas, 2008; Muñoz, 2011).

Se han de analizar los espacios en que se sitúa, y desde ahí llamar a la pertinencia brindada por los enfoques contemporáneos. Se hace referencia a lo contemporáneo desde la idea de Agamben:

> La contemporaneidad es esa relación singular con el propio tiempo, que se adhiere a él, pero, a la vez, toma distancia de éste; más específicamente, ella es esa relación con el tiempo que se adhiere a él a través de un desfase y un anacronismo (…) contemporáneo es aquel que tiene la mirada fija en su tiempo, para percibir no la luz sino la oscuridad. Todos los tiempos son, para quien experimenta la contemporaneidad, oscuros (Agamben, 2006: 1).

El escenario enmarcado desde la modernidad se ha teñido de una contemporaneidad particular, mezclada con luces y sombras, pero que nos ha de invitar a dislocar las propuestas que no asuman su contexto. En este espacio, en esta contemporaneidad, el sistema neoliberal demanda una respuesta articulada de parte de los interventores sociales.

> Es a partir de esa comprensión que los trabajadores sociales pueden proponer, diseñar, gestionar e implementar procesos de intervención; y es a partir de esas experiencias de intervención que ellos pueden también aportar a la retroalimentación de los marcos teóricos existentes o a la creación de nuevas categorías conceptuales. En este proceso, la investigación social (tanto el manejo de métodos y técnicas de investigación como el desarrollo de habilidades investigativas para la generación de conocimiento) cobra un rol central en la formación y en la actuación profesional de los trabajadores sociales, operando como una suerte de eslabón entre los procesos de intervención social y la teoría social. Intervención e investigación, se entienden en este marco, como dos momentos de un mismo proceso, dos actos dialécticamente imbricados (Muñoz & Hernández, 2016: 2).

La construcción de las apuestas interventivas deja de manifiesto la

necesidad de elaborar categorías en torno a los sujetos con los que se diseñan las apuestas de transformación. He aquí que la combinación de elementos toma un desafío particular, puesto que no es asimilable a una reunión aleatoria de ingredientes, sino que la elección de aquellos que posibiliten comprender, reflexionar y movilizar de manera coherente con las apuestas que se encuentran en relación con los enfoques que se utilizan como andamios de dichos procesos.

Las categorías se comprenden como elaboraciones particulares que combinan diversos elementos teóricos, culturales, históricos-contextuales, éticos y políticos, con relación a una apuesta de conocimiento y entendimiento escogido. Dichas construcciones no son fijas, al contrario, poseen un movimiento constante, ya que han de aportar a las relaciones comprensivas que se establecen en un tiempo y espacio particular. Las categorías son elaboraciones de los interventores sociales, y desde ahí que no pueden ser consideradas como elementos estáticos ni definitivos.

La elaboración de dichos procesos exige una apuesta contemporánea que se operacionalice en pos de alcanzarlos, es por ello por lo que la discusión por incorporar categorías que aporten a la comprensión y al diseño de éstos resulta relevante para la disciplina. Se han de considerar categorías analíticas que orienten el accionar de transformación; desde aquí que los sujetos sociales (como agentes móviles) son un requisito esencial. Dicha referencia (sujetos sociales) es fundamental para el proceso de construcción que se discute, ya que son comprendidos como categorías complejas elaboradas desde la conjunción de los elementos que pone a disposición las apuestas teóricas, epistémicas, históricas, contextuales, como también las dimensiones de los relatos y significaciones de quienes las emiten. Con esta mirada se apuesta a reverenciar la complejidad de cada persona; cuando se habla de construcción es para dar cabida a una mirada que se sitúa desde la propia intervención, pero que no tiene la capacidad de reunir todas las dimensiones del "Ser" (Hernández, 2012).

Articulaciones transformativas: dispositivo, artefacto y rizoma

La idea de *artefacto* posee diversas acepciones, siendo una de ellas interesante para la comprensión de este ejercicio reflexivo. Es posible entenderlo como un conjunto de piezas, partes, elementos, que se articulan entre sí, para dar paso al nacimiento de una estructura particular. Es la conjunción de elementos que toma formas particulares según los espacios y contextos en los que se desarrolla. Es una figura móvil, flexible, articuladora que se utiliza para armar nuevos e innovadores artefactos (Nabiola, 1984; Monterroza, 2011; Deleuze, 2015).

Los artefactos poseen la cualidad de ir desplegando (como característica particular) la articulación entre ellos y la conformación de diversas construcciones. La conjunción de estos elementos se asemeja a un conjunto de herramientas que se ponen en una especie de maleta y/o caja a disposición del maestro constructor para hacerse cargo de su quehacer. De esta forma:

> (…) herramienta junto a otras herramientas, la escritura, el quehacer teórico, el libro están para ser probados en el exterior de sí mismos y en conexión múltiple, local y plural, con otros libros, con otros quehaceres teóricos, con otras escrituras (Deleuze, 2015: 13).

La elección de trabajar con la noción de artefactos desde la complejidad que oferta Deleuze, la asumo como una pieza de engranaje que se encuentra en un constante movimiento, permitiéndome no fijar el trabajo interventivo. Me posibilita cuestionar las figuras clásicas añadiendo particularidades y/o configuraciones que aparecen en los contextos actuales. Avala la elaboración de figuras flexibles, plásticas, que permiten ir moldeando las categorías (incluso aquellas que han

sido históricamente discutidas) en pos de conjugarlas como elementos útiles y desafiantes en los procesos de transformación.

Abordar la idea de categorías que se movilizan, articulan y tensionan, me posibilitan incorporar la noción de *dispositivo* que trabajan diversos autores. Ahora, la noción de dispositivo la entiendo desde lo planteado por Foucault, quien indica que:

> (…) el dispositivo es de naturaleza esencialmente estratégica, lo que supone que se trata de cierta manipulación de relaciones de fuerza, bien para desarrollarlas en una dirección concreta, bien para bloquearlas, o para estabilizarlas, utilizarlas, etc. (...) El dispositivo se halla pues siempre inscrito en un juego de poder, pero también siempre ligado a uno de los bornes del saber, que nacen de él pero, asimismo lo condicionan. (…) Lo que trato de indicar con este nombre es, en primer lugar, un conjunto resueltamente heterogéneo que incluye discursos, instituciones, instalaciones arquitectónicas, decisiones reglamentarias, leyes, medidas administrativas, enunciados científicos, proposiciones filosóficas, morales, filantrópicas, brevemente, lo dicho y también lo no-dicho, éstos son los elementos del dispositivo. El dispositivo mismo es la red que se establece entre estos elementos (Foucault, 1991: 130).

La idea de conjugar distintos elementos es un ejercicio de tensión que aporta a las comprensiones de fenómenos sociales y a la generación de posibles estrategias de transformación. Esta idea permite incorporar diversos elementos en el análisis, en donde se aprecian ejercicios que rompen las formas rígidas de abordaje.

Permite incorporar elementos teóricos, materiales, espistémicos, significancias, relaciones, cultura, entre otros, en una tensión entre lo que se ha conocido clásicamente como facilitadores y obstaculizadores. En un mismo dispositivo pueden convivir elementos que históricamente

se han considerado como antagónicos y es aquí donde aparece una clave particular para la intervención social. Se ha acostumbrado a trabajar "mermando" las dificultades, incluso temiéndoles, pero rara vez se les incluye como fuerza en el movimiento del cambio.

La idea de dispositivo toma la forma de un *rizoma* en donde se visualizan diferentes fuerzas, las cuales si bien están entrelazadas no se constituyen en una hegemonía, sino que, en función de diferentes acontecimientos, una de las hebras podrá cambiar de posición y así ir modificando la forma de rizoma. Esta constitución habla de movimiento constante basadas en las relaciones con todas las fuerzas presentes.

La imagen se toma desde los postulados de Deleuze y Guattari (1994), quienes indican que el rizoma es un sistema comprensivo que no posee líneas jerárquicas con una fuerza eje, sino que cualquier elemento y/o acontecimiento podrá alterar la primera imagen (del rizoma) y transformarla en otra. Si bien los autores están dando a conocer un sistema analítico, se presenta interesante ocupar dicha figura para ejemplificar la idea de dispositivo. Al igual que la descripción del rizoma, el dispositivo no posee centro, está configurado por la relación de los elementos que lo componen, los cuales influyen entre sí, reaccionando en virtud de los cambios contextuales, sociohistóricos, valóricos, culturales, etcétera. Tampoco posee un límite fijo, pues como la figura se moviliza y cambia, puede ir incorporando otros aspectos que no estaban visibles al momento de construirlo.

Rizoma y dispositivos comparten características, pues no tienen un patrón específico que deban seguir de forma jerárquica, más bien es una opción momentánea el por dónde iniciar el ejercicio comprensivo. No brinda patrones predeterminados, sino que, a través de los elementos que lo conforma, va generando opciones de interrelaciones que aporten al ejercicio de agudizar la mirada en torno a los objetos y/o fenómenos que se están construyendo. Se iniciará por un lugar,

pero éste, no debiese determinar los movimientos de construcción y deconstrucción que se generan constantemente.

Esta constitución me permite reflexionar acerca del carácter flexible que poseen estas nociones. Al visualizar un dispositivo articulado a través de artefactos (de distintas naturalezas), que, a su vez, va tomando formas rizomáticas, es posible proyectarlo en distintos escenarios de acción. Se asemeja a un contenedor de herramientas, en donde la maestría de quien las ocupe, se pone en tensión con sus usos y posibilidades. En sí misma no es un cambio, es parte de la conjunción de fuerzas que se presentan en un tiempo y espacio particular.

De esta manera, la figura del dispositivo rizomático, tiene posibilidades de instalación en los diversos campos en que nos situemos. Se entremezclan elementos que se disponen en pos de horizontes transformativos, trabajando con las tensiones que se configuran según las fuerzas que se movilicen. Imaginemos que estamos en un aula de clases, y poseemos el rol de estudiantes. Si dispongo mi cuerpo en dirección a las y los estudiantes sentados frente a mí, mi campo de visión logrará identificar lo que sucede frente a mis ojos; no "veré" lo que está a mi espalda, pero tengo conciencia que hay elementos (pared, pizarra, telón, entre otros tantos artículos que pueden encontrarse). Basta que yo gire mi cuerpo, y mi campo visual cambiará. Podré "ver" elementos que no veía en la posición anterior, y dejaré de "ver" otros. No obstante, esto no significa que los elementos que "entran" o "salen" de mi campo visual sean más o menos importantes, no es un tema de jerarquía, sino más bien es una posibilidad de visualizar y movilizar mi comprensión del espacio.

En los escenarios de transformación existen movimientos constantes de fuerzas, relaciones, subjetividades, materialidades, entre otros, los cuales van aportando a comprender (o no) las expresiones de los fenómenos sociales. Reconocer esa traslación infinita es un eje clave de cualquier apuesta interventiva, pues invita a que nos movamos también.

Como interventores sociales no podemos quedarnos perplejos antes el movimiento y el cambio, debemos incluirlos como elementos de la apuesta de la que somos parte.

Desafiar nuestras miradas desde las posibilidades que oferta un dispositivo, nos brinda oportunidades para desplegar diversas comprensiones, e incorporar apuestas transformativas que visiten y discutan los horizontes de justicias que se entrelazan en sus operacionalizaciones. Lo anterior, nos invita, también, a salir de las zonas de confort que las tradiciones nos han obsequiado como eje comprensivo y a revisitar los compromisos que hemos declarado en pos de las transformaciones sociales.

Aclaro: lo que propongo jamás ha dejado de situarse en sociedades construidas al alero del *ethos* neoliberal, el cual, va asumiendo nuevos ropajes según lea las condiciones de la situación. Si este neoliberalismo tiene la inteligencia para cambiar constantemente en función de las lecturas que hacen del contexto, ¿por qué no hacerlo nosotros como interventores sociales? Aquí hay, en palabras de Matus (2017), un *aprendizaje travestido*.

Construyendo reflexiones

Las nociones y conceptos que he articulado en este capítulo se configuran como una oportunidad para discutir las elaboraciones interventivas que se sitúan en los procesos transformativos. Es una apuesta que invita a revisitar las formas en que, las y los interventores sociales, estamos operacionalizando nuestras apuestas de intervención en los escenarios actuales. Si incorporamos los movimientos a nuestro quehacer, tenemos opciones de ampliar nuestros campos comprensivos, alejando la mirada de las formas aprehendidas e incorporando prismas que no habíamos revisado.

Un dispositivo construido a partir de la conjugación de artefactos particulares se presenta como una propuesta de transformación,

relacionándolo con el desafío de incorporar los movimientos del espacio en que se sitúa. Su plasticidad permite que tome las formas necesarias en función de las fuerzas que lo afectan en el espacio-tiempo en el que se encuentra. De esta manera, los profesionales que se ubican en estos contextos tienen la posibilidad de articular sus componentes y utilizarlos en función de las formas que el dispositivo va generando.

El dispositivo se moviliza según se haga fuerza en uno de sus componentes, es por ello que indico que la imagen del rizoma nos permite comprender que no hay jerarquías ni orden predeterminado, sino que una respuesta a las fuerzas que todos los sitios vivencian. De esta forma, podemos romper los órdenes aprendidos para dar paso a construcciones que se comprometan radicalmente con la transformación. Así funciona el trabajo con el rizoma, se realiza una presión e inicia una acción desde ese movimiento particular, específica y sobretodo situada.

La traslación es clave en este reconocimiento. Siempre habrá movimientos, según los tiempos y espacios que van conjugando los contextos socio-históricos. En esta conjunción se aprecia que los artefactos, desde su naturaleza, posibilitan generar un lente con el cual se reconocen imágenes de un sitio y ciertos momentos particulares, los cuales se podrán movilizar en pos de los contextos que se construyan al actualizar los sentidos que las nociones van desplegando. Es relevante considerar que la apuesta por una forma de comprensión no implica la mantención de la misma, al contrario, las nociones, los conceptos, han de ser discutidos desde las deconstrucciones que se realicen.

Para esta reflexión rescato los aportes que brinda la relación constante entre lo material y lo inmaterial. Dicho vínculo alberga opciones en un constante ir y venir entre lo que indicamos qué es o qué creemos que es, con aquello que se pone de manifiesto en las acciones que se realizan en los espacios comunes. Lo anterior, en clave de una flexibilidad constante y/o la posibilidad de mutar en pos de las opciones que se van realizando en los diversos momentos que se experimenten. En

síntesis, es reconocer el movimiento de traslación entre los elementos mencionados, como también entre las ideas que se configuran (y manifiestan) en pos de las opciones que se realizan.

La conjunción de estos artefactos, van dando cuerpo al dispositivo, lo dinamizan, lo cuestionan, lo tensionan, en pos de que responda a los objetivos de analizar y comprender las formas en que se despliegan las tácticas para generar las transformaciones sociales, que van más allá de los límites que brinda la construcción de un sujeto en particular. De esta manera, la conjunción de artefactos en interacción permanente, posibilitan dispositivos de movimientos que se caracterizan por trasladarse constantemente entre diversas coordenadas, como también, asumiendo un flujo de relaciones con el tiempo y espacio que se expresa en un espiral ascendente.

Así, vivenciar la responsabilidad de una construcción coherente que no solo describa sus fuentes teóricas y apuestas metodológicas, sino que también se haga cargo de la operacionalización del mismo, apunta a superar las ideas de un discurso vacío, pues busca el vivenciarlo. De esta manera se propician aprendizajes en diversas dimensiones, ya que se defiende la militancia comprometida con procesos de cambios.

Desde la opacidad social, como código comprensivo, es posible reconocer la existencia de un sinfín de elementos que se encuentran disponibles, construyéndose y/o reconstruyéndose en los códigos de construcción de los sujetos sociales, las estructuras y sus relaciones en los escenarios sociales. Ante ello, la capacidad del dispositivo debe estar en una expansión constante en pos de incorporar las interacciones que se produzcan, y aquellos artefactos que aporten a las comprensiones.

Un aprendizaje particular tiene relación con las fuerzas que se manifiestan desde la naturaleza rizomática del dispositivo. Esta clave es fundamental para operacionalizar el dispositivo en cuestión. Al reconocer la existencia, combinación y articulación de distintos artefactos, nociones, experiencias, como otros elementos, se ha de tensionar

puntos que posibiliten relevar y/o entradas con los que se iniciará el proceso de abordaje.

La apuesta del rizoma nos brinda una evaluación acerca de la relevancia de la elección. Nos posibilita generar un ejercicio de "presión" en alguno de los artefactos que nos permita abordar la propuesta interventiva. No apunta a abandonar aquellos aspectos que no son "presionados", sino que están en relación constante y pueden rescatarse en función de nuevos engranajes. Tal vez uno de los aprendizajes de interés para mi mirada sería articular rizoma y dispositivo en pos de la transformación, ya que la elaboración se pone al servicio de la investigación e intervención situada. Se hace cargo de entradas que son confeccionadas en relación con los fenómenos sociales que se plasman en los contextos sociales, actualizando los compromisos asumidos en estos escenarios.

Referencias

Agamben, G. (2006) ¿Qué es lo contemporáneo? Texto inédito leído en el curso de Filosofía Teorética la Facultad de Artes y Diseño de Venecia, Italia. Recuperado de: http://salonkritik.net/08-09/2008/12/que_es_lo_contemporaneo_giorgi.php

---------- (2011). *¿Qué es un dispositivo? Revista Sociológica*, 73, 249-264.

Campana, M. (2016). Del Estado Social al Estado Neoliberal: Un nuevo pacto social en nuestra América Latina. *Revista Perspectivas Sociales,* 16(1), 9-30.

Cifuentes, R. (2009). Aportes para la Reconfiguración de la intervención profesional enTrabajo Social. *Tendencias y retos,* 14, 191-220.

Deleuze, G. (2015). *Foucault.* Buenos Aires: Paidós.

Deleuze, G. y Guattari, F. (1994). *Mil Mesetas. Capitalismo y Esquizofrenia.* Valencia: Pre-Textos.

Foucault, M. (1979). *Microfísica del Poder.* Madrid: Ediciones de La Piqueta.

---------- (1991). *Saber y Verdad.* Madrid: Ediciones de La Piqueta.

Garrett, P. (2013). *Social work and social theory. Making connections.* Bristol: The PolicyPress.

Healy, K. (2014). *Social Work Theories in context: Creating framework for practice.* London: Palgrave Macmillan.

Hernández, N. (2012). Sujetos Sociales Contemporáneos: un desafío de construcción disciplinar. *Encuentro Cono Sur.* Temuco: Universidad Católica de Temuco.

Hernández, N. (2018). "Poder, una categoría de análisis en los procesos de intervención de jóvenes: Estrategias de intervención en lo político". (Tesis inédita de doctorado). Universidad Nacional de la Plata, Argentina.

Klein, N. (2011). *La doctrina del Shock.* Buenos Aires: Paidós

Matus, T. (1999). *Propuestas Contemporáneas del Trabajo Social: Hacia una Intervención Polifónica.* Buenos Aires: Ed. Espacio.

---------- (2017). Una crítica travestida para enfrentar al capital. En P. Vidal (Comp.), *Las caras del trabajo social en el mundo. Per(e)sistencias bajo el capitalismo tardío* (pp. 95-118). Santiago de Chile: Ril Editores.

Muñoz, G. y Hernández, N. (2016). Articulación investigación e intervención en TrabajoSocial. *Foro Latinoamericano de Trabajo Social.* La Plata: Ed. Espacio.

Muñoz, G. (2014). Intervención social y la construcción epistemológica de la ciudadanía en Chile. *Trabajo Social Global*, 4(7), 36-57.

---------- (2017). *Fondecyt Iniciación 11160538 «Intervención interprofesional en los programas pro-integralidad.* Santiago de Chile: CONICYT/FONDECYT.

---------- (2019). Social exclusion, neoliberalism and resistance: The role of social workers in implementing social policies in Chile. *Journal Critical Social Policy,* 39(1), 127-146.

Muñoz, G., Hernández, N., y Véliz, C. (2015). *Articulación Investigación e intervención enTrabajo Social. Proyecto de Investigación.* Universidad Alberto Hurtado, Trabajo Social. Santiago: UAH.

Monterroza, Á. (2011). Artefactos técnicos: ¿Cuál es el enfoque más adecuado? *Estudios de Filosofía,* (44), 169-192.

Nabiola, J. (1984). Hablando de Artefactos. Granada: XX Reuniones Filosóficas de la Universidad de Granada.

Paz Rueda, A. L. y Unás Camelo, V. (2008). Fisuras en los discursos de la intervención social contemporánea. *Revista CS*, (1), 217-237. https://doi.org/10.18046/recs.i1.407

CAPÍTULO 7
Desterritorialización e intervención social cartográfica: otros saberes, otra institucionalidad… ¿y entonces, la Universidad?[1]

Borja Castro Serrano[2]
Cristián Ceruti Mahn[3]
Cristian Fernández Ramírez[4]

El problema: premisas iniciales

El presente capítulo piensa críticamente la idea de *intervención social* y su disposición/construcción/circulación de *saberes* bajo un régimen político-económico y cierto *tejido institucional* que la hace

1. Este trabajo se enmarca en el proyecto CONICYT/FONDECYT de Iniciación nº11150317, "Pensar el deseo y la institución con G. Deleuze y E. Lévinas. Lecturas del otro, lo social y lo político" (2015-2018). Además, se agradece al programa CONICYT-PFCHA/Doctorado Nacional/2017-21171317.
2. Académico e investigador carrera de Trabajo Social, Facultad de Educación y Ciencias Sociales, Universidad Andrés Bello. Psicólogo, Universidad Diego Portales, Chile. Magíster en Filosofía, Universidad de Chile, Chile. Doctor en Filosofía, Universidad De Murcia, España. *francisco.castro@unab.cl*
3. Profesor carrera de Trabajo Social, de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Andrés Bello. Médico Veterinario, Universidad Mayor, Chile. Master en Desarrollo Regional, Universidad de Queensland, Australia. Candidato a doctor en Estudios Interdisciplinares sobre Pensamiento, Cultura y Sociedad, Universidad de Valparaíso, Chile.
4. Profesor carrera de Trabajo Social, de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Andrés Bello. Licenciado en Filosofía, Universidad de Chile (Chile). Magíster en Filosofía, Universidad de Chile (Chile).

emerger. Desde ahí hay un intento por desterritorializarla y develar un campo de resistencia como invención política cartográfica que pueda trastocar la distribución y la asignación de deseos, lugares, territorios y modos históricos que conviven en esta articulación entre intervención social y saber. Lo anterior requiere de otro tejido institucional para ser pensado, por lo que abordaremos este trabajo en un proceso oscilante entre los elementos criticados y los conceptos propuestos, para así llegar a encarnar y cristalizar una noción de *Universidad* fisurada cuyas grietas sean abiertas por, y devengan en, otras posibilidades para la formación en la intervención social. Dicho lo anterior, nos adentramos a un estudio exploratorio que tiene por objetivo desentrañar un campo político-institucional donde se haga posible desterritorializar la intervención social y sus propósitos, siendo así ineludible abordar la construcción y circulación de saberes dispuestos ahí, decantando esto en ciertos análisis, reflexiones y cuestionamientos sobre la relación entre cierto tejido institucional y la noción de Universidad.

En esta problematización indagaremos ciertos puntos de encuentro en base a tres planos o vectores fundamentales que se entrecruzan, demarcando el itineario del escrito. El *primero* instala una reflexión contemporánea respecto al funcionamiento del capital en la esfera social y política que permite críticamente situar el capitalismo (axiomático) salvaje de hoy, redundando en una cierta institucionalidad que opera actualmente en un contexto democrático que requiere ser revisado cuando pensamos el conocimiento, el saber y los modos de intervenir. Es lo que Deleuze y Guattari (2002: 465) diagnosticaron como la "situación actual", develando un escenario tensionado entre *flexibilidad* y *captura*, en donde la dinámica de la axiomática del capital determina y emprende ciertas operaciones en las que se subsumen relaciones e invenciones sociales, que co-ocurren con otras que resisten a tal lógica. Este punto debe entenderse bajo las coordenadas de ciertas políticas estructurales e institucionales con un anclaje territorial y focos

de experiencia subjetiva que emergen desde el neoliberalismo y que se engarzan a diversas condiciones político-institucionales.

Desde aquí, en un *segundo* plano y central, entraremos en una reflexión sobre la soberanía de los saberes y el contexto en que la intervención social emerge tensionando el cómo tributa (o no) a la construcción de alternativas para pensar lo social en este contexto del capitalismo axiomático. Hacemos alusión, para ello, a lo que ha posibilitado la construcción de los universalismos y sus reverberancias pasadas y presentes en nuestros territorios[5] en cuanto latinoamericanos, abriendo un trazado a los modos convencionales de pensar e intervenir en lo social desde otras vías, perfilando la que ya denominamos: una *intervención social cartográfica*[6]. Visualizamos que esta requiere, al mismo tiempo, pensarse bajo otro tejido institucional. Por ello, al final, cristalizaremos un *tercer* vector casuístico: la noción de Universidad, sus modos de formación y enseñanza en la producción, reproducción y generación de conocimiento a los agentes que intervienen en lo social.

De fondo, este segundo y tercer plano tensionan las formas de sociabilización, transmisión y producción del conocimiento inscritas bajo la noción de intervención social que van institucionalizando de cierta manera los saberes, lo que hace imperar una suerte de *racionalidad*

5. Aludimos a la noción de territorio tanto desde una perspectiva areolar, en cuanto espacio físico, como desde la construcción de subjetividades, en las que se perpetúan formas de relación y de pensar a partir de momentos "pasados".

6. A partir de una lógica de cartografía acuñamos la noción de *intervención social cartográfica* oponiéndose a una de carácter universal, homogénea y referida a la *experticia* de saberes por parte de quien interviene. Este punto es tratado en este apartado del itinerario, interpelando a la intervención social como un saber replicable y aplicable a ciertos grupos sociales de modo mecánico y técnico (Castro-Serrano & Gutiérrez, 2017). A su vez, este mismo gesto devela una racionalidad detrás de la intervención criticada respecto a su construcción de saber, permitiendo al mismo tiempo, cuestionar la misma institución-universidad, pues de aquí surge la idea de que el conocimiento está en aquella institucionalidad que permite formar a interventores y comprender la intervención social (Castro-Serrano & Arellano-Escudero, 2017; Castro-Serrano & Flotts, 2018).

a la base incuestionable (articulada con la llamada "situación actual" neoliberal que ya mencionamos). Creemos que este modo de pensar la intervención social y su producción de saber se articula con la noción actual que impera de universidad, cuando vincula investigación y enseñanza reforzando y centrándose en la división del trabajo, entendida exclusivamente en la experticia de la formación profesional (Han, 2018), limitando otros modos posibles de aproximación a un espacio de construcción colectiva de los saberes, los conocimientos y las acciones. Otros modos de intervenir, al estilo de una *intervención social cartográfica*, tensionan esta racionalidad imperante instalando otro modo de pensar la intervención y el tejido institucional que la sostiene, pudiendo así cuestionar, o bien, reflexionar encarnadamente la noción misma de Universidad.

Concluimos que, bajo la articulación de estos tres vectores, la narrativa y el devenir de la institución universitaria hoy en día se ven fuertemente interpeladas en sus prácticas de distribución, transmisión y producción de conocimientos, en cuanto se muestran sometidas a una cierta impronta hegemónica que privilegia los intereses económicos y una política funcional a esta misma lógica, impactando en las formas de organización de la propia intervención social y su saber. Al mostrar un modo distinto de intervención social y su modo de conocer y hacer circular saberes, se impacta la propia institución universitaria bajo un horizonte polisémico y complejo, permitiéndole a esta ser responsable y estar atenta a los cambios sociales, políticos y económicos tanto a nivel local como global, y a la emergencia de nuevas subjetividades (singulares y colectivas) territorialmente imbricadas e impulsadas por las necesidades y deseos de transformación social.

El capital y sus (re)territorialidades neoliberales para la intervención social: captura institucional y sus posibilidades de resistencia y desterritorialización

Es necesaria una re-lectura de la dinámica del capitalismo actual para dar cuenta, en términos generales, de la complejidad de operaciones y relaciones que se juegan en el terreno sociopolítico contemporáneo, que involucran las lógicas del neoliberalismo –entendido no simplemente como una teoría económica– y sus implicancias para las relaciones y transformaciones entre el conocimiento, lo social y la política.

El neoliberalismo lo pensamos, junto a autores de la talla de Deleuze, Guattari, Harvey, Gago, entre otros, como una racionalidad que articula la comprensión del discurso neoliberal no sólo desde la modificación y reconfiguración del régimen y patrón de acumulación global[7] (sobre las diferentes estrategias y mutaciones que involucran instituciones, Estados y naciones), sino también como la puesta en juego y producción de modos de vida que territorializan la cotidianidad. Es un modo de poder, de dominación y desposesión que permite la proliferación de modos de vida que inscriben y reorganizan nuevas racionalidades y nuevas afecciones de lo común y colectivo: nuevas formas de vivir el vínculo con los otros, el consumo, la producción de conocimientos (Gago, 2014). Por lo mismo nos parece relevante, para desmontar la noción y discurso del neoliberalismo como simple régimen de políticas estructurales, "analizar el tipo de ensamblaje productivo y multiescalar que implica el neoliberalismo actual como modo de gobierno y de producción de realidad que también desborda ese gobierno" (Gago, 2014: 16).

---

7. Entendemos la lógica de la *acumulación por desposesión* como un proceso de ajustes productivos espacio-temporales en relación a las crisis y contradicciones de la (sobre) acumulación capitalista, articulados a como el capital se apropia del valor presente en el tejido de la vida cotidiana posibilitando el desarrollo, el sostenimiento y la continuidad del sistema capitalista (Harvey, 2005).

Es pertinente considerar los aportes realizados por Deleuze y Guattari, a partir de una perspectiva inmanente, sobre las dinámicas de *axiomatización del capital* en el contexto del capitalismo contemporáneo, o bien del neoliberalismo. Esta perspectiva filosófica depende de una lógica interna de los procesos, "(…) lo que es interior o inherente a una cosa" (Antonelli, 2012: 57); cuestión que es desplazada por los franceses hacia los análisis del capitalismo, permitiéndonos reconsiderar las contradicciones y resistencias que se gestan en los diversos conflictos que recorren los territorios, las subjetividades que componen los modos de habitar y de hacer en el campo social. Esto está matizado en Gago cuando establece que "para pensar en la actualidad neoliberal hay que poner en el centro su capacidad de mutación, su dinámica de variaciones permanentes, poniendo el eje en las *variaciones de sentido*, en los ritmos recursivos, no lineales de tiempo, como trastrocamientos impulsados por las luchas sociales" (Gago, 2014: 12). El acento está dado en vislumbrar la posibilidad de construir otras relaciones e imbricaciones sociales bajo nuevas condiciones y *potenciales*[8] de articulación, siendo necesario estipularlas para dar cuenta de la posibilidad de que una renovada noción de institución e intervención social pueda surgir en función de una política de alianza entre agentes colectivos. Pero para ello, es relevante mostrar este trabajo crítico que se ha desplegado desde el análisis de la dinámica axiomática del capital, poniendo "de relieve justamente esta tensión entre una flexibilidad y versatilidad de captura y explotación por parte del capital y, al mismo tiempo, la necesidad de distinguir las operaciones mediante las cuales esa máquina de

8. El término "potenciales" aquí utilizado no tiene que ver con las capacidades de los entes o existentes a los cuales se remite (*potestas*), sino más bien se asocia a una noción cercana a la idea de variación continua, de estabilidad precaria y provisional y, por tanto, de una consistencia heterogénea y múltiple. En este sentido, seguimos a Deleuze respecto a la noción de *potencia* en su *Spinoza y el problema de la expresión*: "(…) toda potencia es inseparable de un poder de ser afectado y este poder de ser afectado se encuentra constante y necesariamente colmado por las afecciones que lo efectúan" (Deleuze, 1996: 119).

captura subsume relaciones sociales e invenciones que también resisten y desbordan el diagrama de captura/explotación" (Gago, 2014: 16).

Axiomática: lógica de apropiación y reorganización del capitalismo actual

El concepto de axiomática nos sirve para concebir que no es únicamente la especificidad de la relación social capitalista lo más relevante, sino la forma singular que el capital confiere a las "relaciones sociales" a partir de un proceso que vincula y constituye conjuntos económicos-subjetivos-estéticos-institucionales. El capitalismo se concibe, entonces, como una máquina social que incluye un aparato de control y captura tanto económico, jurídico y político como subjetivo, semiótico y tecnocrático, constituidos como dispositivos de producción y poder. Asimismo, el actual sistema capitalista se enmarca a partir de una configuración que entrelaza flexibilidad y captura, inscrita en las tensiones que atraviesan los Estado-naciones contemporáneos. Flexibilidad y captura se nos presentan como categorías de análisis que nos indican algunos de los mecanismos de regulación de los conflictos sociales y su participación en la reproducción de las desigualdades económicas, culturales, sexuales y raciales que sostiene el capitalismo. Este punto, sin duda, atraviesa parte de los debates, cuestionamientos y transformaciones sobre los diversos Estados democráticos contemporáneos –y sobre la noción misma de democracia–, y perfila cómo estos se vinculan a la emergencia de diferentes (o nuevos) territorios, sujetos y prácticas existenciales y políticas[9].

---

9. La emergencia de diferentes territorios, sujetos y prácticas existenciales y políticas pueden considerarse bajo el orden del acontecimiento y, por ende, de lo nuevo. Cabe aclarar que lo *nuevo*, para efectos de este escrito, se inscribe en términos de una coexistencia viviente que se expresa en una multitud de ritmos distintos y que deviene en temporalidades diferentes en el curso de la experiencia; siendo esta una realidad variable

Así las cosas, la problemática de la axiomatización se perfila en el terreno político desde una "lógica de apropiación" de los flujos y las potencias del campo social. La axiomática capitalista y el aparato de Estado designan regímenes específicos respecto a la repartición de lo sensible y del poder, cuestión que lleva a cabo la producción de múltiples mecanismos sociales de subjetivación y de organización de la vida sensible, operando en múltiples complejos políticos y sociales[10]. "Axiomática" y "captura" deben leerse como elementos correlativos, que no se excluyen mutuamente, sino que, a partir de su funcionamiento, se nos presentan en nuevas formas de poder que convergen

---

engarzada a voces y silencios que la recorren. Lo nuevo, en términos de temporalidad, desborda la imagen de un tiempo irreversible de regularidades lineales que pertenece a un tiempo que pasa y deja *algo* atrás. En su posibilidad de acontecer y dado su carácter potencial, se muestra una caracterización indeterminada, tanto en un tiempo porvenir como en un tiempo recobrado, en donde prácticas, subjetividades y experiencias anteriores tienen la posibilidad de emerger y ser vistas como coexistentes con aquellas cuya potencialidad aún no las hacen devenir como actualidad.

10. En la heterogeneidad de los Estados, como modelos de realización de la axiomática capitalista, se identifican por la noción de captura. Estos configuran la generación de dispositivos jurídicos-económicos, identitarios, simbólicos de control y formas de reterritorialización compensatoria y relativa al capital que trazan la asignación y división de las partes que constituyen el campo social bajo múltiples mecanismos sociales de subjetivación, individuación, distribución y organización. La captura opera en múltiples complejos políticos y sociales construyendo, por ejemplo, instituciones y valores. "La axiomática del capital que sólo se ocupa de flujos abstractos, decodificados, y que organiza únicamente funciones y relaciones entre flujos no calificados, no conoce ni nombre, ni mujer, ni sexo, ni género, ni cuerpo, ni raza, ni color de piel, ni nacionalidad, etc. En esos flujos de dinero desterritorializados no hay ni sujetos, ni objetos, ni individuos, ni colectivos, ni profesiones, ni oficios. Al mismo tiempo, para realizarse en concreto, aquella axiomática debe necesariamente producir y reproducir las mismas 'calificaciones' que el dinero, el gran igualador, suprime, organizándolas en divisiones y jerarquías no sólo de clases sino raciales, sexuales y sociales" (Lazzarato, 2015: 157-158). Cabe preguntarse, entonces, por las instancias de *desterritorialización* que deshacen uno por uno los territorios compensatorios y las instituciones que funcionan como reterritorializaciones relativas a la axiomática -en muchas ocasiones autoritarias- del capital.

en las dinámicas del capitalismo mundial, atravesadas por vectores de desterritorialización y reterritorialización permanentes, integrando a su funcionamiento diversos segmentos del campo social. Por ende, la axiomática no sólo domina las composiciones y relaciones sociales, sino que cambia el significado de estas relaciones bajo el heterogéneo dispositivo de la captura que homogeneiza los modos de producción, los modos de circulación, de distribución y de control social (Patton, 2013). Desde estos análisis se visualizan herramientas conceptuales interesantes para examinar tanto la variabilidad de las estructuras políticas, que atraviesan tanto los marcos nacionales y sus aparatos estatales –en tanto cierto tejido institucional–, como las formas de flexibilización y movilidad exigidas por la actual economía neoliberal en el contexto chileno y latinoamericano. Lo anterior impacta la intervención social y deriva en la tensión de los procesos de subjetivación de todos sus agentes participantes.

En este sentido, siguiendo a Villalobos-Ruminott (2018), el lograr desencriptar y así establecer una *cartografía* de una intervención social contemporánea y su institucionalidad, debe responder y apuntar metodológicamente a un cambio cualitativo en la comprensión de la facticidad y condición de posibilidad de un pensamiento crítico que desborde las categorías de comprensión moderna de los términos citados. En este sentido, tanto institución como intervención social pueden tensionarse bajo un nuevo tipo de andamiaje que posibilite la formulación de otras propuestas, receptivas para dar sustento social y político a otros modos de vida. Y estas posibilidades emergen en la medida en que se abre la brecha desde donde se hace posible pensar las existencias como un punto ciego de la axiomática que dan lugar a la emergencia de distintas formas de creatividad social, de imaginación de la vida colectiva y de reapropiación de las potencias del deseo expresando otras formas de liberación y resistencia (Villalobos-Ruminott, 2013). Por esto nos preguntamos sobre la *racionalidad* que ha imperado en

el tejido institucional actual y los modos de intervención social a los cuales se puede relacionar, tanto en su acción como en los modos en que circula el saber y el conocimiento en toda intervención. La relación entre conocimiento, política e institución democrática sigue resonando.

Apertura de lo común: democracia, institución y la intervención social en el marco universitario

La flexibilidad y la captura, ya mencionadas, se posicionan bajo una cierta lógica de apropiación de potencias o flujos que se redistribuyen –en un reparto y división concretos– bajo formas, posicionamientos y grados de sentir, pensar, creer, desear, imaginar o producir. Esta lógica de apropiación debe ser pensada en términos diferentes a los de una simple subordinación y represión; en este último sentido la captura bajo la axiomática supone una lógica relacional inmanente en la constitución del campo social, donde propone elementos y relaciones puramente funcionales cuya naturaleza no está especificada, mientras supone un ejercicio permanente de readecuación y transformación que se complementan en el aparato estatal. Así, su plasticidad es capaz de llevar a cabo operaciones y funciones en dominios muy diversos: "La máquina capitalista lleva adelante desde el comienzo, y a escala mundial, un proceso de destrucción de las antiguas modalidades de producción de las subjetividades (tradicionales, corporativas, tribales, comunitarias, etc.) para ponerlas 'a disposición' de la explotación. Esos flujos de subjetividades 'libres' […] deben ser 'formateados' por las instituciones estatales (escuela, cuartel, hospital, seguridad social) que asignan a los sujetos individuales un sexo, una raza, una nacionalidad, una subjetividad, funcionales a la división social del trabajo" (Lazzarato, 2015: 159).

Este escenario nos convoca a considerar críticamente esta racionalidad que opera en el campo social y debiese alertarnos frente a la

axiomática y sus efectos como máquina social de control y captura, pues creemos que en la operación de conjunción de flujos materiales, sociales e inventivos se constituyen modalidades y fuerzas sociales de vida que se resisten a la axiomática (Patton, 2013). Lo anterior nos hace volver y replantearnos la cuestión de la democracia y la institución en tanto se configura transitando nuevas relaciones de composición y de producción del campo social conjuntamente a esta dinámica de la axiomática y la captura. ¿Cómo puede ser esta paradoja? ¿Sería posible otro modo de pensar la democracia y sus instituciones en esta lógica de la axiomática? La relación entre la axiomática, los Estados y sus democracias es clave de analizar para repensar las lógicas de producción de conocimiento y circulación del saber actual, cuestión que impacta en las formas de intervención social y sus vinculaciones institucionales.

Por lo mismo, para este estudio creemos necesario constituir una nueva lectura de la creación y dinámica institucional, dejando afuera la exclusiva perspectiva de una naturaleza asociativa-coercitiva que cristaliza las relaciones sociales. Más bien se busca presentar modos de existencia de una institución que se pueda ver afectada por formas de vida inventivas y creativas que no se reducen a una dominación unilateral. La complejización y problematización de la institución nos lleva a otros horizontes de comprensión de lo social que nos muestran su potencia social conjuntiva y productiva, desplazando de su definición ciertas prácticas puramente administrativas, normativas o de control de las existencias. Desde aquí es posible pensar una otra concepción de la institución en la medida en que la asociamos a las *potencias* que permiten su emergencia, dejando al descubierto vías posibles de resistencia y transgresión para una nueva idea de responsabilidad. Es bajo esta otra caracterización de lo social y lo político que emergen nuevas *cartografías* como herramientas de conocimiento crítico que apelan a otras lógicas del conocer y de la intervención social engarzadas a diferentes nociones institucionales y de democracia –tal como el devenir-democrático de

Patton (2008), o bien, la democracia insurgente de Abensour (2012).

De este modo, la *cartografía* se presenta ante todo como una práctica de transformación social y política, y no meramente como esquemas de representación de lo dado. En su modo de proceder nos sirve para mostrar un nuevo campo problemático, sus variaciones y potencialidades que surgen tanto para el pensamiento, el devenir social, sus modalidades políticas e institucionales como para el mundo de la intervención social. Permite leer, desde un novedoso marco crítico, la materialización de algunos de los nuevos (o antiguos) espacios y prácticas tanto colectivas como intersubjetivas que dan cuenta del devenir político y social: ahí radica su potencial para una resignificación de la cuestión democrática. Bajo este marco crítico que interpela al capitalismo axiomático y su racionalidad neoliberal, ponemos en tensión la cuestión de la institución, del Estado y la democracia, instalando ciertas preguntas que se desentrañan a lo largo del escrito: ¿será posible repensar la intervención social bajo otra aproximación al conocimiento y bajo otra institución? ¿Será posible reflotar otras formas de invención del saber para una nueva sensibilidad que afecte a la institución universitaria?

En un sobrevuelo, se hace necesario decir que nuestra apuesta va en la línea en que conocimiento, intervención social e institución democrática se encuentran en lo sugerido por Tatián (2018a): la *Universidad heterogénea*. Esta, una universidad desterritorializada, busca mostrarse afectada y sensible a una pluralidad intelectual, estética y social en tanto se interroga acerca del modo y la posibilidad de un pensamiento y un poder instituyente orientado a una reinvención. Así, las formas de producción, circulación y distribución del conocimiento influyen tanto en los modos de intervenir lo social como en la institución que sostiene esta intervención, y deben ir de la mano de un devenir desterritorializante –es decir, un habitar siempre tensionado por la posibilidad de dislocación. Nos interesa mostrar una potencia productiva que no se define en sus lenguajes, saberes y experiencias solo por un

cuantitativismo autorreferencial que se resuelve en la simple ecuación costo/beneficio, sino siempre asociada a "una capacidad de abrir la experiencia que atiende lo no sabido", lo que introduce una sensibilidad de los *acontecimientos* desconocidos manteniendo siempre en apertura la "cuestión de la democracia" (Tatián, 2018a: 30), reivindicando así un *común* que se sostiene por las fuerzas de acontecimientos que hacen emerger multiplicidad y diferencias respecto al conocer.

La intervención social y sus campos de saberes: producción de conocimientos, otras cartografías y necesidad de otro tejido institucional

Si establecemos que la intervención social dispone de un saber para poner en juego sus fundamentos y acciones, aquello nos remite a la cuestión del conocimiento; pero no solo cómo se produce, sino también cómo se *piensa* (o bien, desde la razón práctica kantiana: cómo se piensa determinada producción). De entrada, establecemos que una mirada tradicional respecto al conocimiento se basa en el propio sujeto que conoce y de este modo se ha ido constituyendo la historia. Esto, en el plano cognitivo, se sostiene en que todo conocer estaría basado en la representación de un sujeto y así todo "conocimiento histórico" se basa en el "orden de la visión (teoría, *theoreien*, es ver)" (Mate, 2018: 15). Esto nos interpela hacia lo moral y lo político, preguntándonos: ¿qué significa *pensar* y qué consecuencias existen al instalar un pensamiento de este modo?

Siguiendo a Mate, establecemos que existe la posibilidad de comprender otro modo de pensar en tanto el pensamiento nos interpela y no es producto de una facultad del sujeto. Sería el conocimiento "de la memoria, [que] funciona por asalto, como si el sujeto fuera sorprendido por algo que se le revela, que se le hace presente, incluso a pesar suyo" (Mate, 2018: 15). Lo anterior construye un otro territorio del

pensamiento a partir de ciertas filosofías que nos interpelan a decir que el pensamiento se desarrolla a partir de algo que nos fuerza a pensar (Gutiérrez & Castro-Serrano, 2018), comprendiendo un pensar como *construcción de conceptos* que, sin quedar atrapado en estos últimos, puede desmontar la noción de intervención social y su aproximación al conocimiento[11]. ¿Qué tipo de intervención social estamos creando? ¿Cómo sería aquella que se piense desde una *cartografía* de conceptos creados como gesto contra la captura de la representación, pero también del propio capitalismo axiomático que establecimos críticamente en su marco institucional? Pretendemos, primero, establecer el piso crítico a cierta manera tradicional (o *dogmática* en palabras deleuzeanas) de pensar y conocer, para luego instalar otro modo de hacerlo refrescando la idea de intervención social. Esta, bajo la idea de una intervención social cartográfica que instala un nuevo tipo de pensamiento (Castro-Serrano & Arellano-Escudero, 2017; Deleuze, 1975), sería una que se resiste a la era actual desmontando de paso la *racionalidad* develada en este pensamiento dogmático (tanto en lo social como en lo institucional). Finalmente, recorremos este camino de la intervención social y su saber desde la propuesta de otro entramado de lo institucional.

Pensamiento, racionalidad y homogeneidad

Desmadejar la reflexión sobre el cómo se piensa y, por tanto, sobre el cómo se construye el conocimiento a partir del que se articulan las acciones y conceptos que se ponen en juego en la intervención social, debe ir aparejada de la reflexión sobre *quién* piensa. Refiriendo a

11. Es interesante puntualizar que esta misma tensión del conocimiento como visión o escucha es tratado por Derrida en su conferencia "Las pupilas de la Universidad" (1997: 118-120), cuando expone sobre el tema de la Universidad. Sostendremos que la producción de conocimientos, los saberes y la intervención social pueden verse interpelados por una reflexión acerca de la universidad.

ello, Nietzsche nos cuenta una fábula al iniciar su escrito *Acerca de la verdad y la mentira en sentido extramoral* (1988/2018: 19), en la que comienza diciendo:

> En algún rincón apartado del universo titilante que se derrama en innumerables sistemas solares, hubo una vez un astro en el que animales inteligentes inventaron el conocimiento. Fue el minuto más arrogante y más solapado de la "historia universal…"

La arrogancia y solapamiento nos llevan a mirar el cómo, por una parte, hay *una* historia a partir de la cual este conocimiento fue enaltecido haciendo referencia a sí mismo, desde una voluntad propia y auto adjudicada. Y para ello, hubo, en segundo término, que encubrir y esconder otras formas de conocer. Solo así una forma de conocimiento puede considerarse superior y adjudicársele el carácter de pensante a aquel o aquella que lo ejercita en esos deslindes. Este arrogarse y solapar del momento de *invención* del conocimiento está imbricado con la noción de la "historia universal" que Nietzsche escribe entre comillas, siendo ese universalismo origen y consecuencia de esa arrogancia y solapamiento.

Siguiendo a Dussel, el arrogarse una cualidad universal ha sido posible desde el inicio de la historia moderna con la llegada de los colonizadores al AbyaYala[12], momento a partir del cual no existe un "des-cubrimiento" del Otro, sino su "en-cubrimiento", el solapamiento del Otro a partir de cubrirlo por la mismicidad europea (Dussel, 1994: 8). Entonces, arrogarse un universalismo es posible solamente a partir de *solaparlo* en términos nietzscheanos, de *encubrirlo* en palabras de Dussel o, como refiere Santos (2013: 24): a partir de la producción de

12. Nombre asignado al continente americano por algunos de los pueblos que se encontraban en los territorios actualmente comprendidos por Panamá y Colombia previo a la llegada de los españoles (Dussel, 1994).

ausencias, de aquello que "activamente es producido como no existente". En ese sentido, se hace énfasis en que la generación de ausencias no es en absoluto un olvido, sino un propósito que remite a la construcción activa de un otro como no existente; "(…) no existencia [que] es producida siempre que una cierta entidad es descalificada o considerada invisible, no inteligible o desechable" (Santos, 2013: 24).

Al situar nuestro pensar y quehacer desde América Latina, es posible enfatizar que esta producción de ausencias ha sido posible a partir de la historia de la relación saber-poder que intermedia la construcción del conocimiento universal y lo hace posible. El sostén de ese conocimiento universal, basado en la propuesta cartesiana sobre el "yo pienso, luego existo", sólo fue posible en la medida que fue precedido por un siglo y medio de "yo conquisto, luego existo" descrito por Dussel. Ese *Yo* del conquistador que, como "primer hombre moderno activo" (Dussel, 1994: 40), niega al otro, niega su dignidad y lo encubre de su mismicidad. Esta como *ego conquiro* se expande desde la conquista desde fines del siglo XV. Y decimos que se expande pues, siguiendo a Grosfoguel, este *ego conquiro* que se sitúa como ente universal con un saber supremo no surge con la llegada de los españoles a América, sino a partir de eventos históricos que, imbricados, nos permiten comprender la construcción de este lugar: habiendo existido la conquista de unos pueblos a otros desde antaño, no hubo anteriormente al siglo XV quienes, luego de la conquista, se arrogaran el carácter de ser universal y por tanto, algo más hubo que intermedió la relación del Yo conquistador dusseleano con el Yo pensador cartesiano. Ese intermediador, según Grosfoguel es el yo extermino (*ego extermino*), el cual es descrito por el autor como una "condición socio-histórica estructural" que, a partir de dos siglos de genocidio del otro[13] (Grosfoguel, 2013: 39) desplaza y aniquila física-

13. Entre 1450 y 1650, y podemos decir que son genocidios interdependientes de los musulmanes y judíos de la península ibérica, de los pueblos originarios del nuevo continente, de los africanos esclavizados y de las mujeres indoeuropeas.

mente, pero a su vez, esconde y ausenta cualquier otra forma existente de conocer el mundo. Así, estos genocidios producen un des-conocer, siendo entonces considerados epistemicidios (Santos, 2013).

Estos genocidios/epistemicidios (Grosfoguel, 2013), constituyen la base para el racismo[14]. Un racismo que nada tenía –ni aún tiene– que ver con el color de piel, sino con el hecho de que, para los conquistadores, los des/encubridores que "solo ven lo que ellos mismos poseen" (Santos-Herceg, 2010: 152); los conquistados no tenían alma, cualidad que constituía a un humano como tal en aquel momento (Grosfoguel, 2012). La conquista relega entonces al otro al espacio del "no ser", como diría Fanon; al lugar de la ausencia según Santos; y le otorga al europeo conquistador un lugar diferente: ya habiendo conquistado/exterminado al no católico, al no europeo (*indios* y africanos), a la mujer de *otro* saber, a la naturaleza en la totalidad de los lugares en que se apersonó, el europeo provinciano[15] logra un lugar superior, adelantado, humano, un espacio del lugar del ser, del ser universal. Dice Fanon (1965: 16): "(…) se encontraba en el género humano una abstracta formulación de universalidad que servía para encubrir prácticas más realistas: había, del otro lado del mar, una raza de subhombres que, gracias a nosotros, en mil años quizás, alcanzarían nuestra condición", pues a partir de la universalidad arrogada a partir del encubrimiento del otro se formula también en ese otro la expectativa de futuro, de *un* futuro en el que quizás se logre la condición de *universal* –civilizado, adelantado, desarrollado–, en que se alcance la condición de humano, *almado.*

Así, nos preguntamos, ¿qué implicancias tiene esto para la intervención social cuando este relato, que parece lejano en tiempo y espacio,

14. Racismo proveniente de un protoracismo asociado al trato dado a los musulmanes y judíos convertidos al catolicismo, y que luego se consolidaría en los racismos biologicistas del siglo XVIII (Grosfoguel, 2012).

15. Europeo de cinco países donde se consolida el pensamiento moderno, esto es Inglaterra, Francia, Alemania, Estados Unidos e Italia (Grosfoguel, 2013).

ha relegado a algunos a un espacio del no-ser que los constituye como sujeto de la intervención social, a la vez que la institucionalidad que se ha materializado para que ellos/ellas puedan ser, a través de la intervención, captura también *ese* futuro y subjetiva a los agentes que intervienen? ¿Qué implicancias tiene esto para la intervención social cuando al validar ciertas categorías conceptuales nos impiden ver al Otro o, aun viéndolo, nos dificultan comprender las necesidades y solicitudes que desde este provengan? Estos son elementos que nos fuerzan a pensar.

Pensamiento, intervención social y saberes: una propuesta de invención cartográfica

Gianinna Muñoz nos convoca a volver la mirada hacia la intervención social, a revisitar los enfoques que la sustentan y los lugares de enunciación desde los cuales se mira y hace, para permitirnos "fundar modos de pensar y hacer 'otros', reinterpretando el pasado y abriendo nuevas/refundando viejas rutas para hoy y para el mañana" (Muñoz, 2017: 7).

El mismo gesto es el que hace Nietzsche cuando provoca a un *pensamiento extramoral*, que se separe del hábito a partir del cual se han materializado los conceptos mediante su uso histórico, que parecen ser verdad; verdad de lugares que cada quien ocupa; verdad de *un* futuro por alcanzar. Una verdad que no se pretende a sí misma, sino que solamente pretende no dañarnos y conseguir la paz, una paz institucionalizada, universalizada, que devela a diario las contradicciones propias de la axiomatización –como ha ocurrido con las reivindicaciones de la nación Mapuche, las demandas de los colectivos feministas o las luchas de campesinos y movimientos socioambientales–, y que se perpetúa a través del engaño: lo que es útil para la "seguridad" pues pretende evitar el miedo racista que nos produce el Otro (hoy el inmigrante, el terrorista)

en un reforzamiento de los ideales del Estado-nación, de la identidad cultural y del proteccionismo económico en el sistema-mundo[16]. Así, tal como señala Latour, la paz no es posible sin una previa declaración de guerra, una declaración contra los fundamentalismos asociados a la racionalidad universalista, a sus formas de conocer e intervenir, y cuyo plan ya no es posible, pues "era un plan de guerra disfrazado de un plan de paz, y ya nadie engaña a aquellos contra quienes se dirigía" (Latour, 2014: 56).

Revisitar la intervención social requiere de mantener en tensión las maneras y cuantías en que esta participa de la forma de mantener la paz, para descentrarla de su hábito y acercarla a la resonancia de la radical reflexión nietzscheana: su llamado al "tiempo de pensar" (Jara en Nietzsche, 2018: 11). Ahora, ¿cómo pensar fuera de la ideología neoliberal y encontrar un punto ciego a la axiomática del capital para volver a mirar la intervención social? Como señala Mate (2018: 23), ya no se trata de seguir pensando la sociedad justa sin dejarse impresionar por las injusticias, pues "tras ese esfuerzo teórico habría que conseguir que la mísera realidad se ajustara al patrón que nos hemos inventado", lo que perpetuaría la manera de pensar que se ha arrastrado históricamente, en el "dominio de las abstracciones…", evitando que estas sean arrastradas por impresiones, por afectos, por intuiciones (Nietzsche, 2018: 25).

Pensar de otra manera la intervención social requiere de dos claves que, aunque mencionadas, nos parece relevante explicitar. La primera tiene relación con la posibilidad de la sociedad de "pensar su tiempo sin fosilizarse en conceptos" (Mate, 2018: 23), para lo cual sería necesario el gesto deleuzeano de considerar los afectos y perceptos que existen antes del pensar (Castro-Serrano & Arellano-Escudero, 2017; Deleuze, 2006); aquello desechado por el pensamiento racional universalista, pero que, como decíamos, lo produce. De este modo, es posible salirnos

16. Parte de un retorno de lo colonial, según señala Santos (2013: 41).

de la idea que la *creación de conceptos* sucede como si estos estuvieran ahí afuera para ser aprehendidos, habría que entender ahora que su construcción es la materialización posible que ocurre en el "encuentro afectivo y violento con los elementos que se han puesto en juego para crear el concepto" (Castro-Serrano & Arellano-Escudero, 2017: 32)[17]. Propiciar el encuentro con aquello que permite pensar considerando los afectos y las intuiciones será posible si se asume la exigencia actual planteada por Mate (2018), de pensar a partir de la realidad, pues es en ella y con ella que aparece la segunda clave para este pensar: permitir que el deseo emerja en aquellos afectos e intuiciones estableciendo nuevas relaciones sociales y formas otras de concebir la intervención social. Una intervención social que considera al otro (integrando a aquellos relegados al espacio del no-ser) como pensante, a partir de sus saberes, sus necesidades y esperanzas sobre aquello que funda sus posibles futuros (Santos, 2006), nos abre a un devenir incalculable, plural, fuera de la axiomática del capital.

Un pensamiento que escape a "lo Uno, inmóvil e imperecedero" (Jara en Nietzsche, 2018: 11) implica superar el Yo como ser universal racional de quien dice conocer; implica ir más allá del sujeto aislado a las co-existencias que le permiten pensar; es superar el lugar de alguien en el espacio del ser que puede definir el porvenir. Por ello, como

17. Todo este párrafo es leído en clave deleuzeana, pues el filósofo lo que intenta es proponer un piso crítico para desmontar la representación y el "concepto" como lugar de encierro (dirigiendo sus balas a Kant), cuestión que le permite proponer un pensamiento del pliegue, o lo que él llamó: "nueva imagen del pensamiento". Lo anterior introduce otra noción de *concepto* que es posible de *crear*, de construir como territorio nuevo, pero del cual no se pueden desanclar cierto material no-filosófico como es lo afectivo y las cosas percibidas como tal por los sujetos (perceptos). El gesto crítico es el siguiente: no le interesa un concepto vacío que reponga "verdades", sino conceptos que se construyan para hacer emerger nuevos territorios y nuevos mapas (Deleuze 2006). Desde aquí es que podemos comenzar a pensar nuestra intervención social cartográfica descrita más adelante.

propone Santos, tomar distancia de las formas convencionales del pensar y pasar al pensar cartográfico al que hacemos mención, exige no pensar en alternativas, sino en "pensar lo impensado, o sea, asumir la sorpresa como acto constitutivo de la labor teórica", labor que tiene que ver menos con una teoría premonitoria sobre el futuro (teorías de vanguardia) y más con una construcción teórica que con-voca, como dice Muñoz. Por tanto, se construye con otros y otras como una teoría de retaguardia con quienes participan de la "transformación social y política…[siendo] más un trabajo de testigo implicado y menos de liderazgo clarividente" (Santos, 2013: 22). La distinción entre teoría y práctica se funden.

En base a esto creemos posible una *intervención social cartográfica,* pues implica un descalce, en tanto está "excediendo todo pensar dogmático como el de la Verdad y su método" (Castro-Serrano & Arellano-Escudero, 2017: 33), permitiendo tener memoria frente a las ausencias producidas por el pensar universalista, haciendo emerger a quienes y a aquello que se decía no pensaba, y descalzándose para entrar en contacto con aquello que desde siempre nos ha permitido pensar, crear. En un guiño kantiano, la emergencia de una "creación de conceptos" que no representan nada preestablecido, sino que tiene relación con objetos que *producimos* mediante acciones en concordancia con ciertos principios, se nos abre el devenir y la posibilidad de traer nuevos modos de pensar, de hacer y cartografiar (Patton, 2010: 139). Esta *intervención social cartográfica* tendría implicancias epistemológicas/metodológicas y políticas. A saber, lo primero implica un nuevo modo de conocer/hacer posibilitando una lógica de las multiplicidades que no permite pensar como un mero cálculo de verdad, ni tampoco como un simple "método" de inferencias sobre una identidad presupuesta. Es una "epistemología creadora" que refiere a lo que no tiene forma, a una dinámica que inventa y promueve nuevas formas (ya sean productivas, relacionales, afectivas, etc.), destacando el "proceso" de producción de

nuevas dinámicas sociales más que el fin en sí mismo. Y lo segundo, es una apuesta política en tanto resiste a una misma lógica de las inagotables dinámicas sociales. Es una resistencia de las subjetividades a los diversos sistemas de regulaciones, que abren una serie nueva de ritmos y escalas, para pensar justamente diferentes prácticas que se instituyen en la vida colectiva.

Dejamos aquí instalado un modo de intervenir lo social produciendo nuevos mapas que resistan a lo "objetivo" y a las representaciones que no pueden colmar ni agotar la realidad ante la intempestiva emergencia del deseo que instala lo Otro, cuestión que nos permitiría salir de la paradoja en que muchos estudiantes y profesionales de las ciencias sociales caemos: pretender transformar, pero muchas veces sin cambio. Por ello el pensar desde y con lo Otro nos permitiría construir intervenciones sociales cartográficas, abiertas a la incertidumbre, al deseo y a los devenires.

Por otra institución: intervención social e institucionalidad

Dicho todo lo anterior, y si existe una *racionalidad* que impera en el tejido institucional actual que sostiene un modo tradicional y predeterminado respecto a la intervención social y su saber, ¿cómo pensamos otro tejido institucional que nos permita salir de aquí para intervenir cartográficamente?[18]¿Qué implicancias tendrá esto

18. Para un análisis similar ver, por un lado: Castro-Serrano, B. & Ceruti-Mahn, C. (2019). "Por una ética deseante que desestabilice la política: hacia una nueva institución energética". En Pedro Moscoso y Antonia Viu (Eds.), *Lenguajes y Materialidades. Trayectoria Cruzadas*, Santiago de Chile: Ril Editores. Y por otro: Castro-Serrano, B. & Arellano-Escudero, N. (2019) "La tachadura del Sujeto en el Chile ultraliberal. Apuntes para un tejido institucional de una 'democracia insurgente'", *Revista Anthropos* (en prensa). Los dos trabajos analizan el tema de lo institucional para pensar la cuestión de la energía y de la democracia, respectivamente. Y el presente capítulo intenta pensar hacia la intervención social y su articulación con el saber y la producción de conocimiento, haciendo surgir la pregunta por lo que se cristaliza en la universidad.

para la institución universitaria que coloniza el modo de privilegiar cierto saber y cierto modo de intervenir socialmente?

Hasta acá hemos visualizado que cierta intelectualidad ha querido desmontar aquella racionalidad histórica que nos hace *pensar* de modo dogmático lo verdadero, las relaciones sociales, la aproximación al saber y el modo en que aquello cristaliza una cierta política; cuestión que no es inocua para nosotros. De hecho, esta es una racionalidad que ha imperado tanto en Europa, y se ha extendido con creces en Nuestra América como ya vimos. Muchos filósofos ya lo habían denunciado en Europa mientras que otros tantos pensadores lo hicieron en América. Está el intento crítico por desmontar esa racionalidad, la cual habría dado "a la luz el nacionalismo, la violencia y la guerra" (Mate, 2013: 13). Pero desmontar aquella racionalidad pasa por enfrentarla recuperando otros modos de acción desde un nuevo marco ético y político (cuestión abordada en acápites anteriores), para también desde aquí repensar todo el entramado democrático. La miseria, la pobreza, las desigualdades sociales y la precaria democracia que se vive tanto en Chile como en el mundo explicitan que "(…) no se trata de una situación natural irremediable; lo que descubrimos es una racionalidad" (Pilatowsky, 2007: 298).

Este gesto filosófico y político crítico es un sedimento que ha impactado en la reflexión sobre los procesos institucionales o, más bien, abre la posibilidad de pensar otro tejido institucional que no totalice ni inmovilice a la institución material y territorialmente. Sucintamente, el comprender la noción de institución ya no exclusivamente como mera violencia, soberanía, tiranía ni gubernamentalidad (como fue descrito anteriormente), nos lleva a pensarla como una posibilidad democrática insurreccional e inventiva; que siguiendo al filósofo político Miguel Abensour (2017) hace explícita la relación conflictiva entre democracia y Estado[19]. Así, instalar una institución

19. "(…) la democracia posee un sentido irreductible entendido como rechazo de la

otra, extravagante, que no se reduzca al Estado, requiere de un componente anárquico y de una acción política basada en una democracia insurgente (Abensour, 2012) que remueva y evidencie el latido del piso político de la institución, para descentrar al Estado y marcarle sus límites, y no al revés. Así, una otra aproximación democrática también abre un otro sentido para la institución democrática de lo social, requiriendo otro modo de pensar la cuestión institucional, materializándose en instituciones que estén aportando más allá de la coerción y la pura limitación violenta.

La relación entre una democracia insurgente y la institución es posible de pensarse solo en cuanto exista un *criterio de no-dominación*, lo que establece un no antagonismo entre democracia e institución, y aquí Abensour piensa con Saint-Just, Marx y Deleuze (Abensour, 2012). Lo que reivindicamos es la posibilidad de crear un tejido institucional de base que no sea el gobierno, su máquina y sus leyes, pues siempre pueden ejercer dominación, captura y violencia. Una institución democrática que proponga pensar de otro modo la aproximación al conocimiento, al modo de intervenir lo social y desde donde se pueda pensar la formación educativa estaría "En la hipótesis de una democracia contra el Estado, de una democracia insurgente que implica un distanciamiento de la soberanía, de la ley, en nombre de la institución, ésta solo puede elegir el camino de una mayor plasticidad (…) apertura al acontecimiento (…) cabida a lo nuevo" (Abensour, 2012: 47). De ahí que exista una tensión entre democracia insurgente y la máquina de gobernar, pero no así entre la democracia insurgente con la institución. En este sentido, el abogar por una nueva institucionalidad que permita repensar y sostener de otro modo la intervención social y sus modos de conocer/saber implica atacar aquella *racionalidad* que denunciamos; es entender

síntesis y del orden, y como invención en el tiempo de la relación política que desborda y supera al Estado" (Abensour, 2017: 204).

el conocimiento como el de la escucha (Mate, 2018) más que de la visión, en tanto en esa escucha relacional con otras y otros, se posibilita la insurgencia democrática, se propicia el acontecimiento y se amplía la repartición de lo sensible.

Frente a la posibilidad de construir un pensar/intervenir cartográfico que requiere de una democracia insurgente, la universidad tampoco puede quedar inmóvil, pues está de tantas maneras imbricada a los procesos de subjetivación, construcción de saberes y métodos frente al quehacer social, que impacta en la formación y enseñanza de ciertos saberes por sobre otros para los agentes y profesiones que intervienen. Por tanto, ¿será posible considerar una noción de universidad ya no subordinada ni reterritorializada a la lógica productiva que el propio capital demanda en su captura? ¿Qué vinculación posible puede existir entre la universidad como articuladora de relaciones sociales con sus formas de producción de conocimiento y las dinámicas políticas que la atraviesan? ¿Podríamos desterritorializar esta universidad para repensar la formación de los agentes que intervienen en lo social en pos de la transformación? Esto nos lleva a intentar describir críticamente el binomio institucionalidad-universidad para encarnar y concluir, pues en este tipo de institución se marca la relación entre neoliberalismo y educación (Friz, 2011); cuestión que tiene precisas y críticas implicancias para quienes se forman en la ejecución de toda intervención social, apuntando a lo que Tatián (2018b: 126) llama la "conversión neoliberal" de la universidad, la cual opera como mera estructura administrativa en donde los/as investigadores/as son sus propios empresarios, los docentes escasean y el saber es despolitizado y despersonalizado. En su reverso, proponemos una noción de universidad desterritorializada.

¿Y entonces, la Universidad?: por una formación cartográfica para la intervención social y su saber.

"Pero la universidad puede estar para pensar
imposibilidades, ¿por qué no?"
Horacio González (2018)

En un intento de apertura concluyente, nos preguntamos: ¿cómo podemos encarnar la idea de intervención (tanto social como en su instalación de saberes) reentendida bajo los parámetros institucionales de la universidad, la cual claramente también se encuentra sometida a los influjos del capitalismo salvaje de hoy y su racionalidad despolitizada y neoliberal que abordamos previamente? (Tatián, 2018b). Sin desanclarnos de la intervención social, tanto la criticada como la propuesta, queremos abrir el espacio topológico, social y político de las universidades como posibilidad abierta a formar en otros saberes, en otros cruces disciplinares y referido a otros modos de enseñanza que podrían implicar distintas formas de subjetivarse políticamente (Vermeren, 2011). Lo anterior implica desentrañar cómo desmarcarse de un proyecto universitario totalizante (neoliberalizado) hacia uno abierto, más universal que lo universal de la universidad, el cual nos acerque a nuestra vida social, hacia ese social de los conocimientos cotidianos que, a su vez, interpelan tanto la propia forma de intervenir lo social como la idea de democracia.

En definitiva, creemos que si visualizamos la apertura de un proyecto particular y apegado a sus propias posibilidades de generar conocimientos y saberes (Tatián, 2018a; González, 2017; Castro-Gómez, 2007), se abre el horizonte hacia una democracia insurgente y viva que implica una "educación común, y [que] sin eso no hay sociedad" (Giannini, 2015: 112). Esto nos hace repensar aquel *común* asociado a un espacio de heterogeneidad, diversidad, tensión y disenso. Por tanto, la noción

de universidad que nos convoca es concebida como "autoinstitución democrática siempre por realizar, abierta a cualquiera, para cualquiera, de cualquiera" que rehúya a "la tentación de totalidad que nada deja en su exterior" (Tatián, 2018a: 35).

Si bien este es un tema que demanda otro estudio, aquí solo queremos esbozar la idea de que una nueva manera de comprender el conocimiento y la enseñanza de la propia formación de los agentes para la intervención social, nos fuerza a repensar, a modo de *caso*, el binomio institucionalidad-universidad. Entonces, ¿será pertinente la pregunta: "¿y entonces, la Universidad?" para cristalizar que bajo un diagnóstico neoliberal que impacta en la formación es necesario pensar de otro modo tanto la racionalidad actual como la intervención social que se inscribe en las universidades? Sobrevolaremos los análisis del proyecto moderno universitario para fisurarlo a partir de ciertas lecturas críticas y latinoamericanas, puntualizando ciertas ideas sobre qué sería desterritorializar la universidad como punto de inflexión para poder formar en una "oxigenada" intervención social (cartográfica).

Proyecto Moderno de la Universidad y su fisura filosófica, social y política

No podemos obviar la relevancia de la historia de la universidad desde el proyecto moderno hasta su inserción en América (Vermeren, 2011), en tanto un lugar que nace para instalarse sobre el "principio de razón" (Derrida, 1997), cuestión que surge desde la fundación de la Universidad de Berlín realizada por Humbolt en 1812, el modelo francés, hasta el modelo sudamericano y norteamericano[20]. No obs-

20. No es el lugar para hacer una "historia de la Universidad", pero tanto los análisis de Derrida, Vermeren y los que en su "Presentación" muestra el reciente libro compilación titulado *La Universidad (im)posible* (2018: 12), esbozan una suerte de genealogía de la universidad (medieval, moderna, post-soberana) en donde se muestra su problema

tante, sobrevolando rápidamente ciertos detallados análisis de Derrida, podemos decir que también la universidad puede ser "sin condición", o bien, que puede requerir desconstruirse para llegar a pensarse en un *más allá de la razón*. ¿Qué implica esto? El proyecto moderno de la universidad, al plantearse sin condición y más allá de la razón, puede abrir y despuntar otros caminos, puede fisurar las propias categorías modernas desde las cuales se construyó, a saber: Estado, soberanía, conocimiento, formación, entre otras (Derrida, 1997).

Asimismo, esta apertura derrideana tiene que ver con ir hacia la propia pregunta histórica por la universidad, para así no cerrarla en la facticidad que tantas veces la petrifica, pues ella nace (paradójicamente) "constituyendo la avanzada silenciosa (…) de la conquista y la colonización, la evangelización, la propaganda y el fomento imperial (…)". Pero con Derrida y otros, vemos que también habría en otro lugar a esa facticidad universalista y totalizante, "la posibilidad, la incondicionalidad, el evento universitario" (Thayer, Collingwood-Selby, Estupiñán & Rodríguez, 2018: 12). Por ello es que nuestro recorrido ha transitado críticamente por la idea de pensamiento, racionalidad y saber, para visualizar si existiría otro modo de entender la intervención social y su generación de conocimiento, permitiéndonos concluir críticamente la encarnación de esto en el tejido institucional de la universidad.

Desde aquí surgen y se comprenden ciertos aspectos críticos a esta institucionalidad universitaria moderna en tanto siempre se pretendió sostenida bajo una idea estable y clara (Kamuf, 2018), "importándose" hacia el terreno de lo que se llamó "Nuevo Mundo", o bien, la universidad occidentalizada (Grosfoguel, 2013). Esta importación y colonización de saberes y modos de generar el conocimiento en la universidad (Giannini, 2015) estipula cierta mitología que implica creer que desde aquí surgía la "educación del pueblo" y se establecía

básico: su posibilidad se cierra tantas veces en su facticidad, segregando y jerarquizando lenguas, saberes y cuerpos.

el "progreso moral de la humanidad" (Castro-Gómez, 2007: 80), cuestión que también se vio en Chile en el siglo XIX (Serrano, 2016). Se comprende la complejidad de su institucionalización en la idea de universidad, pero también permite entender que "(…) el suceso de la universidad solo se vuelve viable si en medio de la facticidad y condicionalidad que enmarcan su ser posible, una respiración incondicional, imposible, lo hace acontecer" (Thayer *et. al*, 2018: 11). Esta fisura e intersticio abre y permite de modo retrospectivo, validar la crítica a la propia noción de intervención social y su modo de orientar su saber (como lo hicimos), comprendiéndose la necesidad de sostener otro tejido institucional que invite a otra idea de universidad, la cual abra, a su vez, la noción de intervención social y su circulación de saber.

Esta apertura y fisura de las categorías modernas es necesaria, como también la crítica a la idea de universidad actual, post-soberana rentista (posmoderna), la que instala un conocimiento capturado, producido por el mercado para sí mismo, en donde la lógica de la empresa capitalista impera de modo global (Castro-Gómez, 2007), haciendo surgir la universidad de la mera formación profesional, de las acreditaciones e indexaciones transnacionales (Thayer *et. al*, 2018: 12). Por tanto, nos preguntamos –en la misma dirección derrideana de Kamuf–: ¿Cuál sería la *responsabilidad universitaria* en el sentido de a qué "debe responder" hoy, abriendo un mundo con las posibilidades de lo posible para la universidad?[21]. Esto implica arrojarse a los acontecimientos, al desconocimiento para poder desentrañar "otras responsabilidades. Las responsabilidades son incognocibles porque comienzan solamente respondiendo a otro (…)" (Kamuf, 2018: 16).

21. Dado el "cómo" opera el capitalismo axiomático y la racionalidad del neoliberalismo como también la intervención social tradicional, se hace relevante establecer que existe cierta responsabilidad de la universidad; pues no podemos olvidar que "…la universidad puede entregar de sí misma lo peor, la peor "política" del terror, que es la negación (…)" (Kamuf, 2018: 22).

La propia pregunta por la responsabilidad de la universidad, en su sentido social, político y de justicia, instala un debate actual entre la noción de educación *versus* la de formación, cuestión que también debate Giannini (2015) en el sistema chileno local. Al haber un conformismo radical actualmente, se ofrece solo formación profesional para "crear capital humano". La universidad actual produce trabajadores, en donde los estudiantes esperan una relación de transmisión de conocimiento, es decir, una formación en base a una intervención de saber lineal y sin profundidad. Así las cosas, hoy en la universidad se requiere de otra cosa, más bien "una educación política (…)" pues se requiere "politizar a los estudiantes y no verlos solo como consumidores. La finalidad sería crear una nueva comunidad que se oponga al narcisismo generalizado" (Han, 2018: 88). Acá se propone otra vía a la universidad posmoderna, pues sería una responsabilidad distinta a la "responsabilidad social empresarial"; esta se hace cargo de los procesos que, para su propia administración, humanicen las relaciones estableciendo parámetros de cuidado, pero bajo la lógica axiomática del capital. Parecido al gesto crítico hecho por Derrida respecto a la universidad europea moderna, pero también a las esbozadas de la universidad posmoderna, podemos inferir de Han (2018) que actualmente existe un modo de intervenir y generar conocimiento totalmente sujeto a la formación, pero no a la educación. De ahí que parezca urgente politizar la educación abriendo una nueva comunidad que no sea solo la del rendimiento propio y la de *mi* propia explotación (o bien, de los investigadores, docentes, etc.). Se requiere una apertura a la *escucha* como tarea política, escucha que, recordando a Freire, es parte de los "gustos democráticos" que deben multiplicarse en los centros de donde se pretende educar, así como el "gusto por la pregunta" y el "gusto del respeto por la cosa pública" (Freire, 2009: 111).

Esto hace volver sobre las preguntas de Kamuf (2018): ¿cuál es entonces la *responsabilidad* de la universidad más allá del discurso moderno

que nace con Kant? ¿A qué cuestiones la universidad debe responder? Como ya esbozamos, en la confluencia entre la responsabilidad universitaria y la *posibilidad* de los posibles surge la manifestación de una *incertidumbre*, permitiendo establecer que desde el desconocimiento emerge otra posibilidad de responsabilidad. Esto implica, nuevamente, abrir otro pensamiento sobre la responsabilidad, el cual se desapega del sujeto egológico, universal y solipsista que ya criticamos, pues la posibilidad se ancla a partir de una *invención im-posible* como único posible, y ese lugar podría ser el de la universidad. Surge entonces la necesidad de que lo universitario se piense en otras coordenadas institucionales, tal como las ya esbozadas: una móvil, plástica, siempre reinterpretable dado que es incierta y se encuentra inserta en lo social. La institución es más que muros que nos protegen, es la posibilidad de sostener nuestras interpretaciones, dice Kamuf (2018). Creemos que este otro modo de entender el tejido institucional universitario permite pensar e instituir de otro modo la intervención social y su saber.

Desterritorializando la Universidad: otras aproximaciones para la formación de la intervención social

Hemos dado cierta respuesta a la siguiente interrogante: ¿es posible instalar otra figura de *posibilidad* (como im-posible) para instituir de otro modo la universidad y sus modos de formación para la intervención social? Decimos que sí y adquiere sentido el epígrafe de Horacio González (2018) sobre la im-posibilidad, pues para el argentino la Universidad no ofrece un plano frontal del conocimiento, sino que es una cadena de sinónimos, de interpretaciones que miran de modo oblicuo el saber. En un contexto actual que ha cambiado tanto respecto a la institucionalidad del saber, creemos que esta apuesta hace que la misma universidad y su modo de formar en la intervención puede ser desterritorializada para poder pensar con ella otro modo de intervenir y saber (González, 2017).

Se nos esclarece que otra noción de Universidad es necesaria, permitiendo una que resista a la intitucionalidad coercitiva y violenta; de algún modo que resista a la situación actual de un neoliberalismo que homogeneiza y universaliza bajo parámetros de cierto tipo de racionalidad. La alternativa propuesta sostiene de otra manera la intervención social alejándose de la que se enseña y se comprende desde la lógica tradicional, bajo un saber institucionalizado de la Universidad. ¿Podremos resistir e inventar otros modos para pensar una universidad desterritorializada? Una manera de encarnar lo anterior desde un diagnóstico crítico a cierta legitimidad de saberes que se institucionalizan en la universidad, radica en la posibilidad de pensar de otro modo el diálogo de saberes, permitiendo que otros paradigmas puedan romper el encierro clásico, moderno y colonial (Castro-Gómez, 2007; Santos, 2006).

Es imperioso hacer emerger otro modo de hacer universidad. Es necesario e imperioso explorar este otro "modelo" de racionalidad, conocimiento y saber que puede impartirse desde otra idea de universidad, el cual quiere ampliar al ya clásico y criticado modelo occidental, europeo y moderno, pues tantas veces opera de modo colonial, homogéneo y representacional. Habrá que recepcionar y procesar de otro modo esos saberes, pues esto "no conlleva una *cruzada contra Occidente* en nombre de un autoctonismo latinoamericanista (…)" más bien, sería "una *ampliación* del campo de visibilidad abierto por la ciencia occidental moderna" en tanto esta "fue incapaz de abrirse a dominios prohibidos, como las emociones, la intimidad, el sentido común, los conocimientos ancestrales y la corporalidad" (Castro-Gómez, 2007: 90).

Así las cosas, para cerrar volvamos a la pregunta inicial y pensemos con el Derrida de Kamuf (que no está lejano de lo planteado por Castro-Gómez): "¿Puede –todavía o aún– ser la universidad, es posible que sea, un lugar para la invención im-posible? No tengo idea", e insiste en la interrogación: "(…) ¿qué pasaría si tenemos que (debemos, deberíamos) re-inventar la (idea de) universidad con cada acto de nuestra

interpretación e inscripción?" (Kamuf, 2018: 18-19). De fondo, en toda invención imposible se abren posibles, surgen ideas que se re-inscriben, y tal vez es este nuestro gesto exploratorio: una idea sobre otro modo de intervenir socialmente que nos haga repensar nuestro lugar y nuestro saber, lo que *ipsofactamente*, interpela a la universidad como institución que siempre puede colonizar y homogeneizar, o bien, totalizar el saber y su intervención; aunque siempre puede dislocarse por ideas, invenciones y otros deseos posibles, los cuales nos arrojan a una *institución universitaria de lo im-posible*.

Este sería un gesto no solo de ruptura con la axiomática capitalista como apropiación de flujos, sino que también permitiría hacer fluir a los flujos, no solo desde la institución como lo *instituido* en el saber/intervenir, sino desde lo *instituyente* del acontecer, de la experiencia democrática viva y su reposicionamiento de lo posible y lo común, cuestión que promueve otra "cultura institucional" en donde el saber y la ciencia interactúan con los saberes universitarios y lo no-universitarios (Tatián, 2018a). Citamos *in extenso* para mostrar cómo se hace relevante la figura de la universidad en su relación a la apertura del aquel común, en tanto lugar de igualdad y diferencia como dijimos, pero a su vez, como un lugar para dejar abrirse a otros saberes y a otros modos de intervenir lo social:

> (…) extensa e intensa, la universidad se abre así a una composición con heterogeneidades múltiples en procura de lo común –se abre a una comunidad de los diferentes. ¿Cómo pensar lo común entre las distintas ciencias y los diferentes movimientos sociales? Este interrogante no propone el hallazgo de lo que cosas distintas tienen en común, sino una exploración de algo que los diferentes *pueden* en común. Así, lo común no es lo ya dado de lo que se dispone, sino el efecto de una voluntad de encuentro –o de una apertura a la aleatoriedad de los encuentros–, de un

> trabajo, y una conquista conjunta de acciones y nociones que precipitan una convergencia política; en otros términos: lo común es la conquista de una auto-transformación que conmueve las identidades involucradas por la elaboración conjunta de una diferencia y la creación de una novedad (Tatián, 2018a: 31).

Cerramos interpelados por más preguntas que respuestas, pues esto último nos fuerza a pensar quiénes participan de la educación, dónde se ubican territorial y geográficamente las universidades, cuán axiomatizadas están su estructura y aulas en el modo de generar conocimiento y saber, cuán articuladas están con lo social y lo político. Se cristaliza la idea establecida por Ruiz (2014), en que los sistemas de educación expresan proyectos hegemónicos respecto a concepciones identitarias de lo social y político, por lo que no es posible desanclarnos de esto al pensar la cuestión del conocimiento, de la intervención social y su sostén institucional. Y he aquí un exploratorio intento por impactar de modo frontal la posibilidad, no solo de pensar el espacio universitario, sino de pensar otra intervención social y toda su batería de acciones y conocimientos desplegados en lo social.

Referencias

Abensour, M. (2007). *Para una filosofía política crítica: Ensayos*. Barcelona: Anthropos.

-------- (2012). "Democracia insurgente e Institución". *Enrahonar. Quaderns de Filosofía*, 48, 31-48.

-------- (2017). *La Democracia contra el Estado. Marx y el momento maquiaveliano*. Madrid: Catarata.

Antonelli, M. (2012). El capitalismo según Gilles Deleuze: inmanencia y fin de la historia. *Cuadernos de filosofía,* 57, 51-66.

Castro-Gómez, S. (2007). "Descolonizar la universidad. La hybris del punto cero y el diálogo de saberes". En Santiago Castro-Gómez y Ramón Grosfoguel

(Eds.), *Elgiro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global* (79-91). Bogotá: Siglo del Hombre Editores.
Castro-Serrano, B. y Gutiérrez, C. (2017). "Intervención Social y Alteridad: unaaproximación filosófica desde Lévinas". *Andamios. Revista de Investigación Social*, 14(33), 217-239.
Castro-Serrano, B. y Arellano-Escudero, N. (2017). "Humanidades para el Trabajo Social y su intervención: Apuesta por una identidad 'descalzada'", *Intervención, 7,* 2735.
Castro-Serrano, B. y Flotts, M. (2018). "¿Transformación social sin cambio? Puntualizaciones para un nuevo imaginario del Trabajo Social" (pp. 21-48). En Castro-Serrano, Borja y Flotts, Marcela (Eds.), *Imaginarios de transformación: el trabajo social revisitado*, Santiago de Chile: RIL Editores.
Han, B-Ch. (2018). Entrevista en *La Maleta de Portbou*, 29, 84-92.
Deleuze, G. (1975). "Ecrivain non: un nouveau cartographe", *Critique* n°343, décembre, 1207-1227.
-------- (1996). *Spinoza y el problema de la expresión.* Barcelona: Muchnik eds.
-------- (2006). *Conversaciones.* Valencia: Pre-textos.
Deleuze, G. y Guattari, F. (2002). *Mil Mesetas. Capitalismo y Esquizofrenia*. Valencia: Pre-Textos
Derrida, J. (1997). "Las pupilas de la universidad. El principio de razón y la idea de la Universidad". *En Cómo no hablar: Y otros textos* (117-138). Barcelona: Proyecto A Ediciones.
-------- (2010). *Universidad sin condición*, Madrid: Trotta.
Dussel, E. (1994). *1492. El encubrimiento del Otro: Hacia el origen del "mito de la Modernidad".* La Paz: Plural Editores.
Fanon, F. (1965). *Los condenados de la tierra.* Ciudad de México: FCE.
Freire, P. (2009). *Cartas a quien pretende enseñar.* Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
Friz, C. (2011). "Neoliberalismo, educación y universidad: la educación como formación de capital humano. La crítica latinoamericana y la necesidad de someterla a crítica", *Primer Coloquio Interdisciplinario Educación y Mercado*, Facultad de Filosofía y Humanidades/Departamento de Estudios Pedagógicos, Universidad de Chile, octubre.
Gago, V. (2014). *La razón neoliberal: economías barrocas y pragmática popular*. Buenos Aires: Tinta Limón.

González, H. (2017). *Saberes de pasillo. Universidad y conocimiento libre*, Buenos Aires: Paradiso ediciones.
-------- (2018). "Para pensar imposibilidades puede estar la universidad", *ConCienciaSocial*. Revista digital de Trabajo Social, 1(Nº especial), 111-121.
Grosfoguel, R. (2012). "El concepto de 'racismo' en Michel Foucault y Franz Fanon: ¿Teorizar desde la zona del ser o desde la zona del no-ser"? *Tábula Rasa, 18*,79-102.
-------- (2013). "Racismo/sexismo epistémico, universidades occidentalizadas y loscuatro genocidios/epistemicidios del largo siglo XVI". *Tabula rasa, 19*, 3158.
Gutiérrez, C. y Castro-Serrano, B. (2018). "El método del asedio: sentido y pensamiento en Lévinas y Deleuze". *HYBRIS Revista de Filosofía*, 9 (2), 39-67.
Harvey, D. (2005). "El nuevo imperialismo. Acumulación por desposesión", Buenos Aires: CLACSO.
Kamuf, P. (2018). "Sobre no tener idea". En Willy Thayer, Elizabeth Collingwood Selby, Mary Luz Estupiñán Serrano y raúl rodríguez freire, *La Universidad(im) posible* (14-24). Santiago de Chile: Ed. Macul.
Latour, B. (2014). "¿El cosmos de quién? ¿qué cosmopolítica? Comentarios sobre los términos de paz de Ülrich Beck", *Revista Pléyade, 14*, 43-59.
Lazzarato, M. (2015). *Gobernar a través de la deuda. Tecnologías de poder del capitalismo neoliberal*. Buenos Aires: Amorrortu.
Mate, R. (2018). *El tiempo, tribunal de la historia*. Madrid: Trotta.
-------- (2013). *Memoria de Auschwitz. Actualidad moral y política*. Madrid: Trotta.
Muñoz, G. (2017). "Editorial: El desafío de examinar las lógicas de intervención socialhoy". *Intervención,7,* 6-7.
Nietzsche, F. (2018). *Verdad y Mentira.* Valparaíso: Editorial UV.
Patton, P. (2010). *Deleuzian Concepts. Philosophy, Colonization, Politics*. California:Stanford University Press.
-------- (2008). "Becoming-Democratic". In Ian Buchanan and Nicholas Thoburn (Eds.) *Deleuze and Politics* (177-195). Edinburgh: Edinburgh University Press.
-------- (2013). *Deleuze y lo político*. Buenos Aires: Prometeo libros.
Pilatowsky, M. (2007). "La filosofía después de Auschwitz en Latinoamérica".

En Reyes Mate & Ricardo Forster (Eds.) *El judaísmo en Iberoamérica* (279-305). Madrid: Ed.Trotta.

Ruiz Schneider, C. (2014). "Educación e identidad política modernas: Chile, sigloXIX". En Carlos Ruiz y Marcos García de la Huerta, *Construcción de identidad, creación desentido* (97-125). Santiago de Chile: Ed. Universitaria.

Santos, B. de S. (2006). "La Sociología de las Ausencias y la Sociología de las Emergencias: para una ecología de saberes". En Santos, B. de S., *Renovar la teoría crítica y reinventar la emancipación social (encuentros en Buenos Aires).* Buenos Aires: Clacso, disponible en http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/coediciones/20100825033033/2CapituloI.pdf.

------- (2013). *Decolonizar el saber, reinventar el poder.* Santiago de Chile: LOM Ediciones.

Santos-Herceg, J. (2010). *Conflicto de representaciones: América Latina como lugar para la filosofía.* Santiago de Chile: FCE.

Serrano, S. (2016).*Universidad y Nación. Chile en el siglo XIX*. Santiago de Chile: Ed.Universitaria.

Giannini, H. (2015). *Giannini Público.* Santiago de Chile: Ed. Universitaria.

Tatián, D. (2018a). "La invención y la herencia. Variaciones sobre la idea de autonomía". En Willy Thayer, Elizabeth Collingwood-Selby, Mary Luz Estupiñán Serrano y raúl rodríguez freire, *La Universidad (im)posible* (25-35). Santiago de Chile: Ed. Macul.

-------- (2018b). "La Reforma Universitaria de 1918 como reserva democrática-contra el neoliberalismo académico", *ConCiencia Social*. Revista digital de Trabajo Social,1(Nº especial), 122-131.

Thayer, W., Collingwood-Selby, E., Estupiñán, M.L. y rodríguez, r. (2018). *La Universidad (im)posible*, Santiago de Chile: Ed. Macul.

Vermeren, P. (2011). "Las universidades contra la Universidad", ponencia realizada en laFacultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile, 18 de agosto.

Villalobos-Ruminott, S. (2013). *Soberanías en suspenso. Imaginación y violencia en América Latina*. Lanús: Ediciones la Cebra.

-------- (2018). "Equivalencia neoliberal e interrupción nómica: el conflicto de las facultades como contrato social". En Willy Thayer, Elizabeth Collingwood-Selby, Mary Luz Estupiñán Serrano y raúl rodríguez freire, *La Universidad (im)posible.* (84-103).Santiago de Chile: Ed. Macul.

Obra en (de)construcción. A modo de epílogo.

María Eugenia Hermida[1]

Me gusta este desafío imposible, de cerrar-abriendo una ronda de contribuciones. Es una tarea que aprendí, cuando a inicios de los 2000 coordinábamos con mis compañerxs de militancia los talleres de educación popular en barrios periféricos, llenos de dolor pero también de vida, de sueños pisados que no se resignaban, de fiesta popular, de injusticia. Allí estaba el mate, el piso de tierra, y el tiempo de aprender a hacer desde el pie y con otrxs. El taller comenzaba. Lo primero que acontecía (como siempre sucede en Trabajo Social) era la escucha. Registrar las voces (y en ellas su textura, la densidad de saberes, sentires, historias, expectativas). Ir recogiendo los ecos de esos discursos en nuestra propia corporalidad. Tomarlos en nuestras manos, enlazarlos con otros ecos. Tejer en tiempo real una manta de palabras que nos devuelva, al cerrar la actividad, lo que en esas horas de trabajo y participación habíamos creado juntxs. Y que ese tejido nos abrigue,

1. Profesora del Departamento Pedagógico de Servicio Social, Facultad de Ciencias de la Salud y Servicio Social y Vicedirectora Maestría en Políticas Sociales, Universidad Nacional de Mar del Plata (UNMDP). Licenciada en Servicio Social y Especialista en Docencia Universitaria, UNMDP. Doctora en Trabajo Social, Universidad Nacional de Rosario (UNR). *mariaeugeniahermida@yahoo.com.ar*

nos vista, nos proteja, y a la vez nos prepare para salir a la calle que es donde peleábamos por nuestro derecho a una vida digna de ser vivida.

Ahora que ya piso los cuarenta, veo que el recuerdo vivo de esas experiencias de los veinte años siguen allí. Más aun, se activa la memoria amorosa y litigante, percibo los inestables hilos que vinculan aquel diciembre de 2001 argentino y este octubre de 2019 chileno, y veo que escribir un epílogo (y sobre todo éste epílogo) es tal vez una oportunidad de "volver a los 17", a la ronda, a la lectura atenta (que es una forma singular y muy potente de escucha), a la enorme responsabilidad de tomar entre mis manos, y mis convicciones, y mis preguntas, cada una de estas valiosas palabras, dejarlas hacer su trabajo, y permitirles retornar, como sedimento, como texto, como epílogo.

En un momento me detuve consternada: ¿Cómo caminar por un campo repleto de brotes sin aplastar ninguno? Digo, en esta tarea de subrayar aportes, ¿Cómo no silenciar alguno en detrimento de otro? Luego, me respondí: no es una síntesis un epílogo. Es otra cosa. Es el último toque de condimento de un buen plato de comida. Es una foto de nuestro más bello viaje, que vemos sentadxs en el tren, aun en tránsito, pero minutos antes de llegar nuevamente a casa, para descubrirnos siendo lxs mismxs, y a la vez, siendo otrxs.

En el entre, en la porosa frontera del adentro y el afuera del libro, aun dentro de sus tapas pero casi escapando, vienen estas palabras tejidas por quien tuviera el honor de ser la primera lectora de esta obra, y también la responsabilidad de articular una voz silente, que cuente sin novedades ni estridencias, las vueltas de un viaje posible (entre muchos) por el territorio de este texto.

Hay más de un riesgo. Porque toda empresa que valga la pena los tiene. El primero que quiero exponer, es aquel sobre el que Derrida nos ha advertido: el de la búsqueda compulsiva de un sentido que organice, que nos haga creer la ficción de un eje estructurante sosteniendo el texto. ¿Cómo articular una voz sobre un texto que no ejerza una violencia,

un efecto de lectura que apacigue, que lime las texturas, que estabilice? ¿Qué podría legarnos una prosa muerta de ese tenor? Ni en Trabajo Social en particular ni en las ciencias sociales en general necesitamos más manuales, ni discursos prolijos y articulados que vengan a ordenarnos los pasos y mecanismos de una intervención. Antes bien, de lo que se trata, es de hacer circular Materiales (de)construcción.

Y ya que de deconstrucciones se trata, es que pedí el auxilio de nuestro imprescindible Derrida. Parto de entender la deconstrucción no como una teoría *stricto sensu*, sino más bien como una estrategia propuesta por el filósofo argelino/francés posestructuralista retomando la noción de Heidegger de *destruktion* y la idea de diferencia de Sausurre. Dentro de las premisas que despliega, una de las más relevantes sin duda es que la significación es relacional y no referencial, construyéndose en una suerte de distribución de posiciones y diferencias entre éstas. No hay un afuera del texto. El sentido se configura en ese espacio que es el texto. El con-texto no se agrega en un análisis previo ni posterior: está ahí, en el texto, construyendo sentido. Y ese texto es entonces una totalidad, pero nunca estable. Voy leyendo, voy comprendiendo (creyendo comprender) hasta que de pronto emerge un sentido disonante, inesperado, que tensiona mis hipótesis comprensivas: la totalidad se desestabiliza, el sentido se vuelve escurridizo. Es la lectura en esta clave la que me permitió encontrar esos sentidos emergentes, relacionales, en litigio. Imaginé en más de una ocasión a lxs autorxs discutiendo entre ellxs y conmigo. Armé esa ronda, escuché, aprendí, me enojé, aplaudí, y me quedé pasmada al inteligir el enjambre de argumentos y contrargumentos derivados de las propuestas que cada artículo ofrece, cuando armamos las preguntas que habilitan la ronda de discusiones.

Este libro es un texto que ensambla textos que a su vez recurren al acto político por excelencia en la escritura académica, que es la cita de autorxs. Por estas páginas vinieron de visita Benjamin, Gramsci, Foucault, Agamben, Lévinas, Santos, Harvey, Mouffe, Butler, entre

tantísimxs otrxs. Fueron preguntadxs. Respondieron. Sus respuestas se hilvanaron con preguntas de este Chile y esta Lationamérica contemporánea. Nuestrxs amigxs escribientes interpretaron esos legados incurriendo en algunos casos en hermosas desobediencias al canon.

Remarco aquí la propuesta de Nelson Arellano, de sumar a nuestras conversas a las Humanidades. Tan dura fue la lucha del Trabajo Social por configurarnos como disciplina de las ciencias sociales, escapando de las posiciones subalternizadas, para-profesionales, tecnicistas, que en ese gesto de consolidar un *locus* científico, perdimos, resignamos, nuestras deudas y nuestras apuestas filosóficas. Me encanta el gesto indisciplinado, interdisciplinario, interinstitucional, y pluriverso de este texto. Ese solo gesto ya lo hace un artefacto crítico de la razón neoliberal que promueve la hiperespecialización y la fragmentación.

Entonces, en esta totalidad inestable que es este libro, y gracias a la estrategia deconstructiva que Derrida propone, y que este misma obra evoca en su título y en muchas de sus páginas, es que logré encontrar pistas, suturas que me despistaron, me tensionaron, en definitiva, que me permitieron devenir otra. Así, leyendo deconstructivamente, amasé algunas ideas y problemas para compartir en este epí-logo que se pretende diá-logo con pretensiones de perturbar el Logos que nos viene complicando las comprensiones y acciones que nuestro presente reclama.

Comienzo compartiendo una incomodidad que la lectura de algunos pasajes de esta obra me generó y que creo que fue muy fecunda. Me refiero, en principio, a algunas afirmaciones del impecable (e implacable) Nelson Arellano en relación con la Intervención Social y su connivencia con el horror, la maldad, y el sufrimiento inútil –al decir de Lévinas. Ensayo una (auto)comprensión de esta incomodidad que siento, escribiendo. La comparto porque creo que hace a nuestros debates más necesarios y urgentes. Me pregunto si solo se trata de una reacción espasmódica frente al terror que me genera que hablen mal

de aquello que amo. Y que, en tanto lo ejerzo, me define también a mí misma. No solo hago Trabajo Social. Soy Trabajadora Social. Estoy actuando algo de la resistencia psicoanalítica a una interpretación que va al meollo de un tema que se me hace difícil tramitar. Pero también encuentro que algo de ese amor romántico en la pareja que el feminismo denuncia como parte fundante y estratégica del engranaje de violencia patriarcal, se reproduce de alguna manera cuando se milita la idea de un ejercicio apasionado de la profesión. Mi incomodidad tenía un enclave allí. Lo ubico y lo re-ubico. ¿Cómo vivir un Trabajo Social apasionado, pero nunca autocomplaciente? ¿Por qué decodifico una crítica argumentada como un "hablar mal de"? Pienso que el feminismo propone una forma otra de la crítica que recupere ese sentipensar que también es citado en estas páginas. Un oficio que más que construir una distancia objetiva con sus taras y sus artefactos cómplices, se permita la afectación, esa ética que emerge cuando abrazamos un lugar desde el cual estar siendo con otrxs. Parece que la crítica y la pasión pueden enlazarse. Encontré algo que me sirve. Pero no me detengo ahí. Sigo.

Invito a hacer un ejercicio de deconstrucción de esta sentencia que Nelson propone, que afirma que "la Intervención social se encuentra más balanceada hacia la maldad que hacia la bondad", y que "los agentes de la intervención social causamos más daño que bienestar a las personas familias, asociatividades o comunidades" en las que trabajamos. Algo de estas afirmaciones se replica en otros artículos, cuando se analizan las formas de disciplinamiento de los cuerpos signados por la noción de locura, o cuando se enfatiza en las violencias del Estado hacia los cuerpos no binarios.

Una primera reflexión, es que creo necesario seguir discutiendo y clarificando el estatuto epistémico de estos juicios. No son premisas contrastables. Son conjeturas filosóficas, que de todas formas producen un sinnúmero de efectos. Quiero decir, que no es mensurable el dolor o satisfacción que nuestras intervenciones generan al punto de

poder tabular prevalencias de sufrimientos, aciertos, emancipaciones y disciplinamientos. Y esto, lejos de impugnar este ejercicio de preguntarnos por los efectos de nuestras intervenciones, les da su justo y merecido lugar: el de la necesidad imperiosa de no reducir las cosas que importan a aquellas que el método experimental puede medir. A la vez nos previene de utilizar estas conjeturas como verdades validadas fácticamente y aplicables a todo escenario y proceso de intervención. En mi caso es una dura y necesaria advertencia, que me recuerda el carácter reflexivo de nuestra intervención (siempre volver sobre las huellas que dejamos) y también político (reponer los sentidos que perseguimos y sus traducciones materiales en nuestras intervenciones concretas), y advertir que la unidad de análisis no es necesariamente lx profesional individual y sus propias huellas, sino también los procesos, tanto populares como institucionales y profesionales, y los relevos que entre ellos se trazan –o no.

La segunda cuestión me remite a los efectos que determinados discursos producen. Estos efectos no están siempre contenidos en la intencionalidad del autor/a del discurso. Son interpretaciones posibles, es decir que están contenidas como posibilidad en el texto mismo aunque no hayan sido diagramadas por el enunciante. Hace poco hemos sido testigos de un caso de este tenor. Me refiero a los dichos de algunas intelectuales feministas (particularmente tuvo mayor repercusión el caso de Rita Segato, pero no fue el único) en torno a la situación de Bolivia, y su interpretación relativa a los hechos sucedidos, cómo significarlos, qué lugar ocupaban determinados dirigentes –particularmente Evo Morales–, etc. Sus dichos tuvieron claves de lectura diversas. Hubo quienes (entre ellxs colectivos de mujeres feministas bolivianas, que estaban resistiendo el golpe de Estado) rebatieron con argumentos y un profundo enojo el decir de ésta y otras intelectuales por los efectos políticos materiales que su voz producía. Reclamaban, no solo, o no centralmente, falta de conocimiento sobre la cuestión, sino falta de

responsabilidad política por las derivas de lo dicho en términos del uso que los defensorxs del golpe de Estado podían hacer de esas palabras, y por la desmovilización que las mismas podían promover, en sectores medios progresistas, que podrían declinar en su interés por denunciar el golpe.

Esa escena me hizo pensar muchas cosas. Pero una en particular es la del especial cuidado: la vigilancia ética que debemos ejercer sobre las posibles claves de lectura de nuestros dichos. Y esto me llevó a una pregunta: ¿Qué sucede, en tiempos de neoliberalismo exacerbado, recorte de presupuesto para políticas sociales, asistenciales, educativas, sanitarias, ajuste, contracción de la inversión pública, despido masivo de empleadxs públicxs y profesionales, si afirmamos que nuestras intervenciones producen más daño que bienestar? Claramente podemos decir: la afirmación en torno a los perjuicios que genera la intervención, lejos de fortalecer la máquina neoliberal buscan denunciar el sufrimiento que una intervención basada en esas lógicas neoliberales genera. Pero lo cierto es que nosotrxs no estamos al lado de nuestro escrito, subtitulando nuestra prosa. Y nuestro lugar de poder como intelectuales nos pone frente al desafío y la necesidad de pensar qué efectos pueden producir nuestros dichos en manos de nuestrxs estudiantes, en lxs decisorxs políticxs, en los diferentes destinatarixs (naturales o no) de nuestra voz.

Y aquí, en este mapa de problemas, es que podemos ubicar una de las discusiones a mi modo de ver más productivas que este libro expresa. Hablo de susurros, que necesitan de esta u otra ronda que intente ponerlos cara a cara. Imagino a Gianinna Muñoz Arce enarbolando las posibilidades insospechadas de las distintas formas de resistencia, y a Alejandro Castro G. rebatiendo con las mil formas de la racionalidad gubernamental de hacerse de los bastiones de esa resistencia –las comunidades, las redes– para consolidar el gobierno disciplinador de la locura. Imagino a Nelson Arellano-Escudero argumentando en torno a la tendencia de nuestras intervenciones, de

convertirnos en el caballo que haga factible el ingreso de los jinetes del apocalipsis a nuestros pueblos ya expoliados, y Alex Cea Cea retomando la propuesta postestructuralista y posmarxista en torno al carácter de apertura, indecibilidad e indeterminación de lo social, donde no hay más maldades que bondades, ni viceversa, sino lo político como espacio de disputa para la construcción de fundamentos contingentes. No son planteos antitéticos, ni caminos paralelos. Hay cruces. El optimismo como tensión hacia la queja puede ser quizás un rostro posible de un proceso instituyente de lógicas otras. Las resistencias pueden desmontar mecanismos del poder disciplinador. Pero la tensión persiste. Y por tanto la (de)construcción se torna tarea necesaria.

Los terribles padecimientos de los cuerpos disciplinados vía diagnósticos psiquiátricos que enuncia Alejandro Castro G.; las microhistorias que describe Nelson Arellano, las mil estrategias de la lógica hetero-patriarcal para incluir normalizando los cuerpos otros de la lógica binaria que Ángelo Narvaez León y Pablx Salinas Mejías exponen; y aun las perniciosas connivencias que lxs distintxs autorxs describen en relación con el aparato disciplinario y disciplinador que instrumenta en esos cuerpos la intervención social, nos dejan suspendidxs en la pregunta, entonces ¿por qué y para qué estamos aquí?, ese viejo interrogante del qué hacer de Lenin, que se reedita en cada oleada del capitalismo salvaje y sus múltiples rostros, y nos conmina a cuestionarnos cuál es nuestro sitio.

Creo que hay algo que existe y que la razón moderna ocluye, limita, produce como ausente tal como Santos nos recuerda. Son esas experiencias otras, que se distancian de la razón neoliberal, que han sido y están siendo. Me pregunto: enfatizar en estas escenas de intervención que promueven el sufrimiento inútil, como tendencia primera, ¿puede quizás generar un borramiento de esas intervenciones otras, que también están allí, aunque no focalicemos en ellas? Entiendo que quienes las reponen en esta obra son centralmente las mujeres de este libro. Tanto Gianinna Muñoz Arce como Natalia Hernandez Mary,

a partir de las nociones de resistencia, práctica contrahegemónica, rizoma, artefacto, entre otras, nos convocan a ver no sólo el dolor que de manera más o menos inadvertida producimos, sino las prácticas de resistencia que tanto los sujetos con los que trabajamos, como nuestro propio colectivo profesional, ejercen y/o pueden ejercer si se dan la posibilidad. El sitio aquí se diferencia del de testigo privilegiado (que es sin embargo una imagen muy potente para seguir elaborando en sus posibles derivas), porque se enfatiza el carácter factual de la puesta en acto, que siempre es una hacer pensado con otrxs. No hay un campo yermo a las puertas del Infierno. Hay múltiples fuegos compañeros, encendidos desde arriba y desde abajo, para reconstruir el lazo social. Nuestra tarea también, es visibilizarlos, aprender de ellos, y apostar a esas formas alternativas al pensamiento único.

Y si tuve el coraje de decir que no sólo desde abajo, sino también desde arriba, puede emerger algo del orden de la liberación, es para provocar lo que entiendo debe ser nuestro gran debate para estas horas inciertas. Me refiero a la discusión en torno a la pregunta de si es posible un Estado-Otro. Hablo de la apuesta a combatir esta razón neoliberal, no sólo a partir de individuos o colectivos ejercitando las "picaduras de abeja" (al decir de Holloway), sino a partir de un proyecto político que pugna por su institucionalización sin perder su carácter litigante en pos de la configuración de otras lógicas de vida común.

Efectivamente, el problema al que me remito, es tan antiguo como el pensar sistemático sobre la vida común. Es el objeto de nuestros desvelos. Es una ficción en palabras de Foucault. Es el origen de nuestros males, representado en el Leviatán. Es objeto de las disputas de colectivos organizados. Es la máquina que produce y reproduce una parte (más o menos) importante de nuestras vidas (según en qué teoría me sitúe). Es una dimensión que atraviesa nuestros cuerpos, nuestros territorios, nuestras biografías, nuestras esperanzas, nuestras pesadillas. Es el problema del Estado.

Respecto a esta discusión, que apenas bordearemos aquí, pero que necesito al menos dejar instalada, quiero recordar otra nota de relevancia sobre la noción de deconstrucción: deconstruir no es destruir; es una estrategia para desvelar construcciones sociales de sentidos y sus efectos. Esto no supone pasar sin hacer ruido y dejar todo como estaba. Al deconstruir comprendemos los sentidos elusivos y relacionales de los procesos, y en ese marco es que podemos rasgar velos opresores, trazar nuevos lazos y parir significaciones emergentes. Tal como el mismo Derrida sostiene, en palabras que los editores de esta obra nos recuerdan en la introducción: "junto a la operación de desmontaje, va implícita la afirmación de una apuesta constructiva" (Derrida, 1997: 7). Creo que podemos animarnos a pensar que deconstruir la idea de Estado, supone construir la idea de un Estado-Otro.

Y aquí encuentro pistas en el artículo de Borja Castro-Serrano, Cristián Ceruti Mahn y Cristian Fernández Ramírez, cuando bregan por "comprender la noción de institución ya no exclusivamente como mera violencia". Veo allí el gesto (tan necesario para el Trabajo Social crítico del siglo XXI) de recuperar la valiosa trinchera de las instituciones; lugar por definición contradictorio, pero a la vez sitio destacado desde donde mapear una y mil formas de enlazar diálogos, saberes, territorios, derechos. Los autores recuperan la institución, la rescatan del baúl de los objetos nefastos por su sesgo disciplinador y controlador. Pero rápidamente el hilo que conecta institucionalidad y estatalidad se corta. Podemos pensar una institución otra, mas no un Estado-Otro. En palabras de los colegas, la apuesta es "instalar una institución otra, extravagante, que no se reduzca al Estado", y luego proponen "crear un tejido institucional de base que no sea el gobierno, su máquina y sus leyes, pues siempre pueden ejercer dominación, captura y violencia". ¿Qué ocurre en el entre de la institucionalidad y la estatalidad que pone una barricada entre la una y el otro, que hace que podamos cartografiar emancipaciones en una y debamos alejarnos o resistir, sin tregua ni excepción, al otro?

A su vez me quedo suspendida, saboreando la provocadora idea de un Estado marica. Porque si bien Ángelo Narvaez León y Pablx Salinas Mejías sugieren el carácter aporético del sintagma "política queer", no pueden ellos mismos en su prosa dejar de convertirse en un cuerpo deseante de un Estado-Otro, marica, que aprenda a fracasar. Entonces nos seguimos preguntando: ¿es posible algo así como un Estado-Otro? ¿Que no discipline, que no normalice, que no instrumente prácticas de gubernamentalidad tanáticas? Creo que en la medida que hagamos el trabajo de descolonizar nuestra manera de tratar con este material tan contundente como elusivo que es el Estado (porque está inscripto en los gases lacrimógenos de los carabineros, en la tiza que escribe en un pizarrón de una escuela sus máximas moralizantes y sus saberes emancipadores, y en nuestras propias maneras de mirarnos al espejo), tenemos una chance.

Ana Arias[2] nos propone pensar el Estado como parte del problema, pero también como parte de la solución. Álvaro García Linera nos invita a ver el Estado como un campo de disputa, atravesado por múltiples niveles, razones, discursos, que es necesario ubicar y habitar. Entonces quizás no se trate sólo de prácticas contra-hegemónicas (de las cuales sin dudas nunca podremos privarnos, porque sabemos que ese telos que por izquierda y derecha nos han prometido, de una sociedad sin fisuras, suspendida en un tiempo sin historia, no es más que una ficción riesgosa). Tal vez se trate también de apuestas a la construcción de otros acuerdos, contingentes y a la vez necesarios.

Me sitúo aquí desde una perspectiva feminista que discute el carácter falocéntrico hegemonizante del poder tal como el canon androcéntrico de la ciencia y la filosófica política occidental supo describir –"guerra

2. Esta idea circula por una obra que hemos compilado con Paula Meshini llamada *Hacia una epistemología de los problemas sociales latinoamericanos* (2014), específicamente en su texto llamado "Aportes desde el pensamiento nacional para pensar el Trabajo Social en Argentina".

de todos contra todos", "lógica amigo-enemigo", y otras metáforas donde la violencia es el fundamento de la política–, y que también desarma las teorías consensualistas liberales de un supuesto diálogo de iguales. Hablo de construir acuerdos otros, que soporten tensiones. Hablo de querer conducir y no solo resistir, sin pensar que conducir implica siempre suprimir o limitar. Hablo de ensayar el difícil reto de pensar por fuera de los binomios jerarquizantes. Hablo de enlazar nuestros cuerpos-territorios desde el deseo de con-vivir. Hablo de esa nueva institucionalidad que Borja Castro propone, de animarnos a expandirla registrando qué de la lógica del tánatos se cuela allí, para desarmarlo y retejer. Y hablo de que nos demos la chance de pensar nuestras opciones no sólo como resistencia, sino también como proyecto popular instituyente de un contrato social que ya no será contrato (metáfora odiosa por la caterva de significantes liberales, jurídicos y patriarcales que evoca) sino lazo.

No digo nada nuevo. Ya Foucault nos invitaba a pensar el estado fuera del Estado. Segato a deconstruir el Estado patriarcal criollo. Laclau a hacer una intervención verdaderamente política, que es la que supone cambiar los términos del debate. Lo que supone combinar las estrategias de resistencia al Monstruo Frío que sin dudas (también) es el Estado, con esas otras estrategias, la del testigo de Nelson, la de la escucha de Borja, la del rizoma de Natalia, la de la resistencia y la contrahegemonía de Giannina, la de la desmanicomializacion de Alejandro, la de la construcción de estrategias agonistas de Alex, la de la política queer de Pablx y Ángelo. Tejerlas, mixturarlas, redibujar sus contornos luego de que las unas hayan sido interpeladas por las otras, no ya para evitar el palazo, no ya para hacernos del palo, sino para des-armarnos y re-armarnos en proyectos de (re)existir, donde podamos co-soñar los fundamentos contigentes de una sociedad otra. Y me permito pensar que quizás, eso se hace no sólo desde fuera, sino sobre todo en el entre, en esa posición anfibia que el Trabajo Social puede detentar.

En este punto vuelve la tensión que ya Giannina Muñoz Arce describe

con precisión al iniciar su capítulo. Me refiero a las contradicciones entre emancipación y disciplinamiento, derechos y control social, que son constitutivas de la Modernidad.

Y nuestra escena de intervención, y nuestro oficio, y nuestras subjetividades emergen y se articulan en este locus moderno, que como bien nos recuerdan lxs autorxs es también colonial, patriarcal, heteronormativo. El neoliberalismo como expresión monstruosa de este proyecto civilizatorio, contiene tal como leímos en la introducción de esta obra, la materia del horror que nos convoca a intervenir, y los lugares imposibles desde los cuales horadarla. Y así como Marx nos anunciaba que es el propio capitalismo el que construía las condiciones de su decadencia vía producción y reproducción de la clase trabajadora en tanto clase potencialmente revolucionaria, nosotrxs aquí, en nuestro tiempo, en nuestro espacio, tenemos que vérnoslas con esas contradicciones. Mi pregunta entonces es cómo articular deconstrucción con construcción, resistencia con propuesta, crítica con proyecto.

Concluyendo, creo que este libro nos ha llevado a un viaje por tierras que quizás no sean ignotas (los locus en los que se establecen los fundamentos de los diferentes artículos provienen de distintos enfoques y matrices que tienen su trayectoria de diálogo e imbricación con el Trabajo Social), pero que en absoluto son remanidas. Lo que este libro dice, no lo dice ningún otro. Sus páginas son territorios que nos ofrecen pistas para revisitar los materiales de la intervención, y poder ver en ellos fragilidades y posibilidades que quizás siempre estuvieron allí pero se nos escapaban. Se conoce en contra de lo que se sabe, tal como nos enseñó Bachelard. Y este libro, (si lo dejamos hacer su trabajo) nos habrá hecho colocar más de un signo de pregunta en afirmaciones que tal vez nos acompañaron por años haciéndonos presas de su pretendida incuestionabilidad.

Pido disculpas por ese sesgo de violencia que la escritura que se pretende cognoscente ejerce. El mismo Borja nos los recuerda al traer

a la conversa a Nietzsche, y creo que no he logrado sustraerme del todo de ese gesto. Soy consciente de haber forzado en algunos puntos las prosas leídas en este libro, para que me ayuden a decir algo que pugnaba por ser dicho. Los discursos nos dicen, y eso no me quita la responsabilidad de haber traducido a letra de molde estas palabras y no otras. Antes bien me hace profundizar el compromiso en esta tarea apasionante de la escritura, que es siempre re-escritura, tráfico de saberes, interpretación de palabras prestadas, paridas, y arrojadas con la desesperación que esta época nos genera: necesitamos con urgencia un mundo otro y solo articulando nuestras voces podemos romper la cadena significante de opresiones y desigualdades que hacen nuestro presente difícil para algunxs, e invivible para muchxs.

Y pido disculpas también, por devolverle el favor a Nelson Arellano, de instalar una discusión incómoda. Es casi una afrenta ensayar la conjetura de que un Estado-Otro es posible, en este momento, de este Chile dolido, violentado por una maquinaria represora que está ejerciendo su poder de policía de manera exacerbada en los últimos meses, que mata, lacera y viola. Poder de policía que se articula con la violencia cultural, económica y política que de manera ininterrumpida viene ejerciendo sobre su pueblo por décadas tanto en dictadura como en democracia. Y que a su vez se superpone a la impronta colonial que lejos de desaparecer luego de las revoluciones de principio de siglo XIX (que nos declararon emancipados de nuestras metrópolis), se continuó en una colonialidad del poder, del ser, del saber, del género y de la naturaleza.

Pero el Trabajo Social sabe de esto, de no sacarle el cuerpo a las discusiones incómodas. Y una asamblea constituyente está por venir. Y un proceso de revuelta popular está abierto. Y la pregunta sobre cómo tramitar sin tramitar, como soñar sin ilusiones y con materialidades, cómo retejer el lazo social, nos conmina a ensayar tentativas, cartografías, búsquedas, intuiciones. Imaginemos o erramos supo decir

Simón Rodríguez. Las alamedas están ahí. Se han abierto dos veces. La esperanza pugna por ser organizada sin perder su toque díscolo y vital.

Hasta hace muy poco creía que escribir prólogos era una de mis tareas imposibles favoritas. Pero este convite me regaló entre otras cosas, el descubrir que la tarea de tejer un epílogo es mucho más apasionante. No prevalece el gesto anticipatorio, ni las indicaciones, ni las advertencias. Antes bien, nos permite a ustedes y a mi sentarnos a compartir la experiencia de un viaje, y que en la conversa se piensen nuevos destinos, se recuerden paisajes, se disputen los sentidos en torno a dónde fuimos, por qué, para qué. Y se empiece a andar. Porque un libro, uno bueno como éste, paradójicamente, comienza su trabajo, recién cuando termina.

Mar del Plata, febrero de 2020.

Los editores

Borja Castro-Serrano

Doctor en Filosofía de la Universidad de Murcia, España; Magíster en Filosofía, Universidad de Chile; y Psicólogo UDP. Actualmente es investigador y académico de la Universidad Andrés Bello y docente hace más de 10 años de la Escuela de Trabajo Social. Sus trabajos orbitan la filosofía política, promoción en salud mental y pobreza. Genera publicaciones especializadas, y hace un tiempo lanzó su segundo y tercer libro, *Resonancias políticas de la Alteridad* (Nadar Ediciones, 2018), e *Imaginarios de transformación: el Trabajo Social revisitado* (RIL Editores, 2018). Ha sido investigador principal del proyecto FONDECYT de Iniciación nº 11150317 (2015-2018); y es miembro de RIFF (U. de Chile) , del Núcleo de investigación en intervención social (NIS/UAH) y del claustro del Doctorado TECSA de la UNAB.

Alex Cea

Doctorante en Trabajo Social, Universidad Nacional de La Plata. Magíster Filosofía Política, Universidad de Santiago de Chile. Trabajador Social, Universidad Arcis. Es profesor de filosofía de la carrera de Trabajo Social y parte del Núcleo de investigación en intervención social de la Universidad Alberto Hurtado. También es autor de artículos y ponencias presentadas en congresos nacionales y latinoamericanos de la disciplina del Trabajo Social.

Nelson Arellano-Escudero

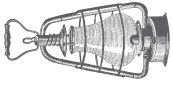
Doctor en Sostenibilidad, Tecnología y Humanismo por la Universidad Politécnica de Cataluña, España. Trabajador Social, Universidad de Valparaíso, Chile. Investigador responsable FONDECYT: "Las fronteras solares de Chile: Desierto, Antártica, Polinesia y Espacio. Una historia de gobernanza y valores sociales de tecnologías solares en zonas extremas (1976-2011)" 2018-2021. Editor del libro *Situaciones de calle: abandonos y sobrevivencias. Miradas desde las praxis. Chile - Argentina - Costa Rica* - México (RIL Editores, 2019). Es parte del Núcleo de investigación en intervención social de la Universidad Alberto Hurtado.

colección

horizontes de sentido

El horizonte no es una línea. El mismo océano es una sutil curva, ligeramente distinguible si navegamos en alta mar, y el cielo celeste no es sino una ilusión óptica, en ningún caso sujeto a medidas de altura o ancho. El horizonte, por ende, no tiene forma. Simplemente se pierde en lo invisible.

Y sin embargo, indeterminado e infinito, el horizonte está lleno.

Media entre nosotros el tiempo, del antes y el después. No existe un horizonte vacío, hay sentidos que hablan de él, de su nebulosa. Percibimos pluralidades que se hunden y nos reconocemos en ellas pese al anonimato que compartimos. Todas y todos vamos por la misma correlación infinita, sin término e indefinidamente universal.

Este libro terminó de imprimirse en junio de 2020, durante la pandemia neoliberal y su consecuente crisis epidemiológica, Santiago de Chile.